

Oliver Twist

Parte I

Por

Charles Dickens

***Free*editorial** 

Capítulo I

Trata del lugar en que vio la luz primera Oliver Twist y de las circunstancias que concurrieron en su nacimiento

Entre los edificios públicos de que se siente orgullosa una ciudad, cuyo nombre creo prudente callar por varias razones, hay uno antiguamente común a la mayor parte de las ciudades, grandes o pequeñas: el hospicio. En el hospicio nació, cierto día cuya fecha no me tomaré la molestia de consignar, sencillamente porque ninguna importancia tiene para el lector, el feliz o desdichado mortal cuyo nombre encabeza este primer capítulo de la verídica historia que vamos a narrar.

Largo tiempo después de haber penetrado en este mundo de miserias y de lágrimas gracias a los cuidados del cirujano de la parroquia, dio lugar a dudas muy fundadas la cuestión de si el niño viviese lo bastante para poder llevar un nombre cualquiera. Si la importantísima cuestión se hubiera resuelto en sentido negativo, es más que probable que estas memorias no hubiesen visto nunca la luz pública, y aun suponiendo que yo las hubiese escrito, no habrían abarcado más de dos páginas, y hubieran poseído el mérito inestimable de ser el ejemplar más fiel y conciso de biografía de que envanecerse pueda la literatura de todas las épocas y de todos los países.

Aunque no me atreveré a sostener que el hecho de haber nacido en un hospicio es en sí el favor más grande y envidiable que la Fortuna pueda dispensar a una criatura humana, declararé, sin embargo, que en el caso presente fue lo mejor que al pobre Oliver pudo ocurrir. Es el caso que costó ímprobos trabajos conseguir que Oliver se resolviera a llenar sus funciones respiratorias, función penosa, que la costumbre ha hecho necesaria para vivir con reposo. El pobre niño permaneció durante algún tiempo dando boqueadas sobre un colchón fermentado, en equilibrio inestable en este mundo y el otro, más inclinado al otro que a éste. Bien seguro es que, si en aquellos momentos críticos hubieran rodeado a Oliver cariñosas abuelas, anhelantes tías, nodrizas expertas y médicos afamados, el niño hubiese muerto a sus manos indubitable e infaliblemente en menos tiempo del que tardo en referirlo; pero como allí no había más que una pobre vieja, casi siempre borracha por efecto del abuso de la cerveza, y un cirujano que prestaba sus servicios al establecimiento por un tanto alzado, entre el niño y la naturaleza pudieron salir airoso del lance. El resultado fue que, después de algunos esfuerzos, Oliver respiró, estornudó y anunció a los habitantes del hospicio que desde aquel instante iba a pesar una carga nueva sobre la parroquia con un grito tan agudo como racionalmente podía esperarse de un recién nacido que solamente desde tres minutos antes

está en posesión de la facultad de emitir sonidos.

No bien Oliver dio esta primera prueba de la fuerza y libertad de sus pulmones, se agitó ligeramente la remendada colcha que en picos desiguales prendía por los lados de la cama de hierro; una joven, cuyo rostro cubrían livideces de muerte, alzó penosamente la cabeza sobre la almohada, y murmuró con voz apenas inteligible estas palabras:

—¡Dejen que vea al niño y moriré contenta!

El cirujano, que estaba sentado al amor de la lumbre de la chimenea calentándose las manos, se levantó al escuchar las palabras de la joven, y acercándose al lecho, dijo con mayor dulzura de la que de él era de esperar:

—¡Bah! ¿Quién piensa ahora en morir?

—¡Oh, no! ¡Dios no lo querrá! —terció la enfermera, escondiendo presurosa una botella verde, cuyo contenido acababa de paladear con evidente fruición—. Cuando haya vivido tanto como yo, y sido, como yo, madre de trece hijos, y los haya perdido todos menos dos, que trabajan conmigo en esta santa casa, otra será su manera de pensar. ¡Piense en la dicha que supone ser madre de un corderito como éste!

Parece que aquella perspectiva consoladora de felicidad maternal no debió de producir grandes resultados. La paciente, moviendo con tristeza la cabeza, tendió sus manos temblorosas hacia el niño. El cirujano lo depositó en sus brazos. La madre aplicó con ternura sus labios fríos y descoloridos a la frente del recién nacido, pasó después la mano por el rostro, tendió alrededor miradas de extravío, se estremeció convulsivamente, cayó con pesadez sobre la almohada y expiró. El cirujano y la enfermera frotaron el pecho, las manos y las sienes de aquella madre desgraciada; pero la sangre se había helado para siempre. Le hablaron de esperanza y de consuelo; pero el remedio llegaba demasiado tarde.

—¡Esto concluyó, señora Thingummy! —exclamó el cirujano al fin.

—¡Pobre mujer! ¡Demasiado lo veo! —contestó la vieja, recogiendo el tapón de la botella verde que había dejado caer sobre la almohada al inclinarse para tomar al niño—. ¡Pobre mujer!

—Aunque el niño llore, no es menester mandarme a buscar —dijo el cirujano, calzándose los guantes con gran calma—. Es más que probable que resulte un huésped harto bullicioso; en ese caso, déle un poquito de papilla para calmarle.

Dicho esto, el cirujano se puso el sombrero y, deteniéndose un momento junto a la cama en su camino hacia la puerta, añadió:

—Era una muchacha hermosa; ¿de dónde venía?

—Anoche la trajeron aquí —contestó la enfermera— por orden del inspector. Encontráronla tendida sin conocimiento en medio de la calle. Debía de haber recorrido a pie grandes distancias, pues sus zapatos estaban destrozados; pero nadie sabe de dónde venía ni a dónde iba.

El cirujano se inclinó sobre el cadáver, alzó la mano izquierda de la muerta, y murmuró, moviendo la cabeza:

—¡La historia de siempre! ¡Comprendido!... No lleva anillo de boda... ¡Buenas noches!

Fue el buen cirujano a comer, mientras la enfermera, después de llevar una vez más la botella verde a sus labios, se sentó en una silla baja delante de la chimenea, y procedió a vestir al niño. ¡Cuán admirable ejemplo de la influencia del traje ofreció en aquel momento el niño Oliver! Envuelto en la colcha que hasta entonces fuera su único vestido, lo mismo podía ser hijo de un gran señor que de un mendigo. El hombre más experimentado no hubiera podido señalarle el rango que por su nacimiento debía ocupar en la sociedad; pero luego que le vistieron las mantillas de algodón burdo, amarillentas y deshilachadas a fuerza de años de servicio en el establecimiento, y le fajaron y numeraron convenientemente, el más miope lo hubiese clasificado sin vacilar: aquel niño era un expósito, un hijo de la parroquia, un huérfano del hospicio, el humilde, el mísero paria condenado a sufrir golpes y malos tratos, a vivir despreciado por todo el mundo y por nadie compadecido.

Lloraba Oliver con tesón; pero a buen seguro que si hubiese sabido que era un huérfano entregado a los dulces cuidados de los bedeles e inspectores del establecimiento, sus lloros habrían sido más amargos y desesperados.

Capítulo II

Que trata del crecimiento, educación y pupilaje de Oliver

Los ocho o diez meses siguientes a la escena referida en el capítulo anterior, fueron meses de engaños continuos y traiciones sistemáticas en contra de Oliver Twist. Hubo necesidad de criarle con biberón. Viéronse en el caso las autoridades del hospicio de dar cuenta a las de la parroquia del estado grave a que el hambre había reducido al huérfano, en vista de lo cual, las autoridades de la parroquia inquirieron con dignidad de las del hospicio si había en «la Casa» alguna mujer que pudiera proporcionar al niño los consuelos y alimentos de que tanta necesidad tenía. Las autoridades de «la Casa» contestaron con una negativa muy humilde, y, en consecuencia, las autoridades de la parroquia, llevando la magnanimidad y la humanidad hasta

el exceso, resolvieron que Oliver fuera enviado a una sucursal sita tres millas de distancia, donde veinte o treinta niños, infractores de las leyes de los pobres, pasaban los días revolcándose por el suelo, seguros de no sufrir indigestiones y libres de las incomodidades del vestido, bajo la vigilancia maternal de una anciana, que recibía a los delincuentes a razón de siete peniques y medio semanales por cabeza. Ahora bien: siete peniques y medio semanales bastan y sobran para proporcionar a un niño siete días de dieta. Por la suma mencionada pueden comprarse muchas cosas para llenar su estómago, y hasta para producirle indigestiones, y como la vieja era mujer tan prudente como experimentada, y sabía muy bien lo que a los niños convenía, y más todavía lo que convenía a ella misma, reservaba para sí la mayor parte del socorro pagado por la parroquia, reduciendo a sus queridos pupilos a un régimen alimenticio más exiguo que el del establecimiento en que Oliver había nacido. La buena mujer, filósofa experimental consumada, parecía empeñada en demostrar que por hondo que sea el abismo de miseria en que nos encontramos, hay otros todavía más profundos. Todo el mundo conoce la historia de aquel otro filósofo experimental que inventó una teoría soberbia para conseguir que un caballo viviera sin comer, y que la demostró tan a maravilla, que gradualmente redujo el pienso de su caballo hasta dejarlo en una sola paja diaria. Es indudable que, merced al procedimiento, su corcel hubiera llegado a atesorar la ligereza y agilidad del viento si la fortuna, envidiosa del triunfo del sabio filósofo, no hubiera hecho que muriese el cuadrúpedo veinticuatro horas antes de recibir la primera ración completa de aire puro.

Por desgracia para la filosofía experimental de la vieja cariñosa encargada de atender a Oliver, su sistema daba por regla general el mismo resultado. Precisamente cuando el niño había conseguido subsistir con la porción más microscópica posible de alimento, hacía la fatalidad, de cada diez casos ocho, que un enfriamiento se llevase al pequeño, si éste no se ahogaba por casualidad en cualquier estanque, o perecía por descuido en un incendio. En cualquiera de los casos, el infortunado emprendía el viaje hacia el otro mundo, donde tal vez encontraría a los padres que en el de acá no conoció jamás. Algunas veces, cuando la muerte desgraciada de un niño producía impresión inusitada en la parroquia, bien porque hubiera muerto como consecuencia de una caída desgraciada de la cama, bien porque inadvertidamente hubiese caído dentro del caldero de la colada, accidente éste último muy raro, pues la buena anciana tenía la buena costumbre de no lavar la ropa, y mucho menos de colarla, los vecinos se permitían la audacia de firmar una reclamación, y el juzgado practicaba diligencias y averiguaciones por demás enojosas. Bien pronto el testimonio del bedel y el informe del cirujano ponían fin a esas impertinencias. Declaraba el segundo que había practicado la diligencia de autopsia y no encontrado dentro del cuerpo absolutamente nada, lo que

ciertamente era más que probable, y juraba y perjuraba el primero lo que deseaban las autoridades parroquiales, de las cuales era en cuerpo y alma. A mayor abundamiento, la junta parroquial administrativa hacía a la sucursal visitas periódicas, teniendo buen cuidado de enviar la víspera al bedel para que anunciase la visita. Aquellos señores encontraban siempre a los pupilos muy limpios y aseaditos. ¿Podían exigir más?

Comprenderá el bondadoso lector que este sistema educativo no era el más indicado para dar a los educandos exceso de fuerza y de robustez. No es, pues, de admirar que Oliver, el día que celebró su noveno natalicio, fuera un niño pálido y delgadito, de estatura muy diminuta y de circunferencia muy poco desarrollada.

Mas la naturaleza o sus padres habíanle inoculado en el pecho fuerte dosis de inteligencia clara y despejada, que pudo desarrollarse sin peligro de que la materia le opusiera obstáculos, gracias al sistema de dieta que en el establecimiento imperaba. Quién sabe si a la dieta fuera deudor de haber podido ver su noveno cumpleaños. Sea como fuere, es el caso que el día de su natalicio encontrábase encerrado en la carbonera, en compañía de otros dos caballeritos de primera distinción, que, como él, habían tenido la audacia de quejarse de exceso de apetito, y recibido como contestación una paliza monumental, precursora del encierro en la carbonera, cuando la señora Mann, que tal era el nombre de la excelente señora directora de la sucursal, quedó estupefacta ante la aparición inesperada e imprevista del bedel, el señor Bumble, quien trataba de abrir la verja del jardín.

—¡Bendito sea Dios! ¿Es usted, señor Bumble? —preguntó la señora Mann, asomando la cabeza por la ventana y fingiéndose enajenada de alegría —. ¡Susana! —añadió en voz baja—. ¡Inmediatamente, saca de la carbonera a Oliver y a los otros dos, y lávalos bien! ¡Dios mío! —prosiguió alzando la voz —. No puede figurarse cuánto me alegra su visita.

Bumble, hombre gordo y de temperamento colérico, lejos de responder con cortesía a tan lisonjera acogida, principió a sacudir con furia el picaporte y concluyó por descargar sobre la verja una patada terrible.

—¡Cómo! ¿Pero es posible? —gritó la señora Mann, saliendo presurosa a abrir en cuanto supo que los tres prisioneros habían sido sacados de la carbonera—. ¡Quién había de pensarlo! ¡Estos queridos niños hacen que por su causa lo olvide todo! ¡Ni se me ocurrió siquiera que la verja pudiera estar cerrada por dentro! Entre usted, señor Bumble, entre usted... tenga la bondad. Aunque a la invitación acompañaban cortesías bastantes para ablandar a un guarda cantón, no parece que hicieron mucha impresión en el bedel.

—¿Le parece a usted, señora Mann, que su conducta tiene nada de respetuoso ni de conveniente? —preguntó el señor Bumble con expresión

airada y oprimiendo con fuerza el puño de su bastón—. ¿Le parece a usted correcto tener esperando en la puerta del jardín a los funcionarios de la parroquia cuando en cumplimiento de su deber vienen a visitar a los huérfanos? ¿Olvida usted, señora Mann, que es dependiente de la parroquia, asalariada de la parroquia?

—No puedo olvidarlo, señor Bumble —contestó con humildad la señora Mann—. Ignorando que la verja estuviera cerrada, fui a llamar a uno o dos de los pobrecitos niños, que tanto le quieren, para decirles que había llegado usted.

El señor Bumble, muy pagado de sus dotes oratorias y de su importancia, como había ya dado pruebas de las primeras y vindicado la segunda, resolvió amansarse, y dijo:

—Está bien, señora Mann. Es Posible que su falta no sea tan grave como parece. Entremos. Asuntos serios me traen aquí, y necesitamos hablar. La señora Mann introdujo al bedel en un recibimiento de reducidas dimensiones y pavimento de ladrillo, acercó presurosa una silla y, tomando oficiosamente de manos del visitante su tricornio y su bastón, los colocó encima de una mesa. El señor Bumble secó el sudor que corría por su frente, miró su sombrero, y sonrió; sí, sonrió, aunque parezca extraño, que también los bedeles son hombres, y como tales pueden sonreír como sonrío un simple mortal.

—Sentiría que le ofendiera lo que voy a decirle —dijo la señora Mann, con seductora dulzura—. Ha hecho una caminata larga para que no se sienta un poquito fatigado; de no ser por esa consideración, no me atrevería a invitarle a tomar alguna cosita.

—¡Nada, nada absolutamente! —contestó el señor Bumble, accionando con dignidad, bien que con placidez de rostro.

—Me atrevo a abrigar la esperanza —replicó la señora Mann, a cuyos ojos perspicaces no había pasado inadvertido el tono de la negativa ni el gesto que la acompañó— de que no rehusará unas gotitas mezcladas con un poco de agua fresca bien azucarada.

El señor Bumble se dignó toser.

—¡Si no es nada lo que le ofrezco! —insistió la señora Mann con acento persuasivo.

—Veamos de que se trata —contestó el bedel.

—Siempre procuro tener en casa alguna cosilla para mezclarla con el jarabe que doy a esos queridos niños en sus indisposiciones, señor Bumble —dijo la señora Mann, al tiempo que abría una alacena y sacaba de ella una botella y un vaso—. Es ginebra... No quiero engañarle a usted.

—¿Y da usted jarabe y ginebra a los niños, señora Mann? —preguntó el bedel, siguiendo con los ojos la interesante operación de la mezcla.

—¡Pobrecitos míos! Caro me cuesta, es verdad; pero no puedo verlos sufrir. ¡Me partiría el alma!

—¡Lo creo, señora Mann, lo creo! Es usted una buena mujer —contestó el bedel, tomando el vaso—. He de aprovechar la primera oportunidad para recomendarla a la junta —añadió, levantando el vaso—. Es usted una madre cariñosa para esos pobrecitos niños, y bebo de todo corazón a su salud, señora —terminó, envasando entre pecho y espalda la mitad del contenido del vaso—. Hablemos ahora del asunto que aquí me trae —prosiguió, sacando del bolsillo una cartera de cuero—. Hoy cumple nueve años el niño a quien pusimos en el bautismo el nombre de Oliver Twist...

—¡Querido niño!... —interrumpió la señora Mann, llevando a su ojo izquierdo la punta de su delantal.

—Y no obstante haber sido ofrecido un premio de diez libras esterlinas, que luego se ha elevado hasta doce; no obstante los esfuerzos increíbles, estoy por decir sobrenaturales, hechos por la parroquia, no ha sido posible averiguar quién es su padre, o cuál era la naturaleza, nombre y condición de su madre.

La señora Mann alzó los brazos al cielo en señal de asombro, y dijo al cabo de algunos momentos de reflexión:

—¿Cómo es, pues, que ese niño tiene apellido?

El bedel, irguiéndose en la silla con aire de orgullo, contestó:

—Lo inventé yo.

—¡Usted, señor Bumble!

—Yo, señora Mann. Ponemos apellidos a los niños expósitos ateniéndonos siempre a un riguroso orden alfabético. El último a quien correspondió la letra S, recibió el apellido de Swuble; a Oliver le correspondía la T, y le llamé Twist. El siguiente se llamará Unwin, y Wilkent el que le siga. Tengo apellidos preparados desde el principio hasta el final del alfabeto, y cuando llegue a la Z, volveré a comenzar.

—¡Qué sabio es usted, señor!

—¡Psch! ¡Un poquito, señora Mann, un poquito! —contestó el bedel, a quien agradó el cumplido.

Apuró el resto de la ginebra, y prosiguió así:

—En atención a que Oliver es ya demasiado crecido para continuar aquí, la Junta ha resuelto que vuelva al asilo. He venido a buscarle en persona; así

que me hará el favor de presentármelo al instante.

—¡Volando! —exclamó la señora Mann saliendo de la habitación.

Oliver, a quien durante este tiempo habían lavado la cara y manos, y adecentado un poco el ennegrecido traje, no tardó en ser presentado por su cariñosa protectora.

—Inclínate ante este caballero, Oliver —dijo la señora Mann.

El niño hizo una reverencia, que correspondió por partes iguales al bedel, sentado en la silla, y al tricornio, colocado sobre la mesa.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó el bedel con entonación majestuosa.

A punto estaba de contestar el niño que nada deseaba tanto como marcharse con quienquiera que fuese, cuando, alzando los ojos, acertó a ver una mirada de la señora Mann, la cual, puesta en pie detrás de la silla del bedel, tenía enarbolado un puño que agitaba con furia. El niño comprendió a las primeras de cambio el lenguaje mímico, no porque le hubieran enseñado esa ciencia, sino porque las relaciones de su cuerpo con aquel puño habían sido muy frecuentes y muy estrechas, y, como es natural, lo conservaba profundamente grabado en su memoria.

—¿Vendrá conmigo la señora? —se apresuró a preguntar el cuitado.

—No —contestó el señor Bumble—; pero te hará alguna que otra visita.

Tuvo el niño criterio bastante para fingir una pesadumbre que no sentía por su marcha, aunque, a decir verdad, no vio en ella una perspectiva de felicidad completa y absoluta. Tampoco tuvo que esforzarse mucho para verter algunas lágrimas, toda vez que la paliza recientemente recibida y el hambre, son poderosos auxiliares cuando se sienten deseos de llorar. Oliver, pues, lloró con naturalidad asombrosa. Dióle la señora Mann mil abrazos y algo que fue más sustancioso que los abrazos: una rebanada de pan con manteca, a fin de que no diera señales de hambre excesiva a su llegada al hospicio. Con el pedazo de pan en la mano y la gorrilla de paño pardo en la cabeza, salió el desdichado Oliver, siguiendo al señor Bumble, de aquella casa espantosa en la que nunca una palabra o una mirada cariñosa habían venido a iluminar las negruras de sus años de niñez.

Esto no obstante, subieron los sollozos a su garganta cuando la puerta del jardín se cerró tras él. Por miserables que fueran los compañeros de infortunio que dejaba, eran los únicos amigos que había conocido, y la percepción de su soledad en el mundo penetró por primera vez en el tierno corazón del niño. Caminaba el señor Bumble muy deprisa, y el pobre Oliver trotaba a su lado asido con fuerza a su bocamanga galoneada. Cada cuarto de milla que

recorrían le preguntaba si llegarían pronto. El señor Bumble contestaba siempre con sequedad y dureza, pues la influencia bienhechora que en su carácter operara el refresco se había evaporado, y volvía a ser el estirado bedel.

Un cuarto de hora apenas habría transcurrido desde que Oliver penetrara en el recinto del hospicio y no había hecho más que acabar de triturar entre sus dientes el segundo bocado de pan, cuando el señor Bumble, que al entrar le había confiado a los cuidados de una vieja, volvió para decirle que era noche de junta y que ésta le mandaba que se presentara ante ella.

Como el pobre Oliver no tenía noción exacta de lo que era una junta, quedó admirado al oír la noticia y sin saber con precisión si debía reír o llorar. Verdad es que no le concedió mucho tiempo para hacer grandes reflexiones el señor Bumble, quien le dio con el bastón, un golpecito en la cabeza para indicarle que se levantase, y otro en la espalda para despertar el movimiento de sus piernas, mandándole a continuación que le siguiese y conduciéndole a una habitación blanqueada de grandes proporciones, donde se hallaban sentados alrededor de una mesa ocho o diez señores muy gruesos, presididos por otro de mayor corpulencia y de cara redonda y colorada, que ocupaba un sillón más elevado que los de los demás.

—Saluda a la Junta —dijo Bumble.

Secó Oliver dos o tres lágrimas que rodaban por sus mejillas, y saludó.

—¿Cómo te llamas, niño? —preguntó el señor del abdomen más desarrollado.

La vista de tantos caballeros intimidó a Oliver, de quien se apoderó un temblor que le privó del uso de la palabra; pero a bien que allí estaba el señor Bumble para soltarle la lengua. Aplicóle un golpe en la espalda que le hizo llorar, y el miedo a las caricias del bedel, y el miedo a los señores de la junta, fueron acicates que obligaron al niño a responder, bien que con voz temblorosa. Uno de aquellos señores, que llevaba chaleco blanco, dijo a Oliver que era un imbécil, el más excelente medio para animarle y tranquilizarle.

—¡Niño! —dijo el señor del alto sillón—. Escúchame: supongo sabrás que eres huérfano.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó el infeliz Oliver.

—Este chico es idiota... lo habría jurado en cuanto le vi —exclamó el del chaleco blanco.

—¡Silencio! —dijo el que había hablado primero—. Sabes que no tienes padre ni madre, y que te ha criado la parroquia, ¿no es cierto?

—Sí, señor —respondió Oliver llorando amargamente.

—¿Por qué lloras? —preguntó admirado el del chaleco blanco.

Cosa extraordinaria, en verdad; ¿por qué había de llorar el mimado de la fortuna?

—Supongo que rezas todas las noches —observó otro de aquellos señores con tono gruñón—, y que ruegas por los que te alimentan y cuidan de ti, como buen cristiano que sin duda eres, ¿no?

—Sí, señor —balbuceó el niño.

Sin darse cuenta, el que acababa de hablar había dicho una gran verdad. Hubiera sido muy de cristiano, pero de cristiano excepcionalmente perfecto, rezar por los que alimentaban y cuidaban de Oliver. Este, sin embargo, no lo hacía, sencillamente porque nadie le había enseñado a rezar.

—Muy bien —repuso el señor de cara extracolorada, el del alto sillón—. Te hemos traído aquí para que recibas una educación conveniente y aprendas un oficio útil.

—Así, pues, mañana a las seis comenzarás a recoger leña —añadió el del chaleco blanco.

La combinación feliz de los dos beneficios que a Oliver se concedían, la educación y la enseñanza de un oficio útil, en una operación tan sencilla como la de recoger leña, bien acreedora era al agradecimiento más profundo. El niño hizo a la junta una reverencia profundísima, obedeciendo órdenes del bedel, y salió conducido por el mismo guía a una gran sala, donde se le permitió pasar la noche sollozando o riendo, como quisiera, tendido sobre una cama dura como un guijarro. ¡Ejemplo notabilísimo de la dulzura de los reglamentos de nuestra cariñosa Inglaterra! ¡Permiten dormir a los pobres! ¡Desventurado Oliver! Lejos estaba de pensar, mientras dormía en la dichosa ignorancia de lo que alrededor suyo pasaba, que aquel día mismo había tomado la junta una resolución que debía ejercer una influencia material inmensa en sus destinos futuros. El acuerdo estaba adoptado y era el siguiente: Los miembros de la junta eran varones eminentemente sabios, eminentemente profundos y eminentemente filósofos, y como consecuencia, al fijar su atención en el hospicio, no pudieron menos de ver lo que espíritus superficiales nunca hubieran sospechado: ¡Los pobres huerfanitos tenían cariño a la casa! El hospicio venía a ser para ellos un lugar de recreo, una fonda donde no tenían que pagar; un almuerzo, comida, merienda y cenas gratis asegurado para todo el año, un lugar encantador, un cielo de mampostería donde todo el mundo se divertía y nadie trabajaba.

—¡Se acabó! —dijo la junta, como quien ha resuelto un gran problema—. Nosotros pondremos las cosas en su punto, haremos que cese el abuso, y lo haremos enseguida.

Y, en efecto, a reflexión tan cuerda, siguió el acuerdo, que vino a ser principio fundamental en la Casa: todo huérfano podía elegir libremente (a nadie se obligaba, téngase esto muy presente) entre morirse de hambre poco a poco y por grados, si permanecía en el hospicio, o rápidamente y de una vez saliendo de él.

Con ese objeto a la vista, contrataron con la administración de aguas cantidad ilimitada de este precioso líquido, y con un contratista de trigo, el suministro periódico de cantidades insignificantes de harina de avena. Hecho esto, señalaron a cada huérfano tres ligeras raciones al día de gachas muy claras, a las que se añadiría una cebolla dos veces por semana y medio panecillo los domingos. Con las mujeres, pues el establecimiento, a la par que hospicio era asilo, se tomaron así mismo otras disposiciones tan sabias como humanitarias, que no es necesario mencionar. La junta, llevando a extremos inconcebibles su bondad, acordó tomar a su cargo la obra de divorciar a los pobres casados, a fin de evitarles los gastos enormes y molestias de un proceso entablado ante el tribunal eclesiástico, y en vez de obligar al marido a sostener con su trabajo a la familia, le separaron de ella, convirtiéndolo en soltero.

Es incalculable el número de personas de todas las clases sociales que se hubieran aprovechado de esas dos ventajas, si no hubiesen ido aparejadas con la necesidad de ingresar en el establecimiento. Los miembros de la junta, hombres de gran talento y previsión, obviaron la dificultad. Para disfrutar de los beneficios era indispensable someterse al régimen de gachas, perspectiva que, como es natural, horripilaba a todos.

A los seis meses de la llegada de Oliver al hospicio-asilo, el nuevo sistema estaba en pleno vigor. Al principio ocasionó muchos gastos, pues hubo necesidad de pagar más al empresario de pompas fúnebres, así como también al sastre, quien hubo de estrechar los vestidos de todos los pupilos, cuyos cuerpos, adelgazados y reducidos a la condición de esqueletos vivos de milagro, después de una semana de alimentarse con gachas, daban a aquéllos aspecto de trajes vacíos ambulantes. En cambio, el número de pupilos disminuyó notablemente, y los señores de la Junta estaban sumamente contentos.

Comían los niños en una gran sala, en cuyo extremo veíase una descomunal caldera, junto a la cual, el jefe de cocina, cubierto con un delantal, repartía, ayudado por dos mujeres, las gachas a las horas de comer. Cada niño tomaba una escudilla llena de gachas, nunca más, salvo los días de grandes festejos públicos, en que se les daban, además, dos onzas y un cuarto de pan. No era necesario fregar las escudillas, pues los niños las limpiaban y hasta les sacaban brillo con sus cucharas; y una vez terminada esta operación, que nunca duraba mucho por ser las cucharas tan grandes como las escudillas, quedaban sentados mirando con avidez tal a la caldera, que demostraban hartos

elocuentemente el placer con que hubieran devorado hasta el cobre de que estaba hecha, y chupando al propio tiempo sus dedos a fin de no dejar en ellos ni un átomo de gachas.

Por regla general, los niños disfrutaban de un apetito excelente. Tres meses hacía que Oliver Twist y sus compañeros sufrían las torturas de una consunción lenta, y el hambre concluyó por extraviarlos hasta extremo tal, que un muchacho, ingresado ya muy talludito en el benéfico establecimiento, y no habituado a semejante régimen alimenticio (su padre había sido dueño de una modesta casa de comidas antes de dejarle huérfano), dijo un día a sus compañeros que, si no le daban otra escudilla de gachas per diem, además de la reglamentaria, era más que probable que acabase por devorar alguna noche al niño que ocupaba la cama inmediata a la suya que acertaba a ser muy corto en años y más corto todavía en fuerzas.

Como al hablar de esta suerte, miraba con hosquedad a sus compañeros, creyéronle éstos. Celebraron junta, deliberaron, echáronse suertes para saber quién sería el que aquella misma noche, a la hora de cenar, pediría al jefe de cocina una ración más que la de costumbre, y la suerte designó a Oliver Twist. Llegada la hora, los muchachos ocuparon sus puestos. El jefe de cocina, embutido en su delantal, se colocó al lado de la caldera. Los asilados se pusieron en fila; fue servida y consumida la ración y se dieron gracias. La cena estaba terminada; pero los chicos comenzaron a cuchichear entre sí, hicieron guiños y señas a Oliver, y los que estaban más cerca de éste le empujaron disimuladamente con el codo. Oliver, aunque niño, sentía el acicate del hambre; el exceso de miseria le había exasperado; y dejando su puesto, resuelto a todo, bien que un poquito asustado ante su propia temeridad, se adelantó hacia el jefe de cocina, llevando la escudilla en una mano y la cuchara en la otra.

—Tengo hambre, señor; hágame el favor de darme un poco más —dijo.

Grueso y coloradote era el jefe de cocina; pero la sorpresa le dejó pálido. En su estupefacción, mantuvo clavadas sus miradas atónitas sobre el pequeño rebelde por espacio de buen número de segundos. Las mujeres que le ayudaban dirigíanse miradas de estupor; los niños temblaban de espanto.

—¿Qué dices? —preguntó al fin el jefe de cocina, con voz débil.

—Que tengo hambre, señor; que necesito más.

El jefe de cocina tiró el cucharón la cabeza del muchacho, agarró éste entre sus brazos y llamó a grito herido al bedel.

Estaba la junta reunida en sesión solemne, cuando penetró en el salón el señor Bumble, presa de una excitación terrible, y, dirigiéndose al presidente, dijo:

—¡Perdóneme el señor Limbkins si le interrumpo! ¡Oliver Twist ha pedido más ración!

Estupefacción general; expresión de horror en todos los semblantes.

—¿Que ha pedido más? —contestó el señor Limbkins—. Tranquilícese usted, señor Bumble, y contésteme con claridad. ¿Significan sus palabras que pidió más después de recibir la ración señalada por el reglamento?

—Sí, señor —respondió Bumble.

—Ese niño morirá en la horca —dijo el miembro del chaleco blanco—. Aseguro que ese niño ha de morir ahorcado.

A nadie se le ocurrió contradecir la opinión profética de aquel caballero. Sobrevino una discusión acalorada. Oliver fue recluso inmediatamente en el calabozo del establecimiento, y a la mañana siguiente, un anuncio, pegado a la puerta exterior del edificio, ofrecía cinco libras esterlinas de premio al que quisiera librar a la parroquia de la persona de Oliver Twist. Más claro: el anuncio ofrecía cinco libras, juntamente con la persona de Oliver, a todo hombre o mujer que necesitara un aprendiz para cualquier oficio, industria o empleo.

—Si en mi vida he estado alguna vez convencido de una cosa, es ahora —decía el caballero del chaleco blanco al día siguiente, al llegar al hospicio y ver el anuncio pegado en su puerta. Estoy convencido, firmemente convencido, de que ese niño ha de morir ahorcado.

Como quiera que en el curso de esta historia me propongo dar a conocer si se cumplió o no el vaticinio del caballero del chaleco blanco, sería despojar a esta narración de todo interés, suponiendo que alguno tenga, insinuar aquí si Oliver Twist tuvo fin tan desastroso.

Capítulo III

Trata de cómo Oliver estuvo a punto de obtener una colocación que no hubiera sido canónica

Los ocho días que siguieron a la comisión del horrendo e impío crimen de pedir doble ración se los pasó Oliver recluso en el calabozo oscuro y solitario donde le arrojaban la misericordia y la sabiduría de la junta Administrativa. No es preciso ser muy lince para comprender que si el niño hubiera acogido con el respeto que merecía la predicción del caballero del chaleco blanco, la hubiese dado confirmación plena, de una vez y para siempre, sin más que atar una de las puntas de su pañuelo a una escarpia de la pared, y colgarse él de la

otra. Tropezaba, empero, este proyecto con un obstáculo, y es que, siendo los pañuelos de bolsillo objetos de lujo, la junta, en virtud de una orden firmada, revisada y sellada por todos los que la componían, había dispuesto, terminantemente y para siempre, que jamás pañuelo de bolsillo trabase relaciones con nariz de pobre. Existía también otro obstáculo, de mayor importancia todavía que el explicado: la tierna edad de Oliver. Dejó, pues, al tiempo el cargo de dar o no cumplimiento a la profecía, y se contentó con llorar amargamente un día y otro día. Cuando llegaban las interminables y tristes horas de la noche, cubríase los ojos con las manos a fin de no ver las tinieblas, y agazapándose en un rincón, procuraba conciliar el sueño. Con frecuencia despertaba sobresaltado y tiritando de frío, y se pegaba a la helada y dura pared del calabozo, como buscando en ella protección contra las tinieblas y soledad en que yacía.

Se engañarían grandemente los enemigos del «Sistema» si supieran que durante su cautiverio fueran negados a Oliver el placer del ejercicio, las ventajas de la sociedad ni las dulzuras de los consuelos religiosos. En cuanto a lo primero, como el tiempo era hermoso y frío, se daba permiso al niño para que todas las mañanas hiciera sus abluciones al aire libre, colocándose bajo el chorro de una fuente que en el centro del patio había. ¿Que corría peligro de acatarrarse o de contraer una pulmonía? ¡Error! El señor Bumble, ante cuyos ojos tenía lugar la operación, se encargaba de evitar enfriamientos y de acelerar la circulación de la sangre propinando al muchacho frecuentes bastonazos. En cuanto a los encantos de la sociedad, todos los días le conducían al refectorio donde comían los niños, y le administraban una buena azotaina para que sirviera de saludable ejemplo y fuera edificación de los demás. Por lo que respecta a los consuelos religiosos, todas las noches se le hacía entrar a puntapiés en la sala, llegada la hora de rezar, y se le permitía escuchar, para consuelo de su alma, la oración de sus compañeros, a la que la junta había añadido una cláusula especial, que recomendaba la virtud, la docilidad y la obediencia, para librarse de los pecados y vicios de Oliver Twist, a quien la plegaria colocaba bajo la protección y amparo de los espíritus de las Tinieblas, y de quien decía que era horrenda muestra de los productos fabricados por el mismo Satanás.

Una mañana, mientras los asuntos de Oliver Twist tomaban un curso tan poco favorable y ventajoso, aconteció que un tal Gamfield, deshollinador de oficio, pasó por la calle poniendo en tortura su imaginación para excogitar un medio que le permitiera pagar varios alquileres vencidos, por los cuales le estrechaba en extremo el casero. Muchas cuentas hizo el buen Gamfield; muchos cálculos; mas no le fue posible reunir, ni mentalmente siquiera, la suma de cinco libras esterlinas a que ascendían los alquileres. Presa de desesperación aritmética se golpeaba la frente y aporreaba alternativamente al burro cuando, al cruzar frente a la puerta del hospicio, sus ojos tropezaron con

el anuncio pegado a aquélla.

—¡So...! ¡So-o-o! —dijo Gamfield a su jumento.

El borrico, muy distraído a la sazón, pues probablemente se preguntaba si le regalarían con dos o tres tronchos de berza luego que hubiera llevado a su destino los dos sacos de sebo cargados en el carretón que arrastraba, sin hacer caso de la indicación de su amo, continuó su camino.

Gamfield lanzó a su burro una maldición de las más mal sonantes y, corriendo tras él, propinóle en la cabeza un golpe bastante fuerte para romper cualquier cráneo que el de un burro no fuera; agarró a continuación las riendas, aplicó otro porrazo a las quijadas del cuadrúpedo como para recordarle que no era dueño de sus actos, lo obligó a permanecer quieto, por vía de despedida le sacudió un segundo estacazo en la cabeza, a fin de que permaneciera tranquilo hasta su vuelta, y encaramándose en lo alto de la verja, leyó el anuncio pegado en la puerta del hospicio.

Estaba a la sazón a la puerta con las manos a la espalda el señor del chaleco blanco, tranquila la conciencia y libre su pecho del peso de los sentimientos humanitarios que vertiera en la junta. La pequeña disputa habida entre Gamfield y su burro, de que acababa de ser testigo, y el acto del hombre al acercarse a leer el anuncio, arrancáronle una sonrisa de satisfacción, pues desde el primer momento comprendió que Gamfield era el amo que Oliver necesitaba. También sonreía Gamfield a medida que recorría los renglones del anuncio, pues cinco libras era justamente la cantidad cuya falta tan apurado le traía, y en cuanto al chico de quien habría de encargarse, estando, como estaba, al tanto del régimen alimenticio del hospicio, bien se le alcanzaba que sería un ejemplar de cuerpo sutil, el más a propósito para meterse por el cañón de una estufa. Tornó a deletrear el anuncio de principio al fin, y luego, llevando respetuosamente la diestra al gorro de piel que cubría su cabeza, se acercó al caballero del chaleco blanco.

—¿Hay aquí un muchacho, señor, a quien la parroquia desea colocar de aprendiz? —preguntó Gamfield.

—Sí, buen hombre —contestó el del chaleco blanco, sonriendo con expresión benévola—. ¿Por qué lo pregunta usted?

—Porque si la parroquia desea que aprenda un oficio útil y agradable, el de deshollinador, por ejemplo, yo, que necesito un aprendiz, me encargaré de enseñárselo —dijo Gamfield.

—Entre usted —contestó el caballero del chaleco blanco.

Gamfield, no sin propinar antes a su borrico un estacazo en la cabeza y una puñada en las quijadas, a guisa de suave aviso para que no tuviera el capricho

de largarse durante su ausencia, siguió al del chaleco blanco a la sala donde Oliver había tenido el placer de verle por primera vez.

—El oficio es muy sucio —observó el señor Limbkins, luego que Gamfield hubo reiterado su pretensión.

—Se han dado casos en que han perecido niños en las chimeneas, ahogados por el humo —terció otro caballero de la junta.

—Eso ocurría cuando, para hacerlos bajar, mojaban la paja antes de prenderle fuego —replicó Gamfield—. La paja, en esas condiciones, produce mucho humo y ninguna llama, y se ha demostrado que el humo es la carabina de Ambrosio para nuestro objeto, pues no hace más que dormir al niño, que es precisamente lo que ellos desean. Los chicos son muy tercos, caballeros, muy holgazanes, y para obligarlos a bajar volando no hay remedio mejor que encender una buena llama. El remedio, señores, a la par que eficaz, es humanitario, pues por apurado que el niño se encuentre dentro del cañón de la chimenea, en cuanto siente que le tuestan las plantas de los pies, se desembaraza de todas las dificultades.

Esta explicación pareció divertir en extremo al señor del chaleco blanco, pero una mirada severa de Limbkins vino a verter un jarro de agua fría sobre su alegría. La junta procedió a deliberar por espacio de algunos minutos, pero con voz tan baja, que sólo de tanto en tanto se oían frases, parecidas a las siguientes: «Reducción de gastos...» «Economías...» «Hacer publicar un informe impreso» No fue la casualidad la que motivó que se oyeran esas frases y no otras, sino la circunstancia de que fueran repetidas con mucha frecuencia y con énfasis extraordinario.

Cesaron al fin los cuchicheos; y vueltos los miembros de la junta a sus respectivos sillones, el señor Limbkins dijo:

—Examinada su pretensión, hemos acordado no acceder a ella.

—La rechazamos en absoluto —añadió el del chaleco blanco.

—Decididamente y por unanimidad —dijeron otros.

Daba la pícara casualidad que el buen Gamfield había tenido la desgracia de que murieran en un lapso muy breve de tiempo tres o cuatro aprendices suyos, y como sabía que malas lenguas afirmaban que aquellas desgraciadas muertes habían sido consecuencia de otras tantas palizas propinadas por él, asaltóle la sospecha de que la junta, inspirándose en hablillas calumniosas, pudiera recelar que en la mayor o menor duración de la vida de sus aprendices influyera el sistema educativo con aquéllos empleado. No acertaba a comprender que los administradores del establecimiento rechazasen su pretensión; pero hombre de temperamento dulce, poco dispuesto a reñir una

batalla contra la voz pública hasta consentir que fueran rectificadas las especies calumniosas a las que me he referido, alejose lentamente y dando vueltas entre las manos a su gorra de pieles, y al llegar al umbral de la puerta preguntó:

—¿Conque no quieren cedérmelo, señores?

—No —contestó Limbkins—. En las condiciones señaladas en el anuncio, desde luego no. En atención a la suciedad del oficio, entendemos que procede disminuir el premio ofrecido.

Gamfield, cuyo rostro iluminó la alegría, se acercó de nuevo a la mesa y preguntó:

—¿Cuánto quieren darme, señores? Les suplico que sean compasivos con un pobre hombre como yo. ¿Cuánto me darán?

—Tres libras y diez chelines bastan y sobran —dijo Limbkins.

—Sobran en efecto; pues con tres libras estaría bien pagado —añadió el del chaleco blanco.

—¡Vaya, señores! —suplicó Gamfield—. ¡Pongan cuatro libras! ¡Cuatro libras, y se libran del muchacho en cuestión!

—Tres libras y diez chelines —repitió Limbkins con firmeza.

—Partamos la diferencia —insistió Gamfield—. Lo dejaremos en tres libras y quince chelines.

—Ni un penique más —replicó Limbkins con la misma decisión.

—¡Vaya, vaya! ¡Tonterías y ganas de perder tiempo! —exclamó el del chaleco blanco—. ¿No comprende usted que, aun tomándole sin premio, haría un buen negocio? ¡No sea usted tonto y lléveselo! Es precisamente el muchacho que le conviene. Algún correctivo necesita, es verdad; pero en cambio lo mantendrá usted con muy poca cosa, pues desde que nació, está acostumbrado a un régimen de parquedad extraordinaria. ¡Ja, ja, ja, ja!

Gamfield miró con aire socarrón a los miembros de la junta, y como observara la sonrisa que animaba los semblantes de todos, no quiso ser menos y sonrió también. El trato estaba hecho. Bumble recibió orden de presentar aquel mismo día a Oliver Twist, juntamente con el contrato de aprendizaje, ante el magistrado, que debía aprobar y firmar el acuerdo de la junta. Como resultado de esta determinación, Oliver fue sacado del calabozo, con gran sorpresa suya, que subió de punto al ver que le ponían camisa limpia. Apenas terminada esta operación a la que tan poco acostumbrado estaba, Bumble le sirvió, con sus propias manos, un enorme tazón de gachas, y a continuación, dos onzas y un cuarto de pan, ni más ni menos que si fuera día de fiesta.

Oliver, ante espectáculo tan inconcebible, rompió a llorar amargamente, creyendo, no sin fundamento, que la Junta había resuelto matarle con, algún objeto utilitario, y a ese efecto principiaban por engordarlo.

—No llores, Oliver —dijo Bumble con prosopopeya—. Come bien y alégrate. Vas a aprender un oficio.

—¡Un oficio, señor! —exclamó Oliver.

—Sí, Oliver, sí. ¡Los hombres generosos y caritativos que han sido para ti padres cariñosos, supliendo a los que tú no tienes, van a darte un oficio, van a lanzarte al mundo, a hacer de ti un hombre de provecho, aunque su generosidad cueste a la parroquia tres libras y diez chelines! ¡Tres libras y diez chelines... Oliver!... ¡Setenta chelines!... ¡Ciento cuarenta monedas de seis peniques!... ¡Y asómbrate! ¡Todo ello, por un miserable expósito a quien nadie quiere!

Detúvose el bedel para tomar aliento, después de pronunciado aquel discurso con tono doctoral. El muchacho sollozaba amargamente. Por sus mejillas corrían copiosas lágrimas.

—¡Vamos! —prosiguió Bumble con menos majestad, halagado sin duda su amor propio por la impresión producida por su elocuencia—. ¡Sosiégate, Oliver! Seca tus ojos con la manga de tu chaqueta y no viertas lágrimas sobre las gachas. ¡Es una tontería!

Lo era, en efecto, pues las gachas tenían agua sobrada.

Mientras se encaminaban a la casa del magistrado, Bumble manifestó a Oliver que todo lo que tenía que hacer se reducía a aparentar mucha alegría y contestar, cuando el caballero en cuestión le preguntara si deseaba aprender un oficio, que ése era su anhelo más ferviente. Instrucciones que Oliver prometió cumplir, tanto más cuanto que el buen señor Bumble le insinuó muy cariñosamente que, si faltaba a alguna de ellas, no respondía de lo que podría sucederle. Llegados al domicilio del magistrado, Oliver fue encerrado en un gabinetito, donde Bumble le mandó esperar hasta que volviera a recogerle. Media hora permaneció allí el niño, con el corazón palpitante de temor, al cabo de la cual, Bumble asomó la cabeza, desnuda del lujoso tricornio, y dijo en alta voz:

—Oliver, queridito mío, el señor magistrado te espera.

Bajando la voz, y clavando en el infeliz una mirada amenazadora, añadió.

—¡Cuidado con lo que te he dicho, granujilla!

Oliver, un poquito desconcertado, volvió sus inocentes ojos hacia el señor Bumble al oírse tratar en dos formas tan contradictorias, pero Bumble previno las observaciones que a este propósito pudiera hacerle el niño introduciéndole

bruscamente en la sala contigua, cuya puerta estaba abierta de par en par. Era una habitación espaciosa, provista de una gran ventana. Detrás de una mesa escritorio había dos señores ancianos con pelucas empolvadas, uno de los cuales leía un periódico, mientras el otro, con ayuda de unos quevedos montados en concha, recorría con la vista un pequeño pergamino que delante tenía. A un lado de la mesa, y de pie, estaba el señor Limbkins, y al otro Gamfield, cuya cara había lavado a medias. Dos o tres mocetones, con botas de montar, paseaban por la sala. Parece que el señor de las gafas se fue ensimismando poco a poco en la lectura del pergamino. Después que Oliver fue colocado delante de la mesa, continuó, aunque por breves momentos, el mutismo general.

—El niño, señor —anunció Bumble.

Alzó la cabeza el anciano que leía el periódico y tiró al de las gafas de la manga. El de las gafas salió de su ensimismamiento.

—¡Ah! ¿Es este el niño? —preguntó.

—Sí, señor —contestó Bumble—. Inclínate ante el señor magistrado, mi querido Oliver.

El afligido Oliver, haciendo acopio de valor, saludó lo mejor que pudo. Fijos sus ojos en la empolvada peluca de los magistrados, preguntábase mentalmente si eran hombres privilegiados que venían al mundo con aquella estopa blanca por cabellera, debiendo a ese hecho el derecho de ser magistrados.

—Muy bien —dijo el señor de las gafas—. Supongo que tendrá afición al oficio de deshollinador, ¿es verdad?

—Le encanta, señor —respondió Bumble, dando un soberbio pellizco a Oliver para indicarle que se guardara muy mucho de contradecirle.

—Es decir, que quiere ser deshollinador, ¿eh?

—Si se le diera cualquier otro oficio, se nos escaparía inmediatamente, señor —contestó Bumble.

—Y ese hombre... usted, ¿ha de ser su amo? —repuso el magistrado—. Le tratará usted bien, le dará alimentación suficiente, le cuidará, ¿no es cierto?

—Cuando hago una promesa, la cumplo —contestó Gamfield, saliéndose por la tangente.

—Habla usted con cierto tono de brusquedad, amigo mío, pero tiene aspecto de hombre honrado y franco —observó el anciano, dirigiendo sus anteojos al candidato al premio que acompañaba a la persona de Oliver. La justicia me obliga a decir que su rostro de villano reflejaba fuerte dosis de

crueldad; pero el magistrado estaba casi ciego y del todo chocho, circunstancias ambas que le impedían distinguir lo que saltaba a la vista de todos los demás.

—Tengo la presunción de creer lo que soy —contestó Gamfield, con sonrisa lúgubre.

—Y yo no dudo que lo es —dijo el magistrado, afianzando las gafas sobre la nariz y buscando el tintero.

En aquel momento crítico se decidía la suerte futura de Oliver. Si hubiera estado el tintero en el sitio en que creyó el anciano que estaría, éste hubiese mojado la pluma y firmado el acta que ponía al pobre muchacho en manos del deshollinador; pero quiso el destino que el tintero se hallase precisamente debajo de sus narices mientras el magistrado lo buscaba por todas partes sin verlo; quiso también el destino que en el curso de aquellas pesquisas alzase el buen anciano los ojos, y que éstos repararan en el semblante pálido y desencajado de Oliver Twist, quien, a pesar de las miradas tremebundas y de los dolorosos pellizcos de Bumble, contemplaba la cara repulsiva de su futuro amo con expresión de horror y de espanto harto visibles para que dejara de notarla hasta aquel magistrado medio ciego.

Quedó suspenso el caballero, y, dejando la pluma sobre la mesa, miró con fijeza a Limbkins, quien intentó disimular su turbación apelando a su cajita de rapé.

—¡Hijo mío! —exclamó el magistrado, inclinándose sobre la mesa.

Estremeciéndose Oliver al escuchar aquellas dos palabras. Harta disculpa merece su conducta, pues le fueron pronunciadas con acento de dulzura, y los sonidos desconocidos asustan siempre. El niño, temblando de pies a cabeza, rompió a llorar.

—¡Hijo mío! —repitió el magistrado—. Te veo pálido y como alarmado; ¿por qué?

—Sepárese usted del niño, bedel —dijo el otro magistrado, dejando el periódico y mirando con interés a Oliver—. Veamos, hijo mío —repuso—, ¿qué te pasa? ¿Por qué tienes miedo?

Oliver no pudo resistir más. Cayendo de rodillas, y juntando las manos en actitud suplicante, rogó a los magistrados que dispusieran que fuera encerrado de nuevo en el calabozo oscuro, donde se resignaría que le hicieran perecer de hambre, que le pegaran y azotaran, a que le mataran de una vez, siempre que no le pusieran en manos de aquel hombre que le horrorizaba.

—¡Bien! —exclamó Bumble, alzando los ojos y las manos al cielo con expresión de gran majestad—. ¡Muy bien, Oliver! ¡Embusteros astutos y

cínicos he visto en el mundo; pero jamás vi ejemplar tan archirrequetedescarado como tú!

—¡Cállese usted, bedel! —exclamó el segundo magistrado, luego que Bumble profirió el calificativo triplemente compuesto.

—Ruego a Su Señoría que me perdone —dijo Bumble, como no dando crédito a sus oídos—. ¿Es a mí a quien se dirige Vuestra Señoría?

—Sí. ¡Cállese usted!

La estupefacción dejó atortolado a Bumble. Imponer silencio a un bedel era cosa inaudita; una revolución moral.

Los dos magistrados cruzaron entre sí una mirada de inteligencia y a continuación, el de las gafas de concha, dejando el pergamino que en la mano tenía, dijo:

—Negamos nuestra sanción al acta.

—Espero —observó el señor Limbkins— que el testimonio sin pruebas ni valor de un niño no influirá en el ánimo de los señores magistrados en el sentido de hacerles formar opinión de que las autoridades del hospicio se han conducido mal.

—No somos los magistrados llamados a pronunciar la opinión que el asunto nos merezca —contestó con severidad el anciano del periódico—. Lleven nuevamente al niño al asilo, y trátene bien y con dulzura, que me parece que harto lo necesita.

Aquella misma tarde aseguraba el señor del chaleco blanco, de la manera más rotunda y categórica, no sólo que Oliver moriría ahorcado, sino también que su cuerpo, previamente descuartizado, adornaría los postes colocados para el objeto en los márgenes de los caminos reales. Bumble, encogiéndose de hombros con expresión sombría y misteriosa, dijo que sus deseos eran que el chico se enmendara y tuviera un buen fin, a lo que replicó el señor Gamfield que hubiera deseado llevarse al muchacho. Al día siguiente se hizo saber que Oliver Twist pasaba de nuevo a la condición de alquilable, y que sería entregado, juntamente con la prima de cinco libras esterlinas, a quien de él quisiera hacerse cargo.

Capítulo IV

Cómo Oliver consigue otra colocación que le introduce en el mundo

Las grandes familias, cuando no pueden proporcionar a un hijo ya crecido

una colocación ventajosa, sea a título posesorio o en virtud de derecho de sucesión, bien adjudicándole parte de los bienes patrimoniales, bien señalándole una renta, generalmente lo envían a la marina. El Consejo de Administración del hospicio, inspirándose en ejemplo tan saludable, deliberó sobre la conveniencia de embarcar cuanto antes a Oliver en cualquier buque mercante de poco porte que se hiciera a la vela para cualquier puerto insalubre, partido el más acertado que podían tomar, toda vez que era lo más probable que el capitán del mismo distrajera sus ocios zurrándole hasta matarle, o bien por vía de pasatiempo le rompieran la cabeza con una barra de hierro, recreos ambos muy del agrado de la gente de mar, según es público y notorio. Cuanto con mayor atención estudiaba el Consejo el asunto, desde el punto de vista indicado, mayores ventajas le encontraba, y al fin se acordó que el medio más acertado, el único, de asegurar de una vez el porvenir de Oliver, era embarcarlo sin dilación.

Comisionaron al señor Bumble para que practicara algunas diligencias preliminares encaminadas a encontrar un capitán cualquiera que necesitara para paje de escoba a un muchacho que estuviera solo en el mundo. El buen bedel, cumplido su cometido, volvía al hospicio para dar cuenta a la Junta del resultado de su misión, cuando tropezó en la puerta con el empresario de pompas fúnebres de la parroquia, el señor Sowerberry en persona. Era el señor Sowerberry un hombre alto y delgado, embutido en un traje negro muy raído, que completaban unas medias remendadas del mismo color que el traje y unos zapatos en armonía con el resto de la indumentaria. No ofrecía un semblante risueño por obra y gracia de la naturaleza; pero, esto, no obstante, era dado a la jocosidad y alegría. Al ver a Bumble, avivó el paso y le tendió cordialmente la diestra.

—Vengo de tomar las medidas de dos mujeres que emprendieron el viaje la noche pasada, señor Bumble —dijo el funerario.

—Usted hará fortuna, señor Sowerberry —contestó el bedel, metiendo el pulgar y el índice en la cajita de rapé del funerario, cajita que era reproducción en pequeño de un féretro de la invención de su propietario, convenientemente patentado—. Le digo que se hará rico —repitió el bedel, dándole con su bastón un golpecito amistoso en la espalda.

—¿Lo cree usted así? —preguntó el funerario, con tono que medio admitía medio ponía en duda la exactitud del pronóstico—. Los precios señalados por la Administración del hospicio son excesivamente pequeños, señor Bumble.

—También lo son sus ataúdes, señor Sowerberry —replicó el bedel dando a sus palabras la migajita de tonillo zumbón compatible con la dignidad de un funcionario de su importancia.

El señor Sowerberry, a quien encantó, como no podía menos, la agudeza,

rompió a reír a carcajadas, que se prolongaron durante largo rato.

—Le diré a usted, señor Bumble —contestó, cuando la hilaridad le permitió articular palabra—, que no puede negarse que, desde que implantaron el nuevo sistema alimenticio, los ataúdes son más estrechos y menos profundos de lo que solían ser; pero justo es que el que trabaja obtenga algún beneficio; la madera seca cuesta cara, y las abrazaderas de hierro vienen de Birmingham por el Canal.

—¡Bien, bien! —exclamó Bumble—. No hay oficio que no tenga sus inconvenientes, y como compensación, justo es que dejen buenos rendimientos cuando salen bien.

—¡Y que lo diga usted! Poco gano en cada artículo en particular; pero saco mis bonitas ganancias del conjunto; ¿no le parece a usted que nada más natural?

—Claro que sí.

—Debo decir, no obstante —repuso el funerario, reanudando el hilo de la conversación que el bedel había interrumpido—, que he de luchar contra una desventaja de consideración, y es, que los más robustos, son los primeros que estiran la pata. Quiero decir, que precisamente los que gozan de salud más perfecta, los que han vivido vida regalada y pagando contribuciones muchos años, son los que primero mueren en cuanto entran en el establecimiento. Comprenderá usted, señor Bumble, que tres o cuatro pulgadas de exceso sobre los cálculos hechos, representan en los beneficios una merma de importancia, sobre todo, cuando uno tiene una familia a la que mantener.

Como Sowerberry dijera estas palabras con el acento indignado propio de quien tiene motivos sobrados para quejarse, y Bumble le viera en camino de hacer reflexiones que dejaran malparado el honor de la parroquia, creyó oportuno variar de conversación. Oliver Twist, cuya persona llenaba por completo su mente, le deparó un tema nuevo.

—¡A propósito! —dijo—. ¿Conoce usted por casualidad a alguien que necesite un aprendiz? Se trata de un muchacho que pesa enormemente... más todavía; que es un dogal ajustado a la garganta de la parroquia. Condiciones ventajosísimas, señor Sowerberry, ventajosísimas.

Mientras hablaba, Bumble llevó la contera del bastón al anuncio que ya conocemos, y dio tres golpecitos sobre las sugestivas palabras, «cinco libras esterlinas» impresas con letras mayúsculas de tamaño gigantesco.

—¡Que Dios me asista si no era ése precisamente el asunto de que deseaba hablarle! —exclamó el funerario, cogiendo a Bumble por la solapa galoneada de su levita—. Usted sabe... ¡pero qué hermosos botones luce usted, señor

Bumble! ¡No me había fijado hasta este instante en ellos!

—Sí... no están del todo mal —contestó el bedel, contemplando con orgullo los grandes botones de cobre que adornaban su levita—. El dibujo es el mismo que el del sello de la parroquia: El buen Samaritano curando al viandante herido. El Consejo me hizo este regalo el día de Año Nuevo, y recuerdo que lo estrené para asistir a las indagatorias practicadas con motivo de la muerte de un mercader sin recursos que falleció cierta noche junto a una puerta.

—Lo recuerdo. De las indagatorias resultó que había muerto de hambre y de frío, ¿no es verdad?

Bumble contestó con una señal afirmativa.

—Y si no me equivoco, terminaba el informe haciendo constar terminantemente que el oficial de socorros...

—¡Disparate! —interrumpió Bumble—. ¡Arreglado estaría el Consejo si fuera a hacer caso de las majaderías de esos jurados ignorantes!

—Es verdad —asintió el funerario.

—Los jurados —prosiguió Bumble oprimiendo nervioso su bastón, lo que era en él indicio cierto de extraordinaria iracundia—, los componen hombres sin educación, ignorantes, vulgares, serviles y rastreros.

—También eso es verdad.

—Toda su filosofía, toda su economía política, no vale lo que esto —añadió Bumble escupiendo al suelo.

—No vale tanto —asintió el funerario.

—¡Me dan náuseas! —gritó el bedel, cuya furia subía de punto por momentos.

—¡Y a mí, y a mí!

—¡Quisiera tener a todos esos jurados por espacio de una semanita o dos en nuestro asilo! ¡Ya se encargarían de bajarles los humos los reglamentos y disposiciones de la junta y el régimen alimenticio a que se les sometería!

—¡Seguro, seguro! Pero dejémosles ahora —contestó el funerario, con sonrisa encaminada a calmar la embravecida cólera del funcionario parroquial.

Bumble se quitó el galoneado tricornio, sacó del interior de su copa un pañuelo con el que secó el copioso sudor que la explosión de furia hacía correr por su frente, encasquetóse de nuevo el sombrero y volviéndose al funerario le dijo con más calma:

—Vamos a ver, ¿qué hacemos del muchacho?

—¡Oh! —exclamó el funerario—. Sabe usted perfectamente, señor Bumble, que yo pago sumas de consideración para los pobres.

—¡Hum! —murmuró el bedel—. ¿Y qué?

—Soy de opinión señor Bumble, que si pago sumas de consideración para los pobres, me asiste el derecho de explotarlos en la medida que me sea posible; y, por tanto... por tanto... se me figura que el muchacho me convendría.

El señor Bumble, sin contestar siquiera, agarró por un brazo al funerario y le hizo entrar en el asilo. Al cabo de cinco minutos de conferencia entre el funerario y la junta quedó convenido que Oliver entraría en la casa del primero aquella misma tarde por inclinación, frase que tratándose de aprendices del hospicio significaba que, si al cabo de breve periodo de prueba, veía el dueño que del muchacho podía sacar buen partido sin necesidad de darle mucho alimento, dueño era de retenerlo a su lado durante un número determinado de años, con facultades plenas para hacer de él y con él lo que le viniera en gana. Cuando aquella misma tarde fue conducido Oliver a presencia del Consejo de Administración, y le comunicó éste que iba a entrar inmediatamente, como aprendiz en la casa de un fabricante de ataúdes, haciéndole al propio tiempo presente que si se quejaba de su colocación, no volvía jamás a ingresar en el establecimiento, lo embarcarían para que se ahogara o le rompieran la cabeza a palos, fue tan nula la emoción de que el muchacho dio pruebas, que todos de común acuerdo lo calificaron de pillete sin corazón y ordenaron a Bumble que lo quitase de su presencia cuanto antes.

Aunque es muy natural que la junta, con doble motivo que nadie en el mundo, experimentara asombro y horror virtuosos ante la muestra más liviana de carencia de sensibilidad, es el caso que en la ocasión presente se equivocó de medio a medio. La verdad era que Oliver, lejos de adolecer de falta de sensibilidad, la poseía en grado máximo, aunque los malos tratos le habían puesto en camino de permanecer durante toda su vida en un estado de estupidez brutal y de idiotismo lamentable. Escuchó la noticia de su nuevo destino sin despegar los labios, y hecho su equipaje, operación por cierto poco costosa y de transporte sencillo, pues se reducía a un paquetito de papel de medio pie cuadrado por unas tres pulgadas de fondo, se encasquetó bien la gorra y siguió al excelso dignatario que debía conducirlo a su nuevo teatro de torturas.

Largo rato caminaron juntos sin que Bumble se dignara dirigir una palabra ni una mirada al muchacho, sin duda porque ponía todo su pensamiento en llevar la cabeza muy erguida, cual cuadra a un buen bedel. El viento soplaba con violencia, agitando los faldones de la levita de Bumble, los que, más

compasivos que los hombres, envolvieron al huérfano a la par que dejaron a descubierto el chaleco y los calzones de paño amarillento que completaban la indumentaria de aquél.

Próximos a llegar a la casa del funerario, Bumble se dignó bajar los ojos para cerciorarse de si el muchacho estaba presentable, lo que hizo con aires de benévolo protector.

—¡Oliver! —llamó Bumble.

—¡Señor! —respondió con voz débil y temblorosa el niño.

—Alce el caballerito esa gorra que le cubre los ojos y levante la cabeza.

Obedeció al instante Oliver y se pasó con ligereza el dorso de la mano que tenía libre por los ojos, no obstante lo cual, quedó una lágrima temblando en el extremo de sus pestañas cuando dirigió la vista a su conductor, lágrima que se desprendió y rodó lentamente por sus mejillas al conjuro de la mirada severísima que le dirigió el bedel. A la primera lágrima siguió la segunda, y a ésta otra y otra. Quiso el infeliz dominarse, pero en vano. Al fin, soltó la levita del bedel, y tapándose la cara con entrambas manos, comenzó a verter torrentes de lágrimas que corrían a lo largo de sus descarnados dedos.

—¡Bien! ¡Pero que muy bien! —exclamó Bumble, cesando bruscamente de andar y posando en el huérfano una mirada de malignidad infinita—. De todos los muchachos ingratos y viciosos que jamás he conocido, eres, Oliver, el más...

—¡No!... ¡No, señor! —articuló Oliver entre sollozos, aferrándose a la mano que empuñaba el famoso bastón.

—¡Yo seré bueno... sí... quiero serlo... y dócil y obediente también... sí, señor... ¡Soy un niño, señor... muy niño... y me veo tan... tan...!

—¿Tan qué? —inquirió Bumble admirado.

—¡Tan solo, señor! ¡Tan abandonado! ¡Todo el mundo me detesta!... ¡Oh, no se enfade conmigo, señor, se lo suplico!

El niño sin ventura se golpeaba el pecho mientras hablaba, y miraba con expresión de angustia al bedel a través de una cortina de lágrimas. Por algunos segundos permaneció Bumble contemplando el aspecto triste y lastimoso de Oliver; tres o cuatro veces tosió con estrépito; y al fin, murmurando entre dientes algunas palabras acerca de aquella «importuna tos», mandó a Oliver que se enjugase las lágrimas y que fuera buen chico. Seguidamente volvió a tomarle de la mano y siguió su camino en silencio. Acababa el fabricante de ataúdes de cerrar la tienda y se disponía a hacer algunos asientos en su libro diario a la luz de una mala vela, cuando se presentó Bumble.

—¡Ah! —exclamó alzando la cabeza y soltando la pluma, sin importarle dejar incompleta la palabra que estaba escribiendo—. ¿Es usted, señor Bumble?

—El mismo, señor Sowerberry —contestó el bedel—. Le traigo al muchacho.

Oliver hizo una reverencia.

—¡Ah! ¿Este es el muchacho? —preguntó el funerario, acercando la vela a la cara de Oliver para examinarle mejor—. ¡Ven un momento, querida, hazme el favor!

De un cuartito pequeño de la trastienda salió la señora del funerario a la que iban dirigidas las últimas palabras de aquél. Era una mujer alta y enjuta, de cara de arpía.

—Querida mía —dijo con deferencia exquisita el funerario—, te presento al muchacho del hospicio de quien te he hablado.

Oliver se inclinó de nuevo.

—¡Cielo santo, y qué flaco está! —exclamó la mujer.

—No es muy robusto, en efecto —contestó Bumble, dirigiendo al niño una mirada torva, como haciéndole responsable de no estar más gordo—. Pero él engordará... él engordará.

—No lo dudo —replicó con petulancia la mujer—; pero será gracias a nuestra comida y bebida. ¿Qué ventajas reportan estos niños del hospicio? Ninguna. Gastan más de lo que valen. Yo creo que se les debería dejar abandonados; pero, en fin, hay que pasar por lo que quieren los hombres, empeñados en sostener que saben del mundo más que nosotras... ¡Vaya! ¡Vete abajo, saquito de huesos!

Diciendo y haciendo, abrió una puerta y empujó a Oliver por una escalera al pie de la cual había un sótano reducido, oscuro y húmedo especie de antesala de la carbonera y llamado pomposamente «la cocina», donde había una muchacha sucia y astrosa, descalza y ostentando unas medias azules llenas de zurcidos y agujeros.

—Mira, Carlota —dijo la mujer del funerario, que había seguido a Oliver—; da a este muchacho los restos que se dejaron para Trip. No se le ha visto desde esta mañana, y muy bien podrá pasarse sin ellos. Supongo que no te vendrán mal, ¿eh?

Oliver, cuyos ojos lanzaron destellos de alegría al oír hablar de comida, y que temblaba de ansiedad a la idea sola de trasladarla a su desfallecido estómago, contestó, como es natural, que no, y entonces le pusieron delante un

plato de nauseabundas sobras. ¡Ojalá uno de esos filósofos orondos y bien alimentados, uno de esos filósofos de sangre de hielo y de corazón de diamante, cuyos estómagos transforman en bilis y en hiel la carne y el vino que ingieren, hubiera visto a Oliver cuando se arrojó sobre aquellos restos que el perro había desdeñado! ¡Ojalá hubiese tenido ocasión de contemplar la horrible avidez, la ferocidad canina con que los devoró! ¡Deseara yo muy de veras proporcionar ese espectáculo al filósofo, aunque a decir verdad, hubiese preferido otra cosa: hubiese preferido ver al filósofo devorando aquellas piltrafas asquerosas, y devorándolas con la furia misma con que las devoraba el desventurado huérfano!

—¡Vaya! —exclamó la mujer del funerario, luego que Oliver hubo dado fin a la comida, operación que contempló aquella con horror silencioso y haciendo presagios espantosos sobre tan descomunal apetito—. ¿Acabaste? Como Oliver no vio al alcance de sus dientes nada comestible, contestó afirmativamente.

—Pues ven conmigo —dijo la mujer, tomando un farol sucio y ahumado y echando a andar escalera arriba—. Tu cama está debajo del mostrador. Supongo que no te importará dormir rodeado de ataúdes, ¿eh? Lo sentiría, pues te importe o no, entre ellos has de dormir. ¡Deprisa, deprisa! ¡No me tengas aquí toda la noche!

Oliver siguió con gran docilidad a su nueva ama.

Capítulo V

Contrae Oliver nuevas relaciones.

La primera vez que asiste a un entierro, forma opinión favorable del oficio de su amo Solo Oliver en la tienda de su amo, dejó el farol sobre un banco de trabajo y tendió en torno suyo miradas de terror, que comprenderán sin esfuerzo muchas personas de bastante más edad que el infeliz huérfano. Una caja mortuoria sin, concluir, colocada en el centro de la tienda sobre unos banquillos negros, ofrecía aspecto tan lúgubre, que el pobre niño temblaba de miedo cada vez que su mirada dilatada por el espanto se dirigía hacia el pavoroso objeto, pues esperaba en todo momento ver que algún espectro horrible alzaba lentamente la cabeza para enloquecerle de terror. Larga fila de tablas de olmo, todas de la misma medida, flanqueaban la pared, semejando, a la luz incierta del farol, otros tantos fantasmas de anchas espaldas con las manos metidas en los bolsillos de sus calzones. Planchas brillantes de metal, astillas del olmo, clavos de cabeza dorada y pedazos de paño negro cubrían el

suelo en horrible confusión. Si Oliver separaba sus miradas de los fantasmas de anchas espaldas y las dirigía al testero de la tienda, se encontraba con un cuadro que presentaba en primer término dos esqueletos envueltos en rígidos sudarios estacionados a uno y otro lado de la puerta de una casa, y en el fondo, una carroza fúnebre tirada por cuatro caballos, negros como la noche, que se iban acercando a aquélla. La atmósfera de la tienda, cálida y enrarecida, parecía saturada de olor a féretros y el sitio en que Oliver estaba tendido debajo del mostrador tenía todas las apariencias de una fosa.

Y no era sólo este espectáculo, con ser tan lúgubre, lo que impresionaba y deprimía a Oliver. Encontrábase solo en lugar extraño, y es natural que su terror llegase a lo inconcebible, pues a cualquiera de nosotros, aun a los que por más valientes nos tengamos, nos sucedería otro tanto si en situación análoga nos encontráramos. Carecía de amigos que se interesaran por él, o por quienes él pudiera interesarse; no tenía que llorar la ausencia de una persona amada, la muerte de un ser querido ni en su corazón pesaba como losa de plomo el recuerdo de un rostro adorado; pero esto no obstante, gemía su corazón; su tristeza era infinita. Al revolverse en su estrecha cama, hubiera deseado que ésta fuera un ataúd, y que le dejaran dormir tranquilo el sueño eterno de la muerte en el cementerio, a la sombra de la lozana hierba que creciera sobre su cuerpo, arrullado por el doblar grave y fúnebre de las campanas. A la mañana siguiente le despertó el ruido de una patada descargada con furia contra la puerta de la tienda, patada veinte veces repetida con cólera durante el breve tiempo que invirtió en vestirse, y cuenta que lo hizo más que de prisa. Mientras corría los cerrojos, cesaron las patadas y gritó el propietario sin duda, de las extremidades que acocearon la puerta:

—¿Abrirás de una vez?

—¡Corriendo, señor! —respondió Oliver, dando una vuelta a la llave.

—Supongo que serás el nuevo aprendiz, ¿no? —preguntó la misma voz por el ojo de la llave.

—Sí, señor —contestó Oliver.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez, señor.

—Entonces, prepárate a recibir una tanda de palos en cuanto entre. Yo te enseñaré, miserable galopín, a tenerme siglos enteros esperando a la puerta.

Anunciados unos propósitos tan halagüeños, el de la voz comenzó a silbar. Había experimentado Oliver demasiadas veces los efectos del cumplimiento de promesas análogas a la que acababan de hacerle; para que se le ocurriera dudar, ni por un momento, que el propietario de la voz, quienquiera que fuese,

haría honor a la palabra empeñada. Acabó, pues, de descorrer los cerrojos con mano trémula, y abrió la puerta. A nadie vio. Dirigió temerosas miradas a derecha e izquierda, creyendo que el desconocido que le dirigiera la palabra por el ojo de la llave estaría paseando para entrar calor, y como no viera a nadie que a un muchachote de la Casa de Caridad, que sentado sobre un guardacantón frente a la casa comía con avidez una rebanada de pan con manteca, que dividía en trozos tamaño de su boca con una navaja a él se dirigió diciendo:

—Perdone usted, señor; ¿es usted el que llamaba?

—Yo soy el que daba patadas —respondió el interrogado.

—¿Necesita algún ataúd? —preguntó con ingenuidad Oliver.

El muchachote de la Casa de Caridad se puso hecho una furia.

—¡Tú vas a necesitarlo muy pronto —contestó— si tienes el atrevimiento de gastar bromas semejante con tus superiores! ¿No sabes quién soy, miserable expósito? —gritó el energúmeno, descendiendo del guardacantón con edificante gravedad.

—No, señor —contestó Oliver—. Soy el señor Noé Claypole, tú eres mi subordinado. ¡Abre las puertas, sinvergüenza!

El señor Claypole apoyó su orden con una patada administrada a Oliver, y entró en la tienda con aire de dignidad poco en armonía con su grosera catadura, pues, en realidad la prosopopeya y aire de dignidad ha de contrastar por necesidad con un individuo de cabeza inmensa, ojos pequeños, nariz aplastada, boca semejante y extenso desgarrón y fisonomía brutal y grosera, y con doble motivo, si a tantos atractivos físicos se une una nariz colorada y una tez amarilla.

Oliver, después de abrir las puertas, y de romper un cristal al intentar trasladar la primera al pequeño patio en que se guardaban durante el día, fue cariñosamente ayudado por Noé, quien condescendió hasta el extremo de auxiliarlo, no sin consolarle con la seguridad de que lo pagaría. Poco después bajó el funerario y algunos segundos más tarde la mujer de éste. Oliver, luego que pagó su torpeza, sin duda para que no quedara incumplida la predicción de Noé, bajó, siguiendo a este último, a la cocina, donde les esperaba el almuerzo.

—Acércate a la lumbre, Noé —dijo Carlota—. Del almuerzo de tu amo, he separado para ti un pedazo de tocino. Tú, Oliver, cierra esa puerta y engúllete esos mendrugos que he dejado encima de la panera. Ahí tienes el té: vete al rincón y despacha cuanto antes, pues tienes que ir pronto a la tienda. ¿Entiendes?

—¿Has oído, zopenco? —dijo Noé.

—¡No te ensañes con él, Noé! —dijo Carlota—. ¡Qué mal corazón tienes, muchacho! ¿Por qué no le dejas en paz?

—¡Dejarle! —repitió Noé—. ¡Dejado y bien dejado le tiene todo el mundo! No tiene padre ni madre, y en cuanto a sus parientes, bien seguro es que no han de importunarle; ¿no es verdad, Carlota? ¡ja, ja, ja!

—¡Burlón! —exclamó Carlota, riendo también a carcajada.

Ama y dependiente dirigieron miradas desdeñosas al desventurado Oliver Twist, que, sentado en un rincón, devoraba los mendrugos expresamente reservados para él. Noé, aunque procedente de la Casa de Caridad, no se tenía por expósito ni por hijo de la casualidad, Pues podía hacer remontar su genealogía hasta su padre y madre que habitaban cerca de la funeraria. Lavandera era su madre, y su padre fue en sus buenos tiempos soldado demasiado aficionado al vino, y en la actualidad estaba retirado del servicio, paseando de taberna en taberna la pierna de palo, y emborrachándose a diario gracias a la pensión de dos peniques y una fracción infinitesimal de la misma moneda que cobraba todos los días. Tenían los muchachos del barrio la buena costumbre de apostrofar constantemente a Noé con los epítetos de «hospiciano», «asilado» y otros semejantes, todos a cuál más injurioso, que el mozalbete sobrellevaba sin replicar palabra; pero ahora que la fortuna le deparaba a un huérfano sin nombre, a un desventurado a quien hasta los más viles tenían derecho a despreciar, vengábase con usura. ¡Curioso ejemplo que sugiere graves reflexiones! Nos demuestra cuán hermosas cualidades atesora la naturaleza humana, y la equidad imparcial, con que ésta las distribuye lo mismo entre los caballeros más encumbrados que entre los seres más humildes y hasta entre los más degradados de la escala social.

Tres semanas, quizá un mes, llevaba Oliver en la casa del empresario de pompas fúnebres. Cenaban una noche los esposos Sowerberry en la trastienda, después de cerrado el establecimiento, cuando el marido, previas frecuentes y sostenidas miradas de respeto dirigidas a su mujer, dijo:

—Querida mía...

Una mirada furibunda de su cara mitad cerró el paso a las palabras que debían seguir a las pronunciadas.

—¿Qué hay? —preguntó con frialdad ella.

—Nada, amiga mía, nada absolutamente.

—¡Estúpido!

—¡No lo creas, amiga mía! —exclamó con humildad el funerario—. Me pareció que no deseabas escucharme... Iba a decir...

—¿Y a mí qué me importa lo que ibas a decir? —interrumpió la cariñosa esposa—. Aquí no soy nadie, así que, hazme el favor de no consultarme, de guardarte tus secretos.

La señora Sowerberry lanzó una carcajada histérica, presagio seguro de escenas violentas.

—Pero, mi querida amiga... Es que necesito tu opinión... —murmuró con dulzura el marido.

—¡No, no! ¿Qué te importa mi opinión? Pide la de cualquier otro.

Soltó la buena esposa otra carcajada histérica que llenó de espanto al marido.

Merced a este sistema, muy usado por las mujeres y de eficacia reconocida en los matrimonios, el señor Sowerberry se vio obligado a solicitar como favor especial el permiso de decir a su mujer lo que ésta rabiaba por saber, permiso que fue concedido al cabo de un altercado que no duraría menos de tres cuartos de hora.

—Deseaba hablarte de Oliver Twist, amiguita —dijo el funerario—. ¿Has reparado en el hermoso aspecto del muchacho?

—Bien puede estar guapo y lucido quien come tanto como él. ¡Estaría gracioso que así no fuera!

—Tiene su cara cierta expresión de tristeza que resulta interesante en extremo —observó el empresario de pompas fúnebres—. En verdad que podría hacer un papel delicioso en los entierros.

Alzó la cara mitad del dicente su cabeza en señal de asombro; el marido, al observarlo, sin darle tiempo para hacer ninguna reflexión, añadió:

—No me refiero a los entierros de lujo de los adultos, amiga mía, sino a los de los niños. Sería una novedad que seguramente daría resultados soberbios añadir al cortejo corriente un niño cuyos pocos años estuviesen en relación con la edad del difunto.

Admiró la novedad de la idea a la señora Sowerberry, quien siempre demostró tener un gusto exquisito en cuanto a todo lo que con los asuntos fúnebres tuviera relación; pero, como quiera que confesarlo en aquellas circunstancias hubiera sido comprometer su dignidad, se limitó a preguntar, por cierto con mucha acritud, cómo no se le había ocurrido antes a su marido una idea tan sencilla y natural. De la pregunta infirió Sowerberry, con razón sobrada, que su idea merecía la aprobación de su mujer, y en el acto mismo quedó decidido que Oliver sería iniciado en los misterios de la profesión, a cuyo fin acompañaría a su amo en la primera ocasión que se presentase.

No se hizo esperar ésta. A la mañana siguiente, media hora después del almuerzo, entró en el establecimiento el señor Bumble, el cual apoyando su bastón contra el mostrador, sacó su enorme cartera de cuero, y de ésta un pedacito de papel que alargó a Sowerberry.

—¡Ah! —exclamó el funerario recorriéndolo con la vista con expresión placentera—. Encargo de un féretro, ¿eh?

—De un féretro, lo primero; y lo segundo, de un entierro costado por la parroquia —contestó Bumble, atando la cartera, poco más o menos tan voluminosa como él.

—¡Baytón!... —murmuró Sowerberry, mirando ora al papel ora al orondo Bumble—. Es la primera vez que oigo semejante apellido.

—Debe pertenecer a una familia de testarudos, amigo Sowerberry, pero muy testarudos —observó Bumble, moviendo la cabeza—. Una familia de testarudos, y lo que es peor, de orgullosos.

—¿Orgullosos también? —preguntó el funerario con sonrisa burlona—. ¡Vaya por Dios! Eso es peor que lo otro.

—Es cosa que irrita, que apenas se comprende.

—Convenidos.

—Nada supimos de esa familia hasta anoche, y es bien seguro que nada sabríamos aún si una buen mujer, que vive en la misma casa no se hubiera dirigido a la junta Parroquial suplicando que fuera enviado un médico para visitar a una mujer gravemente enferma. El médico se había ido a cenar y no pudo ir, pero su practicante, muchacho que se pierde de listo, les envió sin pérdida de momento la medicina que le hacía falta en una botella de tinta.

—¡Eso se llama prontitud! —observó el funerario.

—¡Y tanto! ¿Pero qué sucedió? ¿Quiere usted saber hasta qué punto llegó la ingratitud de esos necios? El marido envió a decir que no era aquella medicina la que convenía a la dolencia de su mujer, y como consecuencia, que no la tomaría. ¿Qué le parece a usted? ¡Que no la tomaría!... ¡Una medicina excelente, enérgica, saludable, que con tanto éxito se administró, no hace más que ocho días, a dos jornaleros irlandeses y a un cargador de carbón... que por añadidura se le da gratis... y la devuelve diciendo que no la tomará enferma!

Con tal fuerza hirió la imaginación de Bumble la enormidad de conducta tan desatentada, que, rojo de cólera, descargó un bastonazo terrible sobre el mostrador.

—¡Oh! —exclamó el funerario—. La verdad es que... nunca en mi vida...

—¡No, nunca! —barbotó el bedel—. ¡No usted; nadie ha visto en su vida ejemplo tan monstruoso de ingratitud; pero, en fin, muerta está esa mujer, y no hay más remedio que enterrarla. Aquí tiene usted las señas de la casa; cuanto antes despachemos, mejor.

Ciego de ira el señor Bumble, se caló el tricornio del revés y salió del establecimiento como un torbellino.

—¡Demonio! —exclamó el funerario—. Tan furioso está, Oliver, que ni se acordó de preguntar por ti.

—Es cierto, señor —contestó el huérfano, quien había tenido buen cuidado de hacerse todo lo menos visible durante la conferencia, y que temblaba de miedo sólo con recordar la voz del bedel.

En realidad, pudo el muchacho dispensarse de la molestia de esquivar la presencia de Bumble, pues éste, en quien la predicción del caballero del chaleco blanco había producido intensa impresión, pensó que, toda vez que el empresario de pompas fúnebres había tomado a Oliver a prueba, lo mejor era no mencionar siquiera el asunto del muchacho hasta que éste quedase escriturado por tiempo de siete años, en cuyo caso desaparecía el peligro de que nunca más volviera a la parroquia, de cuya dependencia quedaba por siempre separado.

—¡Vaya! —exclamó el funerario tomando el sombrero—. Cuanto antes terminemos, mejor. Noé, cuida de la tienda; y tú, Oliver, ponte la gorra y sígueme.

El muchacho obedeció sin despegar los labios la orden de su amo. Anduvieron durante algún tiempo por el barrio más populoso de la ciudad y bajando luego por una callejuela más sucia y miserable que ninguna de las que hasta entonces tuvieron ocasión de recorrer, hicieron alto para buscar la casa objeto de sus pesquisas. A uno y otro lado de la calle eran las casas altas y de grandes proporciones, pero viejísimas y destartaladas, habitadas por gente de la clase más pobre, hecho que desde luego saltaba a la vista aun cuando no hubiera venido a confirmarlo la presencia de las personas escuálidas que por allí cruzaban doblados los cuerpos y con paso vacilante. La mayor parte de los edificios tenían huecos para tiendas en las plantas bajas; pero casi todas estaban cerradas y en estado ruinoso, no presentando señales de estar habitadas más que las habitaciones de los pisos altos. Gruesas vigas sólidamente sujetas al suelo y apuntalando los muros intentaban oponerse a la acción de los años en muchas casas que amenazaban venirse abajo, siendo de notar que hasta aquellas que no presentaban más que paredes cuarteadas habían sido escogidas por los vagabundos para asilo nocturno, como lo demostraba el hecho de que muchas de las tablas toscas que hacían en ellas el oficio de puertas o ventanas, ofrecían portillos para dar paso a un cuerpo

humano. Corría por el arroyo un agua sucia y corrompida, y hasta las ratas, que se alimentaban de las basuras y podredumbres, tenían aspecto de nauseabundos esqueletos.

La puerta, abierta de par en par, frente a la cual se detuvieron el funerario y Oliver, no tenía aldabón ni campanilla, en vista de lo cual, Sowerbery, deslizándose a tientas por un corredor oscuro, e indicando a Oliver que le siguiese sin miedo, subió la escalera hasta llegar al primer piso, en una de cuyas puertas llamó con los nudillos.

Una jovencita de trece a catorce años abrió sin tardanza. El funerario, comprendiendo por el aspecto de la habitación que era allí donde hacían falta sus servicios, entró resueltamente, acompañado de Oliver.

No había lumbre en la estancia, no obstante lo cual, un hombre aparecía recostado automáticamente contra la chimenea apagada. A su lado había una anciana sentada en un banquillo tosco, y en un rincón, unos niños macilentos y cubiertos de harapos. En otro rincón, frente a la puerta, yacía sobre el frío suelo un bulto tapado con una manta raída. Oliver se estremeció al mirar hacia aquel sitio y se estrechó contra su amo, adivinando que bajo la manta había un cadáver.

Densa palidez cubría la chupada cara del hombre; grises eran sus cabellos y barba y sus ojos estaban inyectados en sangre. Profundas arrugas surcaban en todos sentidos la cara de la mujer, por bajo de cuyo labio superior asomaban los dos dientes únicos que le quedaban. Sus ojos eran pequeños y de mirada penetrante. No osaba Oliver volver los ojos hacia ninguno de aquellos dos seres, que le recordaban las ratas repugnantes que fuera había visto.

—¡Que nadie la toque! —aulló el hombre, al ver que Sowerberry se acercaba al cadáver—. ¡Atrás!

—¡Atrás, digo, si en algo estiman sus vida!

—¡Déjese de tonterías, buen hombre! —dijo Sowerberry, muy acostumbrado a ver la miseria bajo todas sus formas—. La vida es así amigo mío.

—Repito —gritó el hombre, agitando los puños y pateando con furia, que no se la enterrará, que no la llevarán a la fosa, donde no podría dormir y los gusanos la martirizarían... sin provecho, pues sólo huesos habrían de encontrar. No contestó el funerario a aquel hombre delirante. Sacó una cinta del bolsillo, y se arrodilló un momento, junto al cadáver.

—¡Ah! —exclamó el que más loco que cuerdo parecía, prorrumpiendo en sollozos y cayendo de rodillas a los pies de la difunta—. ¡De rodillas todo el mundo, de rodillas, y escuchadme! Digo que esta infeliz ha muerto de hambre.

No sabía yo que estuviera tan enferma hasta que de ella se apoderó la fiebre, pero entonces, ya sus huesos horadaban su piel. Carecíamos de lumbre, carecíamos de luz y ha muerto en las tinieblas... ¡Sí! ¡En las tinieblas! ¡No le fue dado ver los rostros de, sus hijos, aunque todos oíamos cómo los llamaba en sus momentos postreros! ¡Pedí para ella en las calles, y por toda limosna, me enviaron a la cárcel! Cuando volví, la encontré moribunda, y mi corazón gime bajo el peso de una opresión horrible porque me consta que la han dejado perecer de hambre. ¡Ante Dios vivo, testigo irrecusable, juro que ha muerto de hambre!

Acabadas de pronunciar las palabras anteriores, el hombre se mesó los cabellos y, lanzando un grito terrible, se revolcó por el suelo, extraviada la mirada y con los labios cubiertos de espuma.

Asustados los niños rompieron a llorar amargamente, pero la anciana, muda hasta entonces, sorda a cuanto sucedía en torno suyo, les amenazó para que callaran. Desató a continuación la corbata del que continuaba revolcándose por el suelo y avanzó con paso incierto hacia Sowerberry.

—¡Era mi hija! —dijo, volviendo sus ojos de loca al cadáver y con sonrisa más espantosa aún que el espectáculo de la misma muerte—. ¡Dios mío... Dios mío! ¡Es singular que yo que la di el ser, yo, que era ya mujer cuando ella vino al mundo, esté sana y buena mientras ella yace fría y rígida en ese rincón! ¡Dios mío!... ¡Parece un sueño!... ¡Sí! ¡Verdaderamente parece sueño!

Mientras aquella desventurada murmuraba palabras incoherentes y sonreía lúgubrementemente. Sowerberry dio media vuelta y se dispuso a salir.

—¡No se vaya usted... espere! —exclamó la mujer con voz que sonaba a hueco—. ¿Van a enterrarla mañana, pasado mañana o esta misma noche? Es mi hija, la he amortajado yo, y debo acompañarla, ¿no es cierto? Envíeme un abrigo muy largo... de mucho abrigo, porque hace un frío horrible. También deberíamos tomar un pastel y vino antes de marchar, pero nos conformaremos con algún alimento... envíe un buen pan y un vaso de agua. ¿Nos enviará usted pan, amigo mío? —preguntó con ansiedad asiendo al funerario por la levita cuando éste se dirigía a la puerta.

—¡Sí, sí! —contestó Sowerberry—. ¡No faltaba más! ¡Todo lo que haga falta!

Escapó de las manos de la vieja y, seguido de Oliver, se precipitó hacia la puerta.

Al día siguiente, no sin que antes recibiera la familia de la muerta un pan de dos libras y un pedazo de queso, que les llevó Bumble en persona, volvieron al mísero tugurio Oliver y su amo. Antes que ellos había llegado el bedel, acompañado de cuatro asilados, los cuales debían conducir el cadáver.

La anciana y el viudo habían recibido unos abrigos raídos con los que cubrían sus harapos. Clavada la tapa del desnudo féretro, lo alzaron los asilados y lo bajaron a la calle.

—Haga usted todo lo posible por avivar el paso, mi buena señora —dijo el funerario a la anciana en voz baja—. Hemos perdido mucho tiempo y sería grave desatención obligar a esperar al sacerdote. ¡En marcha, muchachos! —prosiguió, dirigiéndose a los portadores del ataúd. ¡Rápido, rápido!

Así agujoneados, los que sobre sus hombros llevaban el ligero ataúd salieron trotando, seguidos penosamente por las dos personas, vieja y viudo, que formaban el duelo. Bumble y Sowerberry caminaban delante del cortejo fúnebre, y Oliver, menos largo de piernas, quedaba un poquito rezagado. Los hechos demostraron que no urgía apresurar la marcha tanto como el funerario había dicho, pues cuando llegaron al solitario rincón del cementerio donde crecían lozanas las ortigas al borde de las zanjas en que recibían sepultura los pobres de la parroquia, no había llegado todavía el sacerdote, y el sacristán, a quien encontraron sentado tranquilamente al amor de la lumbre de la sacristía, manifestó que sería muy probable que el cura tardase una hora en llegar. En consecuencia depositaron el ataúd al borde de la zanja que debía recibirlo, los que formaban el duelo esperaron con paciencia a la intemperie, azotados por una llovizna fría, mientras algunos muchachos desarrapados, a quienes había atraído la curiosidad, jugaban al escondite saltando sobre las tumbas y corriendo por entre los grupos de nichos. Bumble y Sowerberry, amigos antiguos del sacristán, sentáronse junto a la lumbre y mataban el tiempo leyendo el periódico.

Al cabo de una hora larga de espera, Bumble, el funerario y el sacristán corrieron presurosos en dirección a la zanja, a tiempo que hacía su aparición el cura que se ponía la sobrepelliz por el camino. Bumble dio unos pescozones a los muchachos más desvergonzados a fin de salvar las apariencias, y el respetable reverendo, leído el oficio de difuntos en menos de cuatro minutos, se despojó de su sobrepelliz, que entregó al sacristán y se fue.

—¡A tu tarea, Guillermo! —dijo Sowerberry al sepulturero—. Rellena la fosa.

A decir verdad, no resultó penosa la tarea, pues tan llena estaba la zanja, que el último ataúd quedaba muy pocos pies por bajo del nivel del suelo. El sepulturero echó sobre el féretro cuatro paletadas de tierra, que aprisionó con sus pies; echóse al hombro la pala y se alejó, seguido por los muchachos, que murmuraban y lamentaban que la diversión hubiera sido tan breve.

—¡Vamos, buen hombre, vamos! —dijo Bumble al viudo, tocándole ligeramente en un hombro—. Vámonos, que es hora de cerrar el cementerio.

El interpelado, que no había hecho el menor movimiento desde que se estacionó al borde de la zanja, se estremeció, alzó la cabeza, clavó sus ojos en el hombre que acababa de hablarle, caminó algunos pasos, y cayó desvanecido. No reparó en él la vieja, atenta únicamente a llorar la pérdida del abrigo que el funerario arrebató una vez terminado el oficio de sepultura, por cuyo motivo, hubieron de socorrerle los demás. Un cubo de agua fría vertido sobre su cabeza bastó para que el desgraciado recobrara el uso de los sentidos. A continuación le sacaron del cementerio, cerraron la puerta con llave, y cada cual se fue por su lado.

—¡Vamos a ver, Oliver! —dijo el funerario a su flamante aprendiz, mientras se dirigían a casa—. ¿Qué te ha parecido?

—Bien... bastante bien, muchas gracias —contestó el muchacho con vacilación manifiesta—. Como gustarme... pues... no me ha gustado mucho, señor.

—Ya te irás haciendo, muchacho —replicó Sowerberry—: Todo es empezar.

Cuando tengas alguna costumbre, verás cómo le tomas gusto. De buena gana hubiera preguntado Oliver a su amo si se necesitaba mucho tiempo para acostumbrarse; pero creyó prudente no aventurar la pregunta y volvió a la tienda, sin que de su imaginación se apartara el recuerdo de lo que acababa de ver y de oír.

Capítulo VI

Cómo, Oliver, agotada la paciencia ante los insultos de Noé, lucha con su enemigo y obtiene la victoria

Transcurrido el mes de prueba, Oliver pasó a la categoría de aprendiz formal. Su avance en la carrera coincidió con una cosecha hermosa de enfermedades epidémicas seguidas de defunciones abundantes. Los ataúdes, hablando en términos comerciales, estuvieron en alza, y en el transcurso breves semanas, el joven aprendiz adquirió mucha práctica. El éxito de la ingeniosa idea del señor Sowerberry rayó a mucha mayor altura que sus esperanzas. No recordaban los más ancianos haber visto en su vida epidemia de sarampión tan virulenta ni que segara tantas vidas infantiles. Como consecuencia, fueron numerosísimos los cortejos fúnebres a cuyo frente hubo de colocarse el aprendiz del señor Sowerberry, luciendo un sombrero del que arrancaba una gasa negra que le llegaba hasta las rodillas, lo que producía admiración y emoción indescriptibles en todas las madres de la ciudad. Como

por otra parte Oliver acompañaba también a su amo en casi todos los entierros de adultos a fin de adquirir esa expresión de impasibilidad y fría indiferencia que tan bien sienta en un enterrador cumplido, tuvo infinidad de ocasiones de observar la ejemplar resignación y heroica fortaleza de ánimo con que muchas personas de corazón robusto sobrellevaban las dolorosas pérdidas de los seres queridos. Así, por ejemplo, cuando encargaban a Sowerberry un entierro para cualquiera persona anciana y rica que dejaba en el mundo abundante cosecha de sobrinos y sobrinas, todos los cuales se habían mostrado inconsolables durante la última enfermedad, y cuyo dolor había sido tan acerbo que ni en público les fue posible refrenar su explosión, veíalos Oliver en su casa alegres y contentos, conversando entre sí con tanta placidez de espíritu y tanta serenidad, como si nada desagradable les hubiese acontecido. No faltaban tampoco maridos que soportaban la pérdida de sus queridas esposas con resignación heroica, ni mujeres que, al vestir luto por sus maridos, procuraban dar a su traje el mayor atractivo posible. Observó asimismo que aquellos precisamente cuyo dolor había sido más profundo durante el entierro, aquellos que más inconsolables parecían, se calmaban al llegar a su casa y reconquistaban la tranquilidad más beatífica antes que hubiera pasado la hora de la merienda. Un espectáculo como ese, curioso y consolador a la vez, excitaba la admiración de Oliver.

Que el ejemplo de aquellas buenas gentes moviera a Oliver a la resignación, es lo que no me atreveré a asegurar en mi calidad de biógrafo; lo que sí afirmaré categóricamente es que nuestro joven continuó por espacio de varios meses soportando sumiso la dominación y los malos tratos de Noé Claypole, quien comido por la envidia que le produjera ver al nuevo aprendiz luciendo hermoso sombrero adornado con gasa y empuñando lujoso bastón negro, mientras él, con toda la antigüedad que en la casa llevaba, lucía su raída capa y sus calzones de cuero, le pegaba cada vez con más furia y cada día con mayor frecuencia. La criada Carlota, émula de Noé, le sacudía de lo lindo, al paso que la señora Sowerberry era su enemiga encarnizada, sencillamente porque su marido se sentía inclinado a ser su amigo. Comprenderán los lectores que Oliver, atormentado por un lado por la terrible coalición indicada, y disgustado y cansado de funerales y enterramientos por otro, no podía estar, ni con mucho, tan contento como un cerdo encerrado por equivocación en un granero.

Y héteme en un incidente de la vida de Oliver, incidente que no puedo pasar en silencio aunque a primera vista acaso parezca frívolo y sin importancia, sencillamente porque, aun cuando en forma indirecta, determinó un cambio radical en el porvenir de nuestro héroe.

Habían bajado un día Oliver y Noé a la cocina a la hora corriente de comer, dispuestos a regalarse con una buena tajada de carnero (sobre libra y media de

la porción extrema del cuello), cuando la salida de Carlota sugirió a Noé Claypole, muchacho de malos instintos y por añadidura hambriento, la idea de pasar un buen rato a costa de Oliver.

Dio comienzo a la inocente distracción poniendo los pies sobre el mantel de la mesa, la continuó tirando del cabello a Oliver, pellizcándole las orejas y llamándole «espurio vil», y terminó manifestándole que era su deseo y su intención ir a verle ahorcar el día, no lejano, que tuviera lugar tan fausto acontecimiento. No se contentó con tan poco, sino que, como sujeto ruin y de maliciosos instintos que era, tocó varios otros temas, a cual más mortificantes y depresivos para Oliver. Mas como no consiguiera el efecto que apetecía, que era hacer llorar a Oliver, Noé intentó echárselas de gracioso, y en su intento, semejante a tantos otros de corto ingenio, aunque desde luego más listos que Noé, queriendo caer en gracia, recurrió a las personalidades.

—¡Hola, bastardo! —exclamó—. ¿Cómo está tu madre?

—Ha muerto —contestó Oliver—. Suplico a usted que no me hable de ella.

Coloreáronse las mejillas de Oliver al contestar; su respiración se hizo rápida y entrecortada, contrajéronse sus labios y se agitaron en temblor convulsivo las ventanas de su nariz, y Claypole, creyendo que todos esos síntomas eran de llanto, volvió a la carga.

—¿De qué enfermedad murió tu madre, borde? —preguntó.

—De desesperación, según me han dicho —contestó Oliver como hablando consigo mismo—. De una enfermedad que creo conocer bien.

—¡Tra-la-rala-ra!

Viendo Noé que por las mejillas de Oliver se deslizaba una lágrima silenciosa, añadió:

—¿Qué lloriqueas, expósito? ¿Quién te hace llorar ahora?

—¡Seguramente no es usted el que me hace llorar! —replicó Oliver, secándose vivamente la lágrima—. Si se lo ha creído, se engaña.

—Conque no soy yo, ¿eh? —preguntó con sorna Noé.

—¡No! ¡No lo es! —dijo secamente Oliver—. ¡Y no hablemos más! Lo mejor que usted puede hacer, es no nombrar a mi madre.

—¡Lo mejor que puedo hacer! —exclamó Noé—. Lo mejor ¿eh? Mira; no me vengas con insolencias, vil expósito. Tengo entendido que tu madre fue una mujer muy hermosa y...

Terminó la frase con un movimiento muy expresivo de cabeza y

frunciendo su colorada nariz cuanto le fue posible.

Envalentonado al observar el silencio de Oliver, continuó hablando con tono de burlona lástima, ese tono que tanto molesta.

—Bien sabes, mi pobre expósito —dijo—, bien sabes que... ¡Claro! La cosa no tiene ya remedio hoy, ni lo tenía entonces, lo que siento muy de veras, como todos lo sienten; pero no se puede negar que tu madre fue una... meretriz de tomo y lomo.

—¿Una qué? —preguntó Oliver irguiendo la cabeza.

—Una meretriz, una ramera de las más viles —repitió Noé con entonación glacial—. Preferible es que muriera cuando murió, pues de haber seguido en el mundo, o estaría en presidio, o la habrían deportado o ahorcado. Esto último es lo más probable.

Rojo de cólera, ardiendo en ira, Oliver dio un salto prodigioso, que derribó la silla y la mesa, y agarrando a Noé por la garganta, le sacudió con vigor y fiereza espantosos. Castañeteaban sus dientes y sus ojos amenazaban salirse de sus cuencas mientras pugnaba por tender en tierra a su enemigo, lo que consiguió al fin. Un instante antes, aquel niño, abatido por los malos tratamientos, era la dulzura, la sumisión personificada; pero los crueles insultos dirigidos contra la memoria de su madre fueron para él a manera de dolorosos fustazos que excitaron su valor y encendieron su sangre. Latía con violencia su corazón; erguido el cuerpo, llameantes los ojos, arrebatado el semblante, transformado por completo, contemplaba a su enemigo con mirada de reto, desafiaba con una energía de la que nadie le hubiera creído capaz al que hasta entonces fuera su verdugo, al que osó ultrajar a su madre, al que ahora se arrastraba cobarde a sus pies.

—¡Me va a matar! —balbuceó Noé—. ¡Carlota!... ¡Señora!... ¡Que me asesina el aprendiz!... ¡Socorro!... ¡Auxilio!... ¡Oliver se ha vuelto loco!... ¡Carlota!

A los gritos de Noé contestó Carlota con otro más recio y la señora Sowerberry con un tercero que muy bien pudo pasar por ensordecedor bramido. La criada penetró en la cocina por una puerta lateral, y la señora se detuvo al pie de la escalera, hasta que se aseguró que no corría peligro su vida si pasaba adelante.

—¡Miserable! —rugía Carlota, cogiendo a Oliver y sacudiéndole con todas sus fuerzas, iguales, si no mayores, que las de un hombre robusto—. ¡Ingrato... asesino... monstruo... víbora ponzoñosa!

Cada epíteto iba acompañado de su correspondiente puñetazo y de un alarido ensordecedor.

Nada de ligero tenía el puño de Carlota; pero por si no era bastante para calmar la furia de Oliver, penetró también en la cocina la señora Sowerberry y tomó parte activa en la paliza, sujetando al muchacho con una mano mientras con la otra le arañaba despiadada el rostro. Noé, advirtiendo lo favorable de las circunstancias, se atrevió a ponerse en pie, y por la espalda, descargó sobre el desdichado Oliver una lluvia espesa de golpes. El ejercicio era demasiado violento para que pudiera tener mucha duración. Rendidos los tres verdugos, faltos de fuerzas para continuar aporreando y arañando, arrastraron a Oliver, que se revolvía furioso, hasta el sótano, donde le dejaron encerrado. Hecho esto, la señora Sowerberry se dejó caer sobre una silla y rompió a llorar ruidosamente.

—¡Dios mío! —exclamó Carlota—. ¡Se va a desmayar!... ¡Un vaso de agua, Noé... corre!

—¡Oh, Carlota! —exclamó la señora del funerario con voz entrecortada como consecuencia del chorro de agua fría que Noé acababa de verter por su espalda—. ¡Qué suerte no haber sido asesinados todos por ese monstruo, mientras descuidados dormíamos en nuestras camas!

—¡Mucha suerte, señora, mucha suerte! Veremos si ahora aprende el amo a no recibir en su casa a esos miserables que sólo han venido al mundo para asesinar y para robar. ¡Pobre Noé! ¡Casi muerto estaba cuando yo entré en la cocina!

—¡Pobrecillo! —repitió la señora Sowerberry, dirigiendo al canalla una mirada de compasión.

Noé, a cuyo pecho apenas si alcanzaba Oliver con la coronilla, frotábase los ojos con las mangas y sollozaba desconsolado al oír que compadecían su suerte.

—¿Y qué haremos? —preguntó la señora del funerario—. Mi marido no está en casa, no podemos recurrir a ningún hombre, y ese monstruo estoy viendo que echará abajo la puerta antes de diez minutos.

Las furiosas arremetidas de Oliver contra las carcomidas tablas de la puerta del sótano hacían temer que tal fuera el resultado.

—¡Dios mío! —exclamó Carlota—. ¿Qué hacer, señora? Yo enviaría a llamar a la policía.

—O a los soldados —propuso Noé.

—¡No, no! —dijo la señora Sowerberry, acordándose del antiguo amigo de Oliver—. Vete corriendo a buscar al señor Bumble, Noé. Dile que venga inmediatamente, sin perder minuto... ¡Deja estar la gorra y vuela! Si quieres que se rebaje la hinchazón que veo en tu ojo, aplícate a él la hoja de un

cuchillo... pero sin dejar de correr.

Noé se lanzó a la calle sin contestar. Las personas con quienes tropezó no salían de su asombro al ver a un muchacho de la Casa de Caridad corriendo frenético sin gorra, y con la hoja de un cuchillo aplicada sobre el ojo.

Capítulo VII

Oliver persiste en su rebelión

Corrió y corrió Noé Claypole, sin detenerse una sola vez para tomar aliento, hasta que llegó a la puerta del hospicio. Hizo antes de entrar un pequeño alto para almacenar abundante provisión de sollozos y soltar las compuertas a sus lágrimas, comunicó a su rostro una expresión de dolor imponente, y descargó a continuación fuertes aldabonazos sobre la puerta. Tan triste, tan apenada cara presentó al pobre viejo que salió a abrir, que aquél retrocedió espantado, aunque sólo caras tristes y doloridas veía en torno suyo desde que entró en el asilo.

—¿Qué le habrá sucedido a este muchacho? —se preguntó el viejo.

—¡Señor Bumble!... ¡Señor Bumble!...—gritó Noé con terror admirablemente fingido y al propio tiempo con fuerza tal, que no sólo llegó a oídos del mayestático bedel, que no andaba lejos, sino que también llevó la consternación y la alarma a su pecho en tales términos, que penetró como una bomba en el patio, olvidando su tricornio... circunstancia tan curiosa como notable que pone de relieve que, hasta un bedel, bajo la acción terrible de un choque inesperado, puede perder, siquiera sea momentáneamente, la serenidad y compostura, y dar al olvido la dignidad personal—. ¡Oh... señor Bumble! ¡Oliver... señor... Oliver se ha...!

—¿Qué? ¿Qué? —interrumpió el bedel, en cuyos ojos brillaron destellos de alegría—. ¿Se ha escapado? Dime, Noé, ¿es que se ha escapado?

—¡No, señor, no! ¡No se ha escapado, pero se ha vuelto criminal! —contestó Noé—. Quiso asesinarme, señor; luego intentó asesinar a Carlota, y más tarde intentó hacer lo mismo con la señora. ¡Oh, cuánto sufro, señor! ¡Qué dolores tan terribles!

Hablaba Noé entre sollozos, retorciéndose y enroscándose como una anguila, a fin de hacer creer al bedel que el feroz ataque de Oliver le había ocasionado graves lesiones internas que le producían agudos dolores. Cuando Noé vio que sus palabras producían en el señor Bumble el efecto apetecido, quiso conmoverle aún más acentuando sus lloros y hablando a grito herido de

sus pretendidas heridas, y como observase que en aquel momento cruzaba el patio un caballero que lucía un chaleco blanco, comenzó a gemir de la manera más lastimosa, dando a sus lamentaciones intensa entonación trágica, creyendo que sería muy conveniente a sus fines llamar la atención y despertar la indignación de aquel ilustre personaje.

En efecto, consiguió Noé llamar la atención del caballero en cuestión y hasta despertar su indignación, pues no había caminado tres pasos cuando se volvió furioso y preguntó por qué aullaba aquel cachorro y por qué Bumble no le obsequiaba con algunos porrazos que le ayudasen a quejarse con más fuerza.

—Es un pobre muchacho de la Casa de Caridad, señor —contestó el bedel—, que por milagro se ha librado de morir asesinado a manos de Oliver Twist.

—¡Demonio! —exclamó el caballero del chaleco blanco, deteniéndose de improviso—. ¡No me engañé! ¡Desde el principio sentí el presentimiento de que ese muchacho acabaría en la horca!

—También ha querido asesinar a la criada —repuso Bumble, pálido como la muerte y espantado.

—Y a su ama —añadió Noé.

—Y también a su amo... ¿No me dijiste que también intentó asesinar a su amo, Noé?

—No, señor, no. No pudo intentarlo porque el señor Sowerberry estaba fuera de casa; pero dijo que quería asesinarle.

—¡Ah! ¿Conque dijo que quería asesinarle? —preguntó el caballero del chaleco blanco.

—Sí, señor —afirmó Noé—. Mi señora me envía a preguntar si el señor Bumble dispondrá de algunos momentos para venir inmediatamente a casa y dar a ese asesino su merecido. Como el amo no está en casa...

—¡Sí, hijo mío, sí! ¡Pues no faltaba más! —contestó el del chaleco, blanco, sonriendo con dulzura y pasando su mano por la cabeza de Noé, que era tres pulgadas más alto que él—. Eres un buen chico, un chico excelente. Toma un penique... y usted, Bumble, lléguese a casa de Sowerberry, bien armado de su bastón, y ponga en cintura a ese tunante. Sin compasión, ¿eh?

—Pierda usted cuidado —respondió el bedel, ajustando al extremo del bastón el látigo que siempre tenía a la mano para las flagelaciones de los acogidos a la tierna misericordia parroquial.

—Diga a Sowerberry que no le tenga lástima, que le zurre sin piedad, pues sólo a fuerza de golpes pudiera ser que sacase algún partido de ese pillete —

añadió el del chaleco blanco.

—Así lo haré, señor —dijo el bedel.

Calado el tricornio y dispuesto el bastón a satisfacción suya, el bedel, seguido por Noé, emprendió el camino en dirección a la funeraria. No había mejorado en ésta la situación. Sowerberry continuaba ausente y Oliver arremetía cada vez más sus ataques contra la puerta del sótano. Tan exagerada pintura hicieron la señora del funerario y Carlota de la ferocidad del preso, que Bumble consideró prudente parlamentar antes de abrir la puerta. A este objeto, inició las negociaciones dando una patada a la puerta por vía de exordio, y a continuación, aplicando la boca al ojo de la llave, dijo con voz profunda e imponente:

—¡Oliver!

—¡Abra usted la puerta! —contestó desde dentro el muchacho.

—¿Conoces la voz del que te habla, Oliver? —preguntó el bedel.

—Sí.

—¿Y no te aterra? ¿No tiembla usted de pavor al oír mi voz, caballero?

—¡No! —contestó Oliver con resolución.

Aquella respuesta, tan distinta de la que esperaba, tan contraria a las que tenía costumbre de recibir, dejó estupefacto al bedel. Retrocedió un paso, se irguió arrogante y paseó sus miradas por los tres testigos de la imponente escena sin despegar los labios.

—Ya lo está usted viendo, señor Bumble; sin duda está loco —dijo la señora Sowerberry—. Un niño que no haya perdido por completo la razón no es capaz de atreverse a contestar a usted así.

—¡No es locura, señora, no! —replicó Bumble, al cabo de breves momentos de reflexión—. ¡Es la carne!

—¿Cómo? —preguntó sin comprender la señora del funerario.

—¡La carne, señora, y nada más que la carne! —insistió con entonación enfática el bedel—. Le ha alimentado usted con exceso, señora, ha hecho que naciera en él un alma y un espíritu superficiales, señora, espíritu y alma que no convienen a los que son de su condición. Pregunte usted, señora, a la Junta Administrativa, formada por varones profundamente versados en lo que a filosofía práctica se refiere, y le dirán lo mismo que acabo de decirle yo. ¿Para qué quieren los pobres el alma y el espíritu? ¡Harto hacemos nosotros consintiéndoles que tengan cuerpos! No habría sucedido lo que sucede, señora, si usted hubiera tenido a esa víbora a gachas y agua.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó la señora Sowerberry, alzando, los ojos al techo de la cocina—. ¡He aquí las consecuencias de ser generosa!

La generosidad de la señora del funerario para con Oliver consistía en darle sin tasa todos los manjares inmundos y restos de comida que nadie hubiera querido; pero, dando pruebas de mansedumbre y abnegación sublimes, sufrió silenciosa la terrible acusación del bedel, no obstante creerse inocente de ella, de pensamiento, palabra y obra.

—¡Escuchad! —dijo el señor Bumble, obligando a la señora Sowerberry a bajar de nuevo los ojos—. Lo único que en este momento puede hacerse, en mi sentir, es dejarle en la cueva unos cuantos días, encomendando al hambre la tarea de amansarle, y sacarle luego para tenerle a gachas y agua todo el tiempo que dure su aprendizaje. ¡Índole excitable, señora, adquirida por herencia! La enfermera y el médico me han referido que su madre llegó aquí después de luchar con trabajos y fatigas tan grandes, que hubieran concluido muchas semanas antes con la vida de cualquier mujer sana y robusta.

En este punto estaba el discurso de Bumble, cuando Oliver, a cuyos oídos llegó lo suficiente para darse cuenta de que se hablaba de su madre, arreció en sus patadas contra la puerta con furia tal, que el estruendo ahogó la voz del bedel. Entró en aquella coyuntura el señor Sowerberry, el cual, oída la historia del atentado de Oliver, historia que las mujeres ponderaron y adornaron con cuantas exageraciones creyeron indicadas para hacerle montar en cólera, abrió inmediatamente la puerta del sótano, agarró por el cuello al rebelde aprendiz, y le sacó a rastras a la cocina. En la lucha se había hecho jirones la ropa de Oliver; tenía el rostro surcado por terribles arañazos y el cabello caía en desorden sobre su frente. Su cólera no había disminuido, sin embargo, y al salir de su encierro, lejos de parecer intimidado, miró con aire de reto a Noé y con valor indomable a los demás circunstantes.

—¡Eres un chico modelo, a fe mía! —exclamó Sowerberry, dando a Oliver un puñetazo terrible.

—¡Ultrajó a mí madre! —replicó Oliver.

—Y aunque así fuese, ¿qué? —terció la señora del funerario—. Por mucho y muy mal que sobre tu madre hablara, miserable expósito, se quedaría corto. Tu madre merecía mucho más.

—Eso no es verdad —replicó Oliver.

—Eso es verdad —insistió la señora Sowerberry.

—¡Miente usted, señora!

La señora del funerario rompió a llorar desconsolada.

Aquel torrente de lágrimas colocó a su marido en la necesidad de obrar. Si

hubiera vacilado en castigar a Oliver más duramente, se habría acreditado de bruto, de esposo desnaturalizado, de ser despreciable que no tenía de humano más que el rostro, y de otras cosas más que me abstendré de mencionar, a los ojos de cualquier persona medianamente versada en los usos y costumbres establecidas de las reyertas conyugales. La justicia nos obliga a hacer constar que, en lo que de su autoridad, harto limitada por cierto, dependía, sentíase fuertemente inclinado a tratar con benignidad al muchacho, fuera porque el interés le indujera a ello, fuera porque su mujer aborrecía a aquél. Pero el río de lágrimas no le dejó otro recurso, y en consecuencia, administró a Oliver un correctivo tan eficaz, que hasta la buena señora Sowerberry hubo de darse por satisfecha e hizo inútil el uso del bastón parroquial del señor Bumble. Oliver pasó el resto del día encerrado en la recocina sin más alimento que un pedazo de pan y un jarro de agua; y cuando cerró la noche, la señora del funerario, previas algunas observaciones poco lisonjeras a la memoria de su madre, hechas desde la cocina y sin abrir la puerta de comunicación, le puso en libertad para que fuera a dormir al sitio de costumbre.

Hasta que quedó solo en la tienda triste y silenciosa del funerario no se entregó Oliver a las reflexiones que los insultos y tratos crueles habían de despertar en el pecho de un niño, por niño que fuera. Había escuchado los insultos con desdén y recibido los golpes sin exhalar una queja, pues la ola de orgullo que se alzó en su corazón era más que bastante para impedir que diera salida a las quejas, aun cuando le hubieran asado vivo; pero en aquel momento se encontraba ya solo, nadie podía verle, nadie podía oírle, y cayó de rodillas, y escondió el rostro entre las manos, y vertió mares de amargas lágrimas, lágrimas de las que Dios concede al hombre como lenitivo de sus pesares, pero que rara vez tienen motivo para verter los niños de la edad de Oliver. Largo rato permaneció el desventurado huérfano inmóvil, sin variar de actitud. Cuando se levantó, la vela estaba próxima a extinguirse. Oliver tendió sus miradas alrededor, escuchó con atención, descorrió sin ruido los cerrojos de la puerta, y miró a la calle.

La noche estaba fría y tenebrosa. Las estrellas centelleaban a muchísima mayor distancia de la tierra que otras veces. No hacía viento, y las sombras de los árboles, proyectándose sobre la tierra con persistente inmovilidad, tenían algo de siniestro y pavoroso. Sigilosamente volvió a cerrar la puerta, y aprovechando los últimos resplandores de la luz que expiraba en la palmatoria, colocó en un pañuelo los contados efectos de su pertenencia, se sentó en un banco, y esperó impaciente la llegada de la aurora. No bien consiguió filtrarse por entre las hendiduras de la puerta de la calle el primer rayo de luz matinal, se levantó Oliver, descorrió nuevamente los cerrojos, dirigió tímidas miradas en su torno, titubeó algunos instantes, y se lanzó a la calle, cerrando la puerta tras sí.

Miró a derecha e izquierda, incierto acerca de la dirección que le convendría seguir, y recordando que los carromatos, al salir de la ciudad, subían penosamente la colina, emprendió el mismo camino, y al dar con unas veredas de travesía que sabía que le llevarían al camino real, aventuróse por ellas, no tardando en dar con aquél, por el cual avanzó con paso rápido. Recordó perfectamente Oliver que, algún tiempo antes, había recorrido aquel mismo camino en compañía del señor Bumble, cuando éste fue a buscarle a la sucursal del hospicio, y sabía que, de continuar en línea recta, iba a parar a dicha casa. Esta idea perturbóle en tales términos, que a punto estuvo de volverse atrás. Pero había avanzado ya demasiado, y retroceder le haría perder un tiempo precioso. Además, era tan temprano, que apenas si existía peligro de que le viesen. Prosiguió, pues, su camino.

Llegado a la sucursal, no vio indicios de que ninguno de sus pequeños moradores se hubiera levantado a hora tan temprana. Oliver hizo alto y dirigió al jardín una mirada furtiva. Un niño estaba arrancando hierbajos. Como éste levantara en aquel punto la cabeza, Oliver reconoció en aquel pálido semblante a uno de sus antiguos camaradas. Alegróse infinito de verle, pues aunque de menos años que él, había sido su amiguito y compañero de juegos. Juntos habían compartido los castigos, el hambre y las miserias, y juntos habían sufrido encierros más de una vez.

—¡Silencio, Ricardito! —murmuró Oliver, al ver que su amiguito, llegándose corriendo hasta la verja del jardín, pasaba sus bracitos chupados por entre las barras—. ¿Se han levantado ya?

—Nadie más que yo —contestó el niño.

—A nadie digas que me has visto. Ricardito —prosiguió Oliver—. Me escapé, harto de palizas y crueles tratos, y voy a buscar fortuna lejos de aquí; ignoro dónde. ¡Pero qué pálido estás!

—Oí decir al médico que no tardaré en morir —contestó el niño con triste sonrisa—. Mucho me alegra verte, amigo mío; pero no te detengas: vete.

—¡Sí, sí! Me voy; pero no me despido de ti para siempre. Volveremos a vernos, Ricardito; me lo da el corazón, y entonces te encontraré contento y feliz.

—Esa esperanza abrigo; pero cuando haya muerto, no antes —replicó el niño—. Sé que el médico no se equivoca, Oliver, y lo sé, porque en sueños veo con frecuencia el cielo, los ángeles, caras hermosas y dulces como jamás tropiezan mis ojos cuando estoy despierto. ¡Dame un beso! —añadió el niño, trepando a lo alto de la verja y rodeando con sus brazos el cuello de Oliver—. ¡Adiós, querido amigo, adiós! ¡Que Dios te bendiga!

Aquella bendición salía de los labios de un niño, y era la primera que

Oliver recibía. Jamás la olvidó en medio de las rudas pruebas y sufrimientos que la fortuna le tenía deparados, jamás se borró de su mente en los cambios, mudanzas y vicisitudes de la vida.

Capítulo VIII

Oliver va a Londres y tropieza en el camino con un caballerito singular

Oliver una vez se hubo despedido de su amiguito, volvió al camino real. Serían las ocho de la mañana, y aun cuando se había alejado ya una distancia de cinco millas de la ciudad, prosiguió la marcha, ora corriendo, ora escondiéndose detrás de los setos, hasta el mediodía, siempre temiendo ser perseguido y alcanzado. A la hora indicada se sentó junto a un poste para descansar, y comenzó a pensar por primera vez adonde debería dirigirse para ganarse el sustento.

El poste junto al cual se había sentado Oliver llevaba escrito con grandes caracteres que Londres distaba de aquel sitio setenta millas, y el nombre de la capital de Inglaterra dio rumbos nuevos a las ideas que bullían en el cerebro del niño. «¡Londres!... ¡Ciudad inmensa!... ¡Ni el mismo señor Bumble sería capaz de encontrarle allí!» Con frecuencia había oído decir a los pupilos antiguos del hospicio que ningún muchacho listo pasaba hambre en Londres, que aquella ciudad populosa brindaba ocupaciones y medios de vivir de los que ni idea podían formarse los que habían nacido y crecido en provincias. Aquél, pues, era el lugar indicado para un muchacho desvalido y sin amparo, condenado a perecer de hambre si no se le socorría. Dando mil y mil vueltas en su imaginación a estas ideas, Oliver se levantó y reanudó su penoso viaje. En otras cuatro millas disminuyó la distancia que de Londres le separaba sin darse cuenta de los sufrimientos que le esperaban antes que llegase al término de su viaje. Al ocurrírsele esta reflexión, acortó un poquito el paso y comenzó a pensar en los medios de llegar a su destino. En el hatillo llevaba un mendrugo, de pan, dos pares de medias y una camisa bastante mala. Además, en el bolsillo guardaba un penique, propina con que le obsequió Sowerberry después de un funeral en el cual se portó el muchacho excepcionalmente bien. «Una camisa limpia —pensó Oliver—, es prenda de gran valor, como lo son también dos pares de medias recosidas y un penique; pero resultan socorros insuficientes para hacer un viaje de sesenta y seis millas, a pie, y en invierno» Oliver, quien, semejante a la mayor parte de los jóvenes, poseía una inteligencia clara y no carecía de ingenio para descubrir las dificultades, aunque se aturdiría cuando de vencerlas se trataba, después de torturar en vano su imaginación en busca de remedio, echóse de nuevo el hatillo auestas y

prosiguió su marcha. Veinte millas anduvo aquel día Oliver, sin comer otra cosa que el mendrugo de pan ni beber más que algunos vasos de agua que de limosna le dieron en las casas de labor que junto al camino encontró. Cuando cerró la noche, entró en un campo y se acurrucó al abrigo de un almiar, donde esperó la llegada del nuevo día. Dominóle al principio un sentimiento de terror al oír los lastimeros quejidos del viento que pasaba sin encontrar obstáculos sobre aquellos dilatados campos desolados, al sentir las punzantes molestias del hambre y los rigores del frío, y sobre todo, al encontrarse más solo y abandonado que nunca; pero, como la caminata había rendido sus fuerzas, no tardó en dormirse y en dar al olvido sus pesares.

Despertó a la mañana siguiente entumecido de frío y con un hambre tan impaciente, que hubo de cambiar su penique por un panecillo en el primer pueblo que encontró. Sorprendióle la segunda noche cuando apenas si había recorrido doce millas. No había podido avanzar más, porque sus pies estaban hinchados y sus piernas tan débiles, que con dificultad podían sostener el peso de su cuerpo. Una noche más pasada a la intemperie concluyó con sus fuerzas, y cuando a la mañana siguiente intentó proseguir el viaje, a duras penas consiguió arrastrarse.

Esperó al pie de una colina el paso de alguna diligencia, resuelto a pedir una limosna a los viajeros. La diligencia llegó, en efecto, Oliver pidió una limosna, pero fueron pocos los viajeros que lo vieron, y los que en su persona repararon, contestáronle que esperase a que ganasen la cresta de la colina, y que entonces, según fuera la distancia que recorriera a la velocidad misma del coche, le darían medio penique. Intentó Oliver ganar el premio ofrecido, y al efecto echó a correr tras la diligencia; pero el cansancio y lo dolorido de los pies pudieron más que su voluntad, y hubo de detenerse incapaz de dar un paso más. El del medio penique volvió la moneda al bolsillo, diciéndole que era un perro holgazán que nada merecía, y la diligencia se alejó dejando tras sí al muchacho y levantando una nube de polvo.

En algunos pueblos de relativa importancia encontraba Oliver a la orilla del camino grandes cartelones en los cuales se anunciaba que toda persona que mendigase en su distrito sería conducida a la cárcel, prevención que asustaba tanto al desdichado, que procuraba salir de la jurisdicción de aquéllos con toda la prisa posible. En otros, buscaba la posada y, de pie en la entrada del corral, dirigía miradas lastimeras a cuantos acertaban a pasar por su lado, recurso que solía terminar con una orden dada por la posadera a los mozos de la casa de que echaran al desconocido que sin duda rondaba la casa con intención de robar alguna cosa. Si pedía una limosna a la puerta de una casa de labor, de cada diez veces nueve se encargaban de contestarle los perros, azuzados por el amo, y si se atrevía a asomarse a una tienda, resonaba inmediatamente en sus oídos el terrorífico nombre del alguacil, nombre que le ponía el corazón en la

boca... única cosa que en ella había tenido en muchas horas.

De no haber sido por el buen corazón de un encargado del portazgo y la caridad de una pobre vieja, los sufrimientos de Oliver hubieran terminado como terminaron los de su madre, es decir, habría caído muerto sobre el camino real. El encargado del portazgo le dio un pedazo de pan y queso, y la anciana, que tenía un nieto caminando con los pies desnudos por tierras desconocidas después de haber naufragado el barco en que navegaba, apiadóse del pobre huérfano, dióle lo poco que tenía, y por añadidura, le prodigó palabras cariñosas y excelentes consejos, a lo cual añadió tantas lágrimas de simpatía, que el corazón del pobre muchacho se conmovió hasta el punto de hacerle olvidar por algunos instantes sus propios sufrimientos.

La mañana del día séptimo de marcha, después de abandonar su país natal, Oliver entró caminando pesadamente en la pequeña población de Barnet. Las ventanas de las casas estaban cerradas, desiertas las calles y todo el mundo durmiendo. Alzabase el sol radiante, pero sus resplandores solamente servían para mostrar al muchacho todo el horror de su miseria y desamparo mientras cubierto de polvo, destrozados y cubiertos de sangre los pies, se sentó a descansar un poco sobre los fríos peldaños de una escalinata que daba acceso a la puerta de una casa.

Poco a poco fueron abriéndose las maderas de las ventanas, alzándose las persianas y dejándose ver algunas personas, que comenzaron a circular de aquí para allá. Hubo algunas que se detuvieron durante breves instantes a contemplar a Oliver, otras que volvieron la cabeza sin detener sus pasos; pero nadie le socorrió, nadie se tomó la molestia de preguntarle qué hacía allí. Oliver, en cuyo pecho no latía un corazón de mendigo, permanecía inmóvil y silencioso. Llevaba ya algún tiempo sentado en la escalinata, admirándose de que hubiera tantos establecimientos públicos (en Barnet, una puerta sí y otra también eran tabernas), mirando con envidia las diligencias que pasaban y pensando con cierto sentimiento de dolor que aquellos carruajes podían recorrer en pocas horas y con comodidad la distancia inmensa que él tardó toda una semana en franquear, cuando llamó su atención un muchacho, que pocos instantes antes había pasado por su lado sin mirarle, al parecer, y ahora se había detenido frente a él y le miraba con atención. Al principio, apenas si Oliver hizo caso; pero tanto rato duró la muda observación del muchacho, que al fin nuestro héroe alzó la cabeza y contestó a la mirada con la mirada. El desconocido cruzó entonces la calle, y encarándose con Oliver, le preguntó:

—¡Hola, compañero! ¿Qué te pasa?

El que así interrogaba al viajero tendría poco más o menos la misma edad que éste, pero era el tipo más extraño que Oliver había visto en su vida. Tenía la nariz achatada, deprimida la frente, las facciones de lo más ordinario y su

aspecto resultaba todo lo repugnante que es compatible con un rostro de niño, pues niño era aunque de hombre quería darse importancia y de tal afectaba los modales. Tipo desmedrado, de piernas combadas y ojos muy pequeños y vivos, llevaba el sombrero tan a flor de la cabeza, que se le hubiera caído irremisiblemente a cada paso si un movimiento peculiar de aquélla no le llevara nuevamente a su puesto, cada vez que principiaba a caer, lo que ocurría con mucha frecuencia. Vestía una levita de hombre de gran talla cuyos faldones le llegaban hasta los talones, y las mangas eran tan largas, que las había doblado en una mitad para poder hundir las manos en los bolsillos de sus calzones de pana. En una palabra, parecía tan pagado de sí mismo como jamás lo haya estado un galán de cuatro pies y seis pulgadas, pues ésta venía a ser su estatura.

—¡Hola, compañero! ¿Qué te pasa? —preguntó a Oliver el singular personaje que acabo de describir.

—Tengo mucha hambre y estoy rendido —contestó Oliver con lágrimas en los ojos—. He hecho un viaje muy largo: siete días hace que ando.

—¿Andando siete días? —repitió el caballerito desconocido—. Comprendo, compañero, comprendo. Cosas de algún plumífero, ¿verdad? ¡Vaya! —añadió reparando en la expresión de sorpresa de Oliver—. ¿Acaso ignoras lo que es un plumífero, mi cándido compañero?

Oliver contestó con mansedumbre que siempre había oído aplicar a los volátiles el término en cuestión.

—¡Dios mío, y qué inocentón! —exclamó el desconocido—. Sepa, mi querido compañero, que un plumífero es un juez, y que cuando viajamos por cosas de un plumífero, nuestra obligación es correr siempre sin dejarnos alcanzar por él. ¿Has estado alguna vez en chirona?

—¿En qué chirona? —inquirió Oliver.

—¡En qué chirona! ¡Válgame Dios! En un palacio donde dan de comer gratis, y visten gratis y dan otras muchas cosas gratis, y, sin embargo, tiene pocos aspirantes a su ingreso, y muchos a su salida. Pero dejemos estas cosas, y vente conmigo. Necesitas comer, y comerás. No está mi bolsa tan repleta que amenace romperse; pero mientras haya algo en ella, no faltará qué comer. ¡Ea! ¡Media vuelta sobre tus goznes, y andando!

El joven ayudó a Oliver a levantarse y le condujo a una tienda de comestibles inmediata, donde compró un buen pedazo de jamón y un pan de dos libras. A fin de preservar de polvo el jamón, ocurriósele la ingeniosa idea de practicar un agujero en el pan, quitándole la miga, e introducir en él el jamón. Pagado el pan, lo colocó debajo de su brazo y entró seguido de Oliver en una taberna, donde pidió una habitación reservada para él y su compañero.

El joven misterioso mandó que les sirvieran un jarro de cerveza, y Oliver, invitado por su nuevo amigo, comenzó a comer con ansia, mientras el otro le miraba con extraordinaria curiosidad.

—¿A Londres? —preguntó el joven desconocido, luego que Oliver trasladó a su estómago el pan y el jamón.

—Sí.

—¿Tienes allí casa?

—No.

—¿Y dinero?

—Tampoco.

El desconocido empezó a silbar, metidas ambas manos en los bolsillos de sus calzones.

—¿Vive usted en Londres? —preguntó Oliver.

—Sí, allí vivo cuando no viajo. Supongo que también tú necesitarás una casa donde pasar la noche, ¿no es cierto?

—Mucha falta me hace, en efecto; no he dormido bajo techado desde que salí de mi país.

—Pues no te preocupe tan poca cosa. Esta noche necesito llegar a Londres, donde conozco a un anciano respetable, vecino de la ciudad, que te alojará de balde... siempre que te presente uno de sus conocidos. ¿Pero me conoce a mí? ¡No!... ¡Ciertamente que no! ¡Pero no importa!

Sonreía picarescamente el joven mientras pronunciaba las palabras últimas de su discurso, como indicando que eran irónicas, y terminó su ofrecimiento dando fin a la cerveza del jarro. La oferta inesperada de un albergue era demasiado tentadora para que a Oliver se le ocurriera siquiera la idea de rehusarla, sobre todo después de asegurar el joven desconocido a Oliver que el buen caballero a quien se había referido le buscaría un acomodo excelente sin pérdida de tiempo. Como es natural, la conversación fue tomando giro amistoso y confidencial, que puso en conocimiento de Oliver que su amigo se llamaba Santiago Dawkins, y que era protegido y favorito del repetido anciano. Muy poco decía el exterior de Dawkins en favor de las comodidades y bienandanzas que el anciano proporcionaba a aquellos que tomaba bajo su protección; pero, como la conversación del joven era ligera y amena, y por añadidura, él mismo confesó que sus íntimos le distinguían con el sobrenombre del Truhán, supuso Oliver que era por temperamento atolondrado y calavera y que no habían hecho mella alguna en él los preceptos morales de su bienhechor. Cediendo a esta impresión, Oliver decidió cultivar

la buena opinión del anciano caballero tan pronto como se le deparase oportunidad, y caso que llegara a comprobar que el Truhán resultaba incorregible, como lo sospechaba, declinar el honor de continuar su trato.

Como se negara Santiago Dawkins a entrar en Londres hasta después de cerrar la noche, eran próximamente las once cuando llegaron nuestros viajeros a la barrera de Islington, atravesaron desde el camino del Ángel hasta el de San Juan, descendieron por la callejuela que termina en el teatro Sadler Wells, recorrieron las calles Exmouth y Coppice Row, pasaron junto a la Casa de Misericordia, cruzaron los clásicos terrenos llamados antiguamente Hockley-in-the-Hole, desde donde pasaron a la Little-Saffron-Hill y desde ésta a la Great-Saffron-Hill, donde el Truhán aceleró considerablemente el paso, recomendando a Oliver que le imitara.

Aunque harto que hacer tenía Oliver con no perder de vista a su guía, no pudo menos de dirigir algunas miradas a uno y otro lado del camino que recorrían, observando que en los días de su vida había visto lugares más sucios y desolados. La calle era angosta y fangosa y la atmósfera estaba saturada de fétidas emanaciones. No escaseaban las tiendecillas, aunque parecía que los artículos únicos en venta eran montones de chiquillos, mercancías que, no obstante lo intempestivo de la hora, corrían y se arrastraban dentro y fuera de las casas o bien alborotaban y chillaban en el interior de las mismas. Las únicas casas que ofrecían aspecto adecentado en medio de aquella miseria general eran las tabernas, donde la hez del pueblo, de la especie humana, disputaba ruidosamente. Callejuelas y patios que de tanto en tanto desembocaban en la calle principal ofrecían grupo de viviendas donde hombres borrachos y mujeres viciosas se revolcaban descaradamente en el cieno más inmundo, y de varias puertas salían individuos de aspecto poco recomendable que, a juzgar por sus movimientos cautelosos, debían abrigar propósitos que nada tenían de inocentes.

En escapar, más que en otra cosa, estaba pensando Oliver, cuando llegaron al pie de la colina donde su guía, cogiéndole por un brazo, empujó una puerta, que no estaba más que entornada, de una casa de la callejuela Field, y le hizo entrar en un patio.

—Ahora, ¿qué? —gritó una voz desde dentro, contestando un silbido del Truhán.

—Desplumado y Capote —respondió el joven.

Debían ser sin duda las palabras anteriores una contraseña convenida, pues brilló en el fondo de un pasadizo oscuro una luz y momentos después asomaba una cabeza por encima de la desvencijada barandilla de una escalera que conducía a la cocina.

—Sois dos —dijo el hombre de la vela, poniéndose una mano sobre los ojos a guisa de pantalla—. ¿Quién es el otro?

—Un recluta nuevo —contestó el Truhán, invitando a Oliver a que le siguiera.

—¿De dónde viene?

—Del país de los inocentes. ¿Está arriba Fajín?

—Arreglando pañuelos lo tienes. Adelante —contestó el hombre desapareciendo con la vela y dejando a obscuras a los jóvenes.

Oliver, una de cuyas manos tenía fuertemente asida su compañero, subió con dificultad tentando con la otra las paredes por una escalera más abundante en agujeros que en peldaños, en medio de una obscuridad, escalera que su guía subió con la ligereza del que conoce perfectamente el camino. Llegados arriba, abrió una puerta de una habitación interior e introdujo en ésta a Oliver. Los años y la suciedad habían ennegrecido las paredes y el techo de la habitación. Delante de la chimenea, sobre una mesa desvencijada, derramaba turbios resplandores una vela introducida en el cuello de una botella de ginebra, junto a la cual se veían dos o tres cubiletes de estaño, manteca y un pan, así como también un plato. En una sartén puesta a la lumbre, se freían unas morcillas, a las que hacía guardia, tostadera en mano, un judío de cara arrugada y facha innoble y repulsiva, sobre la primera de las cuales caían espesos mechones de cerdas de un rojo sucio que la ocultaban en parte. Vestía una especie de túnica de franela cubierta de pringue, y al parecer dividía su atención entre la sartén y una percha de la cual pendían infinidad de pañuelos de seda. Varios lechos a cual más sucios, hechos de sacos viejos, aparecían alineados en la habitación, y sentados alrededor de una mesa, fumaban en pipas de yeso y bebían, como pudieran hacerlo hombres hechos y derechos, cuatro o cinco muchachos de la misma edad que el Truhán. Todos ellos se agruparon en torno del judío mientras éste escuchaba algunas palabras que en voz baja le dijo el Truhán, después de lo cual dieron media vuelta y miraron con sonrisa burlona a Oliver, como lo hizo también el judío, tostadera en mano.

—Fajín —dijo Santiago Dawkins, le presentó a mi amigo Oliver Twist.

Hizo el judío un guiño, seguido de una reverencia, y tomando a Oliver por la mano, le dijo que abrigaba la esperanza de estrechar más y más su amistad. A continuación le rodearon los jovencitos de las pipas y menudearon tanto los enérgicos apretones de manos, que a poco más pierde el hatillo que en una llevaba, que fue precisamente la que todos estrechaban con más fuerza. Fue una escena encantadora. Todos se desvivían por servir a Oliver. Uno le quitaba la gorra otro llevaba su complacencia hasta el extremo de desocupar sus bolsillos a fin de que, al irse a dormir, no tuviera que tomarse la molestia de

vaciarlos por sí mismo. Es más que probable que aquellas atenciones hubieran llegado hasta bastante más lejos, de no haber prodigado el judío algunas caricias a los complacientes jóvenes con el mango de la tostadera.

—Nos alegramos infinito de verte. Oliver... infinito —dijo el judío—. Tú, Truhán, saca las morcillas y acerca a la lumbre un banco para que se siente tu amigo... ¡Ah! Veo que atraen tus miradas los pañuelos de la colección, ¿eh? Son muchos y de calidad superior, ¿no? Acabamos de sacarlos para ponerlos en colada, Oliver. ¡Ja, ja, ja!

Las palabras del judío arrancaron aplausos estrepitosos a la concurrencia.

Sirvieron la cena. Oliver comió su parte, y cuando hubo terminado, el judío le preparó en un cubilete una mezcla de ginebra y agua caliente, diciéndole que la bebiera sin tardanza en atención a que otro caballero estaba esperando su cubilete. Obedeció Oliver, quien muy pronto se dejó caer sobre uno de los sacos, donde seguidamente recibió la visita del buen Morfeo.

Capítulo IX

En el que dan más detalles acerca del agradable caballero y de sus aventajados discípulos

Estaba bastante avanzada la mañana siguiente cuando Oliver despertó de su dilatado y profundo sueño. En la estancia no vio a nadie más que al judío, quien removía con una cuchara de hierro el café que estaba hirviendo en una cacerola. Silbaba entre dientes el judío mientras estaba entregado a la ocupación indicada, y de tanto en tanto interrumpía los silbidos y la operación para escuchar atento ruidos o rumores que no sonaban, volviendo a su tarea luego que había adquirido el convencimiento de que el silencio era absoluto.

Aunque Oliver no dormía ya, es lo cierto que tampoco estaba completamente despierto. Existe un estado de sopor, intermedio entre la vigilia y el sueño, durante el cual sueña el hombre más en cinco minutos, con los ojos medio entornados y medio dándose cuenta de todo lo que en torno suyo pasa, que en cinco noches pasadas con los ojos completamente cerrados y sumidos todos los sentidos en una inconsciencia absoluta. En esas ocasiones es cuando el hombre puede formarse una idea ligera de las portentosas facultades del espíritu, que, desligado de las trabas que a sus operaciones opone la envoltura material, lánzase lejos de la tierra y se burla del tiempo y del espacio. Tal era el estado en que Oliver se encontraba. Con los ojos casi cerrados estaba viendo al judío, oía sus silbidos y hasta reconocía el rumor producido por el roce de la cuchara contra las paredes de la cacerola, y al propio tiempo su espíritu volaba

libre y sin trabas por el espacio, reanudando sus relaciones con cuantos mortales había conocido en la tierra.

Hecho el café, el judío retiró la cacerola y permaneció algunos instantes como indeciso, cual si no supiera cómo emplear el tiempo. Giró luego sobre sus talones, miró a Oliver, le llamó por su nombre, y como no recibiera respuesta, supuso que el muchacho continuaba durmiendo profundamente. Satisfecho al parecer sobre este particular, el judío se llegó hasta la puerta y la cerró. Seguidamente alzó algo, que Oliver creyó que era la tapadera de una trampa abierta en el suelo, y de su fondo retiró una cajita que colocó cuidadosamente sobre la mesa. Lanzaban sus ojos destellos luminosos al abrir la cajita y mirar ansioso su contenido. Arrastrando una silla junto a la mesa, se sentó, y del interior de la cajita sacó un reloj magnífico de oro guarnecido de brillantes.

—¡Ah! —exclamó el judío, encogiéndose de hombros y haciendo una mueca espantosa—. ¡Son unos perros fieles esos muchachos, perros fieles! ¡Constantes hasta el fin! ¡El anciano sacerdote no ha conseguido arrancarles una palabra acerca de su paradero! ¡No han hecho traición al viejo Fajín! Por supuesto... ¿qué hubieran salido ganando? No hubiesen aflojado el dogal ni conservado su posición un segundo más... ¡No, no, no! ¡Famosos muchachos... famosos, sí!

Haciendo a media voz estas y otras reflexiones semejantes, el judío volvió a colocar el reloj en la caja. Sucesivamente fue luego sacando de ella otros cinco o seis, que contempló con idéntico arrobamiento, tras los cuales aparecieron varias cadenas, sortijas, aderezos, brazaletes y, otras joyas, todas ellas de metales preciosos y trabajo tan artístico, que dejaron atónito a Oliver, aunque, ni idea tenía de sus nombres.

Vueltos a colocar en la cajita todos aquellos objetos, el judío sacó otra tan pequeña, que cabía en la palma de su mano. Sobre la tapa de la cajita debía haber alguna inscripción microscópica, pues el judío la dejó sobre la mesa y, haciendo pantalla con sus manos, la estudió largo rato con atención. Dejola al fin como desesperanzado de leer los diminutos caracteres, y arrellanándose en la silla murmuró:

—¡Qué hermosa es la pena de muerte! Los muertos no se arrepienten jamás, los muertos nunca tienen el extraño capricho de venir a sacar a luz historias desagradables. Es la mayor de las garantías del comercio. Cinco de ellos quedaron en hilera entre el cielo y la tierra, y ninguno ha venido a reclamar su parte en el botín.

Diciendo esto, sus ojos, que parecían luciérnagas, perdidos hasta entonces en el vacío, vinieron a fijarse en Oliver. Este le estaba contemplando con mucha curiosidad, y aunque cerró los ojos no bien se vio descubierto por el

judío, éste comprendió que había sido acechado. Cerró de golpe la caja, empuñó un cuchillo que sobre la mesa había, y se levantó furioso. Temblaba empero en tales términos, que hasta Oliver, no obstante la impresión de terror que le invadió, pudo ver que la hoja del cuchillo se movía temblorosa.

—¿Cómo se entiende! —gritó el judío—. ¿Por qué me acechas? ¿Por qué estás despierto? ¿Qué es lo que has visto? ¡Habla, muchacho! ¡Habla pronto, que te va en ello la vida!

—No me ha sido posible dormir más, señor —contestó con dulzura Oliver—. Siento muy de veras haberle molestado.

—¿Estabas despierto hace una hora? —preguntó el judío con fiereza.

—¡No, no, señor!

—¿Estás de ello bien seguro? —insistió el judío, mirando al muchacho con fiereza mayor y con expresión amenazadora.

—¡No lo estaba, señor! ¡Palabra de honor!

—Está bien, querido —contestó el judío, adoptando bruscamente su actitud habitual y jugueteando con el cuchillo antes de dejarlo sobre la mesa, como para dar a conocer al niño que lo había tomado por distracción—. Sé que dices verdad, amiguito, y si he hablado como lo he hecho, ha sido sencillamente para asustarte. Pero eres un valiente, sí, un valiente, a fe mía.

Frotábase el judío las manos, pero no cesaba de mirar al cofrecillo con muestras de inquietud.

—¿Has visto algunos de los hermosos objetos que contiene, Oliver? —preguntó, al cabo de algunos momentos de silencio.

—Sí, señor —respondió Oliver.

—¡Oh! —exclamó el judío, poniéndose intensamente pálido—. Son míos, Oliver, míos... Propiedad mía... La única fortuna que me resta para sostenerme en mi ancianidad. Las gentes me llaman miserable, querido, avaro miserable.

Oliver pensaba en efecto que el viejo debía ser un avaro, cuando vivía en aquel lugar mísero siendo dueño de tantos relojes, pero creyendo que la protección que dispensaba al Truhán y a otros infelices debía costarle mucho dinero, miró al judío con respeto y le preguntó si podía levantarse.

—Sí, hijo mío, sí —respondió el judío—. Detrás de la puerta de casa encontrarás un cubo de agua. Tráelo aquí, y yo te daré una palangana para que te laves.

Bajó Oliver por el cubo, y cuando volvió a la habitación, la cajita había

desaparecido. No bien se lavó y tiró el agua por la ventana, siguiendo las instrucciones del judío, entró el Truhán acompañado por uno de los jóvenes a quien Oliver encontrara fumando la noche anterior, y que le había sido presentado con el nombre de Carlos Bates. Sentáronse los cuatro a la mesa, e hicieron honor al desayuno, compuesto de café, panecillos calientes y un poco de jamón que el Truhán había traído dentro de su sombrero.

—Vamos a ver —dijo el judío, mirando maliciosamente a Oliver y dirigiéndose al Truhán—. Supongo que no habréis pasado la mañana cruzados de brazos, ¿eh, hijos míos?

—Hemos trabajado de firme —contestó el Truhán.

—Como burros —terció Bates.

—¡Bien, muchachos, muy bien! ¿Qué has apandado, Truhán?

—Dos carteras.

—¿Repletas? —preguntó con ansiedad el judío.

—Así, así —contestó el Truhán, presentando dos carteras, verde una y roja la otra.

—Más provistas podrían estar —observó el judío, después de registrar su contenido—. Pero, en fin, son nuevas y están primorosamente hechas. Parecen de un hábil fabricante: ¿no es verdad, Oliver?

—Es verdad, señor —contestó Oliver.

Esta respuesta arrancó estrepitosas carcajadas a Carlos Bates, con no poca estupefacción de Oliver, quien no acertaba a comprender el motivo de la risa.

—Y tú, querido, ¿qué traes? —preguntó el judío a Bates.

—Unos cuantos pañuelos —contestó el interrogado, sacando cuatro del bolsillo.

—¡Bien! —dijo el judío, después de examinarlos detenidamente—. Son buenos, pero los han marcado bien, Carlos; en consecuencia, será preciso quitar las marcas que tienen, de lo se encargará Oliver, luego que le hayamos enseñado cómo se hace. Poco le costará aprenderlo; ¿no es verdad, Oliver? ¡Ja, ja, ja, ja!

—Lo que usted mande, señor.

—¿Te agradecería aprender a hacer pañuelos tan a la perfección como los hace Carlos Bates, querido mío?

—De todo corazón, señor, si usted se digna enseñarme —contestó Oliver.

Tan chistosa encontró Bates esta contestación, que rompió a reír más

estrepitosamente que antes, risa que, habiendo coincidido con la entrada de un sorbo de café en su garganta, fue causa de que el líquido equivocara el camino y determinase una sofocación prematura y funesta.

—¡La inocencia personificada! —dijo cuando pudo hablar.

No despegó los labios el Truhán; pero pasó la mano sobre la cabeza de Oliver e hizo caer sus cabellos sobre sus ojos. Como el anciano observara que las mejillas de nuestro héroe se teñían de vivo carmín, cambió de conversación preguntando si había asistido mucho público a la ejecución de aquella mañana. Ante la contestación de los dos muchachos subió de punto la sorpresa de Oliver, quien no acertaba a comprender cómo habiendo asistido a la ejecución, dispusieran de tiempo para trabajar.

Terminado el almuerzo, el complaciente viejo y sus dos protegidos dieron comienzo a un juego tan curioso como peregrino. He aquí en qué consistía: el gracioso viejo metió una cajita para rapé en uno de los bolsillos de sus calzones y una cartera en el otro, un reloj en el bolsillo del chaleco sujeto a una cadena sólida que llevaba pendiente del cuello; adornó la pechera de su camisa con un alfiler de brillantes, abrochóse la levita de arriba abajo, y poniendo en los bolsillos de ésta el pañuelo y un estuche con unos anteojos, empezó a pasear a lo largo de la habitación jugueteando con su bastón, como suelen hacerlo los caballeros de alguna edad cuando salen a paseo. Parábase unas veces delante de la chimenea y otras frente a la puerta, como si estuviera admirando los escaparates de las tiendas, pero siempre que así lo hacía, miraba constantemente en derredor como temiendo la proximidad de ratas que le aligerasen los bolsillos, y llevaba a éstos las manos a fin de asegurarse de que nada había perdido, y todo con aire tan cómico y natural, que Oliver reía a carcajadas. Los dos jóvenes seguían de cerca al viejo, pero esquivando sus miradas con tanta ligereza cada vez que el judío se volvía a mirarlos, que era imposible seguir sus movimientos. El Truhán al fin salió al paso al viejo, pisó accidentalmente a éste, y Bates, que se aproximó por detrás, en un abrir y cerrar de ojos le quitó la cajita para rapé, la cartera, el reloj con la cadena, el alfiler de brillantes, el pañuelo y todo cuanto en los bolsillos llevaba el viejo todo lo cual pasó a los suyos con rapidez incomprensible. Si el judío sentía la mano dentro de alguno de sus bolsillos, decía en cuál, y el juego volvía a principiar. Luego que repitieron muchas veces el mismo entretenimiento, llegaron dos señoritas, cuyo objeto era hacer una visita a los jóvenes protegidos del judío. Llamábase la una Belita y Anita la otra. Sus cabellos eran abundantes, pero el peinado dejaba bastante que desear, aunque no tanto como sus medias y zapatos, más que medianamente deteriorados. Como Oliver observó que sus modales eran un tanto desenvueltos y hasta su pizquita libres, las deputó por personas sumamente amables y complacientes, en lo que probablemente no se equivocaba.

La visita duró largo tiempo. Hubo necesidad de traer algunos licores con el objeto de tonificar el cuerpo de una de las señoritas que se quejó de frialdad estomacal, y la conversación se fue animando por grados. Carlos Bates indicó al fin que era ya hora de dedicarse al birlen, palabra que Oliver creyó que significaba salir, puesto que el Truhán, Bates y las dos señoritas se fueron al instante, no sin que el viejo judío les proveyera de dinero abundante para que se divirtieran.

—No es desagradable este género de vida, ¿verdad? —preguntó el viejo Fajín—. Ya están libres por el resto del día.

—¿Han concluido el trabajo de hoy, señor? —preguntó Oliver.

—Han concluido, sí —contestó el judío—. ¡Digo! A no ser que inesperadamente y por casualidad se les presente oportunidad de hacer algo en la calle, en cuyo caso no la desperdiciarán; está seguro de ello. Tómalos como modelos, hijo mío —añadió el viejo, dando golpes con la badila sobre el suelo, como para añadir fuerza a sus palabras—. Haz cuanto te manden, obedéceles en todo, inspírate en sus consejos... sobre todo en los que te dé el Truhán, llamado a ser un gran hombre. Él te hará entrar en carrera, a poco que procures imitarle... ¿Asoma por mi bolsillo la punta del pañuelo, hijo mío?

—Sí, señor.

—Procura sacarlo sin que yo lo note, tal como viste que lo hacían ellos mientras estábamos jugando.

Oliver sujetó con una mano el fondo del bolsillo del viejo, como había visto que lo hacía el Truhán, y con la otra tiró ligeramente del pañuelo.

—¿Ya? —preguntó el judío.

—Sí, señor —contestó el huérfano, enseñándole la prenda.

—Veo que eres listo, hijo mío —dijo el alegre anciano, pasando la mano por la cabeza de Oliver—. No he visto mano más hábil... ¡Toma! Este chelín es para ti. Si continúas de este modo, te auguro que no tardarás en ser el primer hombre del siglo. Ven ahora, y te enseñaré a quitar las marcas de los pañuelos. El muchacho se preguntó interiormente qué relación podía haber entre escamotear pañuelos por pasatiempo y las probabilidades de llegar a ser el primer hombre del siglo; pero considerando que el judío, hombre de muchos años y de experiencia, no hablaría a tontas ni a locas, le siguió tranquilamente a la mesa y momentos después se entregaba con ardor a su nueva ocupación.

Capítulo X

Oliver conoce más a fondo el carácter de sus nuevos amigos y adquiere alguna experiencia pagándola a buen precio.

No obstante la brevedad de este capítulo, es uno de los más importantes de la historia Oliver permaneció por espacio de varios días en la casa del judío, haciendo desaparecer las marcas de los pañuelos de bolsillo, que en gran número le entregaban, tomando parte alguna vez en el juego descrito en el capítulo anterior, que indefectiblemente jugaban todas las mañanas el alegre viejo y los dos muchachos. Sintió al fin Oliver la nostalgia del aire libre, y suplicó varias veces y con insistencia al anciano caballero que le permitiera salir a trabajar con sus dos compañeros.

Mucho había influido en que el huérfano anhelara emplearse en trabajos activos lo que había presenciado referente a la rígida moralidad de carácter de su protector. Siempre que el Truhán o Carlos Bates se presentaban por la noche en casa con las manos vacías, dirigíales un discurso severo y vehemente sobre los estragos que en el mundo producían los hábitos de ociosidad y holganza, ponderábales la necesidad de ser activos y trabajadores, y reforzaba sus argumentos enviándolos a la cama sin cenar, medio el más indicado para que las lecciones quedaran indeleblemente grabadas en sus tiernas imaginaciones. En una ocasión, hasta los arrojó por la escalera, que los holgazanes bajaron rodando; pero fue una excepción motivada por el exceso de celo de su virtud severa.

Obtuvo al fin Oliver una mañana el permiso que solicitara con tanto afán. Hacía dos o tres días que no le daban pañuelos cuyas marcas hubiera de hacer desaparecer y las comidas habían sido excesivamente parcas. Tal vez influyera este motivo en el ánimo del viejo para acceder a lo solicitado por Oliver; pero fuéralo o no, lo cierto es que contestó a Oliver que podía salir, y le colocó bajo la tutela y vigilancia de Carlos Bates y de su amigo el Truhán.

Juntos se lanzaron los tres muchachos a la calle: el Truhán con las mangas de su levita dobladas y el sombrero en equilibrio inestable, como de costumbre; Bates caminando a saltitos con las manos metidas en los bolsillos, y Oliver colocado entre los dos, serio y con ganas de trabajar, y sobre todo, ardiendo en deseos de saber adónde se dirigían y qué rama industrial iban a enseñarle. Tan perezosamente y con indiferencia tan marcada andaban, que Oliver comenzó a sospechar que la intención de sus dos maestros era engañar una vez más a su protector, entregándose a la holganza y dejando para otros el trabajo. Observó Oliver que el Truhán tenía la mala costumbre de arrebatar las gorras de las cabezas a los pobres niños que por su lado pasaban y tirarlas dentro de las tiendas, mientras Bates, cuyas nociones acerca de los derechos de propiedad parece que eran excesivamente amplias, daba pruebas de habilidad maravillosa para trasladar manzanas y cebollas de los cestos de los vendedores

a sus propios bolsillos, que, al parecer, más que bolsillos, debían ser alforjas. Oliver, entendiendo que semejante conducta no era de las más laudables, estaba a punto de declarar su intención de volverse a casa, cuando una variación altamente misteriosa en la conducta del Truhán dio rumbos nuevos a sus pensamientos.

Acababan de salir de un pasadizo estrecho poco distante de la plazoleta abierta de Clerkenwell, llamada hoy, merced a una perversión singular de la palabra, «La Verde», cuando el Truhán cesó de andar bruscamente y, aplicando un dedo a sus labios, indicó a sus compañeros que retrocedieran con la mayor cautela y circunspección.

—¿Qué pasa? —preguntó Oliver.

—¡Chitón! —murmuró el Truhán—. ¿Ves aquel vejestorio plantado frente a la puerta de aquella librería?

—¿Aquel caballero anciano de la acera de enfrente? —dijo Oliver—. Sí... viéndolo estoy.

—Vamos a meternos con él —observó el Truhán.

—El encuentro promete —terció Bates.

Oliver miró alternativamente a sus compañeros con expresión de sorpresa, pero no le dieron tiempo de formular preguntas, pues los dos muchachos cruzaron cautelosamente la calle y se colocaron a espaldas del caballero que había llamado su atención. Siguióles el huérfano quien, no sabiendo si avanzar o retroceder, permaneció inmóvil mirando con ojos desmesuradamente abiertos una escena que no comprendía. Era el anciano un caballero de aspecto respetable, cuya cabeza estaba perfectamente empolvada. Usaba anteojos de oro. Vestía una levita de color verde botella con cuello de terciopelo negro y pantalón blanco, y llevaba bajo el brazo un elegante bastón de bambú. Había tomado un libro del puesto, y lo hojeaba con tanta atención como si se encontrase cómodamente arrellanado en el sillón de su despacho. Es muy posible que imaginase que en él se encontraba, pues saltaba a la vista que para él no existían ni puestos de libros, ni calle, ni muchachos cerca ni lejos de su persona, ni otra cosa que el libro que estaba leyendo, cuyas hojas volvía cuando había llegado a la línea última para empezar por la primera de la página siguiente. Su interés no podía ser mayor. ¡Cuál no sería el horror, la alarma de Oliver cuando vio que el Truhán llevaba la mano al bolsillo del caballero y sacaba un pañuelo, que entregaba seguidamente a Bates, y sobre todo, al ver que los dos salían corriendo como alma que lleva el diablo y desaparecían a la vuelta de la primera esquina!

En la imaginación espantada del pobre huérfano surgió, envuelta en torrentes de luz vivísima, la misteriosa historia de los pañuelos, relojes y

alhajas, y hasta la de la misma existencia del judío. Por espacio de algunos momentos permaneció Oliver en el mismo sitio, sintiendo que la sangre, al circular por sus venas, le producían, confuso, aguijoneado por el terror, y sin saber qué hacía, emprendió tan desatinada carrera, que puede asegurarse que sus pies apenas si tocaban en el suelo. Fue cosa de un instante. En el punto mismo que Oliver emprendió la fuga, el caballero del libro llevó la mano al bolsillo buscando el pañuelo, y al no encontrarlo, dio media vuelta rápida. La vista del muchacho que tan desatinado corría hízole suponer que aquél era el ratero, y lanzando un: «¡Al ladrón!», con toda la fuerza de sus pulmones, emprendió su persecución sin soltar el libro. No faltó quien hiciera coro a los gritos del caballero del libro. El Truhán y Bates, a quienes no convenía llamar la atención corriendo, se habían escondido en el primer portal que les salió al paso después de doblar la esquina; pero no bien llegaron a sus oídos los gritos del caballero y vieron la velocidad con que Oliver corría, dándose cuenta cabal del estado de cosas, salieron a la calle y se unieron al grupo de los buenos ciudadanos, gritando más alto que nadie: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» Buenos filósofos había tenido Oliver por maestros; pero desconocía la teoría de aquel axioma admirable según el cual es la conservación propia la primera y más sagrada de las leyes naturales. Acaso si la hubiese conocido se habría preparado para substraerse al rayo que sobre su cabeza se estaba forjando; pero su ignorancia sirvió para acrecentar su espanto, y el acrecentamiento de su espanto se tradujo en acrecentamiento de velocidad dada a sus piernas, que le llevaban con la celeridad del viento, seguido por el caballero y sus compañeros los rateros, que no daban reposo a sus gargantas. El grito de «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» parece evocación mágica. El tendero abandona su mostrador no bien lo oye, el carretero su carro, arroja el carnicero su cuchilla, tira el panadero su canasto y la lechera su cántaro, el mozo de cordel deja su carga, el escolar sus libros, el empedrador su pico y el niño su raqueta, y todos corren, y todos se lanzan en revuelto desorden, chillando, rugiendo, aullando, atropellando a los transeúntes, excitando a los perros y ahuyentando a los volátiles. En calles, plazas y paseos resuena el mismo grito ensordecedor: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!», grito que lanzan cien gargantas, grito que repiten una y mil veces, y el estruendo crece, y crecen también las turbas, y todos corren desatinados, saltando sobre el lodo de las calles que salpica sus rostros. Las ventanas se abren, todas las puertas vomitan gente, todos dejan sus ocupaciones, y hasta los titiriteros se ven en un abrir y cerrar de ojos abandonados por sus espectadores, que han corrido a unirse a las turbas y entonan con nuevo vigor el grito «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!», «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!». ¡Arraiga muy hondo en el corazón humano la pasión por dar caza a algo! Un infeliz muchacho, falto de alientos, rendido, reflejando en su semblante el terror que le mata y en sus ojos la espantosa agonía que le aflige, sudando a mares, casi sofocado, redobla sus esfuerzos para librarse de los que

con saña le persiguen; pero le van a los alcances, le ganan terreno por momentos, y en la proporción en que decrecen sus fuerzas aumentan en intensidad los gritos «¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Detenedlo, por favor!»! ¡Al fin le detienen!... ¡Ya le han cogido!... ¡Hermosa hazaña! ¡Tendido le tienen sobre el arroyo, y en torno suyo se agrupa la gente, que hasta lucha y riñe para no privarse de la satisfacción de verle!

—¡Despejen ustedes! ¿No ven que se ahoga? ¡Déjenle respirar!

—¡No lo merece el miserable!

—¿Dónde está el caballero?

—No tardará en llegar... Ya está cerca.

—Abran paso a este caballero.

—¿Es éste el muchacho?

—Sí.

Yacía Oliver sobre el suelo, cubierto de pies a cabeza de lodo y de tierra, sangrando copiosamente por la boca y mirando con ojos de espanto a los que le rodeaban, cuando algunos officiosos le llevaron, abriéndole paso a fuerza de puños, hasta el centro del círculo.

—¡Sí! —dijo el caballero—. ¡Me temo que sea ése el muchacho!

—¡Se lo teme! —murmuraron las turbas—. Debía alegrarse, por el contrario.

—¡Pobre muchacho! —replicó el anciano—. ¡Está herido!

—¡Gracias a mí! —contestó un ganapán adelantándose—. Le di un puñetazo de los míos... Por cierto que me corté los nudillos al dar con ellos en su boca. Yo le detuve, caballero.

Al mismo tiempo que así hablaba llevó la mano a la gorra y sonrió estúpidamente, abrigando a no dudar la esperanza de que el caballero premiaría con alguna propina su heroicidad. Llevóse un chasco. El anciano le miró con expresión de disgusto y tendió alrededor miradas inquietas, como si buscara manera de escapar de aquellas turbas, lo que probablemente habría hecho dando así ocasión a una nueva caza, de no haberse presentado en aquel punto un agente de policía, últimas personas que por regla general llegan en casos semejantes, y agarrando por el cuello a Oliver.

—¡Arriba! —dijo con aspereza.

—¡No fui yo, señor! ¡Fueron otros dos muchachos, lo juro! —exclamó Oliver, retorciéndose las manos con desesperación y mirando alrededor—. Deben estar por aquí...

—¡No, hombre, no! ¡No los busques! —replicó el policía, quien creyendo chancearse, decía la verdad, pues tanto el Truhán como Bates habían dado esquinazo a las turbas en la ocasión primera que se les deparó—. ¡Vaya! ¡Arriba, he dicho!

—¡No le trate usted con severidad! —exclamó el compasivo caballero.

—¡Oh, no! ¡No pienso hacerle ningún daño! —replicó el policía rasgando de un tirón la chaqueta de Oliver como para demostrar con hechos la suavidad de sus maneras—. ¡Vamos, buena pieza! ¡Te conozco muy bien, tunante! ¿Pero vas a sostenerte sobre tus patas, demonio?

Oliver, que apenas si podía mantenerse en pie, se levantó con trabajo y fue arrastrado por el policía. Siguióles el anciano, quien se colocó al lado del policía. Algunos curiosos quisieron prolongar por más tiempo la distracción, y siguieron al grupo durante algunos minutos, y los pilluelos proferían gritos de alegría, clavadas sus miradas en el desventurado Oliver.

Capítulo XI

Que trata del magistrado de policía señor Fang y ofrece un ejemplo de su manera de administrar justicia

Habíase cometido el robo en el distrito de un juzgado central muy conocido y a corta distancia del edificio en que aquél funcionaba, y como consecuencia, las turbas hubieron de renunciar al Placer de escoltar a Oliver no bien le hubieron acompañado durante el recorrido de dos o tres calles. Al llegar al lugar llamado Mutton-Hill, hicieron entrar al ladronzuelo por debajo de una bóveda de escasa elevación a un patio muy sucio que daba acceso a la sala de justicia. En el patio encontraron a un hombretón de descomunales patillas que llevaba en la mano un manajo de llaves.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó con indiferencia.

—¡Nada! ¡Un raterillo! —contestó el agente de policía.

—¿Es usted el robado, caballero? —preguntó el de las llaves al anciano.

—Sí, soy yo —respondió el interrogado—, pero no puedo asegurar que fuera este muchacho el que me quitó el pañuelo. Yo... quisiera que no se le tratase con rigor.

—Es preciso ver antes al señor magistrado —replicó el hombretón—. Dentro de medio minuto estará Su Señoría en disposición de oírnos. ¡Por aquí, tunante!

Estas últimas palabras eran una invitación dirigida a Oliver para que entrase por una puerta, que el de las patillas abrió mientras hablaba, y que conducía a un cuartito cuyos muros eran de mampostería. Allí fue registrado el muchacho, y como nada le encontraran encima, dejáronle solo y encerrado. Por su forma y dimensiones, el cuarto parecía un sótano, aunque con menos luz de la que éstos suelen tener. Estaba sucio hasta lo inconcebible, sin duda porque, como era lunes, habían pasado en él la noche del domingo seis u ocho borrachos, poniéndolo perdido. Por supuesto, que esto no tiene importancia. En nuestras delegaciones encierran todas las noches a hombres y mujeres por los motivos más frívolos en mazmorras inmundas comparadas con las cuales son verdaderos palacios las celdas que en Newcastle ocupan los facinerosos más repugnantes después de presos, juzgados y condenados. Si hay quien dude de mi aserto, tómese la molestia de visitar unas y otras y comparar. Tan afligido parecía el anciano como el mismo Oliver. Cuando vio que el de las barbas hacía girar la llave en la cerradura, exhaló un suspiro profundo y, mirando al libro, causa inocente de lo que pasaba, murmuró, paseando por el patio con aire preocupado:

—Algo advierto en la cara de ese muchacho que me interesa y conmueve. ¿Será inocente? Voy sospechando que sí... ¡Es particular! —añadió, poniendo fin brusco a su paseo y clavando los ojos en la atmósfera—. ¿Dónde he visto yo antes una cara como la suya?

Al cabo de breves instantes de inmovilidad, el caballero se retiró a un rincón del patio, donde evocó todas las caras que en su vida había tenido ocasión de ver.

—¡No! —dijo después de un rato de meditación profunda—. ¡Debo estar engañado!

Lejos de darse por convencido, insistió con nuevos bríos en su labor imaginativa. Ante el conjuro de su voluntad potente se rasgaron las tinieblas que envolvían su pasado, y surgieron ante sus ojos caras de amigos y caras de enemigos, caras de doncellas frescas y hermosas que la zarpa cruel de los años había trocado en apergaminadas viejas, caras que la tumba había destruido, pero que su fantasía, más potente que la misma tumba, reconstituyó engalanándolas con la lozanía y belleza que en vida tuvieron, devolviendo el brillo a sus ojos y el encanto a su sonrisa, dotándolas de un alma más radiante, más pura y más hermosa que la que les sirvió de carroza en su glorioso viaje a los cielos.

¡Imposible! El buen caballero no recordó un rostro determinado del que los rasgos característicos de Oliver fueran imagen. Exhaló otro suspiro sobre los recuerdos que acababa de evocar y, como buen distraído que era, no tardó en engolfarse de nuevo en la lectura del libro.

Interrumpió su ocupación el de las llaves, quien, tocándole en un hombro, le suplicó que le siguiera. El buen anciano cerró el libro y momentos después se encontraba ante la imponente y famosa persona llamada el señor Fang. Era la sala de justicia una estancia cuyos muros tenían zócalos de madera que llegaban hasta la mitad de su altura. En el fondo estaba sentado, detrás de una mesa, el señor Fang, y a uno de los lados de la puerta había un banquillo de madera, en el cual estaba ya sentado Oliver, temblando y muerto de miedo ante lo pavoroso de la escena. El señor Fang era de mediana edad, de mediana estatura, de espaldas más que medianamente anchas, de cuello más que medianamente rígido y de cabellos más que medianamente escasos. La expresión de sus facciones era dura y el color de su cara de un rojo subido. El caballero anciano hizo una reverencia respetuosa y, adelantándose hasta la mesa, dijo:

—He aquí mi nombre y mis señas, caballero.

Seguidamente retrocedió dos pasos, hizo, otra reverencia tan profunda, como la anterior, y esperó a que le interrogasen. No ocurrió así, sin embargo. Hizo la casualidad que el señor Fang estuviera en aquel momento embebido en la lectura de un periódico de la mañana que daba cuenta detallada de una sentencia dictada recientemente por él, sentencia que inspiró al articulista sabrosos comentarios a su costa. El artículo terminaba llamando por tricentésima vez la atención del ministro de Gracia y Justicia sobre la peregrina manera de administrar justicia del señor Fang, quien, como es natural, estaba de mal talante y de pésimo humor.

—¿Quién es usted? —preguntó el juez.

Por toda contestación, el anciano extendió la mano hacia la tarjeta que poco antes dejara sobre la mesa.

—¡Guardias! —exclamó el Juez, separando desdeñosamente la tarjeta—. ¿Quién es este sujeto?

—Mi nombre, caballero —contestó el anciano con severo continente—, es Brownlow: séame ahora permitido preguntar a mi vez cómo se llama el juez que, escudándose en la Ley, se permite dirigir insultos gratuitos e inmerecidos a una persona respetable.

Mientras hablaba, el señor Brownlow paseó sus miradas por la sala, como buscando persona o personas que pudieran contestar su pregunta.

—¿De qué se acusa a ese sujeto, guardia?, —preguntó el señor Fang.

—No se le acusa de nada, señor —replicó el guardia—; es él quien acusa a ese muchacho.

Nada dijo el guardia que el juez no supiera perfectamente, pero era hombre

aficionado a molestar y zaherir, sobre todo cuando podía hacerlo impunemente.

—Acusa a ese muchacho, ¿eh? —dijo Fang, midiendo al anciano de pies a cabeza—. ¡Que preste juramento!

—Antes de prestar juramento —replicó el señor Brownlow— quiero hacer constar que, si no lo estuviera viendo, jamás hubiera creído...

—¡Cállese usted! —gritó Fang.

—¡No me acomoda callar! —contestó resueltamente el anciano.

—¡Cállese usted inmediatamente, o le mando echar de la sala! Es usted un insolente, un impertinente. ¿Cómo osa usted replicar a un magistrado?

—¡Magistrado! —exclamó el anciano, rojo de cólera.

—¡Que preste juramento ese hombre! —dijo Fang, dirigiéndose al escribano—. No quiero oír una palabra más. ¡Que jure!

La indignación del señor Brownlow había llegado a su colmo; pero reflexionando que si se excedía, perjudicaría la suerte de Oliver, se contuvo y prestó el juramento que se le exigía.

—Veamos, ¿de qué acusa usted a ese muchacho? ¿Qué cargos puede formular contra él?

—Estaba frente a un puesto de libros...

—¡Silencio, señor mío! —interrumpió el señor Fang—. ¡A ver!... ¡Guardia!... ¿Dónde está ese guardia? ¡Que preste juramento el guardia! ¿Qué ha ocurrido, guardia?

El guardia refirió con humildad lo que había visto, tal como los lectores lo conocen.

—¿Y los demás testigos? —inquirió el juez.

—No hay ninguno, señor —respondió el guardia.

Calló Fang por espacio de algunos minutos, y vuelto luego con arrogancia hacia el caballero anciano, dijo:

—¿Va usted a manifestar de una vez qué cargos presenta contra ese muchacho, o es que se ha propuesto permanecer como un pasmarote toda su vida? Ha prestado usted juramento; tenga entendido que, si se niega ahora a presentar pruebas, le castigaré por faltar al respeto debido a la justicia. Le castigaré por...

Nadie es capaz de conjeturar por qué o por quién pensó decir el juez, pues en aquel momento preciso estornudaron ruidosamente el carcelero y el

escribano, este último dejó caer simultáneamente un libraco enorme sobre el suelo, y entre el estornudo y el ruido producido por el libro impidieron que fuera oída la palabra... accidentalmente y por casualidad, claro está.

No sin sufrir varias interrupciones y sin verse obligado a oír repetidos insultos, el señor Brownlow consiguió hacer historia de lo que le había pasado, haciendo observar que, llevado de la sorpresa del momento, echó a correr tras el chico porque vio que éste huía, y manifestando deseos de que, si el magistrado creía que aquél no era en realidad ladrón, y sí cómplice de ladrones, le tratase con toda la lenidad compatible con la justicia.

—Ha resultado herido —terminó diciendo el anciano—, y me temo —añadió con gran energía, encarándose con el juez—, me temo que se encuentre enfermo de cuidado.

—¡Oh, sí! —exclamó Fang con sonrisa burlona—. ¡Desde luego! ¿Cómo no? ¡Ven acá, vagabundo miserable, que conmigo de nada sirven tretas! ¿Cómo te llamas?

Quiso contestar Oliver, pero la voz se cuajó en su garganta. Densa palidez cubrió su cara, y ante sus ojos espantados miraba vertiginosamente la habitación.

—¿Cómo te llamas, canalla empedernido? —repitió Fang—. ¡Guardia! ¿Cómo se llama ese cachorro?

La pregunta iba dirigida a un individuo viejo, de aspecto rudo y cara de bestia, que estaba de pie junto a la mesa. El viejo de cara de bestia se acercó a Oliver y repitió la pregunta; pero, como viera que el interrogado no se encontraba en disposición de poder contestar, y supiera por otra parte que su silencio centuplicaría la furia del magistrado, furia que se traduciría en aumento considerable en la severidad de la sentencia, echóse a adivinar, y contestó:

—Dice que se llama Tomás White, señor.

—¡Ah! ¿Es que no quiere hablar en voz alta? ¡Está muy bien... está muy bien! ¿Dónde vive?

—Donde puede, señor —respondió el funcionario, simulando que repetía la contestación dada en voz baja por Oliver.

—¿Tiene padres?

—Dice que murieron cuando era muy niño, señor.

En este punto estaba el interrogatorio, cuando Oliver alzó la cabeza y con voz suplicante pidió un sorbo de agua.

—¡Tonterías y tretas que no valen conmigo! —replicó el juez—.

¡Cuidadito con pretender engañarme!

—¡Creo que en verdad está enfermo de cuidado, señor! —intercedió el que tomó a su cargo contestar al interrogatorio.

—Y yo sé que está demasiado sano —replicó Fang.

—Sosténgalo usted, guardia; va a caer desplomado —terció el anciano.

—¡Atrás, guardia! —rugió el juez—. ¡Qué caiga, si ése es su gusto!

Aprovechando Oliver el permiso que se le concedía, cayó pesadamente en tierra y quedó desvanecido. Los funcionarios que había en la sala se miraron unos a otros, pero nadie osó acercarse al muchacho.

—Viendo estaba yo la comedia que preparaba —observó Fang con fatuidad—. Nadie le toque; él mismo se cansará pronto de estar así.

—¿Qué medios piensa adoptar Su Señoría para esclarecer el asunto? —preguntó el escribano.

—Ninguno —respondió el juez—. Queda sentenciado a tres meses... de trabajos forzados, como es natural. ¡Despejen la sala!

Abierta estaba ya la puerta de la sala de justicia y dos hombres se disponían a sacar al desmayado muchacho para encerrarlo en el calabozo, cuando penetró rápidamente en la estancia y adelantó hasta la mesa del juez un hombre de bastante edad y de aspecto decente, aunque pobre, vestido de negro de pies a cabeza.

—¡Deténganse! ¡Deténganse! ¡No le saquen aún!... ¡Por Dios vivo, un momento de paciencia! —gritó el recién llegado, jadeante y casi sin alientos. Aunque el genio que preside en las salas de justicia es dueño absoluto y arbitrario de las libertades, fama, buen nombre, carácter y hasta de la vida de los fieles vasallos de Su Majestad, sobre todo si son pobres, y aun cuando en el misterioso interior de esas salas se cometan a diario mil injusticias y se inventen cuentos fantásticos capaces de hacer verter lágrimas a los mismos ángeles, cuídase por lo menos de que las tropelías no transpiren al público, a cuyo conocimiento nunca llega más que aquello que la prensa quiere que llegue. Teniendo esto en cuenta, natural es que el señor Fang se indignara y tocara el cielo con las manos cuando vio penetrar en la sala en forma tan irreverente a un huésped a quien nadie había invitado.

—¿Pero qué es eso? ¿Cómo se entiende? ¡Sacadme a ese intruso a puntapiés! ¡Fuera!... ¡Despejen! —aulló el señor Fang.

—¡Quiero hablar! —replicó con entereza el desconocido—. Es preciso que me oigan. Lo he visto todo... Soy el dueño del puesto de libros. Pido que se me tome juramento... pido, exijo que se oiga mi declaración. Señor Fang.

Vuestra Señoría tiene el deber de oírme. Vuestra Señoría no puede negarse a recibir mis deposiciones.

Tenía razón aquel hombre. Dada su resolución, dado su carácter determinado, eran de temer complicaciones graves si intentaban imponerle silencio a la fuerza.

—¡Que preste juramento ese sujeto! —gruñó Fang con cara hosca—. ¿Qué es lo que usted tiene que decir?

—Lo siguiente —contestó el del vestido negro—: Vi correteando por la calle a tres niños, uno de los cuales era el prisionero, mientras este caballero estaba leyendo. El robo lo cometió uno de los tres, pero no el que ha caído en poder de la justicia. Lo vi todo, vi cómo sacaban el pañuelo, y vi que el hecho llenó de asombro y de estupefacción a ese infeliz que tienen preso.

A continuación, el librero procedió a contar la historia del robo de forma más ordenada con las circunstancias que en él concurrieron.

—¿Por qué no se presentó usted antes? —preguntó Fang después de una pausa.

—Porque no podía dejar abandonado mi comercio —replicó el librero—. Cuantas personas hubieran podido reemplazarme, se unieron a los perseguidores del inocente. A nadie encontré hasta hace cinco minutos. No bien me fue posible, vine corriendo.

—¿El robado estaba leyendo? —preguntó el juez después de otra pausa.

—Sí, señor; leía el libro mismo que ahora tiene en la mano.

—¡Ah! El libro que conserva en la mano, ¿eh? ¿Lo ha pagado?

—No, señor —contestó el librero sonriendo.

—¡Es verdad! ¡Lo había olvidado! —terció el caballero con ingenuidad.

—¡Desaprensivo necesita ser usted, señor mío, para atreverse a formular acusaciones contra ese pobre niño! —exclamó el señor Fang, haciendo cómicos esfuerzos para aparentar sentimientos humanitarios—. Entiendo que se ha apoderado de ese libro por medios feos y reprobables. Dé usted gracias a que el librero renuncia al derecho que le asiste de perseguirle criminalmente... Sea para usted lección saludable lo que acaba de suceder si no quiere que la ley descargue su espada contra usted. El niño queda absuelto... ¡Despejen inmediatamente!

—¡Me dará usted satisfacciones! —bramó el anciano, dando rienda suelta a la cólera comprimida desde hacía rato en los estrechos límites de su pecho—. ¡Exijo... usted!...

—¡Despejen! —repitió el juez—. ¿Oyen ustedes, guardias? ¡Despejen inmediatamente!

La orden fue obedecida. Bien a su pesar hubo de salir de la sala el señor Brownlow, con el libro en una mano y el bastón en la otra, aunque ni por un momento dejó de lanzar frases de reto. Su furia se disipó no bien llegó al patio. El desventurado Oliver Twist yacía boca arriba sobre las losas, desabrochada la camisa y chorreando agua que acababan de verter sobre su cabeza. Mortal palidez invadía su cara, y todo su cuerpo se estremecía.

—¡Pobre niño... pobrecillo! —exclamó el señor Brownlow, inclinándose sobre él—. ¡Llamen un coche, por favor!

No tardó en llegar un coche en cuyo interior acondicionó el anciano a Oliver, sentándose a continuación a su lado.

—¿Me permite que le acompañe? —preguntó el librero acercándose.

—¡Perdóneme, mi querido amigo, perdóneme! —contestó el anciano—. ¡Ya le había olvidado otra vez! ¡Dios mío!... ¡Aún conservo este desgraciado libro! ¡Entre usted, entre usted! ¡Pobre niño!... ¡No podemos perder tiempo!

El librero tomó asiento en el coche, y éste emprendió seguidamente la marcha.

Capítulo XII

Oliver es curado y atendido mejor que nunca. La historia vuelve a encontrar al jovial anciano y a sus dos amiguitos.

Descendió el coche por Monte Alegre y subió por la calle Exmouth, siguiendo casi la misma ruta que siguiera Oliver el día que hizo su primera entrada en Londres en compañía del Truhán, y torciendo al llegar al Ángel, en Islington, vino a detenerse frente a una hermosa casa, sita en una calle tranquila y retirada, no lejos de Pentonville. Sin pérdida de momento fue preparada una cama en la que acostaron a Oliver, a quien el señor Brownlow hizo objeto de su paternal solicitud y de los cuidados y atenciones más tiernos.

Largos días permaneció Oliver insensible a las atenciones y desvelos de sus nuevos amigos. Varias veces salió el sol y varias veces se hundió por poniente después de visitar al desgraciado huérfano con sus rayos, sin que éste pudiera abandonar el lecho del dolor, en el que le retenía y devoraba una fiebre que gradualmente minaba su organismo. La obra del gusano que devora la carne de un cadáver no es más resistente, segura e implacable que la de ese fuego interno que penetra en la envoltura material y la corroe y aniquila.

Débil, desencajado, pálido y flaco despertó Oliver al fin de aquel sueño penoso y prolongado, e incorporándose trabajosamente y apoyando la cabeza sobre su brazo tembloroso, miró con ansiedad alrededor.

—¿Qué habitación es ésta? —preguntó Oliver—. ¿Dónde estoy? No es aquí donde solía dormir.

Pronunció estas palabras con voz muy débil, casi ininteligible, no obstante lo cual fueron oídas al momento, pues alguien corrió la cortina y en el acto se dejó ver una anciana de rostro dulce y expresión afable.

—¡Chitón, hijo mío! —dijo la anciana con voz dulce—. Es preciso que no te muevas, si quieres ponerte bueno. Has estado enfermo, muy enfermo, hijo mío, y hay que evitar las recaídas. ¡Ea! ¡Acuéstate otra vez, y quietecito, que así lo ha dispuesto el médico!

Uniendo la acción a la palabra, la buena señora colocó la cabeza de Oliver sobre la almohada y, separando los cabellos que en desorden caían sobre la frente del enfermo, miró a éste con solicitud y ternura tales, que Oliver no pudo menos de tomar entre su mano descarnada la de la anciana, y pasarla alrededor de su cuello.

—¡Bondad divina! —exclamó la buena señora con lágrimas en los ojos—. ¡Qué tesoro de agradecimiento guarda este pobre niño en su corazón! ¡Pobrecito! ¿Cuál no sería el placer de su madre, si después de haberle velado como yo, le viera tal como ahora se encuentra?

—Acaso me esté viendo —murmuró Oliver juntando las manos—. Acaso me ha velado durante mi enfermedad... ¡Hasta me parece que la veo ahí!...

—Efecto de la fiebre, hijo mío —contestó la señora con dulzura.

—Eso creo —dijo Oliver—. El Cielo está muy lejos, y los que en él moran son demasiado dichosos para bajar a velar junto a la cama de un pobre niño. Sin embargo, si mi madre ha sabido que he estado enfermo, aun desde el Cielo me habrá compadecido mucho... ¡Sufrió ella tanto antes de morir! ¡Pero no! —añadió Oliver después de algunos momentos de reflexión—, No ha debido saber lo que me ha sucedido. Si me hubiese visto enfermo y abatido, habría estado triste, y yo la he visto siempre alegre y risueña cuando se me ha aparecido en sueños.

No contestó la buena anciana; pero secó primero sus ojos, y a continuación sus anteojos que estaban sobre el cubrecama, cual si formaran parte integrante de su rostro, sirvió a Oliver una bebida refrescante y le pasó cariñosamente la mano por la mejilla, recomendándole de nuevo que permaneciera quietecito a fin de evitar recaídas.

Calló Oliver y permaneció quietecito, tanto porque anhelaba obedecer a

aquella amable señora, cuanto porque las pocas palabras que acababa de pronunciar habían agotado sus fuerzas. No tardó en conciliar un sueño tranquilo y reparador, del cual vino a despertarle la luz de una bujía que de repente aproximaron al lecho. Oliver abrió los ojos, y éstos tropezaron con la respetable figura de un caballero que, inclinado sobre él y fijos los ojos sobre un reloj enorme de oro, que en la mano tenía, le tomaba el pulso y declaraba que el enfermo estaba mucho mejor.

—Te encuentras muchísimo mejor, ¿no es verdad, querido? —preguntó el caballero.

—Sí, señor; muchas gracias —respondió Oliver.

—Seguro estaba yo de que mejorabas; ¿tendrás apetito, verdad?

—No, señor.

—¡Claro que no! —exclamó el caballero—. ¡No! ¡Ya sé que no puedes tenerlo! ¡No tiene apetito, señora Bedwin! —añadió con tono sentencioso. La señora anciana hizo una inclinación respetuosa de cabeza, como queriendo significar que tenía al doctor, pues médico era el caballero en cuestión, por hombre de gran talento. Parece que ésta era la opinión que de sí tenía el propio interesado.

De seguro que tienes sueño, ¿no es cierto, amiguito?

—No, señor.

—¡Desde luego! —contestó el médico—. No tienes sueño, y así debe ser. ¿A que tampoco tienes sed?

—Sí, señor. Sed tengo mucha.

—¡Lo que yo esperaba, señora Bedwin, lo que yo esperaba! —dijo el médico—. Es muy natural que sienta sed. Déle un poquito de té con una tostada, pero sin manteca. No le arroje demasiado, pero cuide al propio tiempo de que no se enfríe mucho... ¿Lo hará así?

Inclinóse la anciana en señal de asentimiento, y el doctor, después de probar una tisana fría y de manifestar que le parecía bien, salió presuroso como quien tiene mil enfermos a quienes atender. Oliver se durmió de nuevo, siendo casi medianoche cuando despertó. La anciana le dio poco después las buenas noches y se fue, dejándole confiado a los cuidados de una mujer gruesa que acababa de entrar en la habitación llevando en una mano un librito de oraciones y en la otra un gorro de dormir. Luego que dejó el libro sobre la mesa y colocó el gorro de dormir en su cabeza acercó una butaca a la chimenea no sin antes manifestar a Oliver que había venido a velarle, y comenzó a descabezar sueñecitos y más sueñecitos, interrumpidos de tanto en tanto por terribles cabezadas y alguna que otra caída de bruces, sin

consecuencias graves, por supuesto, ya que aquéllas solía sufrirlas por regla general la nariz. Así se deslizó perezosamente la noche. Oliver permaneció largo rato despierto, ora contando los circulitos luminosos que la luz de la lámpara proyectaba sobre el techo filtrándose a través de la pantalla, ora intentando seguir con la vista las líneas del complicado dibujo del panel que cubría las paredes.

La semioscuridad y el silencio que en la estancia reinaban no podían ser más solemnes. Invitaban a la meditación y terminaron por impresionar profundamente a Oliver, quien creyó que la muerte inexorable, después de haber rondado su lecho durante varios días y otras tantas noches, podía volver más terrible, más espantosa. Estas reflexiones le llenaron de pavor, que creyó disipar hundiendo la cara en la almohada y elevando al Cielo ferviente oración. Invadióle gradualmente ese sueño tranquilo que sólo recientes enfermedades pueden proporcionar, ese reposo saludable y dulce del cual no quisiera uno despertar. ¿Quién, aun cuando del descanso de la muerte se tratara, desearía sacudirlo para verse envuelto de nuevo en las luchas por la vida, para sentirse arrastrado por el torbellino de las necesidades, para volver a encontrarse con las tristes eventualidades del presente, las sombrías inquietudes del porvenir y, más que nada, con los recuerdos amargos del pasado?

Era muy entrado el día cuando Oliver abrió los ojos. Al despertar, invadióle una sensación de bienestar inefable. Había pasado la crisis; volvía a pertenecer al mundo de los vivos. Tres días después pudo abandonar el lecho y permanecer algunas horas sentado en un sillón bien guarnecido de almohadas, y como su debilidad excesiva no le consintiera andar, la buena señora Bedwin dispuso que le bajasen a su misma habitación, donde le sentó junto a la chimenea. A su lado tomó aquélla asiento, y fue tal su alegría al ver al enfermo fuera de peligro, que comenzó a llorar, sin ser dueña de sí misma.

—No hagas caso de mi llanto, hijo mío, que el llanto es para mí un desahogo necesario—. ¡Mira! Ya estoy bien. Ya me tienes tranquila.

—Es usted muy buena para mí, señora —contestó Oliver.

—No hables de eso, querido, que no vale la pena. Vas a tomar ahora una tacita de caldo, que es ya hora de dar a tu cuerpo un refrigerio. Dice el médico que probablemente vendrá esta mañana el señor Brownlow a hacerte una visita, y es necesario que te encuentre bien, pues cuanto mejor sea tu aspecto, mayor será su alegría.

Mientras hablaba, la anciana calentaba una cacerolita llena de un caldo tan substancioso, que hubiera bastado para alimentar a trescientos cincuenta personas, por lo menos, de las habituadas a las succulentas comidas del hospicio en que fue criado Oliver.

—¿Te gustan los cuadros, hijo mío? —preguntó la anciana observando que Oliver contemplaba extasiado un retrato que pendía de la pared.

—No puedo decirlo, señora —respondió Oliver, sin apartar los ojos del lienzo—. He visto tan pocos, que no entiendo de ello. ¡Qué hermoso y qué dulce es el rostro de esa señora!

—¡Ah! Los pintores embellecen siempre a las damas que retratan, sin lo cual pronto perderían la clientela, hijo mío. El hombre que inventara un aparato que reflejara con exactitud el rostro humano, es más que probable que se pasaría la vida cruzado de brazos. Lo que digo es tan cierto como el Evangelio — dijo la señora, sonriendo maliciosamente.

—¿Se parece a alguien esa pintura, señora?

—Sí; es un retrato.

—¿De quién?

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Seguramente de alguna persona que ni tú ni yo hemos conocido. Observo que te llama mucho la atención, hijo mío.

—¡Es tan hermoso, tan bello!

—¡Cómo! ¿Será posible que te infunda temor? —preguntó la señora Bedwin, observando la especie de respeto con que Oliver contemplaba el retrato.

—¡Oh, no, no! —replicó vivamente Oliver—. Pero es que la mirada me parece triste, melancólica, y visto el retrato desde aquí, creo que está mirando... esa mirada hace que mi corazón lata con más fuerza —añadió el muchacho en voz baja—. ¡Diríase que esa señora quiere hablarme y no puede!

—¡Dios mío! —exclamó la buena enfermera—. ¡No hables así, hijo de mi alma! Estás débil de resultas de tu enfermedad, eres impresionable sin duda y tus nervios están excitados. Daremos media vuelta a tu butaca y así no verás el retrato... ¡así! —dijo la anciana, uniendo la acción a la palabra—. ¡Vaya! ¡Ya no lo tienes de frente!

Oliver, empero, lo veía con los ojos del alma tan clara y distintamente como si no hubiesen alterado la posición de su butaca, pero en su deseo de no importunar a la buena señora, sonrió con dulzura, llevando la tranquilidad al ánimo de su enfermera, la cual, contenta y satisfecha, echó sal al caldo, cortó en pedacitos el pan tostado y los puso en la taza, haciendo todas las operaciones con la solemnidad y delicadeza que aquéllas merecían. Oliver tomó el sopicaldo con excelente apetito, y cuando acababa de llevar a la boca la última cucharada, llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo la señora Bedwin.

En el marco apareció acto seguido el señor Brownlow.

Entró el buen caballero con paso ligero; pero no bien alzó sus anteojos hasta la frente y se inclinó, llevando las manos a los faldones de su levita, para ver mejor a Oliver, sus facciones pasaron por una serie variadísima de contorsiones a cuál más extraña.

Extenuado Oliver de resultas de su enfermedad, hizo un esfuerzo para levantarse impulsado por su deseo de dar a su bienhechor una prueba de respeto, pero cayó desplomado en el sillón. El corazón del señor Brownlow, tan grande que muy bien hubieran podido sacarse de él seis corazones para otros tantos caballeros de sentimientos nobles y humanitarios, merced a misteriosas operaciones hidráulicas que no intentaré explicar, porque para hacerlo satisfactoriamente sería preciso que poseyera conocimientos filosóficos que no poseo, llevó a sus ojos torrentes de agua que brotaron en raudal traducidos en lágrimas. Hasta tal extremo le conmovió la actitud del muchacho.

—¡Pobre niño! ¡Pobre niño! —exclamó el señor Brownlow, esforzándose por dar a su voz su timbre habitual—. Estoy un poco afónico, señora Bedwin... temo haber cogido un catarro muy regular.

—Yo creo que no, señor —contestó la señora Bedwin—. He tenido buen cuidado de que su ropa estuviera bien seca.

—¡No sé... no sé! —replicó el señor Brownlow—. Me parece que ayer, en la comida, me puso usted una servilleta húmeda... pero, en fin, no hablemos de ello. ¿Qué tal te encuentras, hijo mío?

—Feliz, señor, y agradecidísimo a las bondades de usted —contestó Oliver.

—¡Buen muchacho! —exclamó el anciano con emoción—. ¿Le ha dado usted de comer, señora Bedwin? Algún caldo, ¿eh?

—Una taza acaba de tomar en este instante, pero muy substancioso —contestó la enfermera, recalcando la última palabra con gran énfasis.

—Un par de vasitos de vino generoso me parece que le hubieran sentado mejor que el caldo, ¿no es verdad Tomás White?

—Me llamo Oliver, señor —replicó sorprendido el enfermo.

—¡Oliver!... —repitió el señor Brownlow—. ¿Oliver qué? Oliver White, ¿verdad?

—No, señor... Twist, Oliver Twist.

—¡Es particular! Entonces, ¿por qué dijiste al juez que tu apellido era White?

—¡Yo no he dicho tal, señor! —contestó Oliver desconcertado.

Tales visos de mentira tenía la contestación, que el caballero fijó en la cara de Oliver una mirada severa. La sinceridad, empero, que reflejaban sus facciones disiparon inmediatamente sus dudas.

—Oí mal, sin duda —murmuró.

Parece natural que el anciano caballero dejara de mirar con fijeza, a Oliver desde el momento que desapareció la causa que a ello le impulsara. No ocurrió así, sin embargo: siguió contemplándole con tenacidad, con mirada intensa. ¿Por qué? Sencillamente porque se fijó de nuevo en su imaginación la idea de que las facciones del muchacho eran reproducción de otras que él había conocido.

—¡Sentiría que se hubiese enojado conmigo, señor! —dijo Oliver dirigiendo a su protector una mirada suplicante.

—¡No, no! —replicó el anciano—. Pero... ¡Cielo santo! ¡Mire usted, señora Bedwin, mire usted!

Así diciendo, extendió el brazo hacia el retrato y luego hacia la cara de Oliver, que con la de aquél ofrecía una semejanza asombrosa. Los mismos ojos, la misma boca, las mismas facciones. La expresión de los rostros era tan idéntica que todas las líneas del semblante del muchacho parecían trasladadas al lienzo. No pudo Oliver conocer la causa que arrancó al anciano su brusca exclamación, porque, demasiado débil para resistir la impresión que le produjo, se desmayó. Por cierto que su desmayo proporciona al cronista una ocasión feliz para poner fin a la suspensión en que dejó a los lectores acerca de la suerte que corrieron los dos juveniles discípulos del festivo caballero Judío. Cuando el Truhán y su digno camarada Carlos Bates, después de haberse apropiado en forma de legalidad hartamente discutible del pañuelo del señor Brownlow, se mezclaron a la muchedumbre que perseguía a Oliver, y no fueron los más tardos en gritar: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!» obraron impulsados por un motivo, laudable, cual es el de la conservación de sí mismos, con doble razón si se tiene en cuenta que el derecho a la libertad individual es el privilegio de que más nos enorgullecemos los verdaderos ingleses. No seré yo quien afee un acto que, lejos de desdorar a los que lo llevaron a cabo, no puede menos de ensalzarlos en la opinión del público genuinamente patriótico, toda vez que por lo mismo que es prueba brillante del celo, de la ansiedad con que defendieron la hermosa prerrogativa de su libertad individual, viene a confirmar y a corroborar ese hermoso ramillete de leyes con que algunos filósofos profundos, inspirándose en la Naturaleza, han enriquecido a la

humanidad, reduciendo muy sabiamente a máximas y fórmulas precisas y determinadas las operaciones de aquella señora, aun cuando a la sabiduría incontestable de la misma hayan tenido que sacrificar todos los impulsos generosos y todas las consideraciones humanitarias y sentimentales. Verdad es que aquéllos y éstas se empequeñecen, se esfuman y se borran ante la grandeza de la ama que, según el consentimiento unánime de todos los hombres y de todos los siglos, se encuentra muy por cima de las pequeñeces y debilidades comunes a las de su sexo.

Si para poner de relieve la profunda filosofía en que inspiraron su conducta los dos caballeritos para salir airoso del predicamento verdaderamente delicado en que se encontraban, hubiera de necesitar una prueba más, la buscaría y hallaría terminante en el hecho, mencionado ya en la parte expositiva del asunto de que abandonaran la persecución y emprendieran el regreso a su domicilio por el camino más breve no bien observaron que la atención general se había concentrado en Oliver, pues aunque no es mi ánimo afirmar que sea práctica corriente de los grandes sabios llegar a conclusiones de trascendencia por el camino más corto, toda vez que, por el contrario, suelen alargar indefinidamente las distancias recurriendo a circunloquios y digresiones ajenas las más de las veces al asunto, defectillo que, si bien no puede negarse que les da cierta semejanza con los borrachos que al regresar a sus casas lo hacen invariablemente por el camino más largo, hay que perdonarles en gracia a que se sienten arrastrados y desviados de su objetivo por el torrente de ideas que su fecundo genio elabora, diré, sin embargo, y lo haré constar con tanta claridad como decisión, que es práctica invariable de los filósofos profundos, de los filósofos verdaderamente grandes, dar pruebas brillantísimas, al sentar sus teorías, de sabiduría y de previsión maravillosas en lo que se refiere a hacer acopio de razones en virtud de las cuales nunca, y en ningún caso, pueden verse sus respetabilísimas personalidades obligadas a atemperar su conducta a las máximas por ellos sustentadas, que dicho se está, no deben ni pueden afectarles. Así, por ejemplo, a trueque de conseguir un gran bien, puede permitirse al filósofo la comisión de un mal pequeño, aunque redunde en perjuicio de tercero, toda vez que el fin ha de justificar los medios empleados, con doble motivo si se tiene en cuenta que la cantidad de malicia, como la cantidad de lo justo de la acción, y hasta la diferencia entre la bondad y malicia de la misma, son accidentes que competen de derecho al filósofo, nimiedades que ha de precisar y determinar su clara y profunda inteligencia previo estudio de cada caso particular, estudio que no puede menos de ser imparcial por lo mismo que se refiere a asuntos en los cuales es parte interesada el mismo que juzga. Y basta de consideraciones filosóficas.

Luego que los dos simpáticos caballeritos hubieron recorrido con celeridad prodigiosa infinidad de calles y callejas, las más intrincadas y laberínticas de la ciudad, hicieron alto, de común acuerdo, bajo un arco sombrío y de escasa

elevación. No bien transcurrió el tiempo necesario para recobrar el aliento, Carlos Bates lanzó un grito de alegría y rompió a reír a carcajadas de violencia tan extremada, que concluyeron por agotar sus fuerzas y por obligarle a rodar por el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó el Truhán.

—¡Ja, ja, ja, ja!

—No armes ese escándalo —observó el Truhán, tendiendo alrededor miradas inquietas—. ¿Quieres que te echen mano, animal?

—¡No puedo menos! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡No puedo menos! Me parece verle corriendo como alma que lleva el diablo, doblando esquinas y más esquinas, pasar de una calle a otra, atropellando a los transeúntes, chocando contra los guarda-cantones y continuando la marcha como si su cabeza fuera de acero y no de carne y hueso, mientras yo, llevando en el bolsillo el pañuelo robado, corría frenético en su persecución, y gritaba con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Al ladrón! ¡Al ladrón!». ¡Ja, ja!

La viva imaginación de Bates le representaba la escena bajo un aspecto tan cómico, que hubo de interrumpir su narración para revolcarse de nuevo por el suelo.

—¿Qué dirá Fajín? —preguntó el Truhán, aprovechando un instante en que Bates tomaba aliento.

—¿Qué dirá? —repitió Bates.

—Eso pregunto, sí.

—¿Qué quieres que diga? —respondió Bates, poniéndose serio al observar la seriedad de su compañero.

En vez de contestar, el Truhán comenzó a silbar, y al cabo de un par de minutos se quitó el sombrero, se rascó la oreja, y concluyó inclinando la cabeza por tres veces consecutivas, dando a su rostro una expresión muy picaresca.

—¿Qué quieres darme a entender con eso? —preguntó Bates.

—Nabos, jamón y espinacas, ranas que no saltan y mozos con quinqué —contestó el Truhán con sorna.

Respuesta era, aunque no satisfactoria ni clara. Bates, entendiéndolo así, preguntó de nuevo:

—¿Qué quieres darme a entender con eso?

No se dignó contestar el Truhán. Calóse el sombrero, echó bajo el brazo los largos faldones de su levita, arrugó su nariz en forma sumamente expresiva

y, girando sobre sus talones, emprendió la marcha, seguido de Bates, cuyo rostro reflejaba honda preocupación. Momentos después de sostenida la conversación que queda copiada, llegaba a oídos del judío rumor de pasos que hacían crujir los decrepitos peldaños de la escalera. El divertido viejo se hallaba sentado al amor de la lumbre, teniendo un panecillo en una mano, un cuchillo en la otra, y frente a su persona, sobre unas trébedes, un cacharro de peltre. Sus labios descoloridos se plegaron en una sonrisa picaresca al volver la cabeza y escuchar con gran atención.

—¡Cómo! —exclamó el judío, cuyo rostro varió brusca y radicalmente de expresión—. ¿Qué es eso? ¿Sólo dos? ¿Dónde está el tercero? ¡No es posible que les hayan ocurrido contratiempos!...

Los pasos se acercaron: muy pronto resonaron en el rellano la puerta se abrió lentamente y entraron el Truhán y Bates, que se apresuraron a cerrarla tras sí.

Capítulo XIII

Se hace la presentación de nuevos personajes que han de figurar en varios incidentes agradabilísimos de esta historia

—¿Dónde está Oliver? —gritó colérico el judío, levantándose con expresión amenazadora—. ¿Qué habéis hecho del muchacho?

Los dos pilletes miraron a su maestro con expresión de temor, cual si la violencia del tono empleado por aquél les hubiera alarmado; contempláronse luego mutuamente, y no contestaron palabra.

—¿Qué ha sido de Oliver? —rugió Fajín, agarrando por el cuello al Truhán y lanzando por la boca un torrente de maldiciones—. ¡Habla, o te estrangulo!

Tan en serio parecía hablar Fajín, que Carlos Bates, mozo prudentísimo, amigo de curarse en salud e inclinado por temperamento a esquivar los peligros, considerando altamente probable ser la segunda víctima inmolada por el judío, si éste se decidía a estrangular a su camarada, cayó de rodillas y lanzó un grito recio y prolongado, un grito que lo mismo podía confundirse con el mugido de un toro enfurecido, como con el bramar de una bocina.

—¿Hablarás con cien mil de a caballo? —vociferó el judío, sacudiendo al Truhán con tal furia, que sólo un milagro pudo impedir que se le quedara su levita entre las manos.

—Ha caído en la ratonera, y nada más —contestó el granuja con expresión sombría—. ¡Vaya! ¿Me suelta usted o no?

Desprendiéndose de un salto de la levita, que quedó en manos del judío, el Truhán se apoderó de la tostadera con la cual tiró un viaje tan violento al jovial caballero, que si acierta a alcanzarle, es más que probable que hubiera concluido para siempre con su jovialidad. Merced a un salto atrás, dado con agilidad increíble en un hombre de sus años, logró esquivarle el golpe, y agarrando al propio tiempo el jarro de peltre, lo levantó con ánimo de estrellarlo contra la cabeza de su agresor. Por fortuna para éste, Bates llamó su atención lanzando un aullido espantosamente terrorífico, y el jarro destinado al Truhán, partió en busca de la cabeza de Bates.

—¿Qué demonios pasa aquí? —gritó en aquel punto una voz bronca—. ¿Quién se atreve a tirarme un jarro a la cara? ¡Gracias a que fue la cerveza y no el jarro el que me hirió, que de lo contrario, alguno lloraría lágrimas de sangre! No creía yo que un judío infernal, rico, ladrón y viejo, fuera capaz de tirar otro líquido que el agua... y ni siquiera agua, si no fuera porque la roba a la empresa que la proporciona a la ciudad. ¿Qué ocurre, Fajín? ¡Voto a...! ¡Me has manchado con cerveza la corbata!... ¡Entra tú, animal gruñón! ¿Qué haces ahí, como si te diera miedo tu maestro? ¡Entra enseguida!

El hombre que barbotaba estas palabras era un mocetón robusto, de unos treinta y cinco años de edad, que vestía levita negra de terciopelo, calzones muy manchados y deteriorados y medias de algodón gris, que encerraban un par de pantorrillas de gran diámetro... unas pantorrillas de esas que siempre parecen incompletas y sin terminar si en los tobillos no presentan unos grilletes a guisa de adorno. Cubría su cabeza un sombrero de color oscuro y rodeaba su cuello un pañuelo sucio y grasiento, con cuyas puntas limpiaba su dueño la cerveza que corría por su cara. Cuando hubo terminado esa operación, quedó al descubierto una cara de líneas rudas y barba crecida, animada por dos ojos de siniestra expresión, uno de los cuales presentaba síntomas indubitables de haber trabado recientemente estrechas relaciones con un puño.

—¡He dicho que entres!... ¿Has oído? —rugió el rufián.

Arrastrándose por el suelo, entró en la habitación un perro lanudo y muy sucio, cuya cabeza estaba llena de chirlos y descalabraduras.

—¿Por qué no entraste antes? —repuso el mocetón—. ¿Es que vas echando orgullo y ya no quieres reconocerme delante de la gente? ¡Échate ahí!

Al mandato acompañó una patada que lanzó el animal al extremo opuesto de la habitación. Muy acostumbrado debía estar el perro a caricias como aquélla, pues se acurrucó tranquilamente en un rincón, sin exhalar un quejido, y abriendo y cerrando sus feos ojos más de veinte veces en menos de un minuto, pareció entregarse de lleno a la obra de examinar la habitación en que se encontraba.

—¿Por qué reñías... por qué maltratabas a los muchachos, viejo avaro, tunante y ladrón? —gritó el recién llegado con aire resuelto—. ¡No comprendo cómo no te matan! Tiempo ha que te habría cortado el pescuezo si yo fuera tu aprendiz, y, además... ¡pero no! No hubiera podido venderte luego, como no fuera para exhibirte como modelo de deformidad encerrado en una botella, y creo que no fabrican botellas bastante grandes para contener a una bestia como tú.

—¡Chitón, señor Sikes! —exclamó el judío temblando—. ¡Hable usted más bajo!

—A mí no me llames señor, gran canalla, que es cosa sabida que cuando apelas al registro de las dulzuras, es porque meditas alguna granjería. Conoces mi nombre, así que puedes llamarme por él. Te aseguro que sabré hacerle honor cuando llegue el caso.

—¡Bien, Guillermo Sikes, muy bien! —dijo el judío con humildad abyecta—. Parece que venimos de mal humor...

—Puede ser, aunque creo que no es muy bueno el tuyo, a no ser que por distracción te divirtieras tirando jarros de peltre a la cabeza de tus amigos, lo cual confieso que es menos malo que denunciarlos.

—¿Estás loco? —exclamó el judío, asiendo a su interlocutor por una manga y extendiendo el brazo hacia los muchachos.

Contentóse Sikes con echarse al pescuezo un nudo corredizo imaginario y con dejar caer la cabeza sobre el hombro derecho, pantomima que el judío comprendió perfectamente, y a continuación, empleando un vocabulario extravagante, que probablemente resultaría ininteligible para mis lectores si de él hiciera uso aquí, pidió un vasito de licor.

—¡Cuidado con mezclarle algún veneno! —dijo Sikes, dejando el sombrero sobre la mesa.

Díjolo como en son de broma; pero si al decirlo hubiera reparado en la sonrisa infernal que vagó por los labios del judío, quizá habría comprendido que la recomendación no era del todo innecesaria y que no eran ganas lo que al jovial viejo faltaban de perfeccionar la industria destilatoria. Luego que trasegó dos o tres vasos de licor, Sikes llevó su condescendencia hasta el extremo de enterarse de la presencia de los dos pilletes, a los cuales consintió que tomaran parte en una conversación que versó principalmente sobre el cómo y el porqué de la prisión de Oliver. Huelga decir que los cronistas de la misma hicieron una narración circunstanciada, en la que introdujeron cuantas alteraciones creyó el Truhán que aconsejaba la prudencia.

—Temo que ese muchacho diga cosas que nos proporcionen algún

disgusto—observó el judío.

—Es muy probable —respondió Sikes, sonriendo con malicia—. Me parece que te veo bailando el zapateado en el aire, Fajín.

—Y temo también —repuso el judío, afectando no haberse percatado de la interrupción y mirando con fijeza a su interlocutor—, que sí comienza el baile conmigo, puedan bailar muchos otros, con la circunstancia de que el baile que éstos bailen, y sobre todo el que baile usted, mi querido amigo, será más movido que el mío.

Estremecióse Sikes y se revolvió con furia contra el judío, pero vio que éste tenía fija la mirada en el techo y que la expresión de su rostro era de inocencia perfecta.

Sobrevino un silencio prolongado. Todos los individuos de aquella asociación respetabilísima parecían embebidos en sus propias reflexiones, sin exceptuar el perro, el cual se lamía el hocico como estudiando la manera de probar la fuerza de sus colmillos en las pantorrillas del primer mortal que topara en la calle en cuanto saliera de casa.

—Es preciso que alguien vaya a informarse de lo que haya en el juzgado —dijo Sikes, con voz más baja de la que desde que llegó había empleado.

El judío hizo un gesto de aprobación.

—Si no ha movido la sin hueso, y le han encerrado ya en la cárcel, ningún peligro corremos hasta que lo suelten —añadió Sikes—. Habrá que estar sobre aviso para entonces, y sobre todo, amarrarle de alguna manera.

Nueva señal de aprobación del judío.

La conveniencia de adoptar la norma de conducta sugerida por Sikes saltaba a la vista, pero para traducirla en hechos, precisaba vencer obstáculos de consideración. Tanto el Truhán como Carlos Bates, lo mismo que Fajín y Guillermo Sikes, miraban con profunda antipatía a los jueces, antipatía extensiva a las salas en que aquéllos administraban justicia y hasta a sus intermediaciones. Es difícil predecir cuánto tiempo hubieran permanecido callados mirándose unos a otros reflejando indecisiones siempre desagradables. Verdad es que sería innecesario hacer conjeturas, pues la súbita llegada a escena de las dos señoritas que Oliver había tenido el honor de conocer anteriormente, dio nuevo pábulo a la interrumpida conversación.

—¡Feliz coincidencia! —exclamó el judío—. Belita irá; ¿verdad, querida?

—¿Adónde? —preguntó la interrogada.

—Al juzgado, querida —respondió con voz melosa el judío.

En honor a la verdad, debo decir que la joven no afirmó explícitamente que

no iría, pues se limitó a expresar el deseo de ser ahorcada antes que visitar el lugar que se le indicaba; forma delicada de eludir el cumplimiento de un favor que se nos pide, que demuestra que Belita había recibido esa educación exquisita que nos impide causar a nuestros semejantes la pesadumbre consiguiente a las negativas expresas y formales. Anublóse el semblante del judío, quien volviendo la espalda a Belita, ataviada con un vestido magnífico por no decir soberbio, de seda encarnada, y calzada con botitas verdes, se dirigió a su compañera.

—Y tú, querida Anita, ¿qué me dices? —preguntó el judío con dulzura exquisita.

—Que eso no reza conmigo, Fajín, así que, puede evitarse la molestia de insistir —contestó Anita.

—¿Sabes lo que dices? —preguntó Sikes con acento amenazador.

—Sé que lo dicho, dicho está —replicó con tranquilidad la joven.

—Precisamente eres tú la única que puede hacerlo —insistió Sikes—. Nadie te conoce en el distrito.

—Y como ni me conviene, ni quiero que me conozcan —replicó Anita conservando la misma calma—, digo que no voy, lisa y llanamente, Guillermo.

—Ella irá, Fajín —dijo Sikes.

—No, Fajín, no irá —dijo Anita.

—Repito que irá, Fajín; no hay más que hablar —gritó Sikes.

Los hechos dieron la razón a Sikes. Alternando sabiamente las amenazas con los requiebros y promesas, la complaciente joven concluyó por aceptar la comisión. A decir verdad, su repugnancia no reconocía las mismas razones que motivaban las de su amiga, pues recién llegada al barrio de Field Lane desde el lejano pero elegante distrito de Ratcliffe, no debía temer ser reconocida por sus numerosos amigos, como le ocurría a Belita. En consecuencia, después de haber ceñido alrededor de su cuerpo un delantal blanco y escondido los hermosos rizos de su cabeza bajo un modesto sombrero de paja, prendas sacadas del bien provisto guardarropa del judío, la señorita Anita se dispuso a lanzarse a la calle para desempeñar su cometido.

—Un momento, querida mía —dijo el judío, entregándole una cestita cubierta—. Lleva esto en la mano, y presentarás un aspecto más respetable.

—Dale una llave de buen tamaño para que la lleve en la otra mano —insinuó Sikes—. Así representará su papel más al natural.

—¡Sí, sí! —exclamó el judío, colgando de uno de los dedos de la mano

derecha de la joven una llave mayúscula—. ¡Es verdad! ¡Magnífico, querida! ¡Estás admirable! —terminó, frotándose las manos.

—¡Oh, mi hermano querido! ¡Mi desgraciado, mi inocente, mi angelical hermanito! —exclamó Anita, vertiendo raudales de lágrimas, y apretando con mano convulsa la cesta y la llave, cual si se debatiera en las amargas agonías de la desesperación—. ¿Qué ha sido de mi pobrecito hermano? ¿Dónde le han llevado? ¡Oh, caballero! ¡Compadézcanse de mí, y díganme por piedad qué ha sido de mi hermanito! ¡Háganlo, caballeros, háganlo, por favor!

Pronunciadas las palabras que quedan copiadas con voz lastimera entrecortada por los sollozos, con alegría indecible de los que la escuchaban, Anita calló, hizo algunos guiños graciosísimos, se inclinó profundamente ante sus oyentes, y salió.

—¡Oh! ¡Es lista, amigos míos, lista como la que más! —exclamó el judío, volviéndose, hacia sus discípulos y moviendo la cabeza con gravedad, como para recomendarles que procurasen seguir el brillante ejemplo que la joven acababa de darles.

—Hace honor a su sexo —contestó Sikes, llenando otro vaso y descargando sobre la mesa un puñetazo terrible.

—¡Bebo a su salud, y hago votos porque su conducta tenga imitadores!

Mientras todos los presentes se esforzaban por prodigar encomios a Anita, ésta se encaminaba al juzgado de guardia, al cual no tardó en llegar sana y salva, aunque probablemente debió experimentar en el camino ese sentimiento de timidez natural común a todas las jóvenes que se encuentran solas y sin protección en la vía pública. Entró en el juzgado de guardia por la parte trasera, encaminándose en derechura a una de las celdas cerradas, en cuya puerta llamó suavemente con la llave que en la mano llevaba. Escuchó; pero, como no contestaran, tosió, y volvió a esperar. Continuó el silencio en el interior de la celda, y entonces se decidió a hablar.

—¡Oliver... querido mío! —llamó Anita con voz dulce—. ¡Oliver!...

No había allí más que un mísero vagabundo, preso por haber cometido el horrendo crimen de tocar la flauta, Probada su culpabilidad, demostrada con plena evidencia la exactitud del acto delictivo perpetrado contra la sociedad, fue condenado por el justiciero señor Fang a un mes de prisión correccional. En la sentencia hizo constar el mencionado señor Fang el siguiente considerando, tan gracioso como apropiado al caso: «Considerando que el criminal disponía de tiempo sobrado, que dedicaba a tocar la flauta; considerando que este ejercicio es poco sano, y en cambio nada es tan, higiénico como el trabajo corporal, se entenderá que el mes de prisión correccional lleva como accesoria los trabajos forzados» Tal era, pues, el

réprobo que ocupaba la celda a cuya puerta llamó Anita, el cual no contestó porque no tenía potencias ni sentidos más que para llorar mentalmente la pérdida de la flauta, confiscada en favor del Estado. Anita llamó en la puerta de la celda contigua.

—¿Quién va? —preguntó una voz débil y temblorosa.

—¿Hay ahí encerrado un muchacho? —inquirió Anita, no sin que a guisa de preámbulo precediera a la pregunta el correspondiente sollozo.

—¡No! —respondió la voz—. ¡No lo permita Dios!

El que así contestaba era un criminal peligroso de unos sesenta y cinco años de edad, a quien habían metido en la cárcel por no tocar la flauta... En otras palabras: por pedir limosna públicamente sin hacer cosa alguna para ganarse la vida. Ocupaba la tercera celda un forajido que iría a presidio por vender jarros y cacerolas sin autorización, es decir, por trabajar para ganarse el sustento con menosprecio y perjuicio de la Hacienda Pública. Como ninguno de los criminales mencionados respondía al nombre de Oliver, ni daba razón del muchacho, Anita abordó resueltamente al guardián de las barbas y del manojo de llaves, a quien conocen ya mis lectores, y a vuelta de mil suspiros y otros tantos sollozos, preguntó por su idolatrado hermanito.

—No está aquí, querida —contestó el interrogado.

—¿Dónde está, pues? —preguntó Anita, dando a sus palabras un tono desgarrador.

—Se lo llevó el caballero.

—¿Qué caballero? ¡Dios mío! ¿Pero qué caballero?

Al fin de dejar satisfecha de una vez a la joven, librándose de paso de contestar sus preguntas incoherentes, el funcionario judicial refirió a la desolada hermana que Oliver se había desmayado en la sala del tribunal, y que habiéndose presentado un testigo a demostrar que el robo que se le atribuía había sido cometido por otro muchacho, tuvo el juez a bien declararle absuelto, a raíz de lo cual el acusador se llevó al muchacho, todavía desmayado, a su propio domicilio, que debía estar hacia Pentonville, si no mentían las señas que aquél dio al cochero.

Debatiéndose en un mar agitado de dudas y de ansiedades, la dolorida joven se dirigió con paso vacilante hacia la puerta, donde sin duda debió recobrar todas sus fuerzas, pues regresó con paso rápido, firme y seguro a la casa del judío, siguiendo la ruta más tortuosa y complicada que pudo imaginar. No bien conoció Guillermo Sikes el resultado de la comisión desempeñada por Anita, se caló el sombrero y salió como una flecha, sin tomarse la molestia de despedirse de sus compañeros.

—¡Es preciso averiguar dónde está! —exclamó el judío sin poder disimular su agitación—. Hay que encontrarle a todo trance. Tú, Bates, sal inmediatamente y no vuelvas a casa hasta que me traigas noticias tuyas... Anita, querida mía, es preciso que me le encuentres... En ti confío... y en el Truhán. ¡Esperad un momento! —añadió, abriendo con mano trémula un cajón—. Tomad dinero, amigos míos. Esta noche cerraré la tienda... ya sabéis dónde podéis encontrarme. No perdáis tiempo, queridos, ni un segundo.

Hablando de esta suerte les acompañó hasta la escalera, cerró con dos vueltas de llave la puerta y sacó la cajita que bien a su pesar dejara otro día ver a Oliver. Con gran precipitación guardó en sus bolsillos los relojes y joyas que aquélla contenía. No había terminado la operación, cuando recibió un susto mayúsculo al oír que llamaban a la puerta.

—¿Quién va? —preguntó temblando.

—Soy yo —contestó el Truhán, pegados los labios al ojo de la llave.

—¿Qué pasa? —inquirió el judío con impaciencia.

—Anita quiere saber si debemos encerrarlo en la otra guarida.

—Lo primero es encontrarle, que yo sabré lo que después debe hacerse: no tengas cuidado.

Murmuró el Truhán algunas palabras entre dientes, y bajó apresuradamente la escalera para no hacer esperar a sus compañeros.

—No ha hablado hasta ahora —dijo para sí el judío—. Si su intención es hablar demasiado, todavía es tiempo de cerrarle la boca.

Capítulo XIV

Nuevos detalles sobre la estancia de Oliver en casa del señor Brownlow y vaticinio hecho por cierto señor Grimwing acerca del resultado de una comisión encargada al muchacho

Repuesto muy en breve Oliver del desmayo que la brusca exclamación del señor Brownlow le produjera, tanto este señor como la enfermera evitaron con diligencia volver a hablar del retrato, entablando una conversación que no versó ni sobre la historia ni sobre el porvenir de Oliver, sino sobre cosas encaminadas a distraerle sin producirle impresiones fuertes. No se sentó a la mesa a la hora de comer porque su debilidad era mucha para consentirlo; pero cuando a la mañana siguiente bajó al cuarto de la señora que le atendió y cuidó durante su enfermedad, lo primero que hizo fue dirigir una mirada a la pared,

llevado de la esperanza de encontrar allí el retrato de la hermosa señora. El retrato había desaparecido.

—No está ya, ¿eh? —dijo la señora Bedwin, que había seguido la dirección de la mirada de Oliver.

—En efecto —contestó Oliver exhalando un suspiro—. ¿Por qué lo han quitado?

—Lo hemos quitado, hijo mío, porque dijo el señor Brownlow que la vista del retrato te hacía daño y acaso retardase tu curación.

—¡Oh, no! ¡No me hacía daño, señora! Me agradaba verlo... ¡Lo quería tanto!

—¡Bien, bien! Procura ponerte bueno pronto, y yo te aseguro que el retrato volverá a su sitio. Hablemos ahora de otra cosa.

Fue lo único que por entonces pudo saber Oliver acerca del retrato en cuestión. Agradecido el muchacho a la tierna solicitud con que la buena enfermera le trataba, esforzóse por olvidar el asunto y prestó toda su atención a las historias y cuentos que aquélla le contó acerca de una hermana suya, buena y hermosa, casada con un hombre bueno y guapo, que vivía en el campo, y acerca de un hijo que estaba de dependiente en el establecimiento de un comerciante de las Indias Occidentales, que también era joven y muy bueno, y le escribía tres o cuatro veces cada año cartas tan cariñosas, que sólo su recuerdo llenaba de lágrimas sus ojos. Luego que la buena señora explicó a su sabor los méritos y perfecciones de sus virtuosos hijos, sin olvidar los de su excelente marido, fallecido ya, ¡pobrecillo!, veintiséis años antes, hubo de suspender la narración de tan interesantes historias para tomar el té pues era ya la hora, y después del té, enseñó a Oliver a jugar un juego de naipes, que el muchacho aprendió con rapidez asombrosa, juego que les entretuvo hasta que llegó, para el enfermito la hora de tomar un vaso de vino generoso caliente mezclado con agua y una tostadita, refrigerio precursor de la cama.

Felices, muy felices, fueron los días de la convalecencia de Oliver. Respiraba tal ambiente de tranquilidad, lo veía todo tan limpio, tan ordenado, hacíanle objeto de cuidados y atenciones tan tiernas, que acordándose del ruido, de la turbulencia, de la agitación que fue siempre su medio ambiente, creía encontrarse en un paraíso de delicias. No bien recobró fuerzas bastantes para vestirse y andar, el señor Brownlow le compró un traje nuevecito, sin olvidar su gorra y zapatos, manifestando al propio tiempo a su protegido que podía hacer con el viejo lo que le acomodara. Oliver lo regaló todo a una criada que le había atendido con solicitud cariñosa durante su enfermedad, topándole que lo vendiera a cualquier judío y se quedara con su valor. La sirvienta no se lo hizo repetir. Oliver, que desde una ventana presencié la

venta, y vio cómo el judío guardaba todas las prendas en un saco y se alejaba, experimentó viva alegría al pensar que no existían probabilidades de que jamás aquellas prendas volvieran a adornar su cuerpo. En rigor, eran una colección de harapos, pues el pobre muchacho no había tenido hasta entonces la satisfacción de vestir una prenda nueva.

Ocho días después de la escena del retrato, encontrábase Oliver departiendo alegremente con la señora Bedwin, cuando recibió recado del señor Brownlow, quien le manifestaba que, si Oliver Twist se sentía bien, desearía verle en su despacho para hablar con él un ratito.

—¡Dios mío! ¡Levántate, hijo mío, y deja que te peine! —exclamó la señora Bedwin—. ¡Señor! ¡No haber sabido que pensaba llamarte, pues te hubiera puesto un cuello limpio para que estuvieras hermoso como un sol!

Obedeció Oliver las órdenes de la anciana, la cual, aunque lanzó al aire mil y mil lamentaciones, no bien le arregló la cabeza, encontróle tan delicado y hermoso, que llegó en su entusiasmo a decir, previo examen de cabeza a pies, que le parecía imposible que en tan breve espacio de tiempo hubiera podido ganar tanto. El muchacho, animado por las entusiastas ponderaciones de la anciana llamó con los nudillos en la puerta del despacho de su protector, y al entrar, después de oír la frase sacramental de adelante, encontró al señor Brownlow en una estancia reducida, escondida en el centro de la casa, cuyas paredes desaparecían detrás de las estanterías llenas de libros que la cubrían. La habitación tenía una ventana que daba a unos jardines preciosos, frente a la cual estaba la mesa de trabajo ante la que encontró sentado al cariñoso anciano. Cuando éste vio entrar a Oliver, dejó vivamente el libro que estaba leyendo e hizo que el muchacho se acercara y sentara a su lado. Obedeció Oliver, maravillándose de que hubiera en el mundo mortal que pudiera leer tantos libros, que seguramente bastaban y aun sobraban, para hacer sabio a todo el género humano. No es de admirar que se maravillase, pues muchos, de bastante más experiencia que Oliver Twist, no aciertan a comprender el fenómeno de que, habiendo tantos libros, haya tan pocos sabios.

—Muchos libros y muy buenos, ¿no es verdad, hijo mío? —preguntó con dulzura el señor Brownlow al reparar en la curiosidad con que Oliver contemplaba los estantes.

—Muchos, sí, señor; nunca tuve ocasión de ver tantos —contestó Oliver.

—Todos podrás leerlos si te portas bien —observó el caballero—. Por cierto que su lectura te agradará mucho más que sus cubiertas... es decir, no siempre, pues libros hay cuyo mérito único está en la encuadernación.

—Serán esos tan grandes, señor —dijo Oliver, extendiendo el brazo hacia unos volúmenes en cuarto mayor, cuyos lomos ostentaban hermosos relieves

dorados.

—No me refiero a éstos precisamente —replicó el anciano, dando unos golpecitos en la espalda al muchacho—. Otros hay que pesan tanto como éstos, aun cuando sus dimensiones sean muchísimo más pequeñas. ¿Te gustaría llegar a ser un sabio y escribir libros, hijo mío?

—Creo que preferiría leerlos, señor.

—¡Cómo! ¿No te agradaría ser autor?

Al cabo de algunos momentos de reflexión, contestó Oliver que, a su juicio, era mejor el oficio de librero que el de autor, contestación que hizo reír de muy buena gana al caballero, quien concluyó por declarar que no dejaba de estar en su punto la respuesta. Huelga decir que Oliver quedó sumamente satisfecho, bien que sin comprender el porqué de la risa de su protector.

—¡Bien, hijo mío, bien! —exclamó el señor Brownlow con seriedad—. No te asustes, que mientras haya un oficio que aprender, te prometo que no serás autor.

—Gracias, señor, muchas gracias —respondió Oliver, con entonación que arrancó nuevas risas al anciano, a la par que murmuraba entre dientes algo acerca del instinto.

—Ahora, hijo mío, necesito que prestes toda tu atención a lo que voy a decirte —repuso el señor Brownlow, hablando con entonación más dulce, si cabe, a la par que con solemnidad excepcional—. Voy a hablarte sin rodeos ni reservas, seguro de que estás en estado de comprenderme tan bien como si fueras hombre de más edad.

—¡Oh, señor! ¡No me diga que trata de despedirme de su casa, por favor! — exclamó, Oliver con ansiedad, lleno de temor ante la solemnidad del preámbulo—. No me ponga a la puerta de su casa, obligándome a correr de nuevo las calles. Permítame continuar a su lado como criado. No me envíe al lugar repugnante de donde salí. ¡Tenga piedad de este pobre muchacho, señor!

—Hijo mío —replicó el señor Brownlow ante el calor con que Oliver imploraba su protección—. No temas que yo te abandone, a no ser que para ello me des motivos.

—¡Nunca los daré, señor!

—Así lo espero —repuso el anciano—. Persuadido estoy de que no has de dárme los jamás. He sufrido muchos desengaños, me han pagado con ingratitud las personas a quienes he querido proteger, pero esto no obstante, me siento muy inclinado a creer en ti, y una fuerza misteriosa, que ni yo mismo podría explicar, me impulsa a protegerte. Yacen bajo tierra los seres que más queridos me han sido, y aunque al morir llevaron tras sí toda la felicidad de mi vida,

todos los encantos que el mundo pueda ofrecerme, no por ello he hecho de mi corazón un ataúd, no por ello he cerrado mi pecho a los efectos puros y a las emociones dulces; antes por el contrario, aquéllos y éstas se robustecen, adquieren mayor fuerza, cuando los agita el recio vendaval de la desgracia.

Como el anciano pronunciara las últimas palabras a media voz, y como hablando consigo mismo, y guardara silencio durante unos cuantos segundos, Oliver permaneció callado, sin atreverse casi a respirar.

—Si te hablo de esta suerte, hijo mío —continuó el señor Brownlow, con mayor dulzura en la voz—, es porque alienta en tu pecho un corazón joven, y sabiendo cuántos dolores, cuántas pesadumbres han herido el mío, evitarás con mayor cuidado enconar las heridas, no bien cerradas todavía. Dices que eres huérfano, y que no tienes un solo amigo en el mundo; y, en efecto, los informes que he logrado obtener son confirmación de tus palabras. Deseo conocer la historia de tu vida, saber de dónde has venido, quién te ha criado y educado, y cómo fuiste a dar con las personas en cuya compañía te encontré. Dime la verdad, y te aseguro que no te faltará un amigo mientras yo viva.

Agolpáronse los sollozos a la garganta del desdichado Oliver, impidiéndole hablar durante unos minutos. Cuando tranquilizado a medias, se disponía a narrar cómo fue criado en la sucursal del hospicio desde la cual pasó a la casa matriz, donde hubo de sufrir los tormentos consiguientes a la animosidad declarada del señor Bumble, sonó en la puerta de la calle un repique de aldabón movido por una mano impaciente, y momentos después entró en el despacho un criado anunciando la visita del señor Grimwig.

—¿Sube ya? —preguntó el señor Brownlow.

—Sí, señor —contestó el criado—. Preguntó si había en casa bizcochos, y cuando le contesté que sí, dijo que venía a tomar el té.

Sonrió el buen anciano, y volviéndose hacia Oliver, díjole que el señor Grimwig era un amigo antiguo suyo, añadiendo que no hiciera caso si observaba que sus modales eran un tanto bruscos, pues bajo una corteza ruda latía un corazón tierno y cariñoso, como tendría ocasión de comprender.

—¿Quiere usted que me vaya, señor? —preguntó Oliver.

—No, no; prefiero que te quedes —contestó el señor Brownlow.

En aquel momento entró en la estancia, apoyándose sobre un bastón extraordinariamente grueso, un caballero de gran corpulencia, cojo de una pierna, que vestía levita azul, chaleco rayado, calzón y polainas de mahón, y cubría su cabeza con un sombrero blanco, de alas muy anchas, vueltas hacia arriba y guarnecidas de verde. Su chaleco dejaba escapar la chorrera de su camisa y una cadena larga de acero, de cuyo extremo pendía no un reloj, sino

una llave. Los extremos de su corbata, también blanca, formaban dos bolas del tamaño de naranjas muy regulares. En cuanto a su rostro, la variedad de guiños, gestos y contorsiones que lo animaban al hablar o al escuchar desafían el lápiz del caricaturista más competente. Las revoluciones de su cabeza alrededor del cuello, que hacía las funciones de pivote, eran tan rápidas y frecuentes, y al propio tiempo miraba a sus oyentes o interlocutores tan por los ángulos de los ojos, que todo el mundo, al verle, sin darse cuenta se acordaba de los loros. En esa actitud entró en el despacho, llevando en la mano un pedacito de cáscara de naranja, a la par que gritaba con entonación airada.

—¿No lo está usted viendo? ¿Exagero o no exagero? ¡Es cuento este que no pueda yo subir a una casa sin encontrar en la escalera una de esas cáscaras que liarían la fortuna de un pobre cirujano! ¿Ha visto usted nunca nada tan singular, tan extraordinario, tan maravilloso? A una cáscara de naranja soy deudor de esta maldita cojera, y una cáscara de naranja ocasionará mi muerte. ¡Sí, señor! ¡Una cáscara de naranja me matará! Tan cierto estoy de ello, que no tengo inconveniente en comerme la cabeza si me equivoco.

Era la pena que el buen señor Grimwig se imponía siempre que sentaba alguna afirmación, penalidad verdaderamente peregrina, pues aun dando como buena, que es mucho dar, la posibilidad de que un caballero se coma su propia cabeza, suponiendo que en hacerlo no tenga inconveniente, era tan descomunal la del señor Grimwig, que difícilmente hubiera sido capaz de engullirla el mortal más tragón en una sola sentada, y cuenta que, al hablar de dificultades, no tengo en cuenta la espesa capa de polvo que la cubría.

—¡Sí, señor, sí! ¡Me comería la cabeza! —repitió el señor Grimwig golpeando el suelo con su garrote—. ¡Hombre!... ¿Qué es eso? —preguntó, clavando sus ojos en Oliver y retrocediendo dos pasos.

—Es Oliver Twist, el muchacho de quien le hablé —contestó el señor Brownlow.

Oliver saludó con una reverencia profunda.

—¡Supongo que no será éste el muchacho que ha pasado la fiebre! —exclamó el señor Grimwig, retrocediendo dos pasos más—. ¡Alto! ¡Espere usted! —añadió con brusquedad, olvidando en medio del alborozo que le produjo el descubrimiento el temor a contagiarse—. ¡Apuesto a que éste es el que ha tirado en la escalera la cáscara de naranja! ¡Si no ha sido él, me como mi cabeza, y hasta la suya!

—¡No, no! ¡No ha sido él! —replicó el señor Brownlow riendo a más no poder—. Pero hablemos de otra cosa. Deje usted el sombrero, y tratemos de mi amiguito.

—Me preocupa lo que usted no puede figurarse este asunto —dijo el

irritable caballero quitándose los guantes—. Todos los días encuentro más o menos cáscaras de naranja en la acera de nuestra calle, y me consta que las tira el muchacho del cirujano de la esquina. Anoche, sin ir más lejos, resbaló en una de ellas una joven, y en su caída fue a chocar contra la verja de mi jardín. No bien se levantó, vi que dirigía sus ojos hacia ese infernal farol rojo que baña la calle en una luz siniestra. «¡No vaya usted a esa casa! (grité yo desde la ventana). ¡Es un asesino!... ¡Un embaucador! ¡Y lo es en verdad! Si me engaño, me...»

El irascible caballero puso fin a su discurso descargando sobre el piso un garrotazo formidable, lo que era tanto, y todos sus amigos lo sabían perfectamente, como formular su ofrecimiento de costumbre. Sentóse a continuación, sin soltar el garrote, abrió unos impertinentes que llevaba pendientes del cuello por medio de una cinta muy ancha, y comenzó a examinar con atención a Oliver, el cual, viendo que era objeto de la inspección del caballero, se ruborizó y saludó de nuevo.

—¿Este es el muchacho? —preguntó el señor Grimwig.

—Este es el muchacho —respondió el señor Brownlow.

—¿Cómo vamos, muchacho?

—Mucho mejor, muchas gracias —contestó Oliver.

El señor Brownlow, viendo que su excéntrico amigo iba a decir algo desagradable, dijo a Oliver que subiera a preguntar a la señora Bedwin si estaba dispuesto el té. El muchacho, a quien no agradaban mucho los modales del recién llegado, alegróse de que le depararan ocasión para salir.

—Es un guapo chico, ¿verdad? —preguntó el señor Brownlow.

—¡Yo qué sé! —contestó el interrogado con entonación brusca.

—¿Que no lo sabe?

—¡Claro que no lo sé! Para mí todos los muchachos son iguales: mejor dicho, no encuentro más que dos clases de muchachos: muchachos espátulas, y muchachos toros.

—¿En qué clasificación incluye a Oliver?

—En la de muchachos espátulas. Un amigo mío tiene un hijo de los de la categoría de muchachos toros... una preciosidad, según dicen. Tiene una cabezota tremebunda, unos mofletes proporcionados a aquélla, rojos como la sangre, por añadidura, y unos ojos como carbones encendidos, en fin, un horror.

—¿Pues qué diremos de su cuerpo? La carne amenaza romper el traje por todas partes, tiene voz de marinero y apetito de lobo. He tenido, ocasión de

conocer bien a ese cetáceo.

—Conformes; pero, como no es ése el tipo de Oliver Twist, creo que no tiene usted motivos para enojarse.

—Reconozco que no es ése el tipo de Oliver; pero con mejor tipo, puede ser de peor condición que el otro.

El señor Brownlow tosió con impaciencia, lo que al parecer produjo viva satisfacción a su interlocutor.

—Repito que probablemente será mucho peor —insistió el señor Grimwig—. ¿De dónde viene? ¿Quién es? ¿Qué es? Por lo pronto, ha tenido fiebre, y la fiebre sólo ataca a los malos sujetos. ¿Eh? ¿Qué edad? Conocí a un individuo que fue ahorcado en Jamaica por haber asesinado a su amo: pues bien, ese individuo había contraído la fiebre seis veces. ¿Que le parece?

Lo bueno del caso es que allá en los repliegues más recónditos de su corazón, el señor Grimwig estaba dispuesto a reconocer que el semblante de Oliver le había sido altamente simpático, pero por encima de los dictados de aquella víscera estaba su prurito por contradecir, prurito agudizado en aquel momento por haber encontrado en la escalera la cáscara de naranja. He aquí por qué, resuelto a no consentir que ningún nacido le dijera si un muchacho era guapo o feo, simpático o antipático, desde el primer instante decidió llevar la contraria a su amigo. Cuando el señor Brownlow reconoció que no podía dar contestación satisfactoria a sus preguntas acerca de la honradez del muchacho, y que había diferido toda clase de investigaciones acerca de la historia pasada de aquél hasta que su estado de salud le permitiera referirla, el señor Grimwig sonrió sarcástica y maliciosamente, preguntando con punzante ironía si su ama de gobierno tenía la costumbre de contar todas las noches el servicio de plata, añadiendo que si dentro de un plazo brevísimo no echaba de menos uno o dos cubiertos, estaba dispuesto a comerse... lo que ya se sabe.

El señor Brownlow, aunque de temperamento vivo e impetuoso, como conocía a fondo las cualidades peculiares de su amigo, sufrió con calma sus excentricidades. Durante el té, como el señor Grimwig tuvo la dignación de encontrar excelentes los bizcochos, la conversación siguió derroteros menos escabrosos, y Oliver, que también estuvo presente a té, comenzó a sentirse más tranquilo ante aquel fiero y destemplado caballero.

—¿Y cuándo vamos a tener el placer de escuchar la historia completa, verídica y detallada de la vida y aventuras de Oliver Twist? —preguntó el señor Grimwig mirando de soslayo a Oliver.

—Mañana por la mañana —contestó el señor Brownlow—; pero deseo que me la cuente a mí solo. Sube a mi despacho mañana a las diez, hijo mío.

—Está bien, señor —contestó Oliver con cierta vacilación, provocada por las furibundas miradas que le dirigía el señor Grimwig.

—¿Quiere usted que le diga una cosa? —preguntó Grimwig, pegando su boca al oído de su amigo—. No subirá: no le espere usted. He visto su vacilación. Le está engañando a usted, amigo mío.

—¡Juraría que no! —replicó con calor el señor Brownlow.

—¡Y yo me... —aquí descargó un bastonazo tremendo— si no le engaña!

—¡Garantizaría la honradez del chico con mi vida! —insistió el señor Brownlow descargando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Y yo con mi cabeza que es un bribón!

—El tiempo nos lo dirá.

—¡Al tiempo, al tiempo!

Quiso la fatalidad que en aquel punto entrase en la estancia la señora Bedwin llevando un paquete de libros que el señor Brownlow había comprado en el mismo puesto de libros que ha figurado ya en esta historia. Dejó el paquete sobre la mesa y se disponía a salir, cuando le dijo Brownlow:

—Haga usted subir al criado, que tiene que ir a un recado.

—Ha salido, señor —respondió la, señora Bedwin.

—Mándelo llamar. Necesito devolver algunos libros y pagar otros, que no están pagados. El librero no es rico, y quiero pagar inmediatamente mi deuda. Salió la anciana de la estancia, seguida de Oliver, a quien envió por un lado de la calle para que llamara al criado mientras la criada hacía lo propio en dirección opuesta, pero ni aquél ni ésta dieron con el que buscaban. Ambos regresaron jadeantes sin haber conseguido su objeto.

—Lo siento de veras —dijo el señor Brownlow—. Tenía grande empeño en devolver los libros esta noche.

—Puede enviarlos con Oliver —observó Grimwig con ironía—. Nadie cumplirá el encargo más escrupulosamente que él.

—¡Sí, señor! Yo lo haré —terció Oliver—. Iré volando.

A punto estaba el buen caballero de contestar que no quería que Oliver saliera a la calle bajo ningún pretexto, cuando una tosecilla maliciosa de su extravagante amigo le hizo variar de resolución. Decidió, pues, confiar el encargo al muchacho, manera de demostrar con hechos que las sospechas de Grimwig eran infundadas y maliciosas.

—Vas a ir tú, hijo mío —dijo a Oliver—. Los libros están sobre una silla

junto a mi mesa: ve a buscarlos.

Oliver, encantado al ver que podía ser de alguna utilidad a su protector, volvió segundos después con los libros bajo el brazo, y esperó, gorra en mano, las órdenes de Brownlow.

—Dirás al librero que le devuelves estos libros de mi parte —dijo Brownlow, mirando con fijeza a Grimwig—, y que vas a pagarle las cuatro libras y diez chelines que le adeudo. Toma un billete de cinco libras: te devolverá diez chelines.

—No tardaré ni diez minutos, señor —contestó Oliver.

Después de guardar el billete en el bolsillo y de colocar cuidadosamente los libros bajo el brazo, hizo Oliver una reverencia profunda y salió. La señora Bedwin le acompañó hasta la puerta de la calle, indicándole cuál era el camino más corto, el nombre del librero y el de la calle, indicaciones que Oliver manifestó haber entendido perfectamente, y después que le recomendó una y otra vez que se abrigara bien, dejóle marchar.

—¡Angelito! —exclamó la buena anciana, siguiendo a Oliver con la vista—. No puedo decir por qué, pero hubiera deseado que no saliera de casa.

El muchacho, que llegaba a la esquina volvió la cabeza y sonrió a la señora Bedwig antes de doblarla. Esta devolvió la sonrisa y, cerrando la puerta, subió a su habitación.

—Vamos a ver —dijo Brownlow, sacando el reloj del bolsillo y poniéndolo sobre la mesa—. Estará de vuelta dentro de veinte minutos a lo sumo: ya habrá anochecido entonces.

—¿Pero espera usted que vuelva? —preguntó Grimwig.

—¿Lo duda usted? —replicó Brownlow sonriendo.

El espíritu de contradicción respiraba con fuerza en aquel momento en el pecho de Grimwig, pero aún le dio mayores proporciones la sonrisa de confianza de su amigo.

—¡Lo dudo, sí! —respondió, descargando otro puñetazo sobre la mesa—. No sólo lo dudo: afirmo que no volverá. El muchacho lleva un traje nuevo, algunos libros de valor, y un billete de cinco libras en el bolsillo. Desde aquí irá en derechura a encontrar a sus antiguos amigos los ladrones, y todos se burlarán de usted. ¡Si ese muchacho vuelve a aparecer por esta casa, me como mi cabeza!

Pronunciadas estas palabras, acercó su silla a la mesa, y los dos amigos guardaron silencio, fijas sus miradas en la esfera del reloj que tenían delante. Bueno será hacer constar, a título de ejemplo que pone de relieve la

importancia que el hombre suele conceder a sus apreciaciones y el orgullo con que ve confirmadas por los hechos conclusiones temerarias y hasta odiosas que se permitió aventurar, que el señor Grimwig, no obstante su buen corazón, que bueno lo tenía de veras, y el pesar sincero que le proporcionaría ver engañado y estafado a su amigo, en aquel momento deseaba de todas veras y con toda su alma que Oliver Twist no volviera. La noche fue llegando por sus pasos contados. Apenas se distinguían ya las agujas del reloj; pero los dos caballeros continuaban inmóviles y silenciosos, con los ojos clavados en el reloj.

Capítulo XV

Que prueba cuánto querían a Oliver Twist el gracioso viejo judío y la señorita Anita

En la obscura y hedionda sala de una taberna situada en una de las calles más pobres de Little-Saffron-Hili, guarida tenebrosa donde durante el verano no recibe la visita de un solo rayo de sol, hállase sentado frente a un jarro de latón y un vasito de vidrio, ambos impregnados de fuerte olor a alcohol, un hombre que viste casacón de terciopelo de color pardusco, calzón, medias y medias botas, en quien cualquier agente de policía poco experto, aun a la media luz de la estancia, hubiera reconocido sin dificultad a Guillermo Sikes. Tendido a sus pies, había un perro de capa blanca y ojos colorados, que ora miraba a su amo, ora lamía una herida sanguinolenta que presentaba su hocico, prueba inequívoca de alguna riña reciente.

—¡Te estarás quieto, maldito! —exclamó Sikes, rompiendo un silencio que perduraba desde mucho antes de presentarlo a los lectores.

Aquel hombre meditaba, parecía absorto en hondas preocupaciones; esto es indudable; pero en cambio ofrece dudas muy serias, tan serias que las dejó a la consideración del lector decidir si las meditaciones de aquel hombre eran de tal naturaleza que el movimiento de los ojos de un perro bastaba para interrumpirlas, o bien en sus operaciones discursivas influían tan poderosamente sus sentidos, que exigían aquéllas ir acompañadas de sendas patadas propinadas al inofensivo can. La causa podía ser una u otra; pero el efecto era el mismo: patadas y blasfemias descargadas simultáneamente. Por regla general, no suelen vengar los perros las injurias que de sus amos reciben, pero el del distinguido señor Sikes, acaso por ser de genio tan irascible como su amo, acaso resentido en aquellos momentos por recientes detrimentos recibidos en su integridad perruna, es lo cierto que, perdidos todos los miramientos, hincó con rabia sus colmillos en la media bota de su amo. Tirada

una dentellada soberbia, se retiró gruñendo, buscando debajo de un banco protección contra el jarro de metal que Sikes había lanzado sobre su cabeza.

—Te atreves a mordirme, ¿eh? —gritó Sikes, abriendo con calma siniestra una navaja descomunal que sacó de uno de los bolsillos—. ¡Ven acá, demonio! ¿No oyes?

El perro debía oír perfectamente, pues el señor Sikes hablaba con voz potente y había apelado al registro más alto, pero como el perro, por motivos que él se sabría, no estaba al parecer muy dispuesto a que le rebanasen la cabeza, permaneció donde estaba gruñendo con mayor fiereza que nunca, enseñando los colmillos y clavando su hermosa dentadura en las patas del banco. La resistencia del animal no sirvió sino para exasperar más y más a Sikes, quien, poniéndose de rodillas, dio comienzo a un ataque formidable contra el perro. Saltaba el can de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, aullando, gruñendo y ladrando furioso. Sikes alternaba las puñaladas con las imprecaciones o simultaneaba las segundas con las primeras, y la contienda amenazaba tener un desenlace enojoso para uno de los dos contendientes, cuando se abrió bruscamente la puerta, y el perro huyó no menos bruscamente, dejando a Sikes con la navaja en la mano.

Dicen, y dicen bien, que para reñir precisa que haya dos contendientes. Si Guillermo Sikes hubiera quedado solo, la contienda hubiese terminado con la fuga del perro, pero como la puerta había sido abierta por alguien, con este alguien quiso Sikes desfogar su cólera.

—¿Quién demonios viene a interponerse entre mi perro y yo? —rugió Sikes, haciendo un gesto amenazador.

—Ignoraba que estuviese usted ocupado, amigo mío... no lo sabía —contestó el judío Fajín con humildad extraordinaria, pues Fajín era quien acababa de entrar.

—¿Que no lo sabías, viejo ladrón? —tronó Sikes—. ¿No oíste el estrépito?

—Nada he oído: es tan cierto como lo digo, Guillermo.

—Puede que tengas razón, que no hayas oído nada —replicó Sikes con sonrisa siniestra—; pero en cambio tienes habilidad bastante para meterte en todas partes sin que nadie te oiga. Hubiera querido que fueras mi perro hace un minuto, Fajín.

—¿Por qué? —preguntó el judío, riendo con risa forzada.

—Porque el Gobierno, que protege las vidas de miserables como tú, consiente que un hombre mate a cuantos perros le venga en gana: ya lo sabes —replicó Sikes cerrando la navaja.

El judío tomó asiento frente a la mesa, y frotándose las manos, aparentó

reír los chistes de su interlocutor, aunque lo cierto es que no estaba muy a su gusto en su compañía.

—Ríe, ríe —gruñó Sikes, mirando despectivamente al judío—; ríe cuanto quieras, aunque te aseguro que no has de reírte nunca a mi costa, como no sea escondiendo antes tu cabeza bajo un saco de tela gruesa. Te tengo bajo mi férula, Fajín, y... bajo ella continuarás estando mucho tiempo. Si me muevo yo, te moverás tú; si yo estoy inmóvil, inmóvil estarás tú; ya lo sabes. ¡Cuidadito, pues!

—Está bien, amigo mío, está bien. Todo eso lo sé... Tenemos... tenemos interés recíproco, Guillermo... interés mutuo.

—¡Hum! —murmuró Sikes, como queriendo dar a entender que el interés era mayor por parte del judío que por la suya. ¡Al grano! ¿Qué quieres decirme?

—Que todo sale a las mil maravillas, y que aquí está la parte que corresponde a usted. Es mayor de lo que debería ser, amigo mío; pero ya sé que en otra ocasión sabrá compensarme...

—¡Vaya, vaya! ¡Me molestan las tonterías! —interrumpió Sikes—. ¿Dónde está mi parte? ¡Venga pronto!

—¡Conformes, conformes, Guillermo!, pero déjeme un poquito de tiempo. He aquí el paquetito, sano y salvo.

Acompañando el judío la acción a la palabra, sacó del seno un pañuelo viejo, y desatando un nudo que había en una de sus puntas, exhibió un paquetito envuelto en papel basto, que Sikes le arrebató presuroso de la mano.

—¿Es esto todo? —preguntó, desgarrando la envoltura y contando las monedas de oro que aquélla contenía.

—Cabal —contestó el judío.

—¿No se te habrá ocurrido la idea de desliar el paquetito por el camino y tragarte una o dos monedas? —preguntó Sikes con expresión de recelo—. No te hagas el ofendido, granuja, que más de una vez lo has hecho. ¡Anda! ¡Tira de la repicadora!

La frase, traducida al lenguaje corriente, significaba que hiciera sonar la campanilla. Obedeció Fajín, y al llamamiento entró otro judío, más joven que el que acompañaba a Sikes, pero de aspecto no menos innoble y repulsivo que el de aquél. Sikes se limitó a extender la mano hacia el jarro vacío. El judío, comprendiendo perfectamente la señal, salió para llenarlo de nuevo, no sin cambiar antes una mirada extraña con Fajín, quien alzó los ojos durante una fracción de segundo como si de antemano supiera que su compatriota había de mirarle, e hizo al propio tiempo un movimiento de cabeza tan imperceptible,

que seguramente hubiera pasado inadvertido a cualquiera que estuviese observando. No reparó en ello Sikes, ocupado entonces en arreglar el lazo de uno de sus zapatos destrozado por el perro. Es más que probable que de haber reparado en aquel cambio de señales, no hubiera augurado nada bueno.

—¿Quién hay por aquí, Barney? —preguntó Fajín sin alzar los ojos del suelo, pues sabía que Sikes le observaba.

—Ni un alma —respondió Barney, cuyas palabras ignoramos si partían del corazón o de otra parte, pero desde luego aseguramos que salían por la nariz.

—¿Nadie? —preguntó Fajín con expresión de sorpresa, que acaso iba encaminada a indicar a Barney que podía decir la verdad.

—Nadie más que la señorita Anita —contestó Barney.

—¡Anita! —exclamó Sikes—. ¿Dónde está? ¡Ciegue yo ahora mismo si no rindo a esa joven el honor a que sus talentos naturales la hacen acreedora!

—Está tomando una ración de ternera guisada —contestó Barney.

—Envíamela inmediatamente —repuso Sikes sirviéndose otro vasito de licor—. Hazla venir.

Barney miró con timidez a Fajín como solicitando permiso, pero, como el judío no alzara los ojos del suelo ni despegara los labios, salió aquél para volver poco después acompañando a Anita, la cual venía ataviada con gorro, delantal, cesta y una llave enorme en la mano.

—¿Estás sobre la pista, Anita? —preguntó Sikes, ofreciéndole un vasito.

—Sobre la pista estoy, Guillermo —respondió la joven—, vaciando el vasito—. Encontré la pista, y por cierto que me he cansado más de la cuenta. El bribonzuelo ha estado enfermo, ha permanecido recluido en la casa y...

—¡Ah, Anita querida! —exclamó el judío—. ¡Mi querida Anita!

No me atreveré a asegurar si la contracción especial que sufrieron las rojas cejas del viejo judío y el guiño apenas perceptible de sus pequeños ojos hundidos profundamente en sus órbitas dieron a entender a la joven que procurara ser poco comunicativa: son detalles esos que apenas si tienen importancia. Lo que a la exactitud de la narración interesa son los hechos; y los hechos, mejor dicho, el hecho fue que la joven cortó en redondo las explicaciones y que, después de prodigar a Sikes sonrisas llenas de gracia, cambió bruscamente de conversación. Al cabo de unos diez minutos, el buen Fajín sufrió un acceso de tos, visto, mejor dicho oído lo cual, la caritativa Anita echó sobre sus hombros su propio chal y manifestó que era hora de recogerse. Sikes manifestó que él debía seguir durante un buen trecho la misma dirección, y que, por tanto, tendría el placer de acompañarla; en

consecuencia, salieron juntos, seguidos a corta distancia por el perro, que salió de un corral próximo cuando su dueño se hubo alejado. El judío asomó la cabeza por la puerta de salida, siguió con la vista a Sikes mientras éste se perdía en las obscuridades del lóbrego pasadizo, amenazóle con el puño cerrado murmurando al propio tiempo horribles imprecaciones, y luego, plegados sus labios en una sonrisa siniestra, sentóse frente a la mesa y no tardó en absorberse en la lectura interesante de una revista.

Mientras en la taberna tenía lugar la escena que dejo descrita, Oliver Twist, sin soñar siquiera que pudiera estar tan cerca como estaba del judío de las marrullerías, se encaminaba a buen paso a la tienda del librero. Al llegar a Clerkenwell, tomó, sin darse cuenta, una calle que no debió tomar, pero como no se percató de su equivocación hasta que había recorrido la mitad de la misma, y supuso por otra parte que apenas si le alejaba de la dirección exacta, consideró inútil retroceder y prosiguió avanzando con toda la ligereza posible, con el paquete de los libros bajo el brazo. Andaba contento, pensando en el bienestar que su nueva situación le proporcionaba y en el placer que le proporcionaría ver al pobre Ricardito, quien probablemente en aquel momento mismo estaría muerto de hambre y molido a palos llorando con amargura, cuando disipó estas meditaciones el grito de una joven, que exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Hermano querido!

Sin que Oliver tuviera tiempo de alzar los ojos, se encontró preso entre dos brazos que rodearon su cuello.

—¡Déjeme usted! —dijo Oliver, pugnando por desprenderse—. ¿Quién es usted? ¿Por qué me detiene?

Por toda contestación, la joven que estrechaba a Oliver entre sus brazos, joven que llevaba en una mano una cesta y en la otra una llave descomunal, dejó escapar de sus labios un verdadero diluvio de lamentaciones y quejas, pero a grito herido.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mío! —gritaba—. ¡Le encontré al fin! ¡Oh, Oliver... Oliver! ¡Qué de sufrimientos, qué de agonías por tu culpa, cruel! ¡Vamos a casa, querido, vamos a casa! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué felicidad haberle encontrado! ¡Gracias, Dios mío, gracias!

Lanzadas al viento las exclamaciones que dejo copiadas, y otras que no copiaré, tan incoherentes como las primeras, la joven continuó alternando los gritos con los suspiros y acabó por ser presa de tan violento ataque de nervios, que dos mujeres de las que habían acudido a los gritos se creyeron en el caso de preguntar al mozo de un tablajero, cuya cabellera hirsuta y crespa rezumaba el sebo con que su propietario solía frotarla, si no sería mejor que permanecer

allí como un pasmarote correr en busca de un médico, a lo que contestó el de la cabeza sebosa, más aficionado por lo visto a mirar que a correr, que a su juicio no eran necesarios los auxilios de la ciencia médica.

—¡No, no! —exclamó la joven, asiendo con fuerza la mano de Oliver—. ¡No hay necesidad! Esto no es nada... Me siento ya mejor. ¡Vamos, vamos a casa, ingrato!

—¿Pero qué es lo que pasa? —preguntó una de las curiosas.

—¡Oh! —respondió la joven—. Que se escapó hace ya un mes de su casa, dejando desesperados a sus padres, personas honradas y trabajadoras, para correr a sus anchas en compañía de una cuadrilla de pilletes tan malos como él: ¡Oh! ¡Su madre ha estado a punto de morir de dolor!

—¡Tunante! —exclamó una mujer.

—¡A casa, bribonzuelo! —añadió otra.

—Esta joven se equivoca —replicó Oliver, comenzando a alarmarse—. Debe confundirme con otro, pues no la conozco siquiera. Además: no tengo hermanas, ni madre ni padre. Soy huérfano y vivo en Pentenville.

—¡Habrás visto desvergüenza!, —exclamó la joven.

—¡Cómo! ¡Si es Anita! —dijo Oliver, viendo la cara de la joven y retrocediendo un paso sin poder disimular su asombro.

—Ya están ustedes viendo cómo me conoce —arguyó Anita, dirigiéndose a los curiosos. No ha podido sostener su negativa. Oblíguenle a venir conmigo, buenas gentes, si quieren evitar que su pobre madre muera de dolor y yo me desespere.

—¡Pero qué diablos es esto! —gritó un hombre, saliendo bruscamente de una cervecería, seguido por un perro blanco—. ¡Toma! ¡Pues si es Oliver! ¡Anda! ¡Vete con tu pobre madre, granuja! ¡A casa inmediatamente!

—¡No es verdad... no les conozco!... ¡Socorro! ¡Socorro! —gritó Oliver intentando desasirse de la poderosa zarpa de aquel hombre.

—Socorro, ¿eh? —repitió el intruso—. ¡Yo te socorreré, pillete! ¿Qué libros son éstos? ¿Dónde los ha robado? ¡Vengan aquí!

Mientras de esta suerte increpaba al muchacho, arrebatóle el paquete de libros y con el mismo le golpeó la cabeza.

—¡Así se hace! —gritó un hombre desde una ventana—. No hay medio mejor para hacer entrar en cuerda a esos granujillas.

—¡El Evangelio! —terció un carpintero dirigiendo una mirada de aprobación al de la ventana.

—Eso le servirá de lección provechosa —dijeron dos mujeres.

—Y más si la lección se prolonga —repuso el de los golpes, administrando al muchacho un par más y agarrándole por el cuello—. ¡A casa, malvado! ¡A ése, León, a ése... ¡Cuidado con el perro, muchacho, que tiene malas pulgas!

Debilitado por efecto de la reciente enfermedad, aturdido por los golpes y desconcertado ante lo imprevisto del ataque, espantado por añadidura por los amenazadores gruñidos del perro y por la brutalidad de aquel hombre, y avergonzado al ver que todos los presentes por ladrón le tenían, ¿qué podía hacer el desventurado? Había cerrado la noche, no podía esperar socorros humanos, la resistencia era inútil. Momentos después se veía arrastrado por un laberinto de callejas estrechas y solitarias a velocidad que imposibilitaba por completo la emisión de gritos en demanda de socorro. Verdad es que nada hubiera salido ganando si se le hubiese permitido gritar, pues nadie había por aquellos parajes dispuesto a prestárselo a ningún desgraciado. Los faroles de las calles derramaban ya su incierta claridad. La señora Bedwin esperaba con ansiedad junto a la puerta de la calle. Veinte veces había salido el criado camino de la casa del librero por si daba con las huellas de Oliver, y los dos ancianos continuaban sentados frente a frente, inmóviles y silenciosos, fijos sus ojos en la esfera del reloj, que no veían, pues en la estancia en que se encontraban nadie había cuidado de encender luces.

Capítulo XVI

De lo que aconteció a Oliver Twist después de haber sido reclamado por Anita

La madeja confusa de callejas sucias y estrechas vino a terminar en una explanada en la cual se veían diseminados varios corrales y otras indicaciones de ser aquél el mercado de ganados. Sikes acertó el paso al llegar al punto mencionado, disposición acertada, pues la muchacha estaba rendida y no hubiera podido continuar caminando con tanta prisa. Volvióse entonces hacia Oliver, y con el tono áspero que le era habitual, mandóle que tomara la mano de Anita.

—¿Oyes? —gritó Sikes, viendo que Oliver titubeaba y tendía alrededor sus miradas.

Encontrábanse en un sitio solitario, aislado, fuera de todo tránsito, y convencido Oliver de que la resistencia habría de ser inútil, alargó su mano que la muchacha agarró con fuerza.

—Dame la otra —gruñó Sikes, apoderándose de ella a la par que hablaba

—. ¡León... aquí!

El perro se acercó gruñendo.

—Escúchame bien —repuso Sikes, poniendo la mano desocupada en el cuello de Oliver—. Si habla una palabra, una sola, hazle presa aquí, ¿entiendes?

El animal gruñó por segunda vez, se lamió el hocico y miró a Oliver como deseando no esperar a que éste hablara para hundir sus colmillos en su garganta.

—¡Ciego me quede si no lo hace como se lo he mandado! —exclamó Sikes, contemplando al animal con sonrisa de feroz aprobación—. Ya sabes lo que te espera, amiguito, así que, llama si te atreves, que el perro te obligará a enmudecer. ¡Andando, y vivo, vivo!

El perro movió el rabo, único lenguaje que le estaba permitido, y lanzando otro gruñido a guisa de aviso saludable, echó a andar rompiendo la marcha. Estaban cruzando Smithfield aunque hubiera podido ser la Plaza Gobernador sin que Oliver dijera lo contrario, sencillamente porque tan desconocido le era uno como otro sitio. La noche estaba oscura y brumosa. Las luces de las tiendas apenas si conseguían taladrar la densa niebla que por momentos se espesaba más, envolviendo a la ciudad en un sudario negro que acentuaba la depresión de ánimo y el espanto que inundaban el alma de Oliver. Avanzaban presurosos cuando la campana de una iglesia dio la hora. A la primera campanada hicieron alto los dos conductores y volvieron sus cabezas hacia el sitio del que partía el sonido.

—Las ocho, Guillermo —dijo Anita, cuando calló la campana.

—¿Por qué me lo dices? —contestó Sikes—. Me parece que tengo buen oído, ¿no lo crees así?

—Pero no sé si lo habrán oído los otros —replicó Anita.

—Claro que sí; pues no faltaba más. La feria de septiembre era cuando me echaron mano, y te aseguro que hasta las trompetillas de a penique llegaron a mis oídos. Cuando me enchiqieron, el tumulto y vocerío exterior eran tan ensordecedores, que aquella vieja cárcel parecía una tumba por su silencio. Te aseguro que no sé cómo no me rompí la cabeza contra las puertas de hierro.

—¡Pobres chicos! —exclamó Anita, vuelta aún hacia el sitio donde había sonado la campana—. En verdad que son simpáticos y dignos de mejor suerte.

—¡Así sois todas las mujeres! —replicó Sikes—. Conque simpáticos, ¿eh? ¡Muertos fuera mejor que estuvieran!

Sikes pronunció las últimas palabras con la entonación de quien reprime a

duras penas un impulso de celos, y agarrando con más fuerza la mano de Oliver, ordenó a éste que echase a andar.

—Espera un momento —dijo Anita—. No tendría yo tanta prisa si fueras tú el que debías morir ahorcado en el punto y hora en que suene el reloj las primeras ocho campanadas, Guillermo, que en ese caso, me pasaría la vida rondando por estos lugares, aun cuando hubiera de caminar sobre espesa capa de nieve y no tuviera un chal con que abrigarme.

—¡Y que sacaría yo buen provecho de todo eso, como hay Dios! —exclamó Sikes, poco dado al parecer a lo sentimental—. Como no llevaras a prevención una buena lima y veinte varas de cuerda fuerte, me importaría tanto que rondaras por estos lugares como a cincuenta millas de distancia. ¡Vamos, vamos! Déjate de músicas, y no pierdas el tiempo diciendo necedades.

La joven rompió a reír a carcajadas, se arrebujó más en el chal, y echó a andar. Oliver, sin embargo, observó que su mano temblaba, y a la luz de un farol junto al cual pasaron pudo ver que su cara estaba blanca como un sudario. La marcha continuó por espacio de media hora por parajes poco frecuentados. Fueron contadas las personas que nuestros excursionistas tropezaron, y aun éstas, a juzgar por sus trazas, debían pertenecer poco más o menos a la misma clase social que Sikes. Llegaron al fin a una callejuela obscura y sucia, prodigiosamente abundante en tiendas de ropavejeros. El perro se había adelantado un buen trecho, cual si supiera que la vigilancia era ya inútil, vino a detenerse frente a una puerta, cerrada al parecer y deshabitada. La casa en cuestión ofrecía aspecto ruinoso y sobre su puerta había un rótulo que anunciaba que estaba por alquilar, rótulo que llevaba allí seguramente muchos años.

—Todo va bien —dijo Sikes, después de mirar cautelosamente alrededor.

Anita se detuvo junto a una ventana y Oliver oyó el repique de una campanilla. Los paseantes nocturnos cruzaron la calle y esperaron algunos momentos debajo de un farol. Oyóse un cerrojo que se corría con precaución, y segundos después giraba silenciosa la puerta sobre sus goznes. Sikes agarró entonces por el cuello a Oliver, sin andarse con ceremonias, y lo introdujo en la casa. Anita penetró tras la pareja. El patio estaba completamente a oscuras. La misma persona que había abierto la puerta volvió a cerrarla.

—¿Hay alguien? —preguntó Sikes.

—No —contestó una voz que Oliver creyó haber oído antes.

—¿Y el viejo? —repuso el ladrón.

—Escuchándonos, probablemente. La visita lo va a poner contento como

unas castañuelas.

Oliver creía conocer aquella voz, pero las tinieblas no le permitían distinguir no ya las facciones, sino tampoco el bulto de quien hablaba.

—Que traigan una luz, o nos exponremos a rompernos la crisma o a atropellar al perro, en cuyo caso, no respondo de la integridad de nuestras pantorrillas.

—Un momento de paciencia y traeré luz —contestó la misma voz.

Sonaron pasos de alguien que se alejaba, y un minuto más tarde apareció la auténtica personalidad de Dawkins, alias el Truhán, llevando en la diestra una vela fija en la punta de un palo. El caballero sonrió irónicamente mirando a Oliver, y sin dignarse dar otras señales de reconocimiento, giró sobre sus talones haciendo a todos seña de que le siguieran. Bajaron una escalera, atravesaron una cocina desnuda de enseres y cacharros y, abriendo la puerta de una estancia subterránea y húmeda, excavada debajo de un corral, penetraron todos en aquélla, donde fueron recibidos con una salva de risotadas.

—¡Hijo mío!... ¡Hijo mío! —gritó Carlos Bates, de cuyos pulmones habían salido las carcajadas más sonoras—. ¡Aquí le tenemos!... ¡Oh! ¡La ovejita descarriada volvió al redil! ¡Mírelo, Fajín, mírelo! Yo no puedo... no puedo mirar su facha... ¡Sujétenme el vientre, por compasión, que voy a reventar de risa!

El buen Carlos Bates en su explosión de alegría, cayó por el suelo, donde permaneció más de cinco minutos revolcándose o pateando. Después, poniéndose en pie de un salto, arrancó el palo de las manos del Truhán y, aproximándose a Oliver, le examinó por delante y por detrás mientras el judío, gorro de dormir en mano, hacía mil y mil cómicas reverencias ante el desconcertado Oliver. El Truhán, en cambio, de carácter más melancólico que su compañero, poco propenso a la risa cuando ésta podía entorpecer los negocios, registraba mientras los bolsillos de Oliver con limpieza y asiduidad ejemplares.

—¡Hay que ver sus trapos, Fajín! —decía Bates, acercando tanto la vela a la ropa de Oliver que amenazaba prenderle fuego. ¡Hay que ver sus trapos... tela de lo más rico y divinamente cosidos! ¿Pues y sus zapatos? ¡Nada, nada! ¡Un caballero completo! ¡Si hasta lleva libros!...

—Me encanta verte en estado tan próspero, querido —dijo el judío, haciéndole reverencias burlescas—. El Truhán te dará otro vestido a fin de que no estropees éste, que debes guardar para los días de fiesta. ¿Cómo no has escrito dos líneas, querido, anunciando tu llegada? Te habríamos preparado un banquete opíparo.

Bates se entregó a otro acceso de risa tan violento, que hasta Fajín perdió su seriedad y el Truhán se dignó sonreír. Verdad es que como en aquel momento preciso sacaba este último el billete de cinco libras del bolsillo del desventrado Oliver, cabe dudar si fue la risa de su camarada o el hallazgo del dinero lo que despertó su alegría.

—¡Hola! ¿Qué es eso? —preguntó Sikes, dando un paso rápido al frente al ver que el judío se apoderaba del billete—. Eso es mío, Fajín.

—¡No, no, amigo mío! —replicó el judío—. Es mío. Guillermo, mío; usted se quedará con los libros.

—Si te atreves a decir que eso no es mío... mío y de Anita, quiero decir, me vuelvo con el muchacho —gritó Sikes, encasquetándose el sombrero con ademán resuelto.

Estremeciéndose el judío, y Oliver se estremeció también, mas el motivo del estremecimiento no fue el mismo para los dos. Tembló el judío de ira porque vio perdido el billete, y tembló Oliver de alegría, porque creyó que el desenlace de la contienda sería su libertad.

—¡Vaya! —repuso Sikes—. ¿Me entregas eso? ¿Sí, o no?

—No es justo, Guillermo... ¿Verdad que no es justo, Anita? —preguntó el judío.

—Justo o no, repito que quiero ese billete —insistió Sikes—. ¿Crees por ventura que Anita y yo hemos venido al mundo para seguir la pista y secuestrar en plena calle a los muchachos que escapan de tus uñas? ¡Suelta la mosca, ladrón sin entrañas, si no quieres que acabemos muy mal!

A la par que Sikes dirigía al judío tan dulce y cariñosa representación, arrancaba el billete de entre el pulgar y el índice de la diestra de aquél, y escondía rápidamente el precioso papel, después de bien doblado, en una de las puntas de su corbata, donde lo anudó.

—Es el premio de nuestro trabajo —observó Sikes—, aunque bien seguro es que vale doble. Puedes quedarte con los libros, si eres aficionado a leer; caso que te molesten, no seré yo quien te impida que los vendas.

—¡Hermoso... interesantísimo! —exclamó Bates haciendo mil muecas y contorsiones, mientras aparentaba leer uno de los libros—. ¡Qué estilo tan sublime! ¿No es verdad, Oliver?

Al reparar en la expresión de desaliento de Oliver, Carlos Bates propenso a ver las cosas por el lado cómico y burlesco, sufrió el tercer acceso de hilaridad.

—Esos libros —contestó Oliver, juntando las manos en actitud suplicante

— son del anciano excelente, del caballero compasivo que me recogió en su casa y que me cuidó y, atendió cuando yo moría como consecuencia de una fiebre violenta. ¡Por Dios santo, por lo que más quieran ustedes en el mundo, devuélvanselos juntamente con el dinero! ¡Reténganme aquí preso toda la vida, pero por compasión, devuélvanle lo que es suyo! ¡Creerá que le he robado, y la anciana que con solicitud tan tierna me atendió, y todos los de la casa, me tendrán por ladrón! ¡Compadézcanse de mí, y devuelvan los libros y el billete!

Diciendo esto con la energía que da a veces el dolor exacerbado, Oliver cayó de rodillas a los pies del judío retorciéndose las manos en un acceso de desesperación.

—El muchacho tiene razón —contestó el judío enarcando las cejas—. Estás en lo cierto, Oliver. Creerán que los has robado. ¡Ja, ja, ja, ja! ¡No saldría todo tan a pedir de boca si yo mismo lo hubiese preparado! —terminó, frotándose las manos de gusto.

—Eso ya lo sabía yo cuando le cogí en Clerkenwell con los libros debajo del brazo —dijo Sikes—. La cosa no sale mal. Las personas que le recogieron deben ser unos sacristanes cándidos, de corazón de cera pues no le hubieran atendido en caso contrario. Tampoco se tomarán el trabajo de buscarle a fin de evitarse la crueldad de tener que denunciarlo por ladrón; por tanto, bien seguro le tenemos aquí.

Mientras se cruzaban las palabras anteriores, Oliver paseaba sus miradas atónitas de uno a otro de los interlocutores, aturdido, espantado, y sin darse cuenta cabal de su situación; pero no bien terminó su discurso Sikes, levantóse el muchacho de un salto y salió precipitado de la habitación, gritando con todas sus fuerzas en demanda de socorro. Sus gritos resonaban por todos los ámbitos de aquella casa en ruinas.

—¡No dejes salir al perro, Guillermo! —gritó Anita, colocándose delante de la puerta al ver que el judío y Sikes pretendían salir en persecución de Oliver—. ¡No le dejes salir, que va a destrozar a ese infeliz!

—¡Es lo que merece! —aulló Sikes, debatiéndose para desembarazarse de la joven—. ¡Fuera de ahí, o te estrello la cabeza contra la pared!

—¡No me importa, Guillermo, no me importa! —replicó la muchacha, luchando vigorosamente con el ladrón—. Para que el perro destroce entre sus dientes al muchacho, será preciso que antes me mates a mí.

—Sí, ¿eh? —rugió Sikes, rechinando los dientes—. ¡Pronto verás cumplido tu deseo como no dejes el paso franco!

Y diciendo esto, aquel canalla lanzó a la joven contra la pared opuesta, en

el momento preciso que volvía el judío con los dos pilletes que traían arrastrando a Oliver.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Fajín.

—¡Nada! ¡Que ésa se ha vuelto loca!

—¡No, no me he vuelto loca! —contestó la Joven—. ¡No lo crea usted, Fajín!

—Pues si no estás loca, cállate; hazme el favor —dijo el judío con aire de amenaza.

—Ni estoy loca ni quiero callar —gritó la muchacha alzando mucho la voz—. ¿Tiene usted algo que objetar?

El ladino Fajín conocedor perfecto de los usos y costumbres de la rama especial humana a la que Anita pertenecía, creyó un poquito peligroso prolongar la conversación en aquel momento psicológico, y, en consecuencia, deseando desviar la atención, se volvió hacia Oliver.

—Conque pretendías escapar, ¿eh? —dijo, tomando en su mano un garrote nudoso, que había en un rincón de la estancia.

No contestó Oliver, pero espiaba los movimientos del judío y, su respiración se hizo jadeante.

—Querías pedir socorro, llamar a la policía, ¿no es cierto? —repuso el judío con entonación sarcástica agarrando al muchacho por un brazo—. Yo te quitaré las ganas de volver a hacerlo.

Acompañando la acción a la palabra, descargó un garrotazo sobre las espaldas de su víctima, y se disponía a repetir el golpe, cuando la joven, interponiéndose con ligereza, le arrancó la tranca de las manos. Seguidamente la arrojó al fuego con tal fuerza, que las brasas encendidas saltaron por los aires para caer en lluvia abundante en la habitación.

—¡No toleraré esas brutalidades, Fajín! —gritó Anita—. Ya tiene usted al muchacho, ¿qué más quiere? ¡Déjelo en paz... pues de lo contrario, voy a estampar en su cuerpo una marca de las que se pagan con una porción de años en galeras!

Pateaba la joven con furia al lanzar la amenaza. Pálida de ira, crispados los labios y cerrados los puños, miraba ora al judío, ora al otro bandido con ojos que parecían carbones encendidos.

—¡Muy bien, Anita, muy bien! —exclamó el Judío con voz melosa al cabo de algunos momentos, durante los cuales cambió con Sikes miradas que reflejaban su desconcierto.

—Nunca te vi tan admirable como esta noche. ¡Palabra de honor, chiquilla! ¡No cabe representar más maravillosamente el papel!

—¿De veras? —replicó la muchacha—. ¡Cuidado, pues, con las equivocaciones que pueda sufrir, que yo le juro, Fajín, que han de ser fatales para usted! ¡Aviso con tiempo; así que cuidadito!

Hay algo en la irritación de la mujer, sobre todo si disgustos y la desesperación exacerban sus demás pasiones, que muy contados hombres se atreven a provocar. Fajín hubo de comprender que sería tonto y peligroso continuar tomando a chacota la cólera de Anita, y poco dispuesto a tocar las consecuencias de aquélla, dirigió a Sikes una mirada en la que campeaban por igual súplicas mudas y cobardías manifiestas, como indicándole que era misión suya poner a aquella rebelde persona en disposición de continuar el diálogo. Guillermo, comprendiendo al punto el lenguaje mudo del judío, y viendo comprometidos muy seriamente su orgullo e influencia personal si no reducía en el acto a la razón a la irritada Anita, comenzó por barbotar unas cuantas docenas de ternos, imprecaciones y amenazas tan variadas y pintorescas, que hicieron honor a la fecundidad de su inventiva. Como observara, sin embargo, que el chaparrón no producía el menor efecto en la persona sobre cuya cabeza descargaba, apeló a argumentos más contundentes.

—¿Qué significa lo que estás haciendo? —preguntó, lanzando contra la parte más hermosa del rostro humano una maldición muy corriente que, si fuera oída en el Cielo una sola vez por cada cincuenta mil que se pronuncia en la tierra, serían muchas más las personas ciegas que las que tienen vista—. ¡Di! ¿Qué significa tu actitud? ¡Maldita sea mi alma... ¿Has olvidado quién eres y qué eres?

—¡Oh, no! ¡No lo he olvidado! —contestó la joven con risa histérica y moviendo la cabeza—. Sé muy bien quién soy y qué soy.

—Pues, entonces, cállate, si no quieres que yo te haga enmudecer para mucho tiempo.

Anita soltó otra carcajada más descompuesta que la anterior, y después de mirar con desprecio a Sikes, volvióle la espalda y se mordió el labio hasta que brotó la sangre.

—Estás realmente encantadora cuando te da por lo sentimental y humanitario —repuso Sikes, mirándola con expresión de supremo desdén—. La ocasión es que ni pintada para que ese muchacho como tú le llamas, te tome por amiga.

—¡Dios me es testigo de que amiga suya soy! —gritó con acento apasionado la joven—. ¡Ojalá hubiera caído muerta en la calle, o bien hubiese cambiado de alojamiento con aquéllos junto a los cuales pasamos esta noche,

antes de haber contribuido a traer aquí a este infeliz! De hoy en adelante será un ladrón, un embustero, un falsario, un demonio, un conjunto de todas las maldades; ¿no basta eso? ¿Hace falta que por añadidura lo mate a golpes ese nauseabundo viejo?

—¡Voto a...

—¡Por Dios, Guillermo! —exclamó el judío, extendiendo el brazo hacia los muchachos que atentos y anhelantes escuchaban la disputa. Nada cuesta hablar bien, Guillermo... Nada de palabras gruesas.

—¡Hablar bien! —repitió Anita—. ¡Hablar bien, villano miserable! ¡Nada de palabras gruesas, monstruo! ¡Sí!... ¡Vas a oírlas... muy gruesas, pero muy verdaderas, y las oirás de mis labios! No tenía yo la mitad de los años de este muchacho, cuando me enseñaste a robar, y me obligaste a que robara por tu cuenta y para tu provecho. Doce años hace que no tengo otro oficio... ¿Lo has olvidado? ¡Habla, reptil asqueroso! ¿Lo has olvidado?

—¡Bueno, sí! —contestó el judío, intentando calmar a la joven—. Es verdad, pero esa ocupación, tan buena como otra cualquiera, te vale el sustento.

—¡En efecto! —replicó Anita, no hablando, sino disparando las palabras una a una, como si fueran cañonazos—. Me vale el sustento... es mi oficio... y mi hogar son las calles sucias, llueva o nieve copiosamente, haga frío o calor, y tú eres quien me ha arrastrado a esa condición horrenda, en la cual perseveraré hasta el día de mi muerte.

—La que no tardará en venir, yo te lo juro, como sigas hablando como lo haces —replicó el judío, exasperado por tantas reconvenciones.

Calló la joven; pero, presa de un frenesí rabioso, cerró contra el judío con violencia incontrastable, y seguramente hubiera dejado en su cuerpo señales perdurables, de no haberla agarrado Sikes, por las muñecas impidiéndole moverse. Anita, reducida a la impotencia, se desmayó.

—Ahora está bien —observó Sikes, dejándola tendida en un rincón—. No sabes la fuerza que tiene cuando se enoja, Fajín.

Secóse Fajín la frente inundada de sudor y sonrió complacido. La terminación de la escena, su poquito movida, no pudo menos de producirle satisfacción, aunque a decir verdad ni él, ni Sikes, ni los muchachos daban importancia a incidentes como el pasado, demasiado frecuentes en la casa.

—No hay cosa peor que tener que tratar con mujeres —observó Fajín—. El demonio sin duda fue quien las puso en el mundo; pero son tan astutas, que estoy por decir que liada podríamos hacer sin ellas los hombres... ¡Bates! Acompaña Oliver a su cama.

—Supongo que mañana no deberá ponerse el traje de señorito acomodado, ¿verdad, Fajín? —preguntó Carlos Bates.

—No, no —contestó el judío, devolviendo el guiño con que Bates acompañó su pregunta.

Bates, contento con la comisión que acababan de confiarle, tomó la vela y condujo a Oliver a la cocina, donde había dos o tres camas de las que ya antes había ocupado Oliver. Una vez allí, el gracioso Bates, después de reír a su sabor, devolvió a Oliver la misma ropa de que con tanto placer se despojara en la casa del señor Brownlow, ropa que había comprado el judío, y que fue la pista, el hilo que condujo a sus enemigos en sus pesquisas.

—Quítate el vestido nuevo —dijo Bates—. Fajín cuidará de él. ¡Ja, Ja, ja, ja! ¡La broma no puede ser más divertida!

Oliver obedeció, bien contra su voluntad. Bates, haciendo un lío de la ropa nueva de Oliver lo colocó bajo el brazo y salió dejando al prisionero a oscuras y cerrando con llave la puerta.

Las risotadas de Bates, y la fresca voz de Belita, que no pudo llegar con mayor oportunidad para rociar con agua fresca la cara de su amiga desmayada y para desempeñar otros menesteres propios de manos femeninas, hubieran bastado y aun sobrado para disipar el sueño de otras personas puestas en circunstancias menos tristes que las en que Oliver se encontraba colocado inopinadamente; pero, como nuestro héroe estaba rendido, quebrantado, molido a golpes y extenuado, no tardó en dormirse profundamente.

Capítulo XVII

La suerte siempre infausta de Oliver lleva a Londres a un personaje que se complace en difamarle

En todo buen melodrama deben alternar las escenas trágicas con las cómicas, de la misma manera que todo jamón bien preparado ofrece una combinación regular de capas blancas y capas encarnadas. El héroe que acabamos de ver tendido sobre un mísero jergón de paja y agobiado bajo el peso de las cadenas y de los infortunios, abre de par en par las compuertas de nuestros ojos, y en la escena siguiente, su fiel escudero, ignorante de la suerte de su señor, nos entretiene y alegra con un canto cómico. Aquí vemos, con emoción intensa, a la heroína entre las garras de un conde cruel y orgulloso, expuesta a perder el honor y la vida y blandiendo afilada daga merced a la cual intenta salvar el uno a costa de la otra, y en el momento crítico, cuando el interés ha llegado a su punto culminante, suena un silbido y hétenos

transportados de repente al gran salón del castillo, donde un senescal de larga cabellera gris entona una cantiga graciosísima rodeado de nutrido grupo de vasallos, más graciosos aún que la cantiga, cuyo oficio es cantar y trinar perpetuamente a coro en iglesias, palacios y teatros.

Habrà quien tenga por absurdas tan bruscas mutaciones; y, sin embargo, preciso es convenir que no son tan inverosímiles como a primera vista pudiera creerse. De continuo nos ofrece la vida real transiciones no menos bruscas, contrastes no menos vivos. Es muy frecuente pasar desde un salón de baile a un lecho de muerte, cambiar de la noche a la mañana los negros crespones indicadores de duelo y de quebranto por las vistosas galas símbolo de la alegría y del contento. No existe en ello más que una diferencia, bien que diferencia de mucha entidad: en este caso último somos nosotros los actores y en el primero los espectadores. En la vida mímica del teatro, los actores no tienen ojos para ver las transiciones violentas y los ímpetus de súbita cólera y explosiones repentinas de dolor o de pasión, transiciones, ímpetus y explosiones que, servidos a meros espectadores, son desde luego condenados como absurdos e inverosímiles.

Tal vez haya quien asegure que este breve preámbulo es innecesario, pero en todo caso, debe considerarse como una manera delicada de advertir a los lectores que se les va a conducir otra vez a la ciudad natal de Oliver, porque hay muy buenas razones para emprender este viaje.

Con los primeros rayos del sol salió una mañana del hospicio egregio el señor Bumble. Avanzó con paso majestuoso y digno por la Calle Alta. La altivez, el orgullo de su alto cargo resplandecían en su persona. Los rayos tangentes de un sol matinal se quebraban su tricornio y era de ver el aire suelto con que manejaba el bastón emblema de poderío y de autoridad. Siempre caminaba el señor Bumble con la cabeza erguida, pero la mañana a que se refiere este párrafo la llevaba más enhiesta que nunca. Reflejaban abstracción sus ojos y la elevación su frente, signos inequívocos para cualquier observador que la imaginación del bedel elaboraba pensamientos demasiado abstrusos e importantes para ser comunicados a nadie. No se detuvo el señor Bumble en el camino para charlar con los vendedores de tres al cuarto que respetuosos le saludaban o le dirigía la palabra. Limitábase a contestar su saludo con una ligera inclinación de cabeza y seguía adelante con el mismo paso digno y reposado, que no interrumpió hasta llegar a la granja-sucursal del hospicio, dirigida con solicitud verdaderamente parroquial por la buena señora Mann.

—¡Maldito sea el condenado bedel! —exclamó la señora Mann al oír la impaciencia con que llamaba a la verja—. ¡No puede ser otro que él! ¡Oh, señor Bumble! —gritó alzando la voz—. ¡Quién había de pensar que era usted!... ¡Qué placer me produce su visita!... ¡Entre usted... entre en el salón!

Las frases primeras fueron dirigidas a Susana; y las de júbilo y regocijo al bedel, mientras la tierna señora Mann abría la verja de entrada e introducía a Bumble, con tanta atención como respeto, en el interior de la casa.

—Señora Mann —comenzó diciendo el señor Bumble, no sentándose, sino dejándose caer de golpe en el sofá—, señora Mann, muy buenos días.

—Buenos días tenga usted, señor —contestó la señora Mann, prodigando sonrisas a su visitante—. Deseo que su estado de salud sea inmejorable.

—¡Así, así, señora Mann! —replicó el bedel—. La vida parroquial, señora Mann, no es lecho de rosas.

—¡Oh! ¡Ciertamente que no! ¡Son tantos los desgraciados a quienes hay que atender y cuidar!...

—La vida parroquial, señora Mann —repuso el bedel, golpeando la mesa con el bastón—, es una vida penosa, sembrada de contrariedades y de disgustos; pero a bien que no me quejo, toda vez que a todos los altos funcionarios públicos ocurre lo propio.

La señora Mann, sin comprender muy bien lo que el bedel quería decir, alzó las manos al cielo y exhaló un suspiro muy hondo.

—¡Bien puede usted suspirar, señora Mann!

La buena señora, viendo que había estado acertada, suspiró por segunda vez, con gran satisfacción sin duda del alto funcionario público, quién, reprimiendo una sonrisa indiscreta y mirando con gravedad a su galoneado tricornio, dijo con voz campanuda:

—Señora Mann, voy a Londres.

—¡Dios nos asista, señor Bumble! —exclamó la señora Mann, retrocediendo asustada.

—A Londres, sí, señora —repuso el inflexible bedel—, en diligencia... yo y dos pobres, señora Mann. Va a entablarse una acción legal, y el Consejo de Administración me ha encargado que presente el asunto a la decisión de los tribunales. No ceso de preguntarme, señora Mann, cómo van a arreglárselas los jueces de Clerkenwell para salir airosos del paso, teniendo que habérselas conmigo.

—¡Oh, señor! ¡No extreme usted su severidad con ellos! —exclamó la señora Mann con acento entre lastimero y zumbón.

—La Sala de justicia de Clerkenwell ha provocado el asunto —replicó con majestad el señor Bumble—. Si la Sala de justicia de Clerkenwell tropieza con dificultades más insuperables de las que suponía para salir de su mal paso, a nadie más que a sí mismos deberán echar la culpa los que la forman.

Tanta resolución, tanta seguridad supo poner el señor Bumble en sus palabras, tanta amenaza, que la señora Mann retrocedió espantada.

—¿Y va usted en diligencia, señor? —preguntó al cabo de un rato—. Yo creía que la costumbre era transportar a los pobres en carreta.

—En carreta descubierta solemos llevarlos cuando están enfermos, señora Mann, sobre todo en días de lluvia, pues lo esencial es impedir que, al desmontar, cojan enfriamientos, siempre peligrosos.

—¡Ah!... —exclamó la señora Mann.

—Los asientos de los individuos de que ahora se trata nos han costado baratos —añadió el señor Bumble—. Ambos se encuentran en deplorable estado de salud, y hemos calculado que los gastos del viaje importarán dos libras menos que los de su entierro... suponiendo, como es natural, que podamos endosarlos a otra parroquia, que creo podremos, siempre que no se les ocurra la mala idea de morírseos por el camino, aunque no es de esperar llegue a tanto su mala intención. ¡Ja, ja, ja, ja!

¡Cosa rara! El señor Bumble se permitió soltar la carcajada, bien que apenas sus ojos tropezaron el tricornio, se extinguió bruscamente aquélla y el rostro del bedel recobró la gravedad habitual.

—Estamos olvidando los negocios, señora Mann —dijo el bedel después de una pausa—. Aquí tiene usted el sueldo mensual que la parroquia le tiene asignado.

Así diciendo, el bedel sacó un cartuchito de monedas de plata y exigió a la señora Mann un recibo, que ésta se apresuró a escribir.

—Tiene muchos borrones, pero está en regla —dijo la encargada de la sucursal—. Muchas gracias, señor Bumble; le quedo muy reconocida.

El bedel contestó con una inclinación de cabeza a las exageradas cortesías de la señora Mann, y a continuación pidió noticias acerca de los niños confiados a sus maternos cuidados.

—¡Angelitos! —exclamó hondamente emocionada la mujer—. Todos siguen perfectamente... todos, excepto dos que murieron la semana pasada, y el pobrecito Ricardo.

—¿No mejora este último?

La señora Mann movió negativamente la cabeza.

—¡Es un expósito de pésima condición, de índole viciosa, de carácter rebelde! —exclamó el bedel con entonación colérica—. ¿Dónde está?

—Lo traeré al instante, señor... ¡Ricardito, ven enseguida!

No tardó la mujer en encontrar a Ricardito, a quien puso debajo de la bomba y secó bien con su mismo vestido antes de conducirlo ante la terrible presencia del respetable bedel. El muchacho estaba pálido y extremadamente flaco; tenía las mejillas hundidas y sus grandes ojos brillaban allá en las profundidades del cráneo. Flotaban alrededor de su desmedrado cuerpo las pobres prendas de vestir regalo de la parroquia librea viviente de la miseria, y su miembros flaqueaban como los de un anciano decrepito. Tal era el desventurado que, presa de temblor convulsivo provocado por la espantable persona del bedel, permanecía en pie sin osar alzar los ojos y temiendo oír la voz de aquél.

—¿No sabes mirar a este caballero, niño testarudo? —preguntó la señora Mann.

Alzó el niño la cabeza con timidez y su mirada se encontró con la del señor Bumble.

—¿Qué deseas, hijo de la parroquia? —preguntó el bedel con expresión burlona.

—Nada, señor —contestó con voz temblorosa el niño.

—Lo creo —terció la señora Mann—. Muy descontentadizo habías de ser para que pudieras apetecer nada.

—Desearía... no obstante... —balbuceó el niño.

—¡Cómo! —interrumpió la señora Mann—. ¿Serás capaz de decir que te hace falta algo? ¡Di, pillete deslenguado!...

—¡Calma señora Mann, calma! —dijo el bedel, alzando la mano en señal de autoridad—. Desearías... ¿qué, caballero?

—Desearía —tartamudeó el muchacho—, que alguien me hiciera la caridad de escribir algunas palabras en un pedazo de papel, y lo guardase cerrado y lacrado hasta después que me hayan enterrado.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir con esto, muchacho? —exclamó el señor Bumble, en cuyo pecho hizo alguna impresión al acento suplicante y dolorido del niño, no obstante estar muy habituado a incidentes análogos—. ¿Qué significan tus palabras, niño?

—Quisiera escribir algunas palabras de cariño al pobre Oliver Twist, haciéndole saber cuántas lágrimas he vertido al pensar en las muchas noches que habrá pasado a la intemperie, sin hogar donde cobijarse, sin alma caritativa que le tendiera una mano compasiva: quisiera también decirle —añadió el niño, agitando las manos y hablando con mucho fervor—, que es para mí un consuelo morir joven, pues si viviese mucho tiempo, si llegase a ser hombre, quizá mi hermanita, que está en el Cielo, me olvidara o no me

reconociera cuando nos juntáramos. Vale más que nos encontremos allá arriba siendo niños los dos.

Bumble miró al diminuto orador de pies a cabeza, asombrado de lo que oía, y volviéndose al cabo de breves momentos hacia la señora Mann, dijo:

—¡Todos están contados por el mismo patrón, señora! ¡Ese pillete de Oliver los ha pervertido a todos!

—¡No lo hubiera creído nunca, señor! —exclamó la mujer juntando las manos—. ¡En mi vida vi muchacho de corazón más endurecido!

—¡Quítemelo de delante, señora! —gritó Bumble autoritariamente—. Hay que dar cuenta al Consejo de Administración.

—Espero que los señores consejeros comprenderán que la culpa no es mía —dijo la señora Mann lloriqueando.

—Lo comprenderán, señora; yo me encargo de hacerles ver con toda claridad el asunto... ¡Llévese a ese Pillete! ¡Quítemelo de delante, que no puedo soportar su presencia!

Ricardito fue llevado inmediatamente a la carbonera, donde quedó encerrado. Poco después se fue el señor Bumble para hacer los preparativos de viaje. A la mañana siguiente, a las seis, Bumble, después de cambiar su tricornio por un sombrero redondo y de ponerse un capote azul con capucha, tomó asiento en la imperial de la diligencia con los dos criminales de quienes la Administración quería librarse. Llegó a Londres sin más contratiempo que la detestable compañía de los dos pobres que se obstinaban en quejarse de frío, hasta el punto de hacer exclamar al bedel que le estremecían con sus lamentaciones, y que estaba helado de frío a pesar de su confortable capote. Después de haberse desembarazado por la noche de aquellos dos seres desagradables, el señor Bumble se instaló en la misma hostería de la diligencia, y después de pedir una modesta comida, sentóse tranquilamente cerca de la chimenea para tomar un refrigerio. Cuando hubo concluido, entregóse a varias reflexiones morales sobre la culpable tendencia que tienen los hombres a murmurar y quejarse de su suerte. Finalmente cogió un diario y se dispuso a leer.

Lo primero que llamó su atención fue el anuncio siguiente:

«CINCO LIBRAS DE GRATIFICACIÓN»

«Un muchacho, llamado Oliver Twist, desapareció de su casa el jueves último por la noche, sin que desde entonces se hayan tenido noticias suyas. La gratificación mencionada se entregará a la persona que facilite informes
merced

a los cuales se pueda dar con el citado Oliver, o arrojen alguna luz sobre su historia pasada, que el autor de este anuncio, por varias razones, desea conocer.»

Seguía después una descripción detallada y minuciosa del traje de Oliver, de sus señas personales, de su aparición y desaparición y terminaba con las señas del domicilio del señor Brownlow y con el nombre y apellido de éste. El bedel abrió los ojos admirado. Leyó el anuncio con calma y atención tres o cuatro veces, y antes que pasaran cinco minutos, caminaba en dirección a Pentonville, dejando intacto sobre la repisa de la chimenea el vaso de ginebra y agua, del que ni siquiera se acordó.

—¿Está en casa el señor Brownlow? —preguntó a la criada que salió a abrirle la puerta.

La criada contestó con esa evasiva tan corriente en la vida:

—No lo sé... ¿De parte de quién viene usted?

Apenas pronunció el señor Bumble el nombre de Oliver a guisa de explicación del motivo de su visita, la señora Bedwin, que ella era en persona la que había abierto la puerta, se apresuró a franquearle el paso.

—¡Entre usted... entre usted! —exclamó anhelante—. Me daba el corazón que tendríamos noticias tuyas... ¡Pobrecillo!... Me lo figuraba... lo consideraba seguro... ¡Entre usted!

Una vez dentro de la casa, la buena mujer se dejó caer sobre un sofá y comenzó a llorar, mientras una criada, menos impresionable que el ama de gobierno, subió corriendo a anunciar la visita, no tardando en reaparecer para rogar al señor Bumble, de parte del señor, que subiera inmediatamente. El bedel no se lo hizo repetir. Condujeron al recién venido a un gabinetito reservado, donde encontró al señor Brownlow acompañado por su buen amigo Grimwig, ambos sentados frente a una mesa sobre la que se veían algunas botellas y vasos.

—¡Un bedel! —exclamó el señor Grimwig en cuanto divisó Bumble—. ¡Es un bedel de parroquia, me como mi propia cabeza!

—Le suplico, amigo Grimwig, que nos deje hablar sin interrumpirnos —dijo Brownlow—. Siéntese usted —añadió indicando una silla bedel.

Sentóse Bumble, intrigado por extrañas palabras pronunciadas por Grimwig. Brownlow, luego que colocó la lámpara en forma que la luz diera de lleno sobre el rostro desconocido, preguntó con cierta impaciencia:

—¿Viene usted a consecuencia anuncio inserto en los periódicos?

—Sí, señor —respondió Bumble.

—¿Y es usted bedel, verdad? —preguntó Grimwig, sin poder contenerse.

—Bedel de parroquia, caballeros —contestó con orgullo Bumble.

—¡Claro! —exclamó Grimwig—. ¡De sobra sabía yo que lo era! ¡Un bedel auténtico!

Brownlow, imponiendo silencio su amigo por medio de un movimiento de cabeza, repuso:

—¿Sabe usted dónde está en este momento ese pobre muchacho?

—Lo ignoro en absoluto, caballero.

—Entonces, ¿qué sabe usted a propósito? Hable usted, amigo mío si es que tiene algo que decir. ¿Qué sabe?

—Me parece que no viene usted a decir nada bueno a su propósito —terció Grimwig con cáustica entonación, después de estudiar durante algunos segundos las facciones de bedel.

Bumble movió negativamente la cabeza con aire hipersolemne.

—¿Lo está usted viendo? —preguntó Grimwig a su amigo, con expresión de triunfo.

Brownlow dirigió al bedel una mirada de desconfianza, y le rogó expusiera con la concisión posible todo lo que supiera referente a Oliver. Bumble dejó el sombrero en el suelo, se desabrochó el levitón, inclinó la cabeza, adoptó expresión reflexiva y, al cabo de algunos momentos, dio comienzo a su historia. Sería inútil y pesado reproducir aquí un relato que duró veinte minutos largos. En resumen, vino a decir que Oliver era un expósito nacido de padres de baja ralea y de pésima condición; que desde que vino al mundo, el niño reveló hermosas disposiciones para todo cuanto fuera hipocresía, ingratitud y perversidad; que cerró su carrera en su país natal intentando asesinar de la manera más cobarde y villana a un niño inofensivo y huyendo a medianoche de la casa de su amo. En apoyo de su aserto, el bedel dejó sobre la mesa los documentos que llevaba consigo y que demostraban que real y positivamente era Oliver la persona de quien tan pobres informes daba, después de lo cual, cruzándose de nuevo de brazos, esperó las observaciones que el señor Brownlow tuviera a bien hacerle.

—Mucho me temo —dijo el anciano con tristeza— que sea cierto cuanto usted me dice. Tome usted las cinco libras ofrecidas. No es grande el precio; pero con alma y vida la triplicaría si las noticias que usted me ha dado fueran más favorables al muchacho.

Es muy probable que Bumble, de haber sabido las disposiciones del señor

Brownlow antes de dar comienzo a la conferencia, hubiera dado colorido distinto y hasta contrario a su historia. Era ya muy tarde: el daño no tenía remedio, y moviendo con gravedad la cabeza, el buen bedel guardó en el bolsillo las cinco libras y se retiró. Por espacio de varios minutos estuvo el señor Brownlow paseando por la habitación con tal expresión de tristeza reflejada en su noble rostro, que Grimwig no se atrevió a vejarle con cuchufletas. Cesó al fin en su paseo y acercándose al cordón de la campanilla, tiró de él violentamente.

—¡Señora Bedwin! —dijo no bien se presentó el ama de gobierno—. ¡Oliver es un impostor!

—¡Imposible, señor imposible! —replicó con energía la anciana.

—Repito que es un impostor. ¿Qué importa que usted lo conceptúe imposible? Acabamos de saber toda su historia desde el día que vino al mundo, de la que resulta probado y averiguado que siempre ha sido un pillete.

—¡No me lo harán creer nunca, señor! —replicó con calor la anciana—. ¡Nunca!

—Ustedes, las viejas, jamás creen más que a los charlatanes y los cuentos de hadas y de brujas —gruñó el extravagante Grimwig—. Lo que usted no cree lo venía yo sospechando hace ya tiempo. ¿Por qué no me consultaron el día mismo que el muchacho entró en esta casa? Probablemente lo habría usted hecho, amigo Brownlow, de no haberle visto devorado por la fiebre, ¿eh? ¡Claro!... Un muchacho con fiebre es una cosa interesante, ¿no?

—Era un niño dulce, cariñoso, humilde —objetó la señora Bedwin indignada—. Cuarenta años hace que trato niños, caballero, y sé muy bien lo que son: aquéllos que no pueden decir otro tanto, deberían callarse en vez de hablar de lo que no entienden ni conocen: ésa es mi opinión.

La indirecta debía dar forzosamente en el blanco, pues hay que tener presente que Grimwig era solterón recalcitrante, y dio, en efecto; pero como no produjera más resultados que una sonrisa de conmiseración por parte del blanco herido, la señora Bedwin se quitó el delantal, dispuesta a pronunciar otro discurso más o menos breve, cuando la interrumpió el señor Brownlow, diciendo con entonación de cólera que estaba muy lejos de sentir:

—¡Silencio! ¡Que nadie vuelva nunca a pronunciar en mi presencia el nombre de ese desdichado! ¡Bajo ningún pretexto quiero oírlo! ¿Ha entendido usted bien? Puede retirarse, señora Bedwin, y no olvide que quiero ser obedecido.

Aquella noche, la tristeza fue la diosa que presidió en el hogar del señor Brownlow. Sufría Oliver horriblemente al acordarse de sus buenos amigos de

Pentonville. Por fortuna para él, ignoraba las noticias que a oídos de aquéllos habían llegado. Si hubiera escuchado la historia narrada por Bumble, probablemente habría muerto de dolor.

Capítulo XVIII

Explica cómo pasaba el tiempo Oliver en la agradable compañía de sus amigos intachables

Al día siguiente, a eso del mediodía, en ocasión en que el Truhán y el caballerito Carlos Bates habían salido a la calle por asuntos de su profesión, aprovechó Fajín la coyuntura para leer a Oliver un largo sermón sobre el deplorable y horrendo pecado de la ingratitud, en el que con claridad meridiana le demostró que había incurrido, y no a medias por cierto, alejándose libre y deliberadamente de la dulce compañía de sus ejemplares compañeros, sin reparar en que los dejaba sumidos en la ansiedad más viva, y mucho más al intentar escapar de nuevo, cerrando los ojos a las grandes molestias y gastos enormes que encontrarle les había costado.

Fajín insistió de una manera particular la hospitalidad que le había concedido y en las muestras cariño que le había prodigado cuando lo llevaron a su casa por primera en estado tan deplorable, que sin caridad hubiera perecido de hambre. Hízole asimismo historia de las desgracias que ocurrieron a un muchacho a quien socorrió por caridad en circunstancias análogas, el cual muchacho, habiéndose mostrado indigno de su confianza hasta el inconcebible extremo de mostrar deseos de ponerse al habla con la policía, minó funestamente su vida una buena mañana en la horca alzada en afueras del Castillo Viejo. No tomó el Judío el trabajo de ocultar la parte principal que en aquella catástrofe había tenido, pero deploró, con lágrimas en los ojos, el extravío y la conducta pérfida aquel desventurado hicieran necesario presentarle como autor del robo de una corona, hecho que, si no rigurosamente exacto, en cambio preciso para la seguridad suya (de Fajín) y de sus buenos amigos.

El judío terminó su arenga haciendo una descripción terrorífica de la horca y expresando, con entonación dulce y extremadamente fina, que sentiría verse obligado a someter a Oliver Twist a suplicio tan poco agradable. Congelábase la sangre en las venas del pobre Oliver a medida escuchaba el discurso del judío comprendía, aunque a medias, las encubiertas amenazas con que las acompañaba. Que cabe en lo posible que la justicia confunda inocente con el culpable, cuando circunstancias ponen al primero contacto con el segundo, lo

sabía por experiencia propia, y que el judío tenía tomadas todas las medidas para prevenir las delaciones y hacer desaparecer a las personas excesivamente comunicativas, así como también que más de una vez había recurrido a ellas, lo tuvo como más que probable, al recordar la índole del altercado ocurrido entre el viejo filántropo y el caballero Sikes, altercado que parecía hacer referencia a algún complot de esta índole.

Cuando Oliver levantó tímidamente la cabeza, su mirada asustada tropezó con la penetrante del judío, y el desventurado hubo de comprender que la palidez lívida de su rostro y el temblor de sus miembros no habían pasado inadvertidos para el viejo bribón ni dejaron de ser de su gusto. Contrajéronse los labios delgados del judío en una sonrisa espantosa, y después de dar a Oliver un golpecito en la cabeza, y de decirle que estuviera tranquilo, que si trabajaba volverían a ser excelentes amigos, tomó el sombrero, púsose un levitón lleno de remiendos y salió cerrando la puerta con doble vuelta de llave. Todo aquel día, y gran parte de los siguientes, por espacio de largo tiempo, Oliver permanecía solo, sin ver a nadie desde las primeras horas de la mañana hasta medianoche. En sus eternas horas de soledad, disponiendo de tiempo sobrado para abandonarse a sus pensamientos, acordábase sin cesar de sus caritativos amigos de Pentonville, y vertiendo lágrimas arrancadas por el más acerbo de los dolores, imaginábase la pésima opinión que de él tendrían formada.

Al cabo de una semana, o poco más, el judío dejó de cerrar con llave la puerta de la cárcel de Oliver, y éste quedó en libertad para recorrer la casa. Imposible imaginar nada más triste y sucio. Las habitaciones de arriba tenían grandes chimeneas y descomunales puertas, y sus muros estaban revestidos con tableros de madera y variadas cornisas que, aunque ennegrecidas por la acción del tiempo y cubiertas de espesa capa de polvo, dejaban entrever varias esculturas y adornos. De ello infirió Oliver que, mucho tiempo antes que el judío viniera al mundo, el inmueble había pertenecido a personas de rango más elevado, y que probablemente, por aquella época, la morada sería alegre y elegante no obstante el aspecto de desolación que entonces presentaba. Las arañas habían tendido sus sutiles telas por todos los ángulos de los muros y de los techos, y hasta ocurría con frecuencia, cuando Oliver pasaba de una a otra estancia, que más de un ratón asustado corriera presuroso a esconderse en su agujero al oír ruido de pasos. Salvas estas excepciones, ni la vista ni el oído encontraban en la casa vestigios de ser viviente. Llegada la noche, cuando Oliver se sentía cansado de recorrer habitaciones, solía agazaparse en un rincón del pasillo que terminaba en la puerta de la calle en su afán de estar más cerca de la sociedad de los vivientes, y allí se pasaba el tiempo, atento el oído y contando las horas, hasta que regresaban el judío y los muchachos.

En todos los aposentos se veían las ventanas cerradas y sólidamente sujetas

por medio de barras de hierro cuyas piezas de sujeción estaban atornilladas en el marco con gruesos tornillos, y en ellas no entraba más luz que algunos hilos sutiles que conseguían filtrarse a través de algunos agujerillos redondos abiertos en el techo, luz que acrecentaba extraordinariamente el aspecto tétrico de las habitaciones, que parecían morada de sombras fantásticas. Un granero, empero, tenía un hueco sin ventanas, aunque defendido con sólidas barras de hierro comidas por la herrumbre, al cual solía asomarse con frecuencia Oliver para contemplar con mirada melancólica el mundo exterior. Por desgracia nada se descubría desde aquel observatorio más que una masa confusa de tejados, aleros y negras chimeneas. Cierta que algunas veces conseguía ver asomada sobre el parapeto de alguna casa lejana una cabeza desmelenada que más que humana parecía de oso, pero ni ese consuelo duraba mucho, pues aquélla volvía a retirarse con presteza y, por otra parte, como la ventana que a Oliver servía de observatorio estaba condenada, y los años y la lluvia habían depositado sobre los cristales una capa espesa de polvo y de partículas de hollín, a duras penas le permitía distinguir los bultos y nunca las formas de los objetos exteriores. En cuanto a las probabilidades de hacerse ver u oír, podía considerarlas tan remotas como si hubiese vivido en la gran bola que corona la catedral de San Pablo.

Una tarde que el Truhán y el elegante señorito Bates tenían en proyecto pasar la velada fuera, ocurriósele al primero atender al ornato de su persona con mayor esmero que de costumbre cosa que en honor a la verdad se le ocurría muy contadas veces, y con este objetivo a la vista, llevó su condescendencia hasta el extremo de mandar a Oliver que le ayudase. Contento Oliver al ver que se le ofrecía ocasión de ser útil, feliz con poder mirar rostros humanos, siquiera éstos fueran desagradables, y deseoso de conciliarse el afecto de los que le rodeaban, siempre que honradamente pudiera hacerlo, no opuso la menor objeción a los deseos del Truhán. Manifestóse dispuesto a complacerle, y arrodillándose en el suelo mientras el Truhán se sentaba en una mesa, dio comienzo a la operación que el digno discípulo de Fajín llamaba «barnizar las trotonas», frase que en lenguaje más asequible a la generalidad equivale a «lustrar las botas». Fuera impulsado por ese sentimiento íntimo de libertad e independencia que es de suponer experimenta todo animal racional cuando está cómodamente sentado sobre una mesa, fumando una pipa y moviendo a su antojo las piernas mientras le lustran las botas sin que para ello haya de tomarse la molestia de descalzarse ni como consecuencia, la de calzarse de nuevo, fuera que la excelente calidad del tabaco que fumaba dulcificase sus sentimientos o la bondad de la cerveza enterneciera su corazón, lo cierto, lo evidente es que el Truhán se dejó llevar por una vez de cierta especie de romanticismo o entusiasmo que contrastaba con su carácter habitual.

—¡Lástima que no sea un randa —exclamó mirando con simpatía a Oliver

y acompañando su exclamación con un suspiro.

—¡Ah, sí! —respondió Carlos Bates—. Le sale al encuentro la felicidad, y la desdeña.

El Truhán suspiró de nuevo y dio otra chupada a la pipa. Otro tan hizo Bates. Al cabo de algunos momentos de silencio, añadió el Truhán con tono de lástima:

—Apostaría a que ni siquiera sabes qué es randa.

—Creo que sí —contestó Oliver—. Randa es ladr... y ustedes, ¿verdad?

—Lo soy —respondió el Truhán—. Lo soy, y me merecen el desprecio más profundo todos los demás oficios. Lo soy, como lo es también Carlos, como lo es Sikes, como lo es Belita. Todos lo somos, hasta el perro, que figura en la cuadrilla en último lugar.

—Y es el menos dispuesto a vendernos —añadió Carlos Bates.

—No es capaz de respirar si le pone en el banco de los testigos ante un tribunal de justicia por miedo a venderse —observó el Truhán—. Si quince días le tuvieran atado al banco mencionado, bien seguro es que no soltaría un ladrido.

—Claro que no —asintió Bates.

—Es un perfecto perro, la caballerosidad personificada. ¿Has notado cómo mira con fiereza a cualquier desconocido que se permite la inconveniencia de reír estrepitosamente o de cantar cuando estamos en asuntos de servicio? ¿Has oído cómo gruñe y enseña los dientes cuando a sus oídos llegan las armonías de un violín? ¿Has reparado en el odio que profesa a todos los perros que no pertenecen a su rango y condición social? ¡Oh! ¡Es el honor de su especie!

—¡Es un verdadero santo! —dijo Bates.

El objeto de Bates al lanzar la última exclamación no fue otro que rendir tributo de admiración a la habilidad del perro, sin que se le ocurriera que aquélla podía tener otro sentido, no menos exacto. Son muchas las señoras, muchos los caballeros que pretenden ser santos, dignos de figurar en los altares, que presentan muchos puntos de perfecta semejanza con el perro de Sikes.

—¡Bueno! —dijo el Truhán, reanudando el hilo de la conversación con el método diligente que informaba todos sus actos—. Nada tiene que ver lo que estamos diciendo con el angelito que tenemos presente.

—¡El Evangelio! —exclamó Bates—. ¿Por qué no entras al servicio Fajín, Oliver?

—Con lo que harías tu fortuna en un quítame allá esas pajas —exclamó el Truhán riendo.

—Y podrías retirarte a vivir de tus rentas como un gran señor, como pienso hacer yo el primer año bisiesto que venga seguido de otros cuatro en el jueves cuadragésimo segundo de la semana de la Trinidad —repuso Bates.

—No me gusta —contestó con timidez Oliver—. Lo que deseo es que me dejen marchar... Yo... iría de muy buena gana.

—Pero, si no me engaño, Fajín no parece muy dispuesto a dejarte marchar —replicó Bates.

Demasiado bien lo sabía Oliver; pero creyendo peligroso expresarse con más claridad, suspiró y prosiguió la operación de lustrar las botas.

—¡Pero, hombre! —exclamó el Truhán—. ¿Es que no tienes amor propio? ¿No conoces la dignidad? ¿Te has propuesto vivir a costa de tus amigos?

—¡Quita allá! —contestó Bates, sacando del bolsillo dos o tres pañuelos de seda y dejándolos sobre un aparador—. ¿Por tan ruin e innoble le tienes?

—¡Por nada del mundo lo haría yo! —exclamó el Truhán con altiva repugnancia.

—Pero en cambio sabe dejar en la estacada a los amigos y no le importa que sufran el castigo correspondiente a pecados cometidos por usted —objetó Oliver sonriendo.

—Eso —replicó el Truhán— fue consideración hacia Fajín. Los espías saben muy bien que trabajamos juntos, y los perjuicios hubieran sido para nuestro maestro si nosotros no hubiésemos ahuecado a tiempo. Fue sencillamente un ardid, ¿no es cierto, Carlos?

Bates contestó con un gesto de asentimiento, y habría contestado también verbalmente; pero le asaltó tan de repente el recuerdo de la huida de Oliver, que el humo de la pipa, al mezclarse con la carcajada provocada por aquél, subió hasta su cerebro, penetró por su garganta, descendió a los pulmones y determinó una tempestad de ruidosos estornudos que duró sus cinco minutos largos.

—¡Mira esto, Oliver! —dijo el Truhán, sacando del bolsillo un puñado de chelines y peniques—. ¡Esto es vivir! ¿Qué importa la procedencia? ¡Aprende, Oliver, aprende, y no seas tonto! El tesoro de donde los saqué no se ha agotado todavía. ¿No quieres probar?... ¿No? ¡Oh! ¡Idiota, más que idiota!

—Es cosa fea, ¿verdad, Oliver? —observó Bates—. Es oficio que lleva en derechura a los amorosos brazos de la viuda, ¿eh?

—No sé qué es eso —contestó Oliver.

—Una cosa semejante a esto: fíjate —dijo Bates.

Esto diciendo, tomó una de las puntas de su corbata, la alzó en el aire y seguidamente dobló la cabeza sobre un hombro, sacó la lengua y castañeteó los dientes de una manera especial, dando a entender por medio de aquella expresiva pantomima que abrazarse a la viuda y bailar en la horca era una misma cosa.

—Eso significa... ¿Ves con qué ojos de espanto me mira, Truhán? ¡En mi vida vi angelito tan cándido como ese muchacho...! Ya sé la enfermedad que me llevará a la tumba... ¡la risa!

Bates, después de reír hasta que le saltaron las lágrimas, tomó de nuevo su pipa y continuó fumando.

—No es muy brillante la educación que has recibido, Oliver —dijo el Truhán, mirando con satisfacción las botas, que el muchacho había dejado como espejos—. Pero bien que Fajín hará de ti carrera, serías tú el primer nacido que, puesto en tan buenas manos, resultase una nulidad. Lo más acertado sería que dieras desde luego comienzo a la carrera. Quieras o no, has de ser del oficio más pronto de lo que sospechas, y entretanto, estás perdiendo lastimosamente el tiempo.

Bates apoyó el consejo con infinidad de consejos y máximas morales de su cosecha, y cuando el depósito de unos y de otras se hubo agotado, entre él y su amigo el Truhán trazaron un cuadro encantador de los infinitos placeres que eran anejos a la vida que llevaban, insistiendo una y otra vez en aconsejar a Oliver que sin pérdida de momento procurase granjearse el favor de Fajín por los mismos medios que ellos habían empleado para conquistarlo.

—Y nunca olvides lo que voy a decirte, que es una verdad como un templo —dijo el Truhán, oyendo que el judío estaba abriendo la puerta de arriba—. Si no birlas tú sonajeros y sonadores...

—¿A qué hablarle en nuestro culto lenguaje si no entiende? —interrumpió Bates.

—Si tú no robas relojes y pañuelos de bolsillo —repuso el Truhán, acomodándose en su explicación a la capacidad de su oyente—, otros se encargarán de hacerlo; así que peor para ti. Tanto derecho tienes tú como otro cualquiera a dedicarse a ese lucrativo oficio, y te prevengo que en esta casa, el que no trabaja no come.

—¡Ah, sí, sí! —dijo el judío, que había entrado sin que lo viera Oliver—. El oficio es muy sencillo hijo mío, muy sencillo. Sigue consejos del Truhán, que nadie conoce como él el catecismo de la profesión.

El viejo se frotó las manos aplaudió con placer el talento de discípulo. No

continuó la conversación por entonces porque el judío había llegado acompañado por Belita y por un caballero a quien Oliver no había visto nunca, el cual se había quedado rezagado en la escalera cambiando unas palabras con la joven.

El caballero en cuestión, a quien el Truhán llamó Tomás Chitling, era de más edad que aquél, pues probablemente habría visto dieciocho inviernos, pero esto no obstante, trataba a su compañero con una deferencia especial que parecía indicar que se reconocía un poquito inferior a él en punto a genio y destreza en el ejercicio de su profesión. Sus ojos, que guiñaba sin cesar, eran pequeñitos y en su rostro se destacaban las señales de la viruela. Un gorra de piel, una chaqueta de pana de color aceituna y unos calzones de lo mismo, pero rotos y cubiertos de grasa, y un delantal, componían su indumentaria. A decir verdad, su ropa pedía a grito herido pasar al montón de la basura, pero el joven se excusó diciendo que, como no hacía más que una hora había salido de la cárcel, donde le habían obligado a vestir de etiqueta durante seis semanas habíale faltado tiempo para ocuparse de su guardarropa. Añadió el buen señor Chitling, con grandes muestras de irritación, que el nuevo sistema de fumigación de ropas empleado en la cárcel era infernalmente anticonstitucional, pues las quemaba y llenaba de agujeros contra los cuales no conocía remedio. Habló también enérgicamente contra la odiosa medida de cortar el cabello a sus Pupilos, disposición que calificó de escandalosamente ilegal, y puso fin a su discurso asegurando que en cuarenta y dos mortales días no había entrado en su cuerpo una sola gota de licor y que tenía el gáznate más seco que un horno.

—¿De dónde crees que viene este caballero, Oliver? —preguntó el judío haciendo un guiño a los muchachos, que estaban poniendo unas botellas de aguardiente sobre la mesa.

—Supongo... yo creo que... no lo sé, señor —contestó Oliver.

—¿Quién es ése? —preguntó Tomás Chitling, mirando despectivamente a Oliver.

—Un amiguito mío, querido —respondió el judío.

—Está de suerte, pues —repuso Chitling, dirigiendo al judío una mirada amenazadora—. No preguntes de donde vengo, pimpollo, que no tardarás tú mucho en aprender el camino: ¡apuesto una corona!

Los pilletes rieron a rabiarse aquella chanza, y después de bromear un rato sobre el mismo tema, cambiaron con Fajín algunas palabras en voz baja y salieron de la estancia. El judío y el recién venido, después de cuchichear durante breves segundos, acercáronse al fuego, y el primero, mandando a Oliver que se sentase a su lado, llevó la conversación a los temas que supuso

habían de interesar más a su auditorio. Extendióse en particular sobre las grandes ventajas que reportaba el oficio, sobre la destreza maravillosa del Truhán, la amabilidad de Carlos Bates y la generosidad sin límites del dicente. Cuando estuvo agotada la materia, en atención a que Chitling se caía materialmente de sueño, cosa muy natural después de haber pasado seis semanas, recluido en la cárcel, centro que rinde y postra al más fuerte después de una o dos semanas de estancia, se retiró la señorita Belita a fin de dejar a los demás en libertad de irse descansar. Muy contadas veces dejaron solo Oliver a partir de aquel día, pues constantemente tenía a su lado a los dos simpáticos ladrones que se entretenían practicando todos los días el ejercicio favorito con el judío... no se sabe si para adiestrarse ellos o si para acostumbrar y adiestrar a Oliver; quizá el judío pudiera sacarnos de dudas. Otras veces el judío les narraba historias entretenidas de robos cometidos por él mismo en su juventud, dando a la narración un colorido tan vivo y salpicándola con chistes tan graciosos y originales, que Oliver no podía menos de reír a carcajadas, demostrando que, pese a la delicadeza de sus sentimientos, le divertían sobremanera aquellas historias.

En una palabra: el ladino judío tenía al muchacho prendido en sus redes; y luego que merced a la soledad y al aislamiento consiguió despertar en él el gusto por la compañía, desagradable, desde luego, pero nunca tanto como la de sus amargos pensamientos, dedicóse a infiltrar lentamente en su corazón la ponzoña con que esperaba corromperlo para todo el resto de su vida.

Capítulo XIX

Donde asistirá el lector a la discusión y aprobación de un plan notable de operaciones

Era una noche húmeda, fría y ventosa. El judío Fajín, luego que arrebujó su aterido cuerpo con su gran levitón y alzó el cuello de éste hasta cubrir con él sus orejas, más que para preservarlas del frío para ocultar toda la parte inferior de su rostro, salió cauteloso de su guarida. Detúvose junto a la puerta en la parte de afuera hasta que oyó que cerraban con llave y sujetaban las cadenas, y después de escuchar con atención y de felicitar mentalmente a sus discípulos por las medidas de precaución que adoptaban, alejóse con rapidez.

La casa en la cual estaba recluido Oliver distaba poco de Whitechapel. El Judío se detuvo un instante en la esquina de la calle, y después de tender en torno suyo miradas recelosas, alejóse en dirección a Spitalfields. Espesa capa de lodo cubría las calles envueltas en negra bruma, caía lentamente la lluvia y

hacía un frío horrible. En una palabra: la noche era que ni de encargo para un individuo como el judío. Al deslizarse con ligereza rozando las paredes y buscando abrigo en los huecos de las puertas, aquel viejo repugnante parecía un reptil monstruoso, salido del fango y de las tinieblas en que se movía, que se arrastraba a favor de la noche en busca de alguna apetitosa provisión de carne putrefacta.

Recorrió varias callejas tortuosas y sucias hasta que llegó a Bethnal Green, donde, torciendo bruscamente hacia la izquierda, no tardó en aventurarse por la intrincada red de inmundos callejones que tanto abundan por el distrito a que me refiero. Era evidente que el judío conocía a la perfección el terreno que pisaba a juzgar por lo bien que se orientaba no obstante la oscuridad tenebrosa de la noche y lo laberíntico de las calles. Recorrió no pocas de éstas y al fin entró en una iluminada por un solo farol. Hizo alto frente a una puerta, llamó y, después de cambiar algunas palabras en voz baja con el que le franqueó la entrada, penetró en su interior. Oyóse el gruñido de un perro no bien el judío puso la mano sobre el picaporte de la puerta de una habitación, y desde el interior de ésta preguntó una voz bronca:

—¿Quién va?

—Yo solo, Guillermo, yo solo —contestó el judío entrando.

—Que entre tu humanidad —dijo Sikes—. ¿Estarás quieto, condenado perro? ¿Es que cuando el demonio viste levitón no le conoces ya?

Parece que el animal se engañó en los primeros momentos, pues no bien Fajín se desabrochó el levitón y le colocó sobre el respaldo de una silla retiróse aquél al rincón de donde antes saliera meneando el rabo con muestras de satisfacción.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Sikes.

—Pues hay... ¡Ah! Buenas noches, Anita.

El judío saludó a la joven con timidez manifiesta, cual si tuviera sus dudas acerca de la acogida que le dispensaría su amiga, a la que no había visto desde que aquélla había abrazado la defensa de Oliver. Sus dudas, sin embargo, desvanecieron en el acto, pues Anita retiró los pies de los morillos la chimenea, arrastró hacia atrás la silla en que estaba sentada y dijo al judío que aproximara la suya. No explicó el objeto; pero como la noche estaba extraordinaria fría. Fajín lo comprendió de sobra.

—Fría está de veras la noche, querida Anita —observó el judío acercando a la lumbre sus arrugadas manos—. Penetra hasta la médula de los huesos.

—Mucho más intenso habría de ser para que penetrase hasta tu corazón —dijo Sikes—. Dale algo de beber, Anita, y despacha pronto ¡voto al infierno!

Me pone nervioso ver a ese carcamal tiritando de esa manera... ¡Si parece un espectro recién salido de la fosa!

Anita se apresuró a sacar una botella de una alacena en la que había otras varias de formas y tamaños diversos, llenas sin duda de distintos licores. Sikes llenó un vaso de aguardiente que ofreció al judío.

—Muchas gracias, Guillermo, muchas gracias —dijo el judío, dejando el vaso sobre la mesa sin haber hecho más que humedecer los labios en el líquido.

—¡Cómo! ¿Tienes miedo de emborracharte? —preguntó Sikes mirando al judío con fijeza—. ¡Uf!

Lanzando a Fajín una mirada despectiva, vertió el contenido del vaso en la lumbre para llenarlo de nuevo, lo que hizo en el acto. Mientras su camarada echaba entre pecho y espalda el contenido del primer vaso y el de otro segundo, el judío tendía la vista en derredor, no con curiosidad, que harto conocía la habitación en que se encontraba y aun toda la casa, sino con esa expresión de recelo que le era peculiar. Pobre era a más no poder el mueblaje de la estancia, en la que nada había que hiciera suponer que estuviera habitada por un hombre amigo del trabajo más que el contenido de la alacena, ni presentaba más objetos sospechosos que tres trancas descomunales, puestas en un rincón, y un salvavidas —acaso le cuadrara mejor el nombre de destruyevidas— que pendía de la chimenea.

—A tu disposición —dijo Sikes, castañeteando la lengua—. Ya me tienes dispuesto.

—¿Para tratar de negocios? —preguntó Fajín.

—Para tratar de negocios. Suelta lo que traigas en el buche.

—¿Sobre la casa Chertsey, Guillermo? —preguntó el judío, acercando más su silla y bajando mucho la voz.

—Sí. ¿Qué hay?

—¡Oh! De sobra sabe usted lo que hay, amigo mío, ¿no es cierto, Anita?

—¡No! ¡No lo sabe! —replicó Sikes—. Y si lo sabe, es como si no lo supiera, que para el caso es lo mismo. Habla pronto y llama las cosas por su nombre. Y acaba ya de una vez de gruñir y hacer mueca, así como también de hablarme con enigmas y reticencias, como si no fueras tú el primero que concibió el proyecto del robo. ¡Al grano, al grano, y basta de rodeos!

—¡Calma, calma, Guillermo! —exclamó Fajín, intentando en vano poner diques a la indignación desbordada de su amigo—. Pudieran oírnos, querido amigo... pudieran oírnos.

—¡Que nos oigan! —gritó Guillermo—. ¡Me da lo mismo!

Sin embargo, como parece que no le daba lo mismo, al cabo de un momento de reflexión, optó por bajar la voz.

—Me guiaba la prudencia, amigo mío... nada más que la prudencia —observó con zalamería Fajín—. Hablemos ahora de la casa Chertsey: ¿cuándo se da golpe, amigo mío? ¡Cuánta vajilla de plata, querido amigo, cuánta riqueza! —añadió el judío frotándose las manos de gusto y elevando los ojos en un éxtasis de deleite.

—No puede darse —contestó Sikes con frialdad.

—¡Que no puede darse! —repitió como un eco el judío.

—No —insistió Sikes—. Por lo menos, no es el negocio que nosotros creíamos.

—¡Luego no se ha sabido hacer bien la cosa! —gritó el judío, pálido de cólera—. ¡No me lo diga usted!

—Te lo diré, quieras o no. ¿Quién eres tú, para que yo calle? Digo que Tomás Crackit hace quince días que ronda la casa y aun no ha conseguido sobornar a ninguno de los criados.

—¿Quiere usted decirme, amigo mío —preguntó Fajín, dulcificando la voz a medida que su interlocutor la alzaba—, que ninguno de los dos criados se aviene al juego?

—Eso precisamente. Veinte años hace que la vieja los tiene a su servicio, y nada consigues de ellos aun cuando les des quinientas libras.

—¿Pero y las criadas? —objetó el judío—. No me dirá usted que tampoco es posible conseguir nada de ellas.

—Eso es lo que diré, pues tampoco ellas dan chispas.

—¿Con un eslabón tan bueno como Tomás Crackit? —preguntó el judío con expresión de incredulidad—. Tomás es un seductor de primera fuerza, y usted sabe muy bien lo que son las mujeres.

—Pues con todas sus seducciones, nada ha conseguido, y eso que, según dice, se presentaba con unas patillas encantadoras, llevaba un chaleco color canario y se pasaba todo el santo día rondando de aquí para allá.

—Debió ponerse bigote postizo y pantalones de soldado, amigo mío —dijo el judío.

—También lo ha hecho; pero con el mismo resultado negativo que todo lo anterior.

El desconcierto del judío al oír la contestación anterior fue inmensa. Al cabo de algunos minutos de profunda meditación, durante los cuales permaneció con la barbilla hundida en el pecho, alzó la cabeza, exhaló un suspiro tras el cual parecía que iba a salir su alma, y confesó que, en efecto, si los informes de Tomás Crackit eran exactos, temía que el negocio había fracasado.

—¡Y, sin embargo, amigo mío —añadió el viejo, apoyando las manos sobre sus rodillas—, es muy triste, muy doloroso, resignarse a perder lo que ya considerábamos nuestro!

—Cierto... ¿Pero qué remedio? ¡Suerte perra!...

Siguió un silencio que se prolongó mucho durante el cual Fajín meditaba como nunca. Su cara contraída dábale aspecto de verdadero demonio. De tanto en tanto le dirigía Sikes miradas furtivas, y Anita, cual si temiera excitar la irritación de su amigo, permanecía con los ojos clavados en la lumbre, sorda y como indiferente a lo que tan cerca de ella pasaba.

—¡Fajín! —exclamó de pronto Sikes, rompiendo el silencio—. ¿Me das cincuenta amarillas de premio, además de lo que me corresponde si realizo el negocio?

—Sí —respondió el judío, despertando de sus reflexiones.

—¿Trato hecho? —inquirió Sikes.

—Trato hecho —respondió el judío, relampagueantes los ojos y revelando la emoción que la pregunta le producía.

—Entonces —repuso Sikes, rechazando desdeñosamente la mano que el judío acababa de tenderle—, el negocio se hará tan pronto como quieras. Anteanoche reconocimos el jardín Tomás y yo, escalando la tapia, como es natural, y probamos las ventanas y las puertas. Una cárcel no se cierra y atranca con mayor cuidado que esa casa; pero hay un sitio por el cual podremos penetrar sin ruido y sin peligro.

—¿Por dónde, Guillermo? —preguntó anhelante el judío.

—Escucha —susurró Sikes—. Luego que se atraviesa el prado...

—¡Sí... sí! —exclamó el judío adelantando la cabeza y con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Hum! —murmuró Sikes, reparando en la seña que le hacía Anita para que se fijase en la cara del judío—. No te importe averiguar el sitio. Ya sé que nada podrás hacer sin mí, pero el que trata contigo por mucho que extreme las precauciones, siempre se expone a quedarse corto.

—Como usted quiera, amigo mío, como usted quiera —contestó el judío

—. ¿Pero son bastantes usted y Tomás?

—Bastamos. Únicamente nos hará falta un berbiquí y un muchacho. El primero lo tenemos nosotros; tú habrás de encargarte de proporcionarnos al segundo.

—¡Un berbiquí y un muchacho! —exclamó el judío—. Luego se trata de introducirse por un boquete abierto en un tabique...

—¿Volvemos a las andadas? Repito que necesito un muchacho, que éste debe ser un poco corpulento... ¡Demonio! —exclamó Sikes—. Si tuviera yo a mi disposición a aquel chico de Ned, el deshollinador... Impedían a propósito que se desarrollase, a fin de que sirviera para el objeto, y lo alquilaban a quien lo necesitaba; pero su padre cometió la tontería de dejarse matar, y esos entrometidos de la Sociedad Protectora de Delincuentes jóvenes se llevaron al muchacho, privándole de un oficio que le hubiera hecho rico y enseñándole a leer y a escribir. Ahí tienes lo que hacen esos tunantes: si tuvieran dinero bastante, lo que gracias a la Providencia divina no sucede, antes de un año no encontraríamos un solo muchacho que quisiera aprender el oficio.

—Ni uno; es verdad —asintió el judío, quien absorto en sus reflexiones durante el discurso de su camarada, solamente había oído las últimas palabras—. ¡Dígame, Guillermo!

—¿Qué tripa se te ha roto?

El judío hizo una seña de que convenía alejar de allí a Anita, que continuaba inmóvil y como abstraída contemplando el fuego de la chimenea, seña que el bandido acogió con un movimiento de impaciencia que traducido al lenguaje vulgar significaba que no creía necesaria la precaución. Esto no obstante, accediendo a los deseos de Fajín, rogó a la joven que fuera a buscar un jarro de cerveza.

—Ninguna falta te hace ahora la cerveza —contestó Anita, cruzándose de brazos y sin moverse de la silla.

—Y yo te digo que sí —replicó Sikes.

—¡Tonterías! —exclamó con calina glacial la joven—, puede usted continuar sin reparo, Fajín: sé lo que va usted a decir, así que, no le importe mi presencia.

El judío vacilaba, y Sikes paseó sus miradas de uno a otra reflejando honda sorpresa.

—Creo que no debe detenerte la presencia de la muchacha, Fajín —dijo Sikes al fin—. La conoces de antiguo, y se me figura que si ella no te merece confianza, tendrás que dejar de depositarla hasta en el mismísimo diablo. La chica es poco aficionada a la murmuración, ¿no es verdad, Anita?

—Eso creo —contestó Anita, acercando la silla a la mesa y apoyando sobre ésta los codos.

—Si ya lo sé, hija mía... no lo dudo... pero...

El judío no terminó la frase.

—Pero, ¿qué? —inquirió Sikes.

—Que yo no sé si continuará tan prevenida en contra mía como la otra noche.

Anita soltó una carcajada al oír la confesión del judío. A continuación, echándose al cuerpo un vaso de aguardiente, comenzó a mover la cabeza con aire provocativo y a proferir frases incoherentes que llevaron la tranquilidad al ánimo de sus dos oyentes. Fajín río con expresión de contento y otro tanto hizo Sikes.

—¡Vaya, Fajín! —exclamó Anita entre carcajada y carcajada—. Ya puede exponer a Guillermo los proyectos que tiene entre ceja y ceja a propósito de Oliver.

—¡Ah, picarilla! —dijo el judío, dando unos golpecitos sobre los hombros de Anita—. ¡No he conocido en mi vida muchacha más ladina que tú! De Oliver quería hablar, es verdad, ¡Ja, ja, ja, ja!

—¿Pero qué tiene que ver Oliver con lo que estamos hablando?

—¡Mucho! Oliver es el muchacho que usted necesita, amigo mío —dijo el judío en voz muy baja, colocando la punta del índice a un lado de la nariz y guiñando un ojo.

—¿Él? —preguntó Sikes.

—¡Tómale, Guillermo! —exclamó Anita—. Yo, en tu lugar, no vacilaría un momento. Convengo en que no es tan práctico como los demás; pero no es experiencia lo que necesitas, sino que te abra una puerta. Para el papel que has de confiarle tiene capacidad bastante.

—¡Sobrada! —añadió el judío—. Está en buenas manos desde hace algunas semanas, y hora es ya de que empiece a ganarse el sustento. Además: los otros son muy gruesos.

—En realidad es del tamaño que me conviene —murmuró Sikes.

—Y hará todo lo que usted le mande, mi querido amigo —repuso el judío—. Es de los que no saben resistirse... es decir, siempre que usted le atemorice.

—¿Atemorizarle? —repitió Sikes—. Puede que no me conforme con tan poca cosa, Fajín. Si da un paso en falso o sospechoso luego que estemos

metidos en harina, perdido por uno, perdido por mil: no volverás a verle vivo. Piénsalo bien antes de enviármelo, Fajín —añadió con expresión feroz el ladrón, sacando una tranca de debajo de la cama.

—Lo tengo bien pensado —contestó el judío con energía—. No le pierdo un momento de vista, amigos míos; le observo de cerca... muy de cerca... Que se convenza de una vez de que es de los nuestros... que sea una sola vez ladrón... y ya no se nos escapa mientras viva... ¡Nuestro para siempre! ¡Oh! ¡Es una idea hermosa!

El viejo cruzó sobre el pecho los brazos con ademán de fervor, y movió la cabeza estremecido de júbilo.

—¿Nuestro? —observó Sikes—. Querrás decir tuyo.

—Es posible, mi buen amigo; mío, si usted lo prefiere.

—¿Y a qué diablos es debido —preguntó Sikes, mirando con fiereza a su agradable amigo— que te tomes tanto interés por ese mocoso de cara de cera, cuando sabes que todas las noches rondan por los alrededores de Common Garden cincuenta mejores que él, entre los cuales podrías escoger.

—Porque éstos no me sirven, amigo mío —contestó el judío con visible embarazo—. No valen lo que el trabajo de cogerlos. Si les encomendaba algún trabajo, su facha solo bastaría para descubrirlos. En cambio Oliver, manejado con destreza, puede hacer lo que no harían veinte de aquéllos juntos. Además —añadió el judío, recobrando su sangre fría habitual—, si volviera a tomar el portante, nos tendría a merced suya y para evitarlo se impone embarcarlo en la misma barquilla en que navegamos nosotros. Cómo haya venido a parar a mis manos es lo que menos importa; lo esencial es que tome parte en un robo, y entonces, ya es mío. Es preferible esto a tener que suprimirle, lo que además de ser poco humanitario no dejaría de entrañar peligros para nosotros.

—¿Cuándo es el golpe? —preguntó Anita, impidiendo que Sikes lanzara la exclamación brutal que tenía en el pico de la lengua encaminada a exteriorizar el disgusto con que veía los sentimientos humanitarios de Fajín.

—¡Ah, sí! —dijo el judío—. ¿Cuándo se da el golpe, Guillermo?

—Convine con Tomás darlo pasado mañana por la noche, si no recibe aviso mío en contrario —respondió Sikes.

—Muy bien; por lo pronto no habrá luna —observó Fajín.

—No —contestó Sikes.

—¿Está todo preparado? —preguntó el judío.

Sikes contestó con un gesto afirmativo.

—¿Han previsto...?

—¡He dicho que está preparado, todo, y basta ya de detalles! —exclamó Sikes interrumpiendo a su interlocutor—. Tráeme al muchacho mañana por la noche, pues quiero emprender la marcha al romper el día siguiente. Hasta entonces, cierra el pico y ten preparado el crisol. No tienes que hacer más por ahora.

Después de larga discusión, en la cual tomaron parte los tres personajes presentes, decidióse que al día siguiente por la noche, iría Anita a la casa del judío a fin de llevarse a Oliver, quien era de esperar siguiese de mejor grado a la joven que a ninguna otra persona, toda vez que muy recientemente había aquélla roto lanzas en su favor. Estipulóse formalmente que el desdichado Oliver sería abandonado en absoluto y sin reservas, en todo lo que con la expedición en proyecto tenía relación, a los cuidados solícitos y vigilancia del señor Guillermo Sikes. Además, el repetido Sikes trataría al muchacho en la forma que estimase oportuno, no siendo responsable en ningún caso ante el judío de nada de cuanto a aquél le ocurriese, y bastando, una vez acallada la empresa, que las manifestaciones de Sikes fueran confirmadas, en los detalles de importancia, por el testimonio del seductor Tomás Crackit. Convenidos y puestos de acuerdo sobre todos los puntos, Sikes comenzó a trasegar sin tasa vasos de aguardiente, blandiendo de una manera alarmante la tranca, aullando como un condenado y cantando a voz en cuello aires musicales que alternaba con terribles blasfemias. Al fin, en un acceso de entusiasmo profesional, se empeñó en exhibir su caja de herramientas del oficio; pero no bien la hubo abierto con ánimo de explicar el uso y propiedades de los variados instrumentos que contenía, cayó rodando al suelo y quedó dormido al instante.

—Buenas noches, Anita —dijo el judío, abotonándose el levitón.

—Buenas noches.

Encontráronse las miradas de entre ambos, y Fajín clavó sus ojos penetrantes en Anita. Esta no pestañeó siquiera. ¡Nada! ¡No había duda! Estaba tan identificada con el negocio como pudiera estarlo Tomás Crackit. El judío dio por segunda vez las buenas noches, y dando ligeramente con el pie al borracho, junto al cual hubo de pasar, abrió la puerta y descendió por la escalera.

—¡Lo de siempre! —murmuraba entre dientes el judío mientras se dirigía a su casa—. Tienen de malo esas mujeres que basta una insignificancia para despertar en ellas sentimientos dormidos de antiguo; pero tienen de bueno que aquéllos vuelvan a dormirse muy pronto.

Entreteniendo el camino con reflexiones tan agradables, no tardó Fajín en llegar a su antro, donde le esperaba con gran impaciencia el Truhán.

—¿Se ha acostado ya Oliver? Necesito hablarle —dijo Fajín en cuanto entró.

—Hace ya muchas horas —contestó el Truhán, abriendo una puerta—. Ahí lo tiene usted.

Allí estaba en efecto Oliver, dormido profundamente sobre un mísero jergón tendido sobre el duro suelo. La ansiedad, la tristeza y lo duro de su cautiverio habían comunicado a su rostro la palidez de la muerte, pero no tal como se ofrece a nuestras miradas envuelta en un sudario o encerrada en un ataúd, sino tal como la vemos en el instante en que la vida se extingue, en el momento en que un alma pura abandona para siempre la envoltura material y sube volando al Cielo, huyendo del aire infecto y corrompido del mundo antes que éste pueda contaminarla.

—¡No! ¡Ahora no! —dijo el judío, alejándose sin hacer ruido—. ¡Mañana! ... ¡Mañana!

Capítulo XX

Oliver es entregado al honrado Guillermo Sikes

La mañana siguiente, tenía reservada para Oliver una sorpresa: a los pies de su cama, en vez de los zapatos rotos y sucios que dejó al acostarse, encontró al despertar otros completamente nuevos. La sorpresa le regocija al pronto, pues creyó que era precursora de su libertad, mas no tardaron en desvanecerse sus ilusiones. Al sentarse a almorzar con el judío, díjole éste, en tono y con expresión que acrecentó hasta el infinito sus temores y alarmas, que vendrían a buscarle para conducirlo a la morada de Guillermo Sikes.

—¿Para... para permanecer en ella, señor? —preguntó Oliver anhelante.

—No, no querido mío; no es para permanecer allí —respondió Fajín—. Te queremos demasiado para resignarnos a perderte, así que no temas, Oliver, que a casa volverás, ¡ja, ja, ja! Nunca tendremos la crueldad de despedirte... ¡Oh, no!

El miserable viejo que se entretenía tostando una rebanada de pan mientras tanto sin miramiento se mofaba de Oliver, reía con risa sardónica como para demostrar que sabía perfectamente que Oliver escaparía de muy buena gana si le fuera posible.

—Supongo —repuso Fajín, clavando sus ojillos en Oliver—, que te agradecerá saber a qué vas a la casa de Guillermo, ¿eh?

Encendióse el rostro de Oliver al comprender que el viejo leía como en libro abierto en su pensamiento, pero sobreponiéndose a su turbación, contestó resueltamente:

—Es verdad, quisiera saberlo.

—Pues qué, ¿no lo adivinas? —preguntó el judío, eludiendo la cuestión.

—No, señor —respondió Oliver.

—¡Bah! —exclamó el judío, dejando de examinar el rostro del muchacho —. Ten paciencia, que Guillermo te pondrá al corriente de todo.

Pareció contrariar al judío el hecho de que Oliver no manifestara más curiosidad por conocer de qué se trataba; pero a bien que no selló los labios del muchacho la falta de curiosidad, sino la inquietud, la turbulencia de sus propios pensamientos. Hubiera preguntado de buen grado, y no le fue posible en los primeros momentos, y cuando repuso algún tanto, no volvió a presentársele ocasión, porque el judío no desarrugó el entrecejo ni volvió a hablar palabra hasta que cerró noche.

—Puedes encender luz —dijo judío, poniendo una vela sobre mesa—, y distraerte leyendo este libro hasta que vengan por ti. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó Oliver.

Encaminóse Fajín hacia la puerta pero sin dejar de mirar de soslayo al muchacho. De pronto hizo alto, y llamó por el nombre a Oliver. Alzó el desventurado la cabeza, el judío le hizo una seña para que encendiera la vela. Obedeció Oliver, y al colocar el candelero sobre la mesa, observó que el viejo le contemplaba con fijeza desde el extremo de la estancia.

—¡Mucho cuidado, Oliver, mucho cuidado! —dijo moviendo la mano derecha en forma harto significativa—. Es un hombre excesivamente duro, un bruto, que no repara en libra de sangre más o menos a poco que se irrite. Suceda lo que suceda, no digas palabra y haz todo todo cuanto te mande. ¡Repito cuidado!

Recalcando extraordinariamente la última palabra, dejó que la dureza de su expresión fuera poco a poco resolviéndose en una sonrisa siniestra y, previa una inclinación de cabeza, se fue. Oliver, en cuanto se encontró solo, hundió la cara entre las manos y dióse a reflexionar con angustia sobre las palabras de Fajín. Cuando más vueltas daba en su imaginación a las recomendaciones del judío, menos acertaba ni conjeturaba el alcance y significación de las mismas. ¿Perseguirían algún objetivo criminal? ¿Pero qué proyectos eran visibles en casa de Sikes, que no lo fueran también en la del judío? A fuerza de meditar, llegó a convencerse de que le enviaban para que se encargara del desempeño de las faenas domésticas hasta tanto encontrase Sikes otro muchacho más

idóneo para el caso. Si ése era el objeto, había sufrido demasiado en la casa del judío para que la perspectiva de un cambio de colocación arrancase a sus ojos lágrimas muy amargas.

Permaneció algunos minutos sumido en estos pensamientos, y luego, exhalando un suspiro y despabilando la vela, abrió el libro que para entretenerse le dejara Fajín y comenzó a leer. Hojeó al principio sus páginas sin prestar atención a lo que leía; mas habiendo encontrado un párrafo que despertó su atención, no tardó en consagrarla completa a la lectura. Era la historia de la vida y hechos gloriosos de los grandes criminales. En aquellas páginas, manchadas y manoseadas millares de veces, pudo leer Oliver la narración de crímenes espantosos que helaban la sangre en las venas, de asesinatos misteriosos perpetrados en encrucijadas o caminos solitarios, de cadáveres arrojados al fondo de fosos o de pozos profundos que, no obstante su profundidad, al cabo de los años concluían por devolverlos a la luz del sol, enloqueciendo a los asesinos que les arrancaron la vida e inoculando en sus negras almas tal pánico, que ellos mismos confesaban a grito herido su delito y clamaban por la horca, a fin de que ésta viniera a poner término a sus horribles remordimientos. Leyó también de hombres que, sucumbiendo (según ellos) a tentaciones que en sus lechos les asaltaron, se levantaron a medianoche y cometieron horrores cuyo solo pensamiento ponía los pelos de punta. Las escenas aparecían pintadas en el libro tan gráficamente y con colores tan vivos, que las grasientas páginas tomaron a los ojos de Oliver el tono rojo de la sangre, y las palabras impresas en las mismas sonaban en sus oídos como gemidos ahogados, como susurros siniestros emitidos por los espectros de las víctimas.

En el paroxismo del terror, Oliver cerró el libro y lo arrojó lejos de sí; y luego, cayendo de rodillas, pidió con fervor a Dios que le librara de cometer hazañas semejantes, quitándole la vida antes que permitirle que fuera culpable. Poco a poco fue serenándose, y con voz débil y temblorosa pidió a los Cielos que le salvaran de los peligros de que se veía cercado, y que, si algún auxilio habían de aportar al pobre niño abandonado, que nunca conoció el cariño de los amigos ni el dulce amor de los suyos, se lo prestaran en aquel trance, cuando desesperado y sin humano apoyo, hallábase a merced de hombres perversos y criminales.

Había terminado su plegaria y continuaba aún de rodillas y con la cara entre las manos, cuando le devolvió al mundo de la realidad un rumor que oyó cerca de sí.

—¿Quién va? —preguntó estremecido, viendo un bulto en el umbral de la puerta—. ¿Quién es?

—Yo... yo sola —contestó una voz temblorosa.

Oliver levantó sobre su cabeza el candelero y miró hacia la puerta. La que acababa de llegar era Anita.

—Baja la luz —dijo la joven volviendo la cabeza—, me hace daño a la vista.

Como Oliver observara que Anita estaba intensamente pálida, preguntóle si se encontraba enferma. La joven se dejó caer pesadamente sobre una silla, volvió la espalda a Oliver, y comenzó a retorcerse las manos sin contestar.

—¡Dios me perdone! —exclamó al cabo de un rato—. ¡No había yo pensado en esto!

—¿Ocurre algo? —preguntó Oliver—. ¿Puedo serle útil? Mándeme, que lo que yo pueda, lo haré con gusto.

Anita se agitó violentamente, llevó una mano a su garganta, exhaló un gemido sordo y buscó aire que respirar.

—¡Anita! ¿Qué tiene usted? —preguntó Oliver alarmado.

La joven se golpeó las rodillas con las manos y el suelo con los pies, y luego, deteniéndose de pronto, comenzó a dar diente con diente y se arrebujó en el chal.

Oliver avivó el fuego; Anita acercó a éste su silla, guardó silencio durante algunos momentos, y al fin alzó la cabeza y miró en su torno.

—No sé lo que algunas veces me sucede —dijo, fingiendo arreglar con ansiedad el desorden de sus vestidos—. Será efecto de la humedad de esta habitación repugnante sin duda. ¿Estás ya dispuesto, querido Oliver?

—¿Es que me voy con usted? —preguntó el muchacho.

—Sí. Vengo de parte de Guillermo para llevarte conmigo.

—¿Para qué? —preguntó Oliver retrocediendo.

—¿Para qué? —repitió la joven, alzando los ojos y separándolos tan pronto como su mirada encontró a la del muchacho—. ¡Para nada malo, desde luego!

—¡No lo creo! —replicó Oliver, que observaba con ojo penetrante a Anita.

—Como quieras —dijo la joven con sonrisa forzada—. Para nada bueno, entonces.

Observó Oliver que ejercía alguna influencia sobre la sensibilidad de Anita y concibió por un momento la idea de apelar a su conmiseración; pero de repente se le ocurrió que no eran aún las once y que las calles debían estar muy concurridas. En este caso, personas buenas encontraría que darían crédito a sus palabras. Hecha esta reflexión, se puso en pie con vivacidad y dijo que

estaba dispuesto.

Ni los pensamientos del joven ni el proyecto que acababa de elaborar en su imaginación escaparon a penetración de Anita, la cual, fija en Oliver su mirada, y con expresión que indicaba bien a las que había comprendido su pensamiento, dijo, señalando la puerta tendiendo en derredor miradas cautelosas.

—¡Imposible, pobre amigo mío! No puedes escapar. He hecho por ti cuanto he podido para que huyeras, pero no hay remedio. Estás cercado por todas partes, y si alguna vez has de escapar, cree que no será en esta ocasión.

El acento enérgico de la joven llenó de asombro a Oliver. Que hablaba con formalidad, harto lo demostraban la palidez de su cara y el temblor de sus miembros.

—Te libré una vez de crueles tratos —continuó la joven—, te libraré otras, y te estoy librando en ese momento, pues aquéllos en cuyo poder estás, con mayor dureza te tratarían si no fuera yo. He prometido que me seguirás sumiso y silencioso; si así no lo haces, no has de conseguir otra cosa que empeorar tu reputación y perjudicarme a mí... ser tal vez causa de mi muerte. ¡Mira! Esto te dará idea de lo que por causa tuya he sufrido... tan cierto como Dios está en el Cielo.

Esto diciendo, la joven enseñó a Oliver sus brazos y cuello cubiertos de cardenales.

—¡No olvides lo que has visto —repuso la joven hablando con rapidez vertiginosa—, y procura no aumentar en este instante mis sufrimientos! Si pudiera ayudarte, con alma y vida lo haría; pero no me es posible. No piensan hacerte daño, y ten en cuenta que de lo que te obliguen a hacer, no puedes tú ser responsable... ¡Chitón! Cualquier palabra tuya me hace daño... Dame la mano... ¡Deprisa, deprisa! Dame la mano.

Tomó Anita la mano que Oliver le tendió maquinalmente y, apagando la vela, le condujo a la escalera. La puerta que daba salida a la calle les fue franqueada por alguien oculto en la obscuridad, quien la volvió a cerrar no bien salieron aquellos. En la calle esperaba un coche. Con la misma vehemencia con que hablara antes a Oliver obligó a éste a montar en el coche a su lado y bajó inmediatamente las cortinillas. El cochero, sin esperar instrucciones, descargó un fustazo al caballo, el cual Partió con la rapidez del viento.

Anita continuaba oprimiendo la mano de Oliver y, dirigiéndole en voz baja recomendaciones, consejos, advertencias. El viaje fue tan rápido, que antes que el muchacho pudiera darse cuenta cabal de lo que le ocurría, antes que supiera dónde se encontraba y cómo había llegado, el coche hacía alto frente a

la casa a la cual dirigiera el judío su paso la noche anterior. Dirigió Oliver una mirada de desesperación a la solitaria calle y hasta vagó por sus labios un grito en demanda de socorro; pero continuaba sonando en su oído la voz de la joven, voz que con acento de desgarradora agonía le suplicaba que no la comprometiese, y el desdichado no tuvo valor para gritar. Mientras duraron sus vacilaciones perdió la oportunidad, pues cuando aquéllas cedieron, no era ya tiempo; encontrábase ya dentro de la casa, cuya puerta había vuelto a cerrarse.

—Por aquí —dijo la joven, soltando la mano de Oliver—. ¡Guillermo!

—¿Qué hay? —contestó Sikes, apareciendo en lo alto de la escalera con una vela en la mano—. Llegáis a tiempo... Sube.

Para un hombre del carácter de Sikes, aquellas palabras eran una acogida cordial que evidenciaban intensa satisfacción. Anita, agradecida al recibimiento, saludó complacida.

—He mandado fuera al perro y a Tomás —dijo Sikes—. Cuantos menos bultos, menos estorbos.

—Has hecho bien, contestó Anita.

—¿Conque ya tenemos aquí al corderillo? —dijo Sikes mientras cerraba la puerta de la habitación en la que los recién llegados acababan de entrar.

—Sí, aquí está.

—¿Ha estado quieto?

—Como una oveja.

—Lo celebro por tu pellejo —dijo Sikes con acento feroz —que hubieras sufrido graves deterioros si te hubieses portado mal. Ven acá, rapaz, que voy a leerte un cuento que te conviene no olvidar.

Mientras dirigía las palabras anteriores a su nuevo discípulo, Sikes quitó a éste la gorra de la cabeza y la arrojó a un rincón, y luego, agarrándole por un brazo, le llevó hasta la mesa, frente a la cual tomó él asiento mientras, el niño permanecía en pie.

—Ante todo —exclamó Sikes, sacando una pistola del bolsillo—, ¿sabes qué es esto?

—Oliver contestó afirmativamente.

—¡Atención, pues! Esto es pólvora, esto una bala, y esto un pedazo de sombrero que servirá de taco.

Oliver dijo que conocía el uso de los diversos objetos, después de, lo cual, Sikes procedió a cargar la pistola con exquisito cuidado.

—Ya está cargada —dijo al terminar.

—Sí, ya lo veo —contestó Oliver.

—Pues bien —repuso el bandido, agarrando con violencia a Oliver por la muñeca y aplicándole el cañón de la pistola a la sien—, si cuando salgas conmigo de casa, hablas una sola palabra, salvo si yo te pregunto, la carga de esta pistola quedará alojada inmediatamente en tu cabeza. Así pues, si se te ocurriera el desdichado capricho de hablar sin mi permiso, encomienda antes tu alma a Dios.

Luego que barbotó una blasfemia como para dar mayor fuerza a su amenaza, repuso Sikes.

—Si no mienten los informes que sobre ti tengo, nadie ha de venir a pedirme cuentas después que te envíe al otro mundo, así que si no fuera por tu bien, comprenderás que no tendría yo necesidad de darte explicaciones, ¿me entiendes?

—Eso significa sencillamente —dijo Anita con entonación enfática y mirando con ligero ceño a Oliver para que éste se fijara bien en sus palabras—, que si te estorba o contraría en el asunto que traes entre manos, le levantarás la tapa de los sesos para impedir que hable, exponiéndote a que te ahorquen, como te expones a diario por mil otras cosas en el ejercicio de tu arriesgado oficio.

—¡Ni más ni menos! —exclamó Sikes dando muestras de aprobación—. No hay quien gane a las mujeres a explicar con claridad y pocas palabras las cosas... menos cuando están de mal talante, pues entonces no acaban nunca. Puesto que nos hemos entendido ya, vamos a cenar, y descabezaremos luego un sueño antes de emprender la marcha.

Anita extendió el mantel sobre la mesa y salió, para volver momentos después con un jarro de cerveza y una fuente de cabezas de cordero, que dieron a Sikes ocasión de gastar algunas bromas. Aquel hombre, estimulado de la perspectiva de una expedición lucrativa próxima, estaba de excelente humor, y en un acceso de alegría, parecióle gracioso beberse todo el enorme jarro de cerveza de un trago. Durante el refrigerio, soltaría por su boca sus ochenta blasfemias mal contadas.

Terminada la cena, a la que como se supondrá hizo poco honor Oliver, el bandido apuró dos vasos de aguardiente y se tumbó en la cama, mandando a Anita que le despertase a las cinco en punto, y amenazándola con mil horrores si dejaba incumplida su orden. Oliver, por orden de Sikes, se tendió vestido y calzado sobre un jergón, y la joven, por su parte, sentóse junto a la lumbre a fin de poder despertar a tiempo al ladrón. Largo rato permaneció despierto Oliver, creyendo muy posible que la joven deslizara en sus oídos algún

consejo provechoso, pero como aquélla permaneciera junto a la lumbre, sin moverse más que muy de tarde en tarde para avivarla, rendido de cansancio y agotado como resultado de su ansiedad, concluyó por dormirse.

Cuando despertó, sobre la mesa habían preparado el servicio de té y Sikes acondicionaba una porción de herramientas variadas en los bolsillos de un gabán colocado sobre el respaldo de una silla, mientras Anita preparaba con actividad el almuerzo. No era aún de día, puesto que la vela continuaba luciendo. La lluvia azotaba los vidrios de la ventana y el cielo estaba negro y amenazador.

—¡Arriba! —gruñó Sikes al ver que Oliver levantaba la cabeza—. Las cinco y media. Vuela, si no quieres quedarte sin almorzar, pues se va haciendo tarde.

Poco rato exigió la toilette de Oliver y escasos segundos su almuerzo, que apenas probó, pues dijo que se encontraba indispuesto. Anita, sin mirarle casi, le dio un pañuelo para que se abrigase el cuello y Sikes le obligó a ponerse una capucha que le bajaba hasta los hombros, donde hizo que se la abrochase. Así ataviado, el chico dio la mano al bandido, quien se detuvo un momento para mostrarle la pistola que llevaba al cinto. Despidióse de Anita, salió. Desde el umbral de la puerta volvió Oliver la cabeza creyendo que encontraría la mirada de la joven pero ésta había vuelto a sentarse al amor de la lumbre, donde permanecía perfectamente inmóvil.

Capítulo XXI

La expedición

Pocos encantos ofrecía la mañana a los dos madrugadores. Negros nubarrones obscurecían el firmamento amenazando tormenta, el viento soplaba con furia y llovía torrencialmente. La lluvia, que debía datar de muchas horas, había inundado las calles y convertido en mares los caminos. Débiles resplandores anunciaban por Oriente la proximidad del día, pero lejos de tender a disminuir la tristeza lúgubre de la escena, contribuían a hacerla más sombría, pues aquéllos tenían intensidad lumínica bastante para debilitar la de los faroles públicos y no para inocular un átomo de vida al ambiente y menos para iluminar los húmedos tejados y las calles solitarias. Ni un alma se veía por aquel distrito de la ciudad. Todas las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas, el reposo era absoluto, el silencio completo. Cuando Sikes y Oliver llegaron al camino llamado Bethnal Green, el amanecer se había declarado abiertamente.

Gran parte de los faroles del alumbrado estaban apagados, algunos carros rodaban perezosamente en dirección a Londres y de vez en cuando, pasaba saltando sobre los baches del camino una diligencia, cubierta de fango, cuyo mayoral dispara a una lluvia de imprecaciones sobre el carrero que, por no haberle cedido a tiempo la derecha, sería causa de que llegase a su destino con un cuarto de minuto de retraso. Estaban ya abiertas las tabernas, en cuyo interior lucían los mecheros de gas, poco a poco se iban abriendo las demás tiendas y gradualmente salían a la calle algunas personas. Grupos nutridos de obreros se dirigían a sus fábricas, y no tardaron en aparecer hombres y mujeres llevando sobre sus cabezas anchas canastas llenas de pescado, carretas cargadas de hortalizas tiradas por borricos, vehículos portadores de ganado vivo o de carne muerta, lecheras portadoras de enormes cántaros del rico líquido, y al fin compactas muchedumbres conduciendo víveres y provisiones de toda clase a los suburbios orientales de la ciudad.

Cuando el bandido y Oliver llegaron a las inmediaciones de la City, el ruido y el movimiento ensordecían y mareaban, y al enfilear las calles situadas entre Shoreditch y Smithfield, la algarabía era atronadora. Era día claro y la mitad de los habitantes de Londres habían dado comienzo a las faenas diarias. Después de dejar a sus espaldas las calles del Sol y de la Corona y de atravesar la plaza de Finsbury, Sikes entró en la parte conocida por Barbacana pasando por la calle de Chiswell, y luego tomando por Long Lane, llegó a Smithfield, que era la fuente de la horrible algarabía de ruidos discordantes que tanta sorpresa y temor produjeron a Oliver.

Era día de mercado. El suelo desaparecía bajo una capa de inmundo y mal oliente fango en la que se hundían los pies humanos hasta el tobillo, y la atmósfera era mezcla negruzca formada por los vapores que constantemente brotaban de los cuerpos de los animales y la neblina que semejaba fúnebre cortina tendida sobre las chimeneas que coronaban los edificios. Todos los corrales situados en el centro de aquella dilatada explanada y muchos otros instalados con carácter provisional en los huecos vacantes estaban atestados de carneros, y a uno y otro lado de los mismos, en hileras interminables, veíanse bueyes y reses de toda clase formadas en filas de a cuatro en fondo. Lugareños, campesinos, carniceros, carreros, arrieros, muchachos, ladrones, raterillos, ociosos y vagabundos de toda clase se mezclaban, confundían y apelmazaban en revuelta masa. Los silbidos de los carreros, los ladridos de los perros, los bramidos y mugidos de los bueyes, los balidos de las ovejas, los chillidos y gruñidos de los puercos, los gritos de los cocheros, los juramentos, blasfemias y vocerío que se alzaban por todas partes, el repicar de las campanas y el estruendo que se alzaba en las tabernas, los apretones y encontronazos de aquella masa humana que se apretujaba y revolvía semejante a alborotado mar, el horrible desconcierto de alaridos que llenaba los ámbitos todos del inmenso mercado y el tropel de hombres y mujeres astrosos,

escuálidos, sucios, sin afeitar los primeros y sin peinar las segundas, que se arremolinaban codeándose sin piedad, eran más que bastantes para aturdir y desconcertar al hombre de ánimo más sereno.

Sikes, arrastrando siempre a Oliver, abrióse paso a codazos por entre lo más compacto de la muchedumbre, sin parar mientes en el tumulto que tanto asombraba al muchacho. Dos o tres veces saludó con inclinaciones de cabeza a otros tantos amigos con quienes tropezó al paso, y sin detenerse a tomar en su compañía la mañana que le ofrecían, continuó avanzando resueltamente hasta que, libre de aquel mar humano, entró en Holborn por la Hosier Lane.

—¡Deprisa, deprisa! —exclamó con brusquedad, mirando al reloj de la iglesia de San Andrés—. ¡Las siete ya! ¡Cuidado con quedarte atrás, holgazán!

Sikes acompañó la recomendación con una sacudida violenta cuyos efectos sintió la muñeca de Oliver. Este hubo de dejar el paso para ponerse al trote para acomodar su marcha a la del bandido.

Continuaron con la misma celeridad hasta después de dejar a sus espaldas el Hyde Park y encontrarse en el camino de Kensington, donde Sikes acertó el paso para dar lugar a que los alcanzara una carreta vacía que los seguía a alguna distancia. Como viera escrita en la tablilla de aquélla la palabra «Hounslow», preguntó al conductor, con cuanta urbanidad le fue posible, si quería darles asiento hasta Isleworth.

—Arriba —contestó el conductor—. ¿Es hijo suyo este muchacho?

—Sí, es mi hijo —contestó Sikes, mirando con dureza a Oliver y llevando la mano al bolsillo donde guardaba la pistola.

—Tu padre camina demasiado de, prisa, ¿no es verdad, mocito? —preguntó el de la carreta, reparando en el cansancio de Oliver.

—No hay tal —se apresuró a responder Sikes—. Está muy acostumbrado... Toma la mano, Eduardo... ¡arriba!

Diciendo estas palabras, hizo subir a Oliver en la carreta, y el conductor, indicándole un montón de sacos le dijo que se tendiera sobre ellos. Como viera que en el camino se sucedían los postes indicadores de millas, preguntábase Oliver con extrañeza adónde pensaría llevarlo, su compañero. Dejaron a sus espaldas a Kensington, a Hammersmith, a Chiswick, a Kew Bridge, a Brentford, y, sin embargo, continuaban el viaje como si entonces lo principiaran. Llegaron al fin a una venta llamada La Silla de Postas, y un poco más allá, en un sitio en que otro camino cortaba el que seguían, hizo alto la carreta. Desmontó Sikes precipitadamente sin soltar la mano de Oliver, a quien dirigió una mirada furiosa a la par que llevaba la mano al bolsillo de la pistola con ademán significativo.

—Adiós, muchacho —dijo el de la carreta.

—Es muy huraño —respondió Sikes—. Un cachorro completo. No le haga caso, buen hombre.

—Dispensado desde luego; pues no faltaba más —dijo el conductor montando en su carruaje—. Adiós.

Esperó Sikes a que la carreta se perdiera de vista, y entonces reanudó la marcha diciendo a Oliver que quedaba en libertad de esparcir la vista por donde le acomodase. Evitando la proximidad de la posada, que dejaron a su izquierda, torcieron nuevamente a la derecha para continuar luego en línea recta durante mucho tiempo. Hermosos jardines y elegantes casas de campo flanqueaban el camino, que no detuvieron, sin embargo, pese a su hermosura, a nuestros viandantes, hasta que llegaron a la población. En la entrada de ésta, vio Oliver escrita sobre una lápida la palabra Hampton. En vez de entrar en la ciudad, estuvieron rondando los campos por espacio de varias horas, volviendo al fin a aquélla y buscando albergue en una mísera posada en cuya muestra borrosa nada podía leerse. Sikes pidió comida y un asiento junto a la lumbre.

La cocina era una estancia de techo muy bajo cruzado por el centro por una viga. Delante del hogar, había bancos de altos respaldos ocupados por varios hombres de blusa que fumaban y bebían. Ninguno de ellos prestó atención a Oliver y apenas si repararon en Sikes, el cual, por su parte, sin hacer de ellos el menor caso, fue a sentarse con su compañero en un rincón. Sirviéronles para comer carne fiambre; y como Sikes, terminada la comida, fumó tres o cuatro pipas con calma, y no parecía tener prisa por abandonar la mesa, Oliver comenzó a creer que habían llegado al término del viaje. Rendido por el madrugón y más todavía por la caminata, cabeceó al principio y concluyó por dormirse profundamente, dominado por la fatiga y atontado por el humo del tabaco.

La noche había cerrado por completo cuando Sikes le despertó con la suavidad que es de suponer en un hombre de su condición y carácter. Al abrir Oliver los ojos, vio a su compañero en conferencia íntima con un labriego, con el cual bebía un jarro de cerveza.

—Conque vas a Lower Halliford, ¿eh? —preguntó Sikes.

—Allí voy —contestó el interrogado, que tenía trazas de estar más que medianamente alumbrado—. Por cierto que necesito hacer el viaje con rapidez. No me será difícil, pues el caballo no lleva ni con mucho la carga que llevaba esta mañana. Volaremos, amigo mío, volaremos. Es un caballo como pocos.

—¿Podrías conducirnos a mí y al muchacho hasta allí? —preguntó Sikes,

sirviendo a su nuevo amigo otro vaso de cerveza.

—No hay inconveniente, si montáis enseguida. ¿Vais a Halliford?

—Vamos hasta Shepperton.

—Pues cuenta conmigo hasta donde he dicho. ¿Está pagado todo, Rebeca?

—Todo. Pagó este señor —contestó la criada.

—Eso no puede ser —dijo el hombre, con gravedad de beodo—. Comprenderás que no puedo tolerarlo.

—¿Por qué no? —replicó Sikes—. Vas a hacernos un favor que nos evita los perjuicios de haber de quedarnos aquí; me parece que bien merece que te obsequie con una pinta o dos de cerveza en justa correspondencia.

El borracho pesó con gravedad cómica la fuerza del argumento, y al cabo de algunos instantes de madura reflexión, dio a Sikes un apretón de manos declarando a la vez que era un buen mozo. Contestó Sikes que sólo como broma podía aceptar el elogio, y en efecto: sólo en son de broma hubiera podido decir aquella frase el nuevo amigo de Sikes si no hubiese estado ya borracho. Despidiéronse de los concurrentes no sin cambiar con ellos muchos cumplidos, y salieron seguidos por la maritornes que, retirados los jarros y los vasos, salió a la puerta para tener el gusto de verlos marchar. El caballo, a cuya salud bebió su dueño más de la cuenta, esperaba fuera, enganchado al carruaje y en disposición de emprender la marcha. Oliver y Sikes montaron sin ceremonia, y el borracho, después de un par de minutos de marcha a pie, durante los cuales no cesó de prodigar elogios a su rocín ni de retar al posadero a que presentase otro que con el suyo pudiera compararse, montó también. Dijo entonces al posadero que le entregase las riendas de las cuales hizo un uso harto desagradable pues las tiró desdeñosamente por los aires. El caballo se encabritó repetidas veces, recorrió un buen trecho caminando sobre sus patas traseras, y al fin partió como una flecha. La noche estaba oscura como boca de lobo. Del río inmediato y de las marismas que rodeaban el camino subía una niebla densa que semejaba negro tul tendido sobre los campos. El frío penetraba hasta los huesos y todo ofrecía aspecto lúgubre y siniestro. Los viajeros no cambiaron una sola palabra, pues el dueño del vehículo se había dormido y Sikes no tenía ganas de entablar conversación. Oliver, acurrucado en un rincón del carro, se estremecía de horror, creyendo ver en los árboles, cuyas ramas zarandeaba el viento, espantables fantasmas que venían a hacer más lúgubre y terrorífica la escena. Las siete sonaron en el reloj de la iglesia de Sunbury cuando pasaron frente a ella. Brillaba una luz en una de las ventanas de la casa-embarcadero, a cuya débil claridad se destacaba con más fuerza la sombra gigantesca de un corpulento y copudo tejo. A lo lejos se oía el rumor monótono de una cascada dominando los susurros de las

hojas de los árboles azotados por el viento. Hubiérase dicho que aquello era una melodía fúnebre que tenía por objeto invitar a los muertos al descanso.

Después de atravesar a Sunbury, se encontraron nuevamente en el camino solitario. Dos o tres millas más adelante hizo alto el vehículo. Sikes saltó a tierra, tomó por la mano a Oliver, y prosiguió la marcha a pie. No se detuvieron en Shepperton, como hubiera deseado el fatigado muchacho, sino que continuaron avanzando por caminos detestables, envueltos en fango y entre tinieblas, hasta que dieron vista a las luces de una ciudad poco distante. Oliver vio que a sus pies corría un río y que se dirigían a un puente. Sikes prosiguió caminando en derechura al puente, pero llegado a la entrada de éste, en vez de tomarlo, descendió por el talud hasta llegar a la orilla del agua.

—¡El río! —pensó el desventurado Oliver yerto de espanto—. Me ha traído a este paraje solitario para asesinarme.

A punto estaba de tirarse al suelo resuelto a intentar un esfuerzo supremo para salvar su temprana vida, cuando se encontró frente a una casa solitaria casi en ruinas. No tenía más que un solo piso, y a uno y otro lado de la puerta había una ventana. No se veía, sin embargo, luz alguna. La casa era oscura, desmantelada, tétrica, y según todas las apariencias, estaba deshabitada. Sikes, sin soltar la mano de Oliver se acercó a la puerta y levantó el picaporte. Abrióse aquélla sin resistencia y nuestros viajeros se perdieron inmediatamente en su interior tenebroso.

Capítulo XXII

El robo

—¿Quién va? —gritó una voz bronca no bien hubieron entrado en la casa.

—Menos ruido y más luz, Tomás —contestó Sikes, corriendo los cerrojos.

—¡Ah! ¿Eres tú, compadre? —preguntó la misma voz—. ¡Una luz, Barney de los demonios, una luz! ¡Enseña el camino a ese caballero y abre los ojos, si me haces el favor!

El que hablaba debió tirar una horma de zapato o algún objeto por el estilo a la persona a quien se dirigía, sin duda para disipar su somnolencia, pues se oyó claro y distinto al ruido de un artefacto de madera que chocaba con violencia contra una pared seguido de murmullos menos distintos como de hombre a quien despiertan en lo mejor de su sueño.

—¿Pero no me oyes? —repuso la misma voz—. ¡Ahí tienes en el pasillo a Guillermo Sikes sin que nadie le dé la bienvenida, mientras tú duermes como

un tronco, ni más ni menos que si en las comidas te atiborras de láudano! ¿Estás más despierto o hace falta que el candelero entable relaciones íntimas con tu cabeza para despabilarte?

A la interpelación siguió un ruido sordo como de alguien que caminase en zapatillas sobre el piso desnudo de la habitación de arriba, y segundos después, salía por una puerta situada a la derecha una vela primero y luego el individuo de quien dije que hablaba por la nariz y que ejercía el cargo de mozo de una taberna en Saffron-Hill.

—¡Señor Sikes! —exclamó Barney, con expresión de alegría, verdadera o fingida—. ¡Buenas noches, señor Sikes, buenas noches!

—¡Adelante! —dijo Sikes, empujando a Oliver—. ¡Deprisa, si no quieres que te dé algún pisotón!

Maldiciendo la lentitud del muchacho, Sikes empujó a Oliver y ambos entraron en una habitación de techo muy bajo, tétrica y ahumada, en la cual ardía un fuego que despedía más humo que calor, y tenía por todo muebles tres sillas rotas, una mesa desvencijada y un sofá respetable por su antigüedad. Tendido sobre este último mueble había un hombre fumando. Vestía una levita de corte irreprochable y color castaña, adornada con grandes botones brillantes, corbata color naranja, chaleco arco iris por la variedad de tonos y calzón gris. Poco cabello tenía el señor Crackit, que él era en persona, ni en la cabeza ni en la cara, pero la muestra era de color rojo y estaba divinamente peinada en tirabuzones, entre los cuales su propietario pasaba de vez en cuando los dedos sucios, cubiertos por descomunales sortijas de lo más ordinario. De estatura regular, más bien alto que bajo, parecía adolecer de cierta debilidad en las piernas, lo que no le impedía admirar sus botas, que contemplaba con satisfacción evidente.

—¡Mi querido Guillermo! —exclamó el del sofá, volviendo la cabeza hacia la puerta—. ¡Encantado de verte! Principiaba a temer que hubieras renunciado a la empresa, en cuyo caso, resuelto estaba a tentarla yo solo... ¡Hombre!...

Al lanzar la exclamación, con tono de inmensa sorpresa, clavados los ojos en Oliver, Crackit se incorporó vivamente y preguntó quién era aquel chaval.

—El niño que nos hace falta —contestó Sikes, acercando una silla a la lumbre.

—Uno de los aprendices de Fajín —terció, Barney sonriendo.

—De Fajín, ¿eh? —exclamó Crackit mirando a Oliver—. Una preciosidad para limpiar los bolsillos de las viejas en la iglesia, ¿verdad?

—Hablemos de otra cosa —dijo con impaciencia Sikes.

Seguidamente se inclinó sobre Crackit, pronunció en voz baja algunas palabras que arrancaron estrepitosas carcajadas a quien las escuchó y el del sofá favoreció a Oliver con una mirada que reflejaba asombro.

—Ahora —dijo Sikes volviendo a sentarse—, si mientras esperamos nos obsequiaras con algo que echar a perder en forma de comida y bebida, te aseguro que no nos vendría mal... a mí al menos. Tú, muchacho, siéntate y descansa, que aún tienes que salir esta noche, aunque no muy lejos.

Oliver miró a Sikes con muda sorpresa, acercó un banco a la lumbre y se sentó, descansando en sus manos su dolor de cabeza y sin saber dónde se encontraba ni darse cuenta cabal de lo que le sucedía.

—¡Brindo por el buen éxito de nuestra empresa! —gritó Crackit, poniéndose en pie, no bien Barney dejó sobre la mesa una botella y algo de comer.

Seguidamente dejó con mucha compostura su pipa en un ángulo de la mesa, llenó un vaso, y envasó entre pecho y espalda su contenido. Otro tanto hizo Sikes.

—Un vaso para el muchacho —repuso Crackit, llenándolo hasta la mitad—. ¡Bébetelo eso, inocente!

—No tengo... crea que yo... —balbuceó Oliver.

—¡Bebe, repito! —interrumpió Crackit—. ¿Te parece que no sé lo que te conviene? Dile que se lo beba, Guillermo.

—Bebe esto te digo —exclamó Sikes, llevando la diestra al bolsillo—. ¡Bebe, hijo mío, si no quieres que disminuya la familia de Fajín!... ¡Bebe, impío de los demonios!... ¡Bebe!

Muerto de miedo ante los gestos amenazadores de los dos hombres, Oliver se tragó de una vez el contenido del vaso, e inmediatamente le acometió un acceso de tos que divirtió en extremo a Crackit y a Barney, y hasta hizo reír al terrible Sikes. Satisfecho el apetito de Sikes (Oliver no pudo comer otra cosa que un mendrugo de pan que le obligaron a tragar a la fuerza), los dos hombres descabezaron un sueño en las sillas que ocupaban. Oliver continuó sentado en su banco junto a la lumbre y Barney, arrebuñado en una manta, se tendió sobre el santo suelo cerca de la chimenea. Durmieron, o aparentaron dormir, durante algún tiempo. Nadie se movió, excepción hecha de Barney que se levantó una o dos veces para echar carbón en la chimenea. Oliver había caído en un sopor profundo y soñaba que vagaba por tétricas callejuelas, que rondaban por lúgubres cementerios, cuando le despertó Tomás Crackit al ponerse en pie de un salto y declarar a grito herido que era la una y media.

Fue obra de un instante ponerse en pie los otros dos durmientes, quienes

inmediatamente dieron comienzo con ejemplar actividad a los preparativos de la expedición. Sikes y su compañero se abrigaron el cuello y parte inferior de la cara con anchas bufandas negras y el cuerpo con sendos abrigos, mientras Barney, abriendo un armario, sacó diversos objetos que fue colocando en los bolsillos.

—Dame las ladradoras. Barney —dijo Crackit.

—Aquí están —contestó Barney, entregándole un par de pistolas—, cargadas por ti mismo.

—Muy bien —repuso Crackit guardándolas—. ¿Y los convincentes?

—Los tengo yo —contestó Sikes.

—¿Va todo? Ganzúas, berbiqués, palanquetas, destornilladores, linternas sordas... ¿no se olvida nada? —preguntó Crackit, suspendiendo de su cintura una palanqueta.

—Está todo —contestó su compañero—. No nos faltan más que las batutas... Dánoslas, Barney.

Barney entregó un garrote a cada uno.

—En marcha —dijo Sikes, tomando a Oliver por la mano.

El muchacho, rendido de resultas de la marcha, mareado por el ejercicio y más que nada por el alcohol, puso maquinalmente su mano en la que Sikes le tendía.

—Cógele la otra, Tomás, y tú, Barney, da un vistazo por fuera.

Salió el criado a la puerta y volvió segundos después anunciando que todo estaba tranquilo. Los dos ladrones salieron llevando a Oliver en medio, y Barney, luego que cerró la puerta de la casa, envolvióse de nuevo en la manta y no tardó en dormirse.

La obscuridad era profunda. La niebla, muchísimo más espesa que en las primeras horas de la noche, saturaba de tal suerte de humedad la atmósfera, que a los pocos minutos de haber salido de la casa, aunque no llovía, los cabellos y cejas de Oliver parecían púas aceradas por efecto de la cristalización del rocío en ellos depositado y helado. Cruzaron el puente y caminaron en derechura a las luces que antes había visto Oliver. La distancia no era grande, y como caminaban a buen paso, poco tardaron en llegar a Chertsey.

—Atravesaremos la población —dijo en voz baja Sikes—; a estas horas y con esta noche no creo que encontremos perro que nos ladre.

Como Tomás no opuso objeción alguna, penetraron por la calle principal

de la población, completamente desierta. En alguna que otra casa se filtraban débiles hilos de luz por las rendijas de algún balcón, y de vez en cuando interrumpían el silencio de la noche ladridos de perros, pero en las calles no tropezaron alma viviente los nocturnos viandantes, que dejaban a sus espaldas la población en el momento que en el reloj de la iglesia sonaban las dos. Apretaron el paso tomando un camino a la izquierda, y al cabo de un cuarto de milla de recorrido, hicieron alto frente a una casa aislada, cuyo jardín estaba cercado por un muro. Tomás Crackit, sin detenerse para tomar aliento, trepó hasta lo alto del caballete en un abrir y cerrar de ojos.

—¡El muchacho ahora! —dijo Tomás—. Alárgamelo; yo te ayudaré desde arriba.

Antes que el desdichado Oliver tuviera tiempo de mirar en torno suyo, se encontró entre los brazos de Sikes, y no habrían pasado cuatro segundos, cuando se vio al lado de Tomás en la parte opuesta del muro. Sikes apareció en el acto y los tres juntos comenzaron a deslizarse cautelosamente en dirección a la casa. Hasta entonces no había comprendido Oliver que el objetivo de la expedición era nada menos que penetrar con fractura en una casa para robar, y quizá para asesinar. El espanto, el pánico le enloquecieron. Retorciéndose desesperado las manos dejó escapar involuntariamente un grito ahogador de horror. Ante sus ojos pasó una nube rojiza, sudor helado inundó su cadavérico rostro, flaqueáronle las piernas, y cayó desplomado en tierra.

—¡Levántate! —rugió Sikes, sacando una pistola del bolsillo—. ¡Levántate, o te dejo los sesos pegados a la hierba!

—¡Por amor de Dios, déjeme marchar! —exclamó Oliver—. ¡Déjeme que huya lejos, muy lejos, que muera solo y abandonado en medio de los campos! ¡Jamás me acercaré a Londres... nunca, nunca! ¡Apiádese de mí, y no me obligue a ser ladrón! ¡Por todos los ángeles del Cielo, por lo que más querido le sea en el mundo, tenga lástima de mí!

El miserable a quien dirigió la ferviente plegaria lanzó una blasfemia horrenda y había amartillado ya la pistola dispuesto a cometer un asesinato, cuando Tomás se la arrancó de la mano y, tapando la boca al muchacho, le arrastró hacia la casa.

—¡Chitón! —gruñó—. No es tiempo de suplicar. Si pronuncias una palabra más, te abro la cabeza con el garrote, que es la manera de despacharte sin ruido, con mayor seguridad y con menos escándalo. Haz saltar el postigo, Guillermo, que con eso tiene bastante el muchacho. Otros he visto de más edad que él que en noches de frío han seguido el mismo camino en un par de minutos de tiempo. Sikes, renegando entre dientes de Fajín y maldiciendo de la mala ocurrencia del viejo al enviarle a Oliver para la expedición que entre manos llevaba, manejó con vigor pero sin ruido la pesada palanqueta, no

tardando en dejar abierto el postigo.

Era una ventana pequeña, abierta a cinco pies del suelo a espaldas de la casa, y que daba a una especie de bodega. Tan poca luz tenía la ventana en cuestión, que los habitantes de la casa no estimaron necesario defenderla con alguna reja. Bastaba, sin embargo, para dar paso al cuerpo de Oliver.

—Ahora, muñeco, escucha bien y procura no olvidar palabra de lo que voy a decirte —dijo Sikes, sacando del bolsillo una linterna sorda y proyectando su luz sobre la aterrada cara de Oliver—. Vas a entrar por esa ventana. Toma esta linterna. Subirás sin hacer el menor ruido la escalera que encontrarás dentro, atravesarás el pasillo hasta llegar a la puerta principal, y la abrirás.

—La puerta tiene en la parte superior un cerrojo al que tal vez no alcances —observó Tomás—. En el vestíbulo encontrarás sillas. Súbete sobre el asiento de una y llegarás perfectamente. Hay tres, Guillermo, tres; todas ellas con su correspondiente unicornio azul sobre campo de oro, que son las armas de la señora.

—¡Quieta la lengua, si es que puedes! —replicó Sikes, dirigiendo a su compañero una mirada terrible—. La puerta de la habitación está abierta, ¿no es verdad?

—Completamente —contestó Tomás, después de mirar por la ventana—. Lo bueno del caso es que siempre la dejan abierta para que el perro, que duerme allí, pueda entrar y salir a su antojo. ¡Ja, ja, ja! Barney ha tenido la buena idea de librarnos de semejante estorbo.

Aunque Tomás pronunció las palabras anteriores en voz que parecía un susurro, y rió muy por lo bajo Sikes le ordenó imperiosamente que callara de una vez y pusiera mano a la obra. Obedeció Tomás, sacando ante todo su linterna y dejándola en tierra, después de lo cual apoyó su cabeza contra la pared, debajo de la ventana, y las manos sobre las rodillas, con lo que quedó convertido en banco viviente. Sikes saltó inmediatamente sobre su espalda, hizo pasar a Oliver por la ventana, llevando delante los pies, y no le soltó hasta dejarle sano y salvo en el suelo.

—Toma la linterna —dijo mirando al interior—. ¿Ves la escalera que tienes delante?

—¡Sí... se... ñor! —balbuceó Oliver, más muerto que vivo.

Sikes le señaló la puerta de entrada con el cañón de la pistola, advirtiéndole que lo tendría siempre a tiro, y que si tropezaba o vacilaba, lo mataría en el acto.

—Es cosa de un minuto —añadió Sikes en voz baja—. En cuanto te suelte, avanza en línea recta y ¡cuidado!

—¿Qué pasa? —susurró Tomás y prestó oído.

—No es nada —dijo Sikes, soltando a Oliver—. En marcha.

En el breve espacio de tiempo de que dispuso Oliver para coordinar sus ideas, resolvió irrevocablemente dar la voz de alarma al llegar a lo alto de la escalera, aun cuando le costase la vida. Con este propósito, echó a andar con resolución.

—¡Atrás! —gritó con todas su fuerzas Sikes—. ¡Atrás!... ¡Atrás!

Presa de un pánico horrible Oliver al oír el grito que ponía fin al silencio aterrador de la noche y al rasgar los aires otro vocerío que al primero hizo eco, dejó caer la linterna y no supo si avanzar o retroceder. Resonó otro grito en el interior de la casa, aparecieron luces... cruzó ante sus ojos horrorizados la visión de dos hombres medio desnudos en lo alto de la escalera... brotó un relámpago, sonó un trueno horrísono... vio humo, oyó un crujido como de huesos rotos... allí... muy cerca de su persona, aunque no pudo precisar dónde, y cayó de espaldas. Sikes había desaparecido momentáneamente; pero reapareció de nuevo agarrando a Oliver por el cuello, antes que se disipara el humo, disparó su pistola contra los hombres, que retrocedían ya, y se llevó arrastrando al muchacho.

—¡Agárrate con fuerza de mi brazo! —exclamó Sikes, sacando a Oliver por la ventana—. ¡Dame un pañuelo... pronto... lo han herido!... ¡Maldición! ¡Está desangrándose!

El repicar de una campana sacudida con furia se unió al estruendo de las detonaciones y a los gritos de las gentes de la casa. Oliver pudo darse cuenta de que le llevaban por un terreno desigual a paso fantástico. Los ruidos que en sus oídos resonaban fueron apagándose, creyó que partían de distancias enormes, sintió que el frío penetraba hasta su corazón, se nublaron sus ojos, se embotaron sus oídos, y perdió el sentido.

Capítulo XXIII

Trata de la agradable conversación que el señor Bumble tuvo con una dama y demuestra que hasta en el pecho de un bedel pueden caber ciertos sentimientos

Era una noche horriblemente fría. La capa espesa de nieve que cubría la tierra habíase convertido en diamantina costra, contra la cual nada podía el recio viento que soplaba, cuya acción únicamente se sentía en las crestas de

los montones de nieve acumulados en las cunetas y en las esquinas de las calles. Era una noche lóbrega, heladora, de frío insoportable, una de esas noches en que las personas bien alimentadas y abrigadas se agrupan en torno de la alegre lumbre y bendicen regocijadas a Dios, que les concedió un hogar, en tanto que los desdichados que carecen de pan y de abrigo se tienden rendidos y se duermen a la intemperie para despertar en la eternidad. Son muchos los desheredados, los hambrientos, los criminales, que no tienen más lecho que la calle, en la que cierran los ojos que no han de volver a abrir en este mundo de miserias. Tal era el estado de cosas al aire libre cuando la señora Corney, matrona del hospicio, donde repetidas veces hemos obligado a penetrar a nuestros lectores, por haber sido el lugar en que Oliver Twist vio la luz primera, acababa de tomar asiento al amor de un alegre fuego encendido en su reducida habitación y contemplaba con no poca complacencia un veladorcito, sobre el cual había una bandeja de regular tamaño, bien provista de todos los materiales necesarios para constituir la más suculenta de las cenas que una matrona pueda apetecer. En rigor, disponíase la respetable señora a regalarse con una soberbia taza de té. Al separar sus miradas del velador para fijarlas en la chimenea, donde la más microscópica de las teteras entonaba en voz muy baja la más suave de las melodías, la satisfacción interna de la comadrona crecía tanto, que sus labios sonreían jubilosos.

—¡Ah! —exclamó la matrona, apoyando un codo sobre el velador y contemplando como abstraída la que era una noche horriblemente fría—. ¡Cuánto tenemos que agradecer a la Providencia, mientras hundiendo la cucharilla de plata (propiedad particular) en los últimos rincones de una cajita de hoja de lata de unas dos onzas de capacidad, procedía a hacer la aromática infusión.

¡Oh dolor! ¡Cuán poco basta para perturbar la feliz ecuanimidad de nuestras almas! Como la tetera era muy pequeña y estaba excesivamente llena, el líquido al empezar a cocer se derramó, mientras la señora Corney moralizaba a su gusto, y el agua hirviente escaldó su mano.

—¡Maldita tetera! —exclamó retirando vivamente la mano—. ¿Quién sería el estúpido inventor de estos endiablados artefactos donde apenas caben dos tazas de agua? ¿Para qué sirven? ¡Únicamente para un ser tan pobre y abandonado como yo! ¡Ay de mí!

Mientras de esta suerte se quejaba, la buena matrona se dejó caer de nuevo sobre el sillón y, apoyando otra vez el codo sobre el velador, comenzó a reflexionar sobre su solitaria suerte. La microscópica tetera y la taza única acababan de despertar en su imaginación el recuerdo del señor Corney, fallecido nada más que veinticinco años antes, y el recuerdo la sumió en una melancolía profunda.

—¡Jamás tendré otro! —exclamó con acento lastimero—. ¡Jamás tendré otro... que se le parezca!

Si la exclamación hacía referencia al cacharro en que hervía el té o a su difunto marido, es lo que no podemos precisar. Es de presumir que se refiera al primero, pues en él fijaba sus ojos mientras hablaba y el cacharro fue lo que levantó apenas dejó de hablar. Principiaba a saborear la primera taza de té, cuando llamaron suavemente a la puerta de su cuarto, cerrada para impedir el paso al frío.

—¡Adelante quien sea! —contestó con acento irritado la matrona—. ¡Siempre será alguna vieja que se empeña en morirse! ¡Pero lo intolerable es que se les ocurre morirse cuando más molestan, cuando estoy comiendo! ¡Así, hombre, así! ¡Esté usted ahí hasta que me convierta el cuarto en una nevera! ¿Qué pasa hombre de Dios, qué pasa?

—Nada, señora, nada —contestó una voz de hombre.

—¡Bondad divina! —exclamó la matrona, dulcificando extraordinariamente la voz—. ¡Si es el señor Bumble!

—Para servir a usted, señora —contestó el señor Bumble, quien se había detenido en el umbral para limpiar sus zapatos sacudiendo nieve que cubría su abrigo, y penetró en la estancia llevando el galoneado tricornio debajo de un brazo y un fardo debajo del otro—. ¿Desea que cierre la puerta, señora?

Vaciló un momento la dama sin saber qué contestar, temiendo sin duda faltar a las conveniencias si a puerta cerrada sostenía con bedel una conversación a solas. El señor Bumble, sensible al parecer al frío, aprovechó la vacilación aquélla para cerrar la puerta sin esperar el permiso.

—¡Mal tiempo, señor Bumble! —dijo la matrona.

—¡Pésimo, señora, pésimo! —contestó el bedel—. ¡Tiempo antiparroquial! ¡Veinte panes de cuatro libras y un queso y medio hemos distribuido en este día de bendición señora, y aún no están contentos los pobres! ¿Qué le parece a usted?

—Muy natural... Esa gente no se contenta nunca —respondió la matrona, tomando un sorbo de té.

—Así ocurre, por desgracia. Hay un individuo a quien, en consideración a su numerosa familia se le ha dado un pan de cuatro libras y una libra de queso. ¿Le parece a usted que está satisfecho, que lo agradece? ¿Que ha de agradecer! ¡Había de pedir carbón... el carbón que cupiese en un pañuelo! ¡Carbón!... ¿Para qué querrá el carbón? ¡Como no fuera para tostar queso y venir luego a pedir más! ¡Esos tunantes son siempre lo mismo! Déles hoy un delantal de carbón, y mañana volverán por otro, y pasado pedirán una columna de bronce

o de alabastro.

La matrona expresó su conformidad por medio de un movimiento de cabeza, y el bedel repuso:

—Imposible figurarse siquiera hasta dónde llega su insolencia. Sin ir más lejos, anteayer, un hombre —como ha sido usted casada, señora, me permitiré entrar en ciertos detalles—, un hombre, sin más indumentaria que un trapo pendiente de su espalda (la señora Corney creyó llegado el momento de bajar la vista al suelo) se presentó en la habitación de nuestro mayordomo, quien precisamente tenía convidados, y dijo que era indispensable que le diera algún socorro, ¡pásmese usted! Como se obstinó en no marcharse, con no poco escándalo de los invitados que no podían menos de ver sus desnudeces, el mayordomo mandó que se le socorriera con una libra de patatas y media pinta de cebada. «¡Dios mío! —exclamó aquel saco de villanías—. ¿Qué quiere usted que yo haga con eso? ¡Es como si me regalara unas antiparras con discos de metal en vez de cristales!» El mayordomo se quedó con las patatas y la cebada, y replicó: «Está muy bien: no hay otra cosa». «¿Va usted a consentir que muera de hambre en medio de la calle?», repuso el mendigo. «¡No, hombre, no! ¡No le dará tan fuerte!», dijo el mayordomo.

—¡Ah! ¡Pero que muy bien! —exclamó la dama—. ¿Conque eso hizo el buen señor Grannet? ¿Y qué pasó luego, señor Bumble?

—¿Qué pasó? Pasó, que se fue y murió en la calle... ¡y luego hablan de la tozudez de la mula! ¡Como si pudiera compararse a la de esos villanos!

—A trueque de dejar en evidencia a los que valen más que ellos capaces de los mayores disparates —observó con dignidad la matrona—. ¿No le parece a usted que es un desatino dar socorro fuera del establecimiento, señor Bumble? Usted, que es hombre de experiencia, es autoridad indiscutible en la materia.

—Diré a usted... diré a usted, señora Corney —contestó el bedel, sonriendo como sonríen los seres superiores que están convencidos de su superioridad—. Los socorros que se dan a los pobres de fuera... con discernimiento... repare usted bien, señora; digo con discernimiento, son la salvaguardia de la parroquia. El gran principio que debe servir de base a la distribución de socorros al exterior, consiste en dar a cada pobre lo contrario precisamente de lo que necesita, quiero decir, de lo que pide, que es la manera de que se cansen y dejen de molestar e importunar.

—¡Es verdad! —exclamó admirada la matrona—. ¡Es una idea luminosa!

—Lo es; sí, señora. Aquí para entre los dos, añadiré que es el gran principio del sistema de la casa —añadió el señor Bumble—. Si usted hojea alguna vez los periódicos, escritos por hombres insolentes, amigos de meterse en lo que no les importa, encontrará que casi siempre se socorre a las familias

enfermas con pedacitos de queso, y ello obedece a la razón apuntada. Hoy puede decirse que impera el mismo sistema en todo el reino. Lo que acabo de decir, señora, es uno de los muchos secretos parroquiales —añadió, desliando el paquete—, de los cuales no debe hablarse nunca como no sea entre funcionarios parroquiales... como nosotros, por ejemplo. He aquí el vino de Oporto, señora, que el Consejo de Administración hizo traer expresamente para la enfermería...; vino auténtico, legítimo, genuino, sacado de la caja poco antes del mediodía de hoy, claro como el cristal, sin mezcla, sin sedimentos.

Después de levantar una de las botellas a la altura de la luz y de agitarla como para comprobar la excelente calidad de su contenido, Bumble la colocó, juntamente con la otra, sobre el aparador, dobló el pañuelo que las contenía, lo guardó en el bolsillo, y tomó su sombrero como para marcharse.

—Va usted a tener mucho frío, mi buen amigo —dijo la matrona.

—Sopla un viento capaz de llevársele a uno las orejas, señora —respondió el bedel, subiéndose el cuello del abrigo.

La señora Corney llevó sus ojos a la tetera y desde ésta al señor Bumble, quien se dirigía hacia la puerta; y como le oyese toser antes de dar las buenas noches, preguntó tímidamente si... si quería aceptar una tacita de té. A guisa de contestación, muy elocuente por cierto, aunque muda, el bedel bajó inmediatamente el cuello de su abrigo, giró sobre sus talones, dejó sobre una silla el tricordio y el bastón y acercó otra a la mesa. La comadrona fijó de nuevos los ojos en la tetera: Bumble tosió otra vez y sonrió. La señora Corney se levantó para traer otra taza, y al sentarse de nuevo, sus miradas se encontraron con las de Bumble. El rubor coloreó sus mejillas, puso manos a la obra de hacer el té, y el gallardo bedel tosió... con más fuerza que la vez anterior.

—¿Muy dulce, señor Bumble? —preguntó la matrona tomando el azucarero.

—Mucho, señora, mucho —contestó Bumble, clavando sus ojos en los de la dama.

Si desde que el mundo existe ha habido bedel que pusiera los ojos tiernos, no cabe dudar que ese bedel fue el mayestático Bumble en la ocasión presente. Servido el té, el señor Bumble extendió un pañuelo sobre sus rodillas a fin de evitar que las migas de pan empañasen el esplendor de sus elegantes calzones, y comenzó a comer y, a beber, operaciones que alternaba con miraditas y profundos suspiros que, lejos de producir efectos sedativos en su apetito, parecían acrecentarlo más y más, a juzgar por la prisa con que engullía tostadas y tazas de té.

—Por lo visto, tiene usted una gata, señora —observó Bumble,

contemplando una muy lucida que, rodeada de sus hijitos, se calentaba cerca de la lumbre—, y gatitos también.

—No puede usted figurarse cuánto me gustan, señor Bumble. Son tan felices, tan cariñosos tan agradecidos, que los tengo por amigos deliciosos.

—En efecto, señora; son unos animales encantadores... muy domésticos.

—¡Ah, sí! Tan encariñados están con la casa, que disfrutan a rabiar; no me cabe duda.

—Permítame que le diga, señora Corney —dijo Bumble, pronunciando una a una y con solemnidad las palabras—, que todo gato, gata o gatito que tenga la suerte de vivir en su compañía y no se aficione a la casa y disfrute a rabiar, será un asno de tomo y lomo.

—¡Por Dios, señor Bumble!

—¿Por qué no decir las cosas como son, señora? —repuso Bumble, moviendo la cucharilla del té con delectación digna, que daba a sus palabras doble solemnidad—. Al gato que no le cobrase afición, lo ahogaría yo con mis propias manos.

—En ese caso, es usted muy cruel —contestó la matrona alargando la manó para tomar la taza del bedel—; cruel, y de corazón de bronce, por añadidura.

—¡De corazón de bronce yo, señora... de corazón de bronce! —exclamó Bumble.

El buen bedel dejó que retiraran su taza, oprimió el dedo meñique de la dama aprovechando el momento en que ésta tomaba la taza dio dos golpecitos con la diestra abierta a su chaleco galoneado, exhaló un suspiro muy profundo, y retiró un poco su silla de la chimenea. La mesa era redonda; y como la señora Corney y el señor Bumble se habían sentado frente a frente, cerca de la lumbre y muy cerca uno de otro, claro está que, al separarse el segundo de la chimenea, y no de la mesa, aumentó la distancia interpuesta entre su compañera y él, conducta que algunos lectores prudentes admirarán sin duda y considerarán como acto de sublime heroísmo por parte del señor Bumble, a quien la hora, el sitio, la ocasión, tentaban evidentemente para que diera salida a ciertos pensamientos dulces y galantes que, si bien sientan admirablemente en labios de personas aturdidas, no se avienen con la dignidad de los magistrados de la tierra, con los miembros del parlamento, con los ministros de la Corona, con los alcaldes, y muchísimo menos todavía con la gravedad y majestad de un bedel, que debe ser, según es público y notorio, el más severo e inflexible de todos los altos funcionarios. No entra en nuestros propósitos analizar las intenciones del bedel, excelentes sin duda alguna, pero ocurría por

desgracia, según hemos observado ya dos veces, que la mesa era redonda, de lo que resultó que, como el señor Bumble tenía propósito decidido de alejarse de la lumbre, pero sin perder el contacto de la mesa, a medida que se alejaba de la primera disminuía insensiblemente la distancia que de la dama le separaba, y continuando el viaje alrededor del borde de la segunda, llegó el momento en que las sillas se juntaron. Entonces fue cuando cesaron los movimientos del bedel. Ahora bien: si la matrona hubiera movido su silla hacia la derecha, forzosamente había de dar con la lumbre, y si hacia la izquierda lo hacía, hubiera caído en los brazos de Bumble. Puesta en tan cruel alternativa, como matrona prudente y discreta que era, previendo a no dudar las consecuencias de uno u otro acto, optó por permanecer donde se encontraba y ofreció otra taza de té al señor Bumble.

—¿Corazón de bronce, señora? —preguntó, mirando a su interlocutora a los ojos—. ¿Y usted, señora, lo tiene duro como el bronce o blando como la cera?

—¡Dios mío! —exclamó la matrona—. ¡Curiosa pregunta en boca de un hombre soltero! ¿Para qué quiere usted saberlo, señor Bumble?

El bedel apuró su segunda taza de té de un trago, acabó de engullir la tostada, sacudió las migas que habían caído sobre sus rodillas, se limpió los labios, y, con calma y dignidad extraordinaria, dio un beso a la dama.

—¡Señor Bumble! —exclamó con voz que parecía un susurro la discreta señora (el espanto, sin duda, la dejó sin voz)—. ¡Voy a gritar, señor Bumble, voy a gritar!

El bedel, en vez de replicar, rodeó con su brazo, de la manera más digna, el talle de la matrona.

Como la dama había manifestado su intención de gritar, es claro que hubiera gritado al ver que el galán arreciaba en sus atrevimientos, pero vinieron a dispensarla de la necesidad de hacerlo unos golpes insistentes dados contra la puerta del cuarto. Oír los golpes el bedel, abalanzarse con agilidad sorprendente al aparador, tomar las dos botellas de vino y hacerlas desaparecer en sus bolsillos, fue todo obra de un momento. La matrona, mientras tanto, preguntaba con sequedad quién llamaba. Como ejemplo curioso que demuestra la eficacia que una sorpresa repentina tiene para atenuar los efectos de un miedo grande, diremos que la voz de la señora Corney había recobrado como por encanto la aspereza oficial acostumbrada.

—Con permiso de usted señora —dijo una vieja de cara de bruja, asomando la cabeza por la puerta—. La anciana Sara está agonizando.

—¿Y a mí qué me cuenta usted? —contestó la matrona con violencia—. ¿Puedo yo impedir que se muera?

—No... no, señora; nadie puede impedirlo, puesto que se muere sin remedio. He visto morir a muchos... lo mismo niños débiles que hombres fuertes y robustos; y he aprendido a conocer cuándo llega la muerte. Pero es el caso que Sara parece agitada, y cuando los accesos le dejan un momento de reposo, cosa que ocurre rara vez, pues se muere a chorros, dice que es preciso que diga a usted algo muy importante, que no morirá tranquila hasta que haya hablado con usted.

La buena matrona se deshizo en invectivas y lanzó mil maldiciones contra las viejas que ni morir saben sin molestar a propósito y con dañina intención a las personas dignas, y arrebujándose en un abrigo, suplicó al señor Bumble que la esperase hasta su vuelta. Seguidamente dijo a la mensajera que caminase deprisa, porque no era caso de eternizarse ni de pasar toda la noche fuera de su cuarto, y echó a andar tras aquélla, de muy mala gana y refunfuñando sin cesar. La conducta del señor Bumble, una vez le dejaron solo, fue en realidad inexplicable. Abrió el armario, contó las cucharillas de té, pesó las tenacillas para azúcar, examinó con gran cuidado una lechera de plata cual si deseara convencerse de que era plata de ley, y una vez hubo satisfecho su curiosidad acerca de esos puntos, calóse el tricornio de través y ejecutó con gran gravedad un paso de baile, dando cuatro vueltas en torno de la mesa. Terminado ejercicio tan extraño, quitóse el sombrero, sentóse junto a la lumbre, pero de espaldas a la misma, y adoptó la actitud del que mentalmente hace un inventario detallado y exacto del mueblaje de la habitación en que se encuentra.

Capítulo XXIV

Trata de un asunto muy pobre, pero muy breve, que acaso tenga alguna importancia en esta historia

No era mensajera impropia de la muerte la vieja que había perturbado la tranquilidad del cuarto de la matrona. El peso de los años encorvaba su cuerpo, un temblor convulsivo, resultado de una parálisis, agitaba sus descarnados miembros, y su cara momificada más parecido tenía con una caricatura grotesca dibujada por un lápiz extravagante que con las obras de la Naturaleza. ¡Triste sino el de la humanidad!

¡Son muy contados los rostros que se nos dejan en el mundo para que alegren nuestras miradas con sus encantos! Las zozobras, ansiedades, penas y anhelos desordenados los truecan y deforman de la misma manera que truecan y cambian los corazones, y sólo cuando esas pasiones duermen, cuando han

perdido para siempre su imperio, es cuando se disipan las nubes y refleja la frente la hermosa serenidad de los Cielos.

Casi siempre los rostros de los muertos, no obstante su rigidez e inflexibilidad característica, vuelven a adquirir la expresión de la infancia, de tanto tiempo olvidada, y recobran la dulce tranquilidad de los años juveniles. Tal es la calma que reflejan, tal la beatitud, que las personas que los conocieron de niños, caen de rodillas junto al ataúd y creen ver todavía al ángel que bajó a visitar la tierra.

La vieja mensajera cruzó tambaleándose varios pasadizos, subió con paso vacilante la escalera contestando con palabras apenas inteligibles a las preguntas que su superiora le dirigía. Hubo de detenerse al fin para tomar aliento y entregar la luz a la matrona, la cual la dejó rezagada y entró en el cuarto donde la enferma se hallaba.

Era una especie de buhardilla apenas iluminada por una mísera lámpara. Junto al lecho velaba otra anciana y el aprendiz de la botica parroquial, de pie en un rincón, transformaba en mondadientes una pluma de ave.

—¡Vaya una noche fría, señora Corney! —exclamó el aprendiz al ver entrar a la matrona.

—¡Horriblemente fría, es cierto! —contestó la señora con amabilidad y haciendo una reverencia.

—Debería usted exigir carbón de mejor calidad a los abastecedores —dijo el aprendiz de boticario, revolviendo el fuego con una tenaza enmohecida—. No es éste el más indicado para las noches frías.

—Es cosa de la Administración —replicó la matrona—. Convengo que lo menos que ésta debería hacer en nuestro obsequio sería defendernos contra el frío, pues nuestras funciones son harto penosas.

Un gemido de la moribunda vino a interrumpir la conversación.

—¡Ah! —exclamó el boticario, mirando hacia el lecho como si el gemido le hubiera recordado que había allí una enferma—. Es el finis, señora Corney, el finis definitivus.

—¿El finis... qué?

—Me sorprendería muchísimo si viviera dos horas —respondió el aprendiz, volviendo a la tarea de fabricar un mondadientes—. Todo su sistema está destrozado, aniquilado, destruido. ¿Duerme, anciana?

La anciana a la que se dirigió el boticario se acercó al lecho y contestó con un gesto afirmativo.

—Entonces, lo probable es que no despierte, como no hagamos algún

ruido. Ponga la luz sobre el suelo para que no la vea.

Obedeció la vieja moviendo la cabeza, como si dudase que la enferma muriera con la tranquilidad que anunciaba el boticario. Seguidamente fue a tomar asiento junto a la otra enfermera, que ya había vuelto por aquel tiempo. La comadrona, sin tomarse la molestia de disimular su impaciencia, arrebuñóse en el abrigo y se sentó al pie de la cama.

El aprendiz de boticario, terminada ya la fabricación de su mondadientes, se instaló cómodamente delante del fuego, pero a los diez minutos, aburrido sin duda, dio las buenas noches a la matrona y salió de la estancia, caminando sobre las puntas de los pies.

Las dos viejas enfermeras, después de permanecer largo rato inmóviles, se alejaron del lecho para acercarse a la chimenea, donde procuraron calentar sus ateridas manos. La llama proyectaba siniestros resplandores sobre las arrugadas caras, haciendo resaltar su espantosa fealdad. En la posición que acabo de indicar, comenzaron a conversar en voz baja.

—¿Ha dicho algo mientras yo estuve fuera Ana? —preguntó la que había ido a buscar a la matrona.

—Ni una palabra —contestó la llamada Ana—. Principió a retorcerse los brazos, pero yo la sujeté por las muñecas y pronto fue mía. Apenas si conserva fuerzas, y yo, para los años que tengo, y no obstante el régimen alimenticio del asilo, conservo bastantes bríos, gracias a Dios.

—¿Bebió el vino caliente que recetó el médico?

—Quise hacérselo beber; pero apretó tanto los dientes y agarró con tal fuerza el cubilete, que a duras penas, conseguí hacérselo soltar. El vino me lo bebí yo, y por cierto que no me ha sentado mal.

No sin antes tender una mirada de precaución alrededor, las dos arpías se acercaron más al fuego y continuaron charlando en voz baja.

—Me acuerdo del tiempo en que ella hubiera hecho lo que hacemos nosotras, y encima se hubiera reído después.

—¡Oh, seguramente! ¡Siempre fue alegre de cascos! ¡Cuántos muertos ha, amortajado, blancos como la cera! Mis cansados ojos lo han visto... y hasta mis manos los han tocado, pues docenas de veces la he ayudado.

Alargando su temblona mano mientras hablaba, la vieja movió con alegría los dedos y los metió en una faltriquera, de donde sacó una mísera caja de rapé, de la que tomó un polvo, ofreciendo luego otro a su compañera. Mientras las dos viejas entretenían tan agradablemente el tiempo, la matrona, que había estado esperando con impaciencia a que la moribunda saliese de su estupor, se acercó también al fuego y preguntó con voz agria si tendría que esperar mucho

tiempo.

—No mucho, señora —respondió una de las viejas—. Ninguna de nosotras espera largo tiempo a la muerte. ¡Paciencia... paciencia! ¡Harto pronto llegará para todas nosotras!

—¡Cállese la lengua larga! ¡Idiota! —gritó airada la matrona—. Dígame usted, Marta, ¿ha caído en ese estado de sorpor alguna otra vez?

—Muchas —contestó la interpelada.

—Pero no volverá a caer —añadió la otra vieja—. Y digo que no volverá a caer, porque no despertará de ése... más que una vez, y cuente usted que no tardará mucho.

—Tarde mucho o poco, no me encontrará aquí cuando despierte —dijo la matrona con voz destemplada—. Cuidado con que vuelvan ustedes a molestarme por nada, que no es incumbencia mía presenciar la muerte de todas las viejas de la casa. ¡Ea! ¡Se acabó! Si en su vida vuelve a ocurrírseles llamarme, brujas de Lucifer, yo les aseguro que me las pagarán a buen precio.

Iba a salir disparada del cuarto, cuando un doble grito lanzado por las dos viejas, al tiempo que se precipitaban hacia la cama, la obligó a volver la cabeza.

La moribunda, se había incorporado y tendía los brazos hacia la matrona.

—¿Quién es ésa? —preguntó con voz sepulcral.

—¡Quieta... quieta! —exclamó una de las enfermeras—. ¡Acuéstese, acuéstese!

—¡No volveré a acostarme viva! —replicó la moribunda debatiéndose—. ¡Es preciso que yo le hable!... ¡Acérquese... más... más cerca de mí!... ¡Quiero hablarle a oído!

Diciendo esto, asió a la matrona por el brazo y la obligó a sentarse en una silla pegada a la cama. Había abierto la boca para hablar, cuando tendiendo los ojos alrededor, vio a las dos viejas que se inclinaban sobre el lecho como si estuvieran decididas a no perder palabra, y dijo con voz desfallecida:

—¡Que salgan!... ¡Hágalas salir... pronto... pronto!

Las dos brujas alzaron un coro de lamentaciones asegurando que la pobre enferma no estaba en sus cabales, como lo probaba el hecho de que desconociera a sus amigas más tiernas y cariñosas, y protestaban con energía que por nadie ni por nada saldrían de la habitación. De nada les sirvieron sus protestas, pues su superiora jerárquica las agarró por el brazo y las echó fuera, cerrando a continuación la puerta y volviendo a sentarse junto al lecho. Al verse expulsadas, las viejas variaron de actitud y empezaron a gritar por el ojo

de la llave que la moribunda estaba borracha, lo que a decir verdad no dejaba de ser muy probable, puesto que, además de encontrarse bajo los efectos de una dosis regular de opio, que el aprendiz de boticario le había suministrado, sentía la influencia de un vasito de ginebra que las compasivas viejas, en un acceso de conmiseración, le habían hecho beber por su cuenta.

—¡Escúcheme! —dijo la moribunda alzando la voz, esforzándose por encontrar en su aniquilada naturaleza una chispa latente de energía—. En esta misma habitación... en esta misma cama, estuve cuidando a una joven de rostro angelical, que había sido traída al asilo con los pies destrozados, como consecuencia de una caminata larguísima, llenos de sangre y de lodo. Aquí dio a luz a un niño, y murió... Déjeme pensar, déjeme que busque en mis recuerdos... ¿En qué año fue?

—El año no viene al caso —contestó su impaciente oyente—. ¿Qué hay de ella?

—¡Ah! —murmuró la moribunda, cuya inteligencia iba ganando nuevamente el sopor—. ¿Que qué hay de ella? Que... sobre... ¡Ah, sí! ¡Ya sé! —continuó, incorporándose con furia, arrebatado el semblante y con los ojos fuera de las órbitas—. ¡Que la robé... sí... la robé... yo! ¡La robé cuando aún no estaba fría!... ¡Aseguro que la robé sin esperar a que se apoderara de ella el frío de la muerte!

—Pero la robó... ¿el qué, por Dios santo? —gritó la matrona, haciendo ademán de pedir auxilio.

—¡Aquello! —contestó la moribunda, poniendo su mano sobre la boca de la que la escuchaba—. ¡Lo único que tenía! Ella carecía de ropas con que abrigarse, de alimentos que la reconfortaran, pero aquello lo conservaba intacto... lo llevaba en el pecho. ¡Era oro... oro, lo juro... oro rico que hubiera podido salvar su vida!

—¡Oro! —repitió la matrona, inclinándose con avidez sobre la mujer, que había caído de espaldas—. ¡Adelante... siga, siga!... ¿Y después? ¿Qué pasó? ¿Quién era aquella joven, aquella madre? ¿Cuándo sucedió eso?

—Me había encargado que lo guardase cuidadosamente —repuso la enferma, exhalando un gemido de angustia—. Me lo confió, porque a nadie más que a mí tenía a su lado. Interiormente, con el corazón, se lo había yo robado desde el instante que vi el paquetito pendiente de su cuello... Probablemente soy también responsable de la muerte del niño. ¡Mejor le habrían tratado si lo hubieran sabido todo!

—¿Sabido qué? —inquirió la matrona—. ¡Hable, por Dios, hable!

—Tan parecido era aquel niño a su madre —repuso la moribunda, sin tener

en cuenta la pregunta—, que cuantas veces le veía, acudía a mi memoria la desdichada joven. ¡Pobrecilla!... ¡Infeliz! ¡Tan joven!... ¡Tan dulce!... ¡Espere usted!... Me queda mucho por decir... No se lo he dicho todo, ¿verdad?

—¡No, no! —respondió la matrona, pegando su oído a la boca de la enferma, más débil por momentos—. ¡Dése prisa, hermana, no sea que le falte tiempo!

—La madre —prosiguió la mujer, no sin hacer un esfuerzo mucho más violento que los anteriores—, la madre, al sentirse próxima a la muerte, me dijo al oído que si su hijo nacía con vida y se hacía hombre, llegaría un día en que podría oír pronunciar, sin avergonzarse, el nombre de su madre. «¡Oh, Dios misericordioso! —me dijo, juntas sus manos enflaquecidas en actitud de súplica—. ¡Sea niño o niña lo que nazca, búsquele amigos que en este mundo de miserias tengan lástima de un huérfano sin ventura abandonado a su conmiseración!»

—¿El nombre del niño? —preguntó anhelante la matrona.

—Le pusieron por nombre Oliver... El oro que yo robé está...

—¿Dónde... dónde?

—Pegaba su cara con la de la moribunda para poder oír su contestación, pero la infeliz enferma retrocedió instintivamente sin responder, oprimió la colcha de la cama entre sus crispados dedos, murmuró algunos sonidos inarticulados, y cayó desplomada sin vida.

—¡Muerta! —exclamó una de las viejas, precipitándose dentro de la habitación en cuanto la matrona franqueó la puerta.

—¡Y sin decir nada! —contestó la matrona, saliendo con fría indiferencia.

Las dos brujas, sobre las cuales pesaba la obligación de amortajar el cadáver, quedaron junto a la muerta.

Capítulo XXV

Donde se vuelve a encontrar al señor Fajín y compañía

Mientras en el hospicio-asilo de provincias ocurrían los sucesos que quedan narrados en el capítulo anterior, encontrábase el buen judío Fajín en su caverna, la misma de la que Oliver había sido sacado por Anita, sentado junto a la chimenea, que despedía más humo que calor, sumido en profundas cavilaciones. Sobre las rodillas tenía un fuelle, con cuyo auxilio parece que

había intentado avivar el fuego, pero las funciones mentales pusieron fin a las de orden físico, y cruzado de brazos, doblada la cabeza sobre el pecho, contemplaba con expresión distraída los mohosos morillos del hogar.

Sentados alrededor de la mesa que había a sus espaldas estaban el Truhán, Carlos Bates y Chitling, atentos a la partida de whist que jugaban, partida entablada por el primero de los caballeros nombrados contra los otros dos. La fisonomía del Truhán, siempre viva e inteligente, era sin comparación mucho más merecedora de interés en aquellos momentos a causa de la atención inmensa que al juego prestaba, y más aún por la sagacidad con que aprovechaba los menores descuidos de Chitling para mirarle las cartas, y, como consecuencia, por la maestría con que acomodaba sus jugadas a las cartas de los contrarios. Como la noche estaba sumamente fría, el Truhán conservaba el sombrero puesto, costumbre que, dicho sea de paso, había constituido en él una segunda naturaleza cuando en casa se encontraba. Sus dientes oprimían una pipa de escayola que no sacaba de su boca más que durante el tiempo estrictamente necesario para trasladar a su estómago un buen trago de la bebida refrescante que contenía un jarro enorme que sobre la mesa había, cuya bebida era una composición de ginebra y aguardiente.

También Bates prestaba atención al juego; pero, individuo de temperamento más excitable que su compañero, repetía con mucha frecuencia las visitas al jarro de los refrescos, y por añadidura se permitía bromas pesadas y cuchufletas del peor gusto, poco en armonía con su esmerada educación y menos con suposición social. El Truhán, aprovechando la amistad estrecha que los unía, reprendíale a cada momento sus impropiedades de lenguaje, reprensiones que Bates echaba siempre a la buena parte y recibía con paciencia ejemplar, pues a lo sumo se permitía decirle que se fuera al diablo o desearle que se le secase la lengua, o le decía cualquier otra lindeza por el estilo, todas dulces y mesuradas, con no poca admiración de Chitling, que las escuchaba maravillado. Como circunstancia extraña e incomprensible, diremos que el caballero nombrado en último lugar y su compañero perdían invariablemente, pero lo más raro del caso es que el buen Bates, lejos de enfurruñarse, parecía por el contrario soportar sus pérdidas con viva y ruidosa alegría; por lo menos, cada juego perdido arrancaba a su garganta una tempestad deshecha de ruidosas carcajadas, y un torrente de protestas encaminadas a hacer constar que jamás desde que vino al mundo había conocido hombre de suerte tan insolente como la del Truhán.

—¡Perderíamos hasta la camisa! —exclamó Chitling, sacando del bolsillo, con cara compungida, una moneda de media corona—. No he conocido hombre como tú. Tienes la suerte de ganar siempre, con buenas cartas o con malas. En cambio, Bates y yo, aunque reunamos el mejor juego, perdemos irremisiblemente.

La observación, o tal vez el tono con que fue hecha, hizo tanta gracia a Bates, que las carcajadas que fueron su consecuencia disiparon las preocupaciones de Fajín, quien preguntó de qué se trataba.

—¿Que de qué se trata? —preguntó Carlos—. ¡Quisiera que hubiese presenciado usted la partida! Chitling no ha ganado un solo juego, y yo era su compañero de desgracia contra el Truhán.

—¡Ay, ay, ay! —exclamó el judío, haciendo muecas que demostraban que sin gran esfuerzo de imaginación adivinaría la causa—. ¡Prueba otra vez, Tomás, prueba otra vez, y verás!

—Muchas gracias, Fajín, pero antes ciegue que hacer nuevas pruebas —replicó Chitling—. Es mucha la suerte del Truhán para poder resistirla.

—La verdad es, amigo mío, que tienes que madrugar mucho para ganar al Truhán. ¡Ja, ja, ja!

—¡Madrugar! —exclamó Carlos Bates—. Para competir con él, necesitarías ponerte un telescopio en cada ojo y echarte a la espalda unos gemelos de teatro.

El señor Truhán recibió aquellas alabanzas con modestia filosófica, y se comprometió a hacer salir de la baraja cualquier carta que le fuera indicada, sin mirar, por supuesto, apostando un chelín cada vez. Como nadie tuvo a bien aceptar el reto y se hubiera terminado el tabaco de su pipa, entretúvose, por vía de pasatiempo, en trazar sobre la mesa con el pedazo de tiza que utilizara para apuntar los tantos, un plano de la cárcel de Newgate, silbando mientras trabajaba.

—¡Qué tonto tan delicioso eres, Tomás! —exclamó el Truhán al cabo de un rato de silencio, suspendiendo su trabajo y mirando a Chitling—. ¿A que no acierta usted, Fajín, en qué estaba pensando?

—¿Y cómo quieres que lo acierte, querido? —respondió el judío—. En lo que acaba de perder, tal vez, o acaso en el retiro delicioso en que ha pasado una temporada... ¡ja, ja, ja! ¿Acierto, amigo?

—¡Ni a cien leguas! —replicó el Truhán—. ¿Y tú, Carlos qué dices?

—Yo digo —contestó Bates— que Belita le trae loquito... ¡Mira cómo se ruboriza! ¡Es para morir de risa!... ¡Tomás Chitling enamorado como un colegial!

El pensamiento sólo de que Tomás Chitling fuera víctima de una pasión tierna produjo en Carlos Bates tal explosión de risa, que al dejarse caer con alguna violencia contra el respaldo de la silla, perdió ésta el equilibrio y le envió rodando al suelo. Pero a bien que el accidente en nada atenuó su hilaridad. Tendido cuán largo era y revolcándose permaneció hasta después de

pasado el primer acceso, que fue seguido por otro no menos violento apenas se hubo puesto en pie.

—¡No le hagas caso, amigo mío! —dijo el judío, guiñando un ojo al Truhán y dando con el fuelle un golpecito en la espalda a Chitling—. Belita es una niña angelical. Quiérela, Tomás, quiérela mucho.

—No contestaré más que una cosa, Fajín —replicó Chitling, rojo como un pimiento—, y es que a nadie de los que están aquí importa ese asunto.

—¡Justo! —dijo el judío—. Tienes razón que te sobra. Bates es un hablador, del que no debes hacer caso, amigo mío. Belita es una niña encantadora. Haz lo que ella te mande, Tomás, y tienes hecha la fortuna.

—Que hago lo que ella me manda —contestó Chitling—, lo prueba el hecho de que por seguir sus inspiraciones me he pasado una temporada a la sombra; pero a bien que no fue mal negocio para usted; ¿no es cierto, Fajín? ¿Pero qué suponen seis semanas de encierro? De todas maneras, tenía que ser un día u otro; ¿por qué no durante el invierno, cuando no son muchas las ocasiones que de operar se presentan? ¿Qué dice usted, Fajín?

—Que hablas como un libro, amigo mío —respondió el judío.

—Y no te importaría gran cosa volver allá siempre que el regreso te valiera las simpatías de Belita, ¿no es cierto? —preguntó el Truhán guiñando el ojo a Bates y al judío.

—¡Pues bien, sí! ¡Me sería completamente igual! —contestó Chitling con cólera—. ¡Oh! Me gustaría conocer a quien dijera otro tanto; ¿digo bien, Fajín?

—Dices lo que es, amigo —respondió Fajín—. Ten por seguro que ninguno de ellos sabría imitarte.

—Y hubiera yo salido tan campante del negocio si hubiese querido acusarla a ella —repuso aquel cándido—. Una palabra más habría sido bastante, ¿acierto, Fajín?

—Como en todo, querido, no hay duda.

—Pero a mí no hay quien me sonsaque, ¿eh, Fajín? —preguntó Chitling, que menudeaba las preguntas con extraordinaria volubilidad.

—¡No, no! —contestó el judío—. Un corazón tan noble como el tuyo es incapaz de vender a los demás.

—¡El Evangelio! —exclamó Chitling, mirando alrededor—. Y si tengo un corazón noble, ¿soy por eso motivo de risa, Fajín?

Percatado el judío de que la indignación de Tomás iba en aumento,

apresuróse a asegurarle que nadie se reía de él, y en su afán por demostrar la gravedad de todos los que escuchándole estaban, apeló al testimonio de Bates, que era el más dado a las cuchufletas. Por desgracia, en el momento que Carlos abría la boca para afirmar que en su vida había estado tan serio, ni que nunca tuvo menos ganas que entonces de burlarse de nadie, fuéle imposible contener una carcajada atronadora que hizo desbordar la cólera de Chitling. Este, creyéndose mortalmente agraviado, sin andarse con ceremonia se abalanzó sobre Bates y le dirigió un puñetazo furibundo, que tuvo habilidad para esquivar el que debía recibirlo merced a un salto de costado, pero que recibió en pleno pecho Fajín, quien salió proyectado contra la pared y acabó por dar con su humanidad en tierra, mientras Chitling quedaba con la boca abierta mirándole aterrado.

—¡Cuidado! —exclamó de pronto el Truhán—. Acabo de oír el cencerro.

Mientras tomaba la luz y subía cauteloso la escalera, dejando a sus contertulios a obscuras, la campana, repicó nuevamente con mayor fuerza que la vez primera. Al cabo de breves momentos reapareció el Truhán, quien habló en voz baja y con aires de misterio con Fajín.

—¡Cómo! —exclamó el judío—. ¿Solo?

Contestó el Truhán afirmativamente, y acto seguido, colocando una mano delante de la luz, dio a entender a Bates por medio de una seña que era hora de poner fin a las bromas. Cumplido este deber de amistad, volvió sus ojos hacia el judío y esperó las instrucciones de éste. Mordíase el viejo las yemas de sus amarillentos dedos, y permaneció meditabundo durante algunos segundos. Las contracciones de su cara demostraban claramente que esperaba recibir una mala noticia que temía que ésta fuera la peor de las que podía esperar. Al fin alzó la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está?

Por medio de una seña indicó el Truhán que en el piso alto, e hizo ademán de marcharse.

—Sí —dijo el judío, como contestando a una consulta muda—. Que baje. Silencio, amigos... Tú, Carlos, y tú Tomás, despejad, pero muy calladitos. Obedecieron al instante Bates y su enemigo de momentos antes. No se oyó el menor rumor, no sonaron pasos en la escalera, pero de pronto penetraron en la estancia el Truhán, llevando la luz en la mano, seguido por un sujeto pobremente vestido, el cual, después de recorrer con la vista la habitación, quitóse una bufanda que cubría toda la parte inferior de su cara, dejando visibles las facciones chupadas, amarillas, desencajadas, sucias y barbudas del... petimetre Tomás Crackit.

—¿Cómo va, Fajín? —preguntó el recién venido, dirigiéndose al judío—.

¡Mira! Ponme este tapanarices donde pueda encontrarlo luego, Truhán. No importa que por una vez me sirvas de ayuda de cámara. Seguidamente acercó una silla a la lumbre y se sentó, poniendo los pies sobre los morillos.

—¡Mire usted, Fajín! —exclamó con acento de desconsuelo, mostrando sus botas—. No han visto betún, ni crema ni cepillo desde aquel día... ¡Chitón! ¡Pero no me mire usted así, hombre de Dios, que todo llegará a su tiempo! Me es imposible hablar de asuntos hasta después que haya refrescado el gznate; así que engráselo usted, y póngale antes algodones, pues uno y otro necesita. Tres días hace que no funciona.

Mandó Fajín al Truhán que pusiera algunas viandas sobre la mesa, y tomando asiento frente al recién llegado, esperó la narración de la historia. O mentían descaradamente las apariencias, o maldita la prisa que Tomás tenía de romper el fuego de la conversación. En los primeros momentos, conformóse el judío con estudiar pacientemente su rostro cual si en la expresión del mismo esperara encontrar las explicaciones que con verdadera ansiedad deseaba oír; pero fue en vano. La cara de Tomás revelaba cansancio, agotamiento de fuerzas, pero conservaba la misma tranquilidad, la complacencia misma que le era habitual, y aunque sucio, con la barba crecida y el cabello en desorden, brillaba en sus ojos el contentamiento consiguiente a la persuasión en que Tomás estaba de que nadie podía competir con él en elegancia. El judío, muerto de impaciencia al cabo del rato, seguía con mirada angustiada cuantos bocados llevaba su huésped a su boca, midiendo la estancia a zancadas. Su excitación era tremenda, pero perfectamente inútil. Tomás seguía comiendo con la mayor indiferencia, y no dio reposo a sus mandíbulas hasta que le fue imposible engullir más. Entonces mandó salir de la habitación al Truhán, cerró la puerta, echóse al colete un vaso de aguardiente, y se dispuso a hablar.

—Empezaremos primero por el principio, Fajín —dijo.

—¡Sí, sí! —contestó el judío, acercando su silla.

Tomás hizo una pausa para envasar en su cuerpo otro trago de aguardiente, declaró a continuación que el licor era de superior calidad, y apoyando sus pies sobre la repisa de la chimenea, a fin de tenerlos al nivel de su cabeza y poder contemplar sus botas mientras hablaba repuso:

—Empezando, pues, por el principio, conforme hemos convenido, pregunto: ¿cómo está Guillermo?

—¿El qué? —gritó el judío, poniéndose en pie de un salto.

—¡Demonio! —exclamó Tomás, poniéndose densamente pálido—. ¿Quiere decir eso...?

—¡Quiere decir que espero noticias! —barbotó el judío, pateando con furia

—. ¿Dónde están? ¿Dónde están Sikes y el muchacho? ¡Di! ¿Dónde están? ¿Dónde han estado?

—¿Dónde se han escondido? ¿Por qué no están aquí?

—El negocio fracasó —contestó con timidez Tomás.

—¡Demasiado lo sé! —gritó el judío, sacando un periódico del bolsillo y clavando la punta del dedo en un sitio determinado—. ¿Y luego?

—Hicieron fuego e hirieron al muchacho. Emprendimos la retirada por los campos llevando al muchacho entre nosotros... ¡Nos perseguían!... ¡Nos daban caza!... ¡Ira de Dios! ¡Medio mundo nos pisaba los talones y los perros se nos venían encima!

—¿Pero y el muchacho... y el muchacho? —preguntó Fajín con voz ahogada.

—Guillermo se lo echó a cuestras y corría como el viento. Nos detuvimos un instante para llevarlo entre los dos. La cabeza le colgaba y estaba helado. Nos daban alcance, nos pisaban nuestros perseguidores, y en esos casos, se impone el sálvase quien pueda. Soltamos al muñeco y le dejamos al borde de un foso, no sé si muerto o vivo. Amigo mío, cuando se trata de nada menos que de la horca, la ley natural obliga a todo hijo de vecino a mirar por sí, aunque a su semejante lo parta un rayo.

No quiso escuchar más el judío. Lanzando una blasfemia horrible y mesándose los cabellos, salió como un torbellino de la estancia y de la casa.

Capítulo XXVI

Se presenta en escena un personaje misterioso y ocurren muchas cosas relacionadas íntimamente con esta historia

El judío ganó la esquina de la calle antes de reponerse de la emoción que le produjeron las noticias de Tomás Crackit. Descompuesto, presa de terrible agitación interior y exterior, en vez de acortar el paso caminaba cada vez con más prisa cuando un coche lanzado a galo lo hubiera atropellado sin remedio si los gritos de los transeúntes, que le avisaron a tiempo del peligro, le hubieran detenido en la acera. Evitando en lo posible el paso por las calles principales y siguiendo callejas y solitarios pasadizos, llegó al fin a Snow-Hill, donde aún apresuró más la marcha, que no fue normal hasta que Fajín se encontró en sitio que sin duda consideró como su elemento, puesto que se vio que recobraba la ecuanimidad de ánimo.

Próximo al punto de donde arrancan las Snow-Hill y Holborn Hill y a mano derecha saliendo de la ciudad, cruza una callejuela sucia y triste que termina en Saffron-Hill. Sus asquerosos tenduchos ofrece para la venta pilas enormes de pañuelos de seda usados, de todas formas y tamaños, pues allí residen los traficantes que los compran a los rateros. Centenares de esos pañuelos penden de las pértigas sujetas a las ventanas o empotradas en la pared sobre las puertas. No obstante los reducidos límites de la Field Lane, cuenta con su barbería, su café, su cervecería y su taberna. Es una colonia comercial con vida propia, el emporio de los géneros robados, donde todos los días al amanecer y al atardecer acuden mercaderes silenciosos que tratan sus negocios en obscuras trastiendas y se van tan sigilosa y misteriosamente como han llegado. Allí el traficante en ropas hechas, el zapatero de viejo y el trapero exponen sus géneros que son a manera de invitaciones al robo, mientras en húmedos y tétricos sótanos se enmohecen y pudren montones de hierro viejo y de huesos, mezclados con piezas de telas de lana o de algodón. Tal era el lugar en el cual acababa de entrar el judío. Mucho debían conocerle los sucios moradores de aquel mercado hediondo, pues ni uno solo de los que se encontraban en el umbral de las puertas, fuera vendedor, fuera comprador, dejaba de saludarle familiarmente al pasar de viva voz o con una inclinación de cabeza. Fajín contestaba los saludos en la forma misma que le eran dirigidos, pero no se detuvo hasta llegar al extremo, donde dirigió la palabra a un mercader de baja altura que había colocado en una silla de niño la parte de su persona de que aquélla era capaz, y fumaba una pipa frente a la puerta de su casa.

—La verdad es, señor Fajín, que con verle a usted basta y sobra para urarse de la oftalmía —dijo el honrado mercader, respondiendo al saludo del no menos honrado judío.

—Había en la vecindad una temperatura excesivamente alta, Lively —dijo Fajín, enarcando las cejas y cruzando las manos a su espalda.

—Dos o tres quejas de esa clase han llegado a mis oídos; pero ya se refrescará pronto, ¿no le parece, Fajín?

Contestó Fajín con un gesto de asentimiento, y extendiendo a continuación un brazo hacia Saffron-Hill, preguntó:

—¿Hay alguien allí?

—¿En Los Lisiados?

—Sí.

—Espere usted... déjeme que haga memoria... Sí, que yo sepa, han entrado media docena; pero no creo que entre ellos esté su amigo.

—¿No está allí Sikes? —inquirió el judío con desaliento.

—Non est inventus, como dicen los letrados —contestó el hombrecillo, moviendo la cabeza—. ¿Trae usted algo que pueda convenirme?

—Nada —contestó el judío, girando sobre sus talones.

—¿Va usted a Los Lisiados, Fajín? —gritó el mercader—. Si me espera un momento le acompaño.

Como por una parte el judío volvió la cabeza e hizo con la mano una seña indicadora de que prefería ir solo, y por otra el mercader no pudo sacar de la silla la parte de cuerpo empotrada en ella, la razón social Los Lisiados hubo de renunciar, por aquella vez, al placer de recibir la visita del señor Lively. Cuando el digno comerciante pudo ponerse sobre sus extremidades, el judío se había perdido de vista, y como consecuencia, el señor Lively, después de permanecer un ratito sobre las puntas de los pies, esperando divisar al judío, volvió a empotrarse en la silla y, después de cambiar con la señora de la tienda de enfrente una seña en la cual campeaban por igual la desconfianza y la duda, volvió a empuñar su pipa con grave continente.

Los Tres Lisiados, o mejor dicho Los Lisiados, título bajo el cual conocían perfectamente el establecimiento todos los recomendables habitantes de aquellos lugares, era la misma taberna en la cual han figurado ya Sikes y su perro. Fajín, sin más que hacer una seña al individuo que estaba sentado en el mostrador, tomó escalera arriba, abrió una puerta y, penetrando sigiloso en la sala, miró alrededor con ansiedad y haciéndose pantalla con la mano sobre los ojos, cual si fuera en busca de una persona determinada. Daban luz a la sala dos o tres mecheros de gas, cuyo resplandor no era posible se viese desde fuera, gracias a las maderas de las ventanas, perfectamente ajustadas, y a unas cortinas rojas tendidas sobre las mismas. El humo que despedían las lámparas no podía ennegrecer el techo, sencillamente porque era humo de tabaco, que en los primeros momentos era de todo punto imposible distinguir un solo objeto o persona. Cuando la llegada de algún parroquiano descargaba en parte la atmósfera de humo, que buscaba salida por la puerta abierta, podía medio distinguirse una colección de cabezas agrupadas, pero tan confusamente, como confusos eran los sonidos que recogía el oído; pero a medida que la vista se acostumbraba, el espectador acababa por ver a muchos hombres y mujeres, apelmazados junto a una mesa muy larga, en cuya cabecera se veía sentado un presidente empuñando el martillito propio de su cargo, mientras en un rincón de la sala, sentado frente a un piano bastante averiado, había un artista de nariz roja, que aporreaba el teclado del instrumento con la furia que es de suponer en quien sufre un dolor violento de muelas, como le ocurría al virtuoso.

Los dedos del artista recorrían suavemente el teclado a guisa de preludeo cuando Fajín entró en la sala, lo que ocasionó un griterío general. Todo el

mundo pedía a voz en cuello una canción. Apaciguado el alboroto, una joven hizo las delicias del público cantando una balada de cuatro estrofas, que el pianista acompañó golpeando las teclas sin piedad. Aplaudió el presidente, y a continuación, dos cantantes, sentados a derecha e izquierda del presidente, cantaron un dúo que fue premiado con ruidosos y generales aplausos. No dejaba de ser curioso observar algunas de las fisonomías de los que más se destacaban en la concurrencia. En primer lugar, el presidente, que era el mismísimo dueño del establecimiento, individuo de cara embrutecida y cuerpo de atleta, mientras se ejecutaron los números anteriores, no daba punto de reposo a sus ojos, que lo escudriñaban todo, ni a sus oídos, por cierto muy finos, que todo lo oían. A su derecha e izquierda estaban los dos cantantes, recibiendo con indiferencia profesional los cumplimientos del auditorio y apurando docenas de vasos de licores que por doquier les ofrecían sus admiradores más entusiastas, cuyas cataduras llevaban impreso el sello de los vicios más abyectos, llegando hasta el punto de llamar de una manera irresistible la atención a fuerza de ser repulsivas. Allí se mostraban bajo el aspecto más hediondo, la astucia, la ferocidad, la borrachera. Pero los tonos más tristes, más desconsoladores, más sombríos del cuadro, los daban las mujeres, unas que conservaban aún tonalidades borrosas de su frescura juvenil otras desecadas ya por el vicio, sin conservar el vestigio más insignificante de lo que su sexo tiene máspreciado, manchadas por la disolución y el crimen. Las había niñas todavía y las había ya mujer pero ninguna había rebasado la primavera de la vida. Fajín, a quien todo aquello traía sin cuidado, hombre en cuyo pecho no tenían cabida las emociones, escudriñaba con mirada anhelante las caras del auditorio, pero sin encontrar al parecer la que buscaba. Como al cabo del rato tropezaran sus ojos con los del presidente de la sala, hízole una seña imperceptible y salió de la estancia tan sigilosamente como había entrado.

—¿Qué desea usted, señor Fajín? —preguntó el presidente, que salió inmediatamente detrás del judío—. ¿Desea ser de los nuestros? Le aseguro que no habría uno que no se alegrase.

El judío movió con impaciencia la cabeza, y preguntó con voz muy baja:

—¿Está él aquí?

—No —contestó el interrogado.

—¿No hay noticias de Barney?

—Ni una. Tenga usted por seguro que no dará señales de vida hasta que se disipe la tormenta. Le siguen la pista, eso es indudable, y si en estas circunstancias se dejase ver le pescarían de fijo. Nada ha debido ocurrir a Barney, puesto que nada se dice de él. De todas maneras esté usted tranquilo, que no es Barney de los que se ahogan aunque agua les llegue hasta el cuello.

—¿Vendrá esta noche aquél? —preguntó Fajín, recalcando la palabra aquél.

—Se refiere usted a Monks, ¿verdad?

—¡Chitón, hombre! A él me refiero; pero la prudencia aconseja que no le nombremos.

—Vendrá de seguro —contestó el propietario de Los Lisiados, sacando del bolsillo un reloj de oro—. Debía estar ya aquí... pero si espera usted diez minutos, seguramente...

—¡No, no! —exclamó el judío, cual si no obstante sus deseos de ver a la persona en cuestión se hubiera alegrado de no encontrarla, Dígale que he venido a verle, y que le espero en mi casa esta noche sin falta... ¡No! Dígale que mañana. Puesto que no está aquí... sí, mañana será tiempo todavía.

—Está muy bien. ¿Nada más?

—Por ahora, nada más —contestó el judío, tomando la escalera.

—A propósito —dijo el tabernero en voz muy baja, inclinándose sobre la barandilla—. ¡Qué ocasión tan hermosa para despenar a Felipe Barker! Lleva a cuestras una jumera tan colosal, que un niño podría hacerse con él.

—¡Ah! —exclamó el judío levantando la cabeza—. ¡Pero no! No ha sonado aún la hora para Felipe Barker. Podemos sacar algún partido todavía antes de ajustarle la cuenta, así que, amigo mío, vuelva a la sala y recomiende a la concurrencia que procure divertirse mucho y gozar de la vida... mientras dure. ¡Ja, ja, ja, ja!

Hizo el tabernero eco a las carcajadas de Fajín y entró nuevamente en la sala. En cuanto el judío se encontró solo, su rostro recobró la expresión de ansiedad anterior, y al cabo de algunos momentos de reflexiones, llamó un coche y se hizo conducir a Bethnal Green. A un cuarto de milla de distancia de la residencia de Guillermo Sikes despidió el carruaje e hizo el resto del camino a pie.

—Si aquí hay gato encerrado —murmuró el judío mientras llamaba a la puerta—, yo lo descubriré, hija mía, por ladina y astuta que seas.

Anita estaba en su cuarto, según dijo la criada. Fajín subió la escalera sin hacer ruido y entró sin ceremonia en la habitación. La joven estaba sola, apoyada la cabeza sobre la mesa y con el cabello en desorden.

—O está borracha o apenada —pensó con frialdad el judío.

Al mismo tiempo que el viejo se hacía esta reflexión, cerraba la puerta, y el ruido de ésta al cerrarse despertó a la muchacha. Anita clavó sus ojos en la astuta cara del judío, preguntóle si tenía noticias y escuchó la historia narrada

a Fajín por Tomás Crackit. Terminada la narración, adoptó de nuevo la postura anterior sin despegar los labios, empujó dos o tres veces con impaciencia el candelero que sobre la mesa había, hizo algunos movimientos febriles, pateó el suelo, y hada más. Mientras tenía lugar aquella es cena muda, el judío escudriñaba hasta el último rincón de la estancia, como para asegurarse de que Sikes no estaba allí. Satisfecho, sin duda, de su examen, tosió dos o tres veces e hizo varias tentativas para entablar conversación, tentativas que dieron el mismo resultado que hubieran dado si a una piedra fueran dirigidos. Intentó entonces la última prueba, y frotándose las manos dijo con voz melosa:

—¿Dónde crees que puede estar Guillermo, hija mía?

Contestó la joven con voz lastimera y apenas inteligible que nada sabía. Al parecer sollozaba.

—¿Y el muchacho? —repuso el judío, procurando ver la cara de Anita para leer en su expresión—. ¡Pobrecillo! ¡Abandonado al borde de un foso!... ¿No es verdad que sólo el pensarlo parte el corazón?

—¡El muchacho! —repitió la joven—. ¡Mejor está mil veces donde se halla que entre nosotros! ¡Qué nada haya ocurrido a Guillermo es lo que deseo, que en cuanto al muchacho, ojalá haya muerto en aquel foso y se pudran en su fondo sus tiernos huesos!

—¡Cómo! —exclamó Fajín, sin volver de su asombro.

—Digo y repito que será para mí motivo de alegría no volver a verle y saber que han terminado sus pruebas en este mundo —replicó la joven, clavando sus ojos en los del judío.

—Me es imposible soportar su presencia. Cuando le veo, me aborrezco a mí misma y detesto a todos ustedes.

—¡Bah! —exclamó el judío con desdén—. ¡Estás borracha, hija mía!

—¿Que estoy borracha? —replicó con amargura Anita—. No será suya la culpa si no lo estoy, pues borracha quisiera verme siempre... excepto en este momento. Parece que no es de su gusto el humor en que me encuentra, ¿no es cierto?

—¡No! —gritó el judío con furia—. ¡Maldita la gracia que me hace!

—Cómpreme usted otro, en ese caso —dijo la muchacha riendo.

—¡Que te compre otro! —rugió el judío, exasperado hasta lo indecible ante la obstinación inesperada y la actitud agresiva de Anita—. ¡Te lo compraré, sí te lo compraré! ¡Escúchame... arrastrada! ¡Escúchame a mí, que con seis palabras, fíjate bien, con seis palabras puedo ahorcarle con tanta seguridad como si en este momento tuviera entre mis dedos su cuello de toro!

Si vuelve sin el muchacho, si se presenta y no me lo trae muerto o vivo, asesínale tú misma en cuanto ponga los pies en casa, si quieres evitarle que baile en la horca. Pero hazlo enseguida, porque a poco que tardes, te juro que no llegarás a tiempo.

—¿Y por qué todo eso? —preguntó involuntariamente la joven.

—¿Que por qué? —bramó Fajín, loco de rabia—. Cuando ese muchacho vale para mí centenares de libras esterlinas, ¿crees que voy a ser tan idiota que me resigne a echar por la ventana un beneficio tan seguro, por culpa de una caterva de borrachos a quienes puedo hacer ahorcar cuando me acomode? Además. ¿Crees que voy a ponerme a merced de un desalmado, de un verdadero demonio, que si como tiene poder tuviera voluntad de... de...

Al hacer una pausa para toma aliento, perdió sin duda el hilo de su fogoso discurso, y mientras buscaba una palabra que responder a su pensamiento, apaciguóse de pronto la tempestad rugiente de su rabia. El que segundos antes azotaba el vacío con sus manos crispadas, dilatadas las pupilas y encendido el rostro por el fuego de la pasión dejóse caer desfallecido sobre la silla y tembló al pensar que el mismo acababa acaso de venderse, descubriendo el secreto de alguna villanía misteriosa. Al cabo de alguno momentos de silencio, resolvióse mirar a su compañera, y parecía tranquilizarse algún tanto al encontrarla en la misma actitud de indiferencia e insensibilidad que ofrecí cuando él entró en la habitación.

—¡Anita, hija mía! —exclamó con acentos de dulzura en la voz—. ¿Has oído algo de lo que he dicho?

—¡No me moleste usted, Fajín! —dijo la joven, alzando con languidez la cabeza—. Si en esta ocasión no ha estado Guillermo a la altura que era de desear, en cambio otras veces ha rebasado sus esperanzas. Por cuenta de usted ha dado golpes muy hermosos, y dará otros a poca ocasión que se le ofrezca, y si no los da, será porque no le sea posible. Y basta ya, que me molesta hablar del asunto.

—¿Y del muchacho, querida? —preguntó el judío, frotándose las manos con movimiento nervioso.

—No es de mejor condición que los demás —se apresuró a interrumpir Anita—. En este mundo, cada palo que aguante su vela. He dicho antes, y vuelvo a repetirlo, que desearía que hubiese muerto, manera de que para él terminaran los males y para usted el peligro... suponiendo que a Guillermo nada le haya ocurrido. Por supuesto, que si Tomás ha escapado, ha debido escapar él también, que vale mucho más que su compañero.

—¿Y sobre lo que yo te estaba diciendo, hija mía? —interrogó el judío, fijando en la joven una mirada escrutadora.

—Preciso será que me lo repita, si es que desea que haga algo, y sí ha de repetírmelo, preferible es que lo deje para mañana. Me ha despertado usted por un momento, pero confieso que sigo atontada.

Hizo Fajín varias preguntas más para convencerse de que la joven no había tomado nota de sus imprudentes palabras, pero con tal naturalidad las contestó Anita y tan impasible resistió sus miradas penetrantes, que acabó de convencerse de que la muchacha llevaba en su cuerpo una dosis de licor más que regular. No estaba libre Anita de ese defecto, a decir verdad, como no lo estaba ninguna de las discípulas del judío, habituadas por éste a la bebida desde sus más juveniles años. El desorden de su vestido y persona unido al fuerte olor a ginebra que en la estancia se percibía era prueba que confirmaba la suposición de Fajín, y luego, el apaciguamiento brusco que siguió a la explosión no menos brusca de cólera, su atontamiento y más tarde su sensiblería, tan evidente que arrancó no pocas lágrimas a sus ojos y no pocas frases raras a sus labios, llevaron el convencimiento más profundo a un hombre de la experiencia de Fajín de que Anita se encontraba bajo los efectos de una borrachera tremebunda, y por tanto, de que no había podido tomar nota de sus palabras. Tranquilo por esta parte, y realizado el doble objetivo que le llevara a la casa, consistente en poner a la muchacha en autos de lo que Tomás Crackit le había contado y de asegurarse por sus propios ojos de que Sikes no había vuelto, Fajín emprendió la vuelta a su casa dejando a la muchacha durmiendo con la cabeza apoyada sobre la mesa.

Sería la una de la madrugada. Dada la tenebrosidad de la noche y lo extraordinario del frío, dicho se está que el buen judío no sintió tentaciones de entretener el tiempo rondando las calles. El viento impetuoso que las barría las limpiaba de trasnochadores así como también de polvo y hasta de barro. Eran muy contados los transeúntes, y los pocos que encontró al paso, dirigíanse presurosos a sus moradas. Llegado a la esquina de la calle en que vivía, aguantando un viento helado de frente, y tiritando, buscaba la llave de la puerta, cuando se destacó un bulto de un cobertizo oscuro, el cual atravesó la calle y se aproximó con paso sigiloso hasta tocar el hombro del judío.

—¡Fajín! —susurró una voz.

—¡Ah! —murmuró el judío—. Eres...

—Sí —interrumpió con brusquedad el desconocido—. Dos horas hace que estoy esperando aquí, muerto de frío. ¿Dónde demonios ha estado usted?

—Ocupado en tus asuntos, amigo mío, en tus asuntos —respondió el judío, mirando con inquietud a su interlocutor y moderando el paso—. En tus asuntos, sí.

—¡Puede ser! —replicó con expresión irónica el desconocido—. ¿Y qué

hay?

—Nada bueno.

—Supongo que tampoco habrá nada malo, ¿eh? —preguntó el otro, deteniéndose y mirando alarmado al judío.

Movió el judío la cabeza e iba a contestar, cuando su interlocutor, indicándole la casa frente a cuya puerta acababan de llegar, le interrumpió diciéndole que sería preferible hablar dentro en atención a que estaba helado y el viento penetraba sus carnes. Hizo Fajín lo posible por declinar el honor de recibir una visita a hora tan intempestiva, diciendo que en su casa no había lumbre; pero ante la insistencia de su compañero hubo de abrir la puerta, rogando seguidamente a este último que la volviese a cerrar sin hacer ruido mientras él encendía luz.

—Nada tiene que envidiar esto a una tumba en punto a obscuridad —observó el desconocido, buscando a tientas la escalera—. ¡Luz, hombre del diablo, luz!

—Cierra la puerta —murmuró Fajín desde el extremo del pasillo.

La puerta se cerró con estrépito.

—No es culpa mía —observó el desconocido—. Fue el viento o se cerró por sí sola. ¡Alumbre usted pronto, pues de lo contrario voy a dejarme los sesos pegados a cualquier pared de esta maldita caverna!

Sin hacer el menor ruido, bajó Fajín la escalera que conducía a la cocina, volviendo a poco con una vela encendida, no sin antes cerciorarse de que Tomás Crackit y los demás discípulos dormían a pierna suelta en la habitación interior del sótano. Por medio de una seña indicó al desconocido que le siguiera, y ambos subieron a las habitaciones altas de la casa.

—Podremos celebrar aquí nuestra breve conferencia, amigo mío —dijo el judío, abriendo una puerta del piso primero—. Sin embargo, como las ventanas tienen algunos agujeros, y jamás entramos con luz en esta habitación, bueno será que dejemos la vela en la escalera.

Uniéndole la acción a la palabra, el judío dejó el candelero en el descansillo que daba frente a la habitación, entrando seguidamente en ésta. No había en la estancia más muebles que un sillón roto y un diván o sofá destartado. Sobre este último se dejó caer el desconocido como quien está rendido de cansancio, y el judío, arrastrando el sillón, tomó asiento frente a aquél. La obscuridad no era completa, gracias al débil resplandor que penetraba por la puerta, no cerrada del todo. Conversaron durante algún tiempo en voz baja. Aunque sólo contadas palabras sueltas, pero cualquier persona habría comprendido sin gran esfuerzo que Fajín procuraba defenderse contra cargos formulados por su

interlocutor, y que éste se encontraba en momentos de violenta irritación. Duraría la conferencia sobre un cuarto de hora, o más, cuando Monks, que con este apellido había designado al judío al desconocido varias veces en el curso de su coloquio, alzando un poquito el diapasón, dijo:

—Repito que ha sido un desatino. ¿Por qué no haberle guardado aquí con los demás, y hacer de él un raterillo distinguido?

—Porque no siempre consigue uno lo que se propone —replicó Fajín encogiéndose de hombros.

—¿Pretenderá usted hacerme creer que se lo ha propuesto y no lo ha logrado? —preguntó con acento duro Monks—. ¿No lo ha conseguido cien veces con otros tantos muchachos? Si usted hubiera tenido paciencia, antes de un año le habría hecho caer en manos de la justicia, convicto y confeso, y habría salido del reino, condenado tal vez a cadena perpetua.

—¿Y a quién hubiera aprovechado eso, amigo mío?

—A mí.

—Pero no a mí, y si no estoy equivocado, cuando las partes contratantes son dos, deben consultarse los intereses de entrambas; ¿digo bien, amigo mío?

—¡Siga usted, siga usted! —dijo Monks con impaciencia.

—Vi que no era fácil hacerle entrar en vereda —repuso el judío—. En nada se parece a los demás muchachos que se encuentran en circunstancias parecidas a las tuyas.

—¡Que no se lo llevara el demonio... o hiciera de él un miserable!

—Me ha sido imposible convertirle, ni por medio de la persuasión, ni recurriendo a amenazas —continuó el judío, acechando con manifiesta inquietud la expresión de cara de su interlocutor—. Está limpio de culpa, no ha entrado por uvas, hasta hoy, y como consecuencia, me encuentro sin armas con que atemorizarle, armas indispensables en los comienzos de nuestros trabajos catequísticos, si no queremos exponernos a que nos ocurra lo que al que predica en desierto. ¿Qué podía yo hacer? ¿Enviarle a la calle con el Truhán y Carlos Bates? Lo hice, y quedé escarmentado para siempre, amigo mío... Las consecuencias me hicieron temblar por todos nosotros.

—No fue culpa mía —observó Monks.

—¡No, no! ¡Me guardaré muy mucho de culparte, amigo mío! Tampoco me quejo... Antes bien debo alegrarme de que ocurriera lo que ocurrió. Gracias al incidente en cuestión reparaste en el chico y pudimos descubrir al cabo que era precisamente el mismo que con tanto afán y desde tanto tiempo antes veníamos buscando. ¡Lo que son las cosas! A Anita somos deudores de

haberlo recuperado, y ahora Anita es la que se declara en favor suyo.

—¡Retuérzale el pescuezo —exclamó Monks con cólera.

—No podemos hacerlo en este momento, amigo mío —replicó sonriendo el judío—. Además, no entran en nuestros proyectos esa clase de soluciones, que si entraran, probablemente estaría ya hecho lo que dices. Sé muy bien lo que son esas muchachas, Monks. En cuanto el chico tome gusto al asunto, no vuelve Anita a acordarse ni del santo de su nombre. ¿Quieres hacer de él un ladrón? ¡Perfectamente! Si vive, yo te aseguro que lo será; y si... si... si lo que no es probable, aunque conviene ponerse siempre en lo peor, si... ha muerto...

—¡No sería por culpa mía! —interrumpió Monks con violencia, mirando con expresión de espanto a su interlocutor—. ¡Téngalo usted muy presente, Fajín! ¡Me lavo las manos! Desde el principio le dije a usted que todo menos matarle. No me gusta la efusión de sangre, que siempre deja rastros y por añadidura persigue a un hombre como fantasma implacable. Si lo han muerto, la culpa no es mía, ¿entiende usted? Pero... ¡Maldita sea esta huronera infernal!... ¿Qué es eso?

—¿El qué? —preguntó el judío, abrazándose al cobarde con entrambos brazos a tiempo que se ponía en pie—. ¿Dónde?

—¡Allá!... —exclamó Monks, fijos sus ojos en el muro de enfrente—. ¡La sombra!... ¡He visto pasar como una exhalación la sombra de una mujer, envuelta en un manto y con sombrero!...

—¡Visiones tuyas! —dijo el judío levantando la luz y volviéndose hacia su compañero.

—¡He visto una sombra de mujer, lo juro! —insistió Monks temblando—. Cuando la descubrí, estaba quieta, con el cuerpo inclinado hacia delante, pero en cuanto hablé, desapareció.

El judío miró despectivamente a su compañero y echó escalera arriba diciéndole que podía seguirle si lo deseaba. No dejaron habitación que no escudriñaran: todas las encontraron desiertas. Bajaron hasta la cueva; ¡nada! Por doquier reinaba un silencio de muerte.

—¿Qué dices ahora? —preguntó el judío, terminada la exploración—. Excepción hecha de nosotros, no hay en la casa más alma viviente que Tomás Crackit y los muchachos, y todos ellos duermen como troncos. Puedes verlo con tus propios ojos.

Esto diciendo, el judío sacó dos llaves del bolsillo y manifestó que a fin de evitar intrusiones, antes de dar comienzo a la conferencia había encerrado en sus habitaciones respectivas a los muchachos y a Tomás. Tantas pruebas reunidas conmovieron no poco la solidez de la convicción de Monks. Sus

protestas fueron perdiendo vehemencia a medida que avanzaban en su exploración sin encontrar nada, y al fin terminó por reírse de su propio miedo y por confesar que su imaginación sobreexcitada le había jugado una de las suyas. Negóse, sin embargo, a continuar la conversación comenzada, por habersele ocurrido de pronto que era más de la una de la noche, y se despidió amistosamente del judío.

Capítulo XXVII

Repara la descortesía cometida en un capítulo anterior abandonando a una dama sin ceremonia

Como no sería correcto, ni propio, ni decoroso, que un humilde autor dejase a un personaje de tantas campanillas como un bedel, sentado de espaldas a la lumbre y con los faldones de su levitón debajo de los brazos, hasta que se le hiciera conciencia de hacerle variar de postura y la incorrección se trocaría en desconsiderada falta de galantería si hiciera objeto de idéntico olvido a la dama que el egregio bedel había mirado con ternura y afecto, a la beldad en cuyo oído había deslizado palabras dulces y frases rebosantes de pasión que, viniendo de donde venían, por necesidad habían de hacer estragos en el corazón de cualquier doncella o matrona, el historiador, cuya pluma consigna estas palabras, presumiendo de conocer su oficio, y en su deseo de tratar con la reverencia debida a aquellos personajes que en la tierra han sido investidos de tan alta autoridad, se apresura a rendirles el tributo de respeto que su posición social exige, y a tratarlos con la ceremonia a que su elevado rango y, como consecuencia, sus excelsas virtudes, les hacen acreedores. De buena gana escribiría aquí el autor una disertación conmovedora acerca del derecho divino de los bedeles, disertación que demostraría hasta la saciedad que un bedel no puede errar jamás, en la seguridad de que resultaría agradable e instructiva a la par; pero apremios del tiempo y falta de espacio le obligan a dejarle para otra ocasión más oportuna y conveniente, ocasión que, si se presenta, aprovechará el autor para demostrar que un bedel propiamente constituido, es decir, un bedel parroquial, afecto a un hospicio parroquial y que desempeña su cargo policial en una iglesia parroquial, atesora en su persona, por derecho propio y en virtud de su oficio, todas las excelencias y virtudes máspreciadas de la humanidad; y que esas excelencias, esas virtudes excelsas, no las poseen ni pueden poseerlas los simples bedeles de colegio, ni los de las salas de justicia, ni siquiera los de las capillas, a no ser en grado muy ínfimo.

El señor Bumble había contado y, recontado las cucharillas, pesado y vuelto a pesar las tenacillas de azúcar, examinado con más estrecha atención la

tetera de plata y evaluando casi con exactitud el mobiliario de la habitación, teniendo en cuenta hasta el valor del relleno de las sillas. Habría practicado tan diversas operaciones sus seis u ocho veces antes que se le ocurriera la idea de que era ya tiempo de que volviese la señora Corney, y como los pensamientos se enredan y entrelazan entre sí como las cerezas, y de una idea se pasa fácilmente a otra idea, ocurriósele al bedel que en satisfacer por completo su curiosidad, llevando sus investigaciones hasta el interior de la cómoda de su Dulcinea. No sin antes aplicar el oído al ojo de la llave para asegurarse de que nadie llegaba a la habitación, el señor Bumble, comenzando por el cajón de abajo, pasó revista a lo que aquél y los tres restantes contenían. Los encontró llenos de ropas y vestidos en perfecto estado de conservación y conformes a las exigencias de la última moda, acondicionados entre dos cavas de periódicos antiguos, perfumados con espliego. El examen le dejó plenamente satisfecho. Al llegar, en el curso de sus pesquisas, a una gaveta que había en la parte superior y lado derecho del mueble, en la que estaba puesta la llave, encontró una cajita cerrada que, al ser movida, dejó oír el hermoso y agradable tintineo de monedas, que acabó de convencer al desinteresado bedel. El señor Bumble volvió con paso firme y altivo continente a ocupar el asiento de junto a la chimenea en que antes estuvo sentado, y adoptando su severa expresión habitual, dijo con resolución:

—¡Lo haré!

A semejante declaración, en realidad notable, siguió un movimiento de cabeza que duró diez minutos, movimiento semejante al que suelen hacer los perros cuando están de buen humor, y luego contempló sus pantorrillas de perfil con tanto interés como satisfacción.

Todavía continuaba embebido en este examen cuando penetró precipitadamente en la estancia la señora Corney, la cual, jadeante y sin aliento se dejó caer sobre una silla, puesta una mano sobre su corazón y la otra delante de los ojos.

—¿Qué ocurre, señora? —preguntó solícito Bumble, inclinándose sobre la matrona—. ¡Por favor, contésteme! Estoy sobre... sobre...

Tan viva era la alarma del señor Bumble, que no encontrando la palabra ascuas, con la cual deseaba terminar su frase, la substituyó por botellas rotas.

—¡Ay, señor Bumble! —exclamó la dama—. ¡Estoy trastornada, completamente trastornada!

—¡Trastornada, señora! ¿Quién ha tenido el inconcebible atrevimiento de...? ¡Ya lo sé! ¡Sin duda han sido esos despreciables pobres!

—¡El pensarlo sólo me horroriza!

—No piense usted, pues, señora.

—¡Ojalá pudiera no pensar!

—Lo mejor será que tome usted algo, señora... ¿Un poquito de vino?

—¡No, no, no! ¡Me sería imposible! ¡Ah!... En el estante último del aparador, a mano derecha... ¡Oh!

La congoja acometió de nuevo a la pobre señora, que principió a agitarse presa de espasmos violentos. El señor Bumble se precipitó corriendo hacia la alacena, tomó una botella de ginebra del estante que en forma tan incoherente le había sido indicado, llenó con su contenido una taza de las de té, y la acercó a los labios de la dama.

—¡Me siento mejor! —murmuró aquélla luego que vació la taza.

El bedel alzó los ojos al techo como para dar gracias al cielo, los bajó hasta colocarlos en los bordes de la taza, y concluyó acercando ésta a la nariz.

—Piperment —dijo la dama con voz débil, sonriendo al propio tiempo al bedel—. Pruébelo usted, amigo... También tiene un poquito de otra cosa. Cató Bumble la pócima con gesto de duda, la paladeó, volvió a tomar otro sorbito, y al tercer intento, apuró la taza llena.

—Vivifica y conforta —observó la señora Corney.

—Mucho, señora, es verdad —contestó el bedel, acercando su silla a la de la matrona y preguntando a ésta con tierna solicitud, qué le había sucedido.

—¡Nada!... ¡Soy tan impresionable... tan sensible, tan débil!...

—¡Débil no, señora! —replicó Bumble, acercando más su silla—. ¿Dice que es débil?

—Lo somos todos —contestó la dama, sentando un principio general.

—Es verdad, señora.

Ambas partes guardaron silencio por espacio de uno o dos minutos, pero al cabo de este tiempo, Bumble había rectificado su posición, llevando la mano, apoyada al principio sobre el respaldo de la silla de su interlocutora, a las cintas del delantal de ésta, con las cuales comenzó a jugar.

—¡Todos somos frágiles, señora, muy frágiles! —exclamó el bedel.

La señora Corney suspiró.

—¡Por Dios santo, no suspire usted! —exclamó Bumble.

—¡No puedo menos! —contestó la matrona, lanzando otro suspiro más profundo.

—Es ésta una habitación encantadora —observó Bumble, dirigiendo una mirada alrededor—. Con que tuviera usted otra parecida, el paraíso.

—Para una persona sola serían demasiadas habitaciones —murmuró la dama.

—Pero no para dos —replicó Bumble con acento seductor—. ¿Eh, señora Corney?

La matrona dobló la cabeza al escuchar esas palabras y bajó la suya el bedel para continuar admirando la cara de aquélla. Siguió una escena muda, pero encantadora por la inocencia que revelaban los personales que la representaron. La señora Corney volvió la cara con timidez a fin de esquivar las miradas del bedel y llevó una mano al bolsillo de su delantal, sin duda para sacar el pañuelo, pero encontró en el camino la del señor Bumble, y sin darse cuenta, la dejó entre la de su adorador.

—La Administración se encarga de suministrar a usted el carbón necesario, ¿verdad? —preguntó Bumble, oprimiendo dulcemente su mano.

—Y luz también —contestó la matrona, correspondiendo a la presión.

—Carbón, luz, y casa... ¡Oh, señora! ¡Es usted un ángel!

La señora Corney, incapaz de resistir arranques tan tremendos de ternura, cayó en los brazos de Bumble, quien a su vez, en un raptó pasión, estampó sus ardorosos labios sobre la casta nariz de su Dulcinea.

—¡Son un encanto las instituciones parroquiales! —exclamó el bedel—. Hablando de otra cosa, ¿sabes, ángel mío, que el señor Stout se ha agravado mucho esta noche?

—¡Sí! —contestó ruborizada dama.

—Según el médico, no le queda ni una semana de vida. Es el director de este establecimiento, su muerte producirá una vacante y esta y vacante habrá de ser provista. ¡Oh, alma mía! ¡Qué perspectiva tan deliciosa se abre ante nuestros ojos! ¡Qué ocasión para unir dos corazones y dos hogares!

La señora Corney sollozó.

—¿Y la palabrita? —preguntó Bumble, pegando casi su cara con la de la avergonzada beldad—. Esa palabrita dulce, que trastorna y embriaga... ¿no me la dices, cielo mío?

—¡Sí-sí-sí! —suspiró la matrona.

—Otra palabra más... Procura dominar tu emoción, y contéstame ángel de amor: ¿Cuándo?

Dos veces abrió la boca para hablar la señora Corney, y las dos la voz

quedó cuajada en su garganta. Al fin, reuniendo todo su valor buscando en otra parte el que faltaba, echó los brazos al cuello a su rendido galán, y contestó que sería cuando él dispusiera, llamádole al fin patito encantador. Arreglados satisfactoriamente los asuntos tan amigables, ratificóse con toda solemnidad el convenio, apurando ambas partes contratantes otra taza de pipermin, indispensable para calmar algún tanto el estado de agitación en que la dama encontraba. Entre sorbo y sorbo manifestó la señora Corney a Bumble que la enferma había dejado de existir.

—Está muy bien —dijo el galán—. Cuando vaya a mi casa, pasaré por la de Sowerberry para que envíe un ataúd mañana temprano. ¿Fue eso lo que te asustó, amor mío?

—No, querido, no; mi susto no obedeció a causa determinada —contestó evasivamente la dama.

—¿Algo habrá pasado, sin embargo, cielito! ¿No se lo dirás a tu querido patito?

—Ahora no; un día de éstos. Después que estemos casados.

—¿Después que estemos casados! —exclamó Bumble.

—¿Acaso alguno de esos descamisados habrá sido tan insolente que...?

—¿No, no, amor mío! —se apresuró a contestar la matrona.

—Si así fuera, si alguno de esos miserables hubiera osado poner sus ojos impúdicos en el adorable rostro de...

—Nadie se atrevería a tanto, querido mío.

—¿Y harán muy bien! —gritó Bumble agitando el puño—. ¡Que un individuo cualquiera, parroquial o extraparroquial se permita tamaño atrevimiento, y yo respondo que no repetirá la suerte!

Si estas palabras no hubiesen ido acompañadas de gestos violentos, habrían resultado pobre cumplimiento vara una dama enriquecida por el cielo con tantos encantos; pero, como Bumble profirió la amenaza con tono de iracundia y gestos belicosos, emocionó tanto a la señora Corney que confesó, hondamente impresionada, que su galán era un verdadero diablillo, tan valiente como encantador. El diablillo se alzó el cuello de su levitón, calóse el tricornio y, después de cambiar con su futura mitad un tierno y ardiente beso, salió a desafiar de nuevo el aire de la noche, no deteniéndose más que contados minutos en la sala de los asilados para martirizarlos un poco, a fin de convencerse de que poseía la rudeza necesaria para desempeñar con acierto las funciones de director. Seguro de su aptitud, Bumble salió del edificio con el corazón alegre y saboreando la deliciosa perspectiva de su próximo ascenso. Tal era el pensamiento que le embargaba cuando llegó a la funeraria.

Habían cenado aquella noche fuera de su casa los señores Sowerberry, y como su encargado Noé Claypole, en ninguna ocasión ni momento mostró disposiciones para consumir sus energías físicas en movimientos que no tuvieran relación con las funciones de comer y beber, únicas dignas de no ser desatendidas, el establecimiento continuaba abierto, no obstante ser muy pasada la hora de cerrar. Dio el bedel varios bastonazos sobre el mostrador, pero como nadie acudiera, y por otra parte viera luz en la trastienda, resolvióse a mirar, y a decir verdad, no quedó poco admirado ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos.

Estaba puesta la mesa, y sobre el blanco mantel había pan, manteca, platos y vasos, un jarro de cerveza y una botella de vino. Noé Claypole, sentado a la cabecera de la mesa, aparecía tumbado negligentemente en una butaca, puestas las piernas sobre los brazos de aquélla, con una navaja abierta en una mano y una rebanada inmensa de pan cubierta de manteca en la otra. A su lado y en pie estaba Carlota, abriendo ostras que el buen Noé engullía con ligereza sin igual. La rubicundez, mayor que de ordinario, de la región de la nariz del caballero y cierto movimiento de su ojo derecho pregonaban a voz en cuello que había rendido culto exagerado a las botellas, síntomas que venía a confirmar la avidez con que se zampaba las ostras, sólo explicable en casos de fiebre interna que exige ser compensada por medio de manjares de propiedades refrescantes.

—Toma, Noé; aquí tienes una grande, hermosa... cómetela —decía Carlota.

—¡Qué deliciosas son las otras! —exclamaba Noé, después de engullir la grande y hermosa—. ¡Qué lástima que no pueda uno comerse todos los centenares que desee, sin exponerse a sentir molestias en el aparato digestivo! ¿verdad, Carlota?

—¡Cómo que es una crueldad de la Naturaleza! —dijo Carlota.

—Lo es, sí. ¿Y a ti no te gustan las ostras?

—No mucho; prefiero ver cómo las comes tú, mi querido Noé.

—¡Mira que es extraño!

—Toma otra, Noé... mira, aquí hay una con unas barbas tan delicadas...

—No puedo más... lo siento muy de veras, pero en mi cuerpo no cabe ni una más. Ven aquí, Carlota, que te daré un beso.

—¡Cómo se entiende! —gritó Bumble, penetrando como una bomba en la trastienda, ¡Repíte eso si te atreves, desvergonzado!

Lanzó un chillido Carlota, al tiempo que se tapaba la cara con el delantal. Claypole, sin hacer más movimiento que el indispensable para sentar los pies

en el suelo, quedó contemplando al bedel con expresión de borracho asustado.

—¡Dilo otra vez, impúdico rapaz! —bramó el señor Bumble—. ¿Cómo te atreves a mencionar cosas tan reñidas con la decencia? ¿Y cómo se atreve a tolerarlo esta pícara? ¡Un beso!... —exclamó el bedel, en el colmo de la indignación—. ¡Uf! ¡Qué asco!

—¡No tenía intención de dárselo! —tartamudeó él borracho—. Es ella la que me besa constantemente, quiera yo o no quiera.

—¡Noé... oh! —exclamó la Maritornes con acento de queja.

—¡Tú, sí, tú eres la que siempre me pides besos! —insistió Noé—. ¡Y me los da a cada paso, señor Bumble, me coge por debajo de la barba, y me besa, y me abraza, y me hace el amor de todas las maneras!

—¡Silencio! —gritó con severidad el bedel—. ¡Vete a la cocina, desvergonzada! Y tú, Noé, cierra la tienda, y a callar. Cuando venga tu amo, dile que el señor Bumble manda que mañana temprano envíe el cascarón para la vieja, que ha muerto esta noche. ¿Oyes? ¡Besos! —exclamó Bumble, juntando las manos con expresión de horror—. ¡Asusta, espanta la maldad, la depravación de la clase baja de este distrito parroquial! ¡Si el Parlamento no adopta medidas eficaces, la patria está perdida sin remedio! ¡Las costumbres puras y sencillas de los honrados lugareños han naufragado en el corrompido mar de la depravación universal!

Hablando de esta suerte, el ejemplar bedel salió de la funeraria con continente sombrío y majestuoso.

Y ahora, puesto que le hemos seguido hasta la calle, puesto que le dejamos en el camino de su casa después de haber hecho todos los preparativos para el sepelio de la pobre anciana, iremos a buscar al infeliz Oliver Twist, de quien ignoramos si continúa todavía sin conocimiento al borde del foso en el que le dejó Tomás Crackit.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

